

**TECNOLOGÍAS PSICOSOCIALES DE INVESTIGACIÓN Y ACCIÓN:  
UN TRAYECTO DE CRÍTICA Y TRANSFORMACIÓN A PARTIR DE  
LAS IDENTIDADES TRANSGÉNERO**

**Francisco Antar Martínez Guzmán**



**Tesis Doctoral dirigida por  
Marisela Montenegro y Lupicinio Íñiguez Rueda**

**Departament de Psicologia Social  
Facultat de Psicologia**

**UAB**

Universitat Autònoma de Barcelona

**2011**



**TECNOLOGÍAS PSICOSOCIALES DE INVESTIGACIÓN Y ACCIÓN:  
UN TRAYECTO DE CRÍTICA Y TRANSFORMACIÓN A PARTIR DE  
LAS IDENTIDADES TRANSGÉNERO**

Francisco Antar Martínez Guzmán

**Tesis Doctoral dirigida por  
Marisela Montenegro y Lupicinio Íñiguez Rueda**

**Departament de Psicologia Social  
Facultat de Psicologia**



Universitat Autònoma de Barcelona

**2011**



But I who am bound by my mirror  
as well as my bed  
see causes in color  
as well as sex  
and sit here wondering  
which me will survive  
all these liberations.

Audre Lorde

Consideremos que la imaginación fuera una invención  
como lo es, que esta gran casa de aire  
llamada Tierra fuera una invención, que este espejo  
quebradizo  
y salobre ideado a nuestra imagen y semejanza llegara  
más lejos y fuera la  
invención de la invención

Gonzalo Rojas



## AGRADECIMIENTOS

Una tesis es siempre un producto colectivo, el resultado de un montón de personas y relaciones, sucesos y procesos, ires y venires, lecturas y aventuras, bajadas y subidas, que se tejen para dar lugar a un documento llamado tesis. Luego uno imprime su nombre impunemente sobre la portada, como si de tal caso se tratara. Pero lo cierto es que, mirado de cerca, éste no es el caso, y no alcanzarían estas páginas para registrar a quienes, de una u otra manera, han hecho este acontecimiento posible. Sirvan estas líneas, entonces, como reconocimiento para quienes forman parte de este tejido y, con esto en mente, permítaseme ensayar un resumen por mucho incompleto.

Agradezco a Marisela y a Lupicinio, por la fortuna de haber trabajado en conjunto. Por la dedicación, la confianza y el apoyo. Por haber constituido una mancuerna que supera cualquier ensueño. Porque cada cual, a su manera, me mostró el valor del compromiso y la seriedad desenfadada en el oficio de investigar. Y por una amistad entrañable y estimulante. ¿Qué más se puede pedir?

A Joan Pujol, alquimista de ensamblajes imposibles, cómplice, por ofrecerme un vínculo incondicional, de esos que hay pocos en la vida. Al grupo Fractalidades en Investigación Crítica, espacio nutritivo para germinar ideas e inquietudes. Al grupo Laicos Iapse, por las enriquecedoras revisiones y discusiones. A mi comadre, Fernando Zarco, por una amistad nómada y por animarme y acompañarme en los inicios de esta travesía. A Ningún Lugar, refugio indómito, y especialmente a Nagore, por las líneas de fuga que compartimos, y a Maru, por ser superior.

A Miquel Missé, a quien debo la posibilidad de una buena parte del recorrido que es la tesis. Gracias sobre todo por el incansable ejemplo de lucidez, coraje y humanidad, y por seguir luchando cuando el mundo parece darse por vencido. A lxs guerrillerxs, trapevistas del género, por la lección de dignidad e inventiva, y por compartir caminos de activismo y resistencia. Especialmente a MaJo, Pau, Laura, Pol, Erik y Samantha.

A amigas, amigos e interlocutores varios que, con su compañía, su conversación y sus presencias múltiples, han enriquecido esta tesis y mi vida. A Eduardo Almeida, Yann Bona, Katherine Johnson, Candela Poó, Antonio Stecher, Gemma Flores, Caty Galaz, Daniel Reyes y a la uruguayya, María Laura Silvestri. También a L'andariega, Alba, Cristian y Javi, por compartir la hogaza reparadora de la música. Agradezco profundamente a Vanina Papalini, por compartir afectos, metáforas y trajines transoceánicos, y a Alba González Smeja, por conectar y por mostrarnos que se piensa también bailando.

A la gente de Colima, sin cuyo apoyo logístico y moral, oportuno y desinteresado, esta experiencia de estudio, investigación y vida no hubiese sido sostenible. A Genoveva Amador, Nancy Molina, Julio César Verdugo, Oscar Guzmán y Claudia Yáñez.

A Paula Saveli y a Fernando Huirse, el Xiu, por el hogar mítico que fundamos y que me acompaña desde entonces, por haberse convertido en parte de mi familia, y por mostrarme con humildad una sabiduría más allá de cualquier ciencia.

A Marina, compañera de vida, por el camino amoroso y fecundo que hemos construido, y por todo lo demás... que es mucho. A Zoe, por venir a inyectarle ilusión y sueños a mi mundo. A mis padres, Rubén y Ema, y mi hermano, Miguel Aram, porque sin ellos no hubiera llegado ni a la tienda de la canchita.

A la Universidad de Colima, por el soporte económico para la realización de los estudios y la tesis.

*Barcelona, diciembre de 2011*

# ÍNDICE

1. Introducción .....	1
2. La fabricación del Trastorno de Identidad Sexual: Estrategias discursivas en la patologización de la transexualidad [p. 30-51].....	31
3. Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual: De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos [p. 1-44]...	55
4. Cambiar metáforas en la Psicología Social de la acción pública: De intervenir a involucrarse .....	101
5. Reconfigurar la mirada psicosocial sobre el ‘género’ de lo humano: Reflexiones a partir de una experiencia de involucramiento en el campo-tema de las identidades transgénero .....	131
6. Discusión y Conclusiones: Hacia una aproximación psicosocial orientada a la co-producción de relatos y sostenida por la paradoja y la (auto)transformación .....	149
7. <i>Post escriptum</i> en torno al deseo y a la utopía: Un pulso psicosocial de lo posible .....	181



# 1. INTRODUCCIÓN GENERAL

## Sobre cómo llegué hasta aquí

*c'est toujours avec des mondes que l'on fait l'amour*

Gilles Deleuze

Si las cosas tuvieran un comienzo definido, diría que el periplo que es esta investigación inició en la Via Laietana, una tarde de octubre de 2007. Allí, en mitad de una deriva callejera y de una conversación en deriva, un amigo me extendió un volante que le había llegado a las manos a través de un florido contingente que había pasado unos días antes - mientras yo aterrizaba en Barcelona- por aquel mismo lugar. Aquel bloque de gente nutría las filas de la primera manifestación trans de Barcelona. Se trataba de una manifestación organizada por colectivos trans para visibilizar las identidades transgénero y para cuestionar el estatuto patológico de la transexualidad. Aquel panfleto me absorbió al instante. Quedé perplejo ante la afirmación contraintuitiva y revoltosa de quienes no se consideraban “ni homes ni dones”, rechazaban los certificados médicos y reivindicaban, en la primera persona del plural, cuerpos andróginos desde el placer y el deseo. Entonces no lo sabía, pero ese papel estaba cambiando el rumbo de mi trayectoria:



Hay algo en el deseo que es inasible o escurridizo. Como lo imagina Deleuze (1973), el deseo es aquello que sucede entre dos cosas que se encuentran, una especie de contagio o contaminación o arreglo, una suerte de juego intermedio de donde brota la composición orquídea-avispa. Desear es inventar un conjunto que antes no existía, una disposición

singular donde uno es parte de los elementos. Yo no tenía ningún vínculo formal con el asunto. Estaba muy lejos del tema de las identidades de género y carecía de referentes suficientes para hacer de aquel panfleto y su correlato -de aquel texto y su contexto- una lectura particularmente aguda u osada. Con todo, aquel gesto me sedujo y me introdujo en un trayecto que perdura hasta hoy. En el cuaderno de campo escribí, en aquel momento, que durante los días subsiguientes no me pude sacar de la cabeza aquel descubrimiento no paré de darle vueltas al asunto. En más de un sentido, este apremio se ha extendido y sigue avanzando. Yo había llegado a las puertas del posgrado con cualquier otro proyecto en la maleta. Pero aquella tarde, en la Via Laietana, me llegaba a las manos el disparador de una travesía que me traería hasta aquí. *Serendipia* es una palabra que cabría con justicia en el retrato de este encuentro.

En un principio, me impresionó la manera en que las y los manifestantes mostraban, diáfana y categóricamente, cómo el conocimiento de las ciencias de la salud mental irrumpía violentamente en determinados terrenos de la vida social. Evidenciaban cómo una categoría científica podía afrentar y coaccionar sus vidas, sus cuerpos, sus deseos. La imagen de la ciencia progresista y redentora -el camino de la razón que conduce al bienestar- se ponía en tela de juicio y surgían otros planos poblados de claroscuros. El contacto con estas enunciaciones también me hizo mirar mi propio cuerpo y mi propio género con ojos distintos. Lo que estaba obteniendo era, sobre todo, un espacio inusitado para generar nuevas preguntas. Un campo de posibilidad para interrogarme en direcciones insospechadas. Preguntas relativas a cómo hemos llegado a ser lo que somos y qué cosas hemos dejado de ser en el camino. Preguntas sobre quién o qué debe dejar de ser para que yo sea. Preguntas en torno a cómo nos tocamos y en qué podemos convertirnos. Preguntas, preguntas: ¿quién cuenta y quién no como una persona?, ¿en quién puedo o no convertirme en este mundo, con sus particulares reglas del juego?, ¿cómo se me está permitido o prohibido vivir mi cuerpo?, ¿qué sucede si deseo convertirme en algo para lo que no existe palabra o lugar asignado?, ¿a quién se le otorga cierta autonomía para construir su cuerpo o gestionar su presentación y a quién se le impone una tutela institucional? y, ¿a qué tutelas veladas estamos sujetas todas las personas?

Investigar es, en buena parte, la incubación de un gesto de extrañamiento. El extrañamiento -esa impresión de descolocación- es una lectura dispuesta a desplazarse, a descentrarse, a descubrirse. Es necesario escaparse del automatismo perceptivo y meterse en una especie de percepción lúdica que genera una unidad contradictoria: aproximación y distanciamiento. Uno cuida y nutre y le ofrece un espacio de desarrollo, un hogar, a ese extrañamiento. De varias maneras, la cuestión trans y estas voces activistas me confrontaron con el borde de lo pensable o, al menos, con *mi* borde de lo pensable. Y así inicia un peregrinaje que conecta y sirve de escenario para la reflexión sobre diversas formas en que las tecnologías psicosociales -y quienes que se sirven de ellas-, para bien o para mal, hacen y conocen.

En primer lugar, este cuestionamiento se acopló con el interés (hasta entonces difuso y estratosférico) de cuestionar y repensar aquellas cosas que damos por hecho en las ciencias humanas y en el sentido común. Después de todo, ¿qué otra cosa más asentada y dada por descontado que tomarnos naturalmente por hombres o por mujeres? En el mundo se asume que hay personas ricas y pobres, negras y blancas y amarillas, del norte y del sur, rurales y urbanas, colonialistas y colonizadas, sexistas y feministas, homo o hetero, pero hombres y mujeres al fin. Cuando este cimiento se agita, me parece, todo el edificio empieza a tambalearse.

En segundo lugar, esta provocación también fue leída y abordada a través de un interés personal y académico que había heredado de la tradición de la psicología social comunitaria fraguada en América Latina, de donde venía. El interés consiste, en pocas palabras, en aspirar a que los conocimientos y las prácticas de la disciplina psicológica sirvan para algo y, más concretamente, que sirvan para hacer del mundo un lugar más justo y más habitable. En estos tiempos tan posmodernos, este anhelo no tiene muy buena fama. O bien se considera pasado de moda, reminiscencia anacrónica de la ingenua narrativa moderna, o bien se considera imposible, una trampa de la propia subjetividad disciplinaria que en realidad produce los efectos contrarios. Hay que decir, por cierto, que hay buenos motivos para sendas sospechas. Los proyectos participativos, por ejemplo, intentan construir relaciones más horizontales entre diversos sujetos y actores sociales (hombres y mujeres, claro). Pero cuando lo que se cuestiona es, precisamente, la constitución de estos sujetos (el sujeto concluido, coherente, generizado, vulnerabilizado, patologizado, en carencia, etcétera), entonces el problema cambia radicalmente. Se revela y se problematiza el vínculo autorreferente que tiene la indagación psicológica con respecto al mundo-objeto. Como lo expresa Pablo Fernández Christlieb (2004), la psicología pretende ser conocimiento de lo subjetivo aunque en realidad está inventando esa subjetividad para luego ir a descubrirla; “como enterrar un tesoro para después encontrarlo por sorpresa” (p. 36).

Este desconcierto o extrañamiento era patente, además, en el contacto con la interrogación trans que surgía en aquel momento. El lente teórico social y comunitario, desde donde miraba, si bien sensible y políticamente comprometido con sectores marginados, parecía no tener espacio para dar juego a la escaramuza que planteaban las y los trans de aquella manifestación. El sujeto que hablaba en aquel panfleto no era fácilmente ubicable en el espectro de la mirada de la disciplina, no tenía un lugar claro en los pasillos de la psicología social que yo conocía. No ocupaba el lugar del paciente ni era el blanco de políticas de salud mental comunitaria ni formaba parte de una población vulnerable a la que había que empoderar; no se presentaba como la persona confundida que buscaba asesoría o consejo para salir del atolladero identitario ni como el sector que demanda recursos institucionales para mejorar su situación y, sobre todo y otra vez, no era ni hombre ni mujer. A muchas leguas de la disforia y la vulnerabilidad, celebraran desde la “euforia” la androginia de sus

cuerpos y deseos. Ante los ojos ávidos de la mirada psicosocial dominante, esta afirmación se convierte en una pregunta explosiva. Mirando a la distancia, me parece que este extrañamiento fue provocado, en parte, por el hecho de que la psicología, y quienes investigamos en ella, tendemos a pasar por alto las condiciones sociopolíticas que estructuran nuestra mirada, es decir, que estructuran el espacio semiótico y material desde cual determinadas preguntas (y no otras) son posibles.

Pero hay un aspecto del espíritu social comunitario que pervive en el trayecto de esta investigación. Se trata de la búsqueda reflexiva de prácticas y formas de conocimiento que generen espacios de acción colectiva y transformación política, que sirvan como nodos de agenciamiento. Este designio es descendiente (aunque el parentesco es lejano y problemático) de la añeja tradición ilustrada que encuentra en el conocimiento científico una espacio de preguntas que se rebelan contra los oscuros dogmas de la dominación. Esta pretensión, sin embargo, se topa con una crítica seria en el cuestionamiento anti-esencialista del sujeto de conocimiento y anti-fundacional con respecto a la naturaleza del conocimiento: se argumenta que la institución científica ilustrada ocupa también una posición particular en el tejido social que le hace partícipe de relaciones de poder, y el conocimiento que desde aquí se produce lleva también las marcas de la contingencia espacio-temporal (aunque se construya como alternativa emancipadora a los relatos totalitarios o alienantes). De igual forma, el impulso tenaz hacia la acción fundamentada, hacia el acto interventivo justificado y auspiciado por el saber experto, que a menudo se encuentra en las perspectivas participativas y comunitarias, puede entrar en tensión con unos sujetos que son catalogados y estigmatizados por el conocimiento que mana de la racionalidad científica y que están sumamente enfadados por ello. El rol del/a especialista o profesional por momentos colisiona con un grupo de personas que denuncian los ejercicios autoritarios y normativos de las ciencias de la salud. Y choca, de manera más general, con la crítica a la racionalidad psi que, se argumenta, contribuye a reproducir el *statu quo* más que a cuestionarlo. Aunque las perspectivas comunitaria y participativa también han denunciado los efectos de control social que se ponen en juego en los ejercicios disciplinarios convencionales, siguen manteniendo, de maneras más o menos nítidas, la distinción entre la acción ilustrada y la acción profana. De igual forma, el sujeto histórico que las habita rara vez incluye los tránsitos de género no-naturalizados de las trayectorias trans. De esta manera, si bien estas perspectivas ofrecen herramientas políticas y teóricas para cuestionar relaciones de poder en el campo social, también es posible vislumbrar algunas tensiones que surgen entre éstas y las identidades de género no-normativas.

El trayecto de esta investigación está guiado por ambos intereses, está urdido a partir de estos dos hilos. Por un lado, se recoge la crítica a los dispositivos de gobierno, control y regulación en los que participan las disciplinas psicológicas y aledañas; y se ponen en cuestión los conocimientos y prácticas normativas que se producen desde estas disciplinas. Por otro lado, se busca rescatar la sensibilidad que imagina el quehacer psicosocial como

un posible espacio de cuestionamiento del orden hegemónico, de resistencia y de transformación; esto es, como una actividad crítica consigo misma y con el mundo social, que puede aliarse con otros actores en el intento por generar espacios más habitables. La investigación discurre entre estos dos impulsos, se sitúa en las inmediaciones de esta tensión, moviéndose, buscando generar o transitar posibles vectores de enlace. Puestos a pensar que investigar es sobre todo construir un problema, éste es el problema que este trabajo va urdiendo.

El trabajo se interesa, entonces, por los vínculos *actuales* y los vínculos *posibles* entre las prácticas y el conocimiento de las ciencias psi y los escenarios en donde actúan. La indagación se pregunta por las relaciones de control o de alianza que se pueden tejer entre las ciencias psi y las subjetividades e identidades no-normativas. Se interesa por la forma en que la mirada canónica de las disciplinas psi produce fronteras entre distintos cuerpos y formas de vida, reproduce un orden de género dominante y patologiza las subjetividades inconformes. También se interesa por las formas en que la psicología y, de manera concreta, los proyectos interventores o de acción colectiva que desde aquí se emprenden pueden contribuir a generar espacios de cuestionamiento y transformación a favor de nociones y condiciones sociales más habitables e inclusivas con respecto a la disidencia del género.

Por tanto, a lo largo de este itinerario busco poner en dialogo dos inquietudes que pueden parecer discordantes. Por un lado, la voluntad de cuestionamiento crítico a las categorías del conocimiento científico, a la autoridad epistemológica instituida y a los proyectos de gobierno de la vida que se ponen en juego a través de distintas disciplinas y ciencias. Este aliento está nutrido por el giro antiesencialista y reflexivo proveniente de áreas como la psicología social construccionista, los desarrollos teóricos post-estructuralistas, los estudios de la ciencia y la tecnología, ciertos feminismos y la teoría queer. Por otro lado, busco rescatar el impulso hacia la acción transformadora, el compromiso político en la producción/ejercicio del conocimiento académico y el reconocimiento de la agencia de los sujetos que, aprovechando las herramientas del conocimiento, pueden generar de estados de mayor bienestar y emancipación. Este segundo gesto hereda cierto ánimo de la psicología social comunitaria, de las perspectivas participativas de investigación-acción y de algunas posturas críticas del trabajo social.

Mi intención no ha sido reproducir los principios de estos programas, sino utilizar de manera estratégica y desplazar ambas trayectorias para generar una aproximación híbrida y singular, deseablemente enriquecida por los aderezos de ambas tradiciones. En cierto sentido pudiese parecer que esta mezcla de intereses no es más que es una ligazón improbable puesto que ambos proyectos parecen partir de nociones y programas en franca tensión o contradicción. Ante tales incompatibilidades, el matrimonio entre ambos cauces parece condenado de antemano. Sin embargo, no es matrimonio lo que propongo. Más bien, busco hacer uso de las perspectivas críticas no esencialistas para cuestionar y quizá

repensar los proyectos de acción colectiva y el rol que la psicología y ciencias afines pueden jugar en éstos. Este juego de articulaciones y tensiones constituye el eje de este proyecto. En esta línea, podemos pensar, junto con Nietzsche, que el conocimiento es la chispa que brota del choque entre dos espadas (...y que no está hecha del mismo hierro del que están hechas las espadas).

Hay que decir, por otro lado, que el ‘caso’ no es solamente un caso. Esto es, que la ‘cuestión trans’ no es el escenario azaroso o arbitrario donde se desarrolla una reflexión o una búsqueda que le es ajena. No se trata de un espacio más o menos circunstancial al que se le aplican unas operaciones exteriores al mismo, al modo de la escenografía intercambiable de una trama que la trasciende. El campo-tema de las identidades trans encarna y encamina el rumbo de la reflexión. La indagación sucede en, a través de y para las relaciones que componen este problema. Esta localización o ubicación particular proyecta sus imágenes, contamina y difracta la mirada que investiga. En este sentido, el trabajo no consiste en una reflexión general o abstraída sobre las tecnologías psicosociales de conocimiento e intervención, sino una exploración de las tecnologías psicosociales en relación con la cuestión trans, y es a través de esta relación que se puede decir algo sobre las tecnologías. El caso funciona como un aparato que produce su propia razón interna o inmanente, una deriva que busca generar y discurrir en sus propios términos. La indagación (o el conocimiento) toma la forma de la subjetividad trans, se *transforma*.

Más aún, la relación con el campo-tema busca ser en sí misma el objeto y el fin de la investigación. Es en esta relación que se producen y ponen en juego los problemas que la investigación explora y los puertos a los que arriba. En este sentido, me resulta sugerente la metáfora del artesano que trabaja con una diversidad de materiales y una diversidad de herramientas en la elaboración de un objeto concreto y nuevo. En la actividad artesanal, hay una implicación vinculante –afectiva y creativa- con aquello que se tiene entre las manos. La metáfora del artesano, como lo apunta Richard Sennett (2009), nos convoca a recomponer las relaciones necesarias entre concepción y praxis, técnica y expresión, práctica y teoría. (“Todo buen artesano mantiene un diálogo entre unas prácticas concretas y el pensamiento; este diálogo evoluciona hasta convertirse en hábitos, los que establecen a su vez un ritmo entre la solución y el descubrimiento de problemas” p. 21) La idea es renunciar a saber cómo hacer las cosas antes de hacerlas. En esta lógica no hay una separación clara entre el tema de la cuestión y el campo de aplicación. La actividad no se entiende en términos de la diferencia entre teoría y práctica (entre lo que hace la mano y lo que hace la cabeza, entre el cómo y el por qué). La intención es entonces dar cuenta de un bucle que se constituye, precisamente, como un campo-tema (Spink, 2005). Por ello, el resultado más elemental de este trabajo es quizá mostrar las relaciones que han sido posibles en esta experiencia de involucramiento (con sus luces y sus sombras), exponer un recorrido particular de cuestionamiento sobre las tecnologías psicosociales a través del prisma trans, afirmar que este recorrido es posible. Es así que he arribado, de manera

ineludible e insospechada, a plantear la relevancia de unos trans-conocimientos.

En algún momento -más temprano que tarde- hubo un punto de inflexión importante en la dirección de la indagación. El asombro se volvió contra sí mismo. Pronto me di cuenta de que lo interesante del trabajo, no consistía en decir algo *sobre* las personas o las identidades trans. El desplazamiento empieza por reconocer que estas personas ya dicen algo por sí mismas y, entre otras cosas, dicen que están cansadas de que la experticia académica o profesional hable por ellas. Por ejemplo, el autor trans Jacob Hale (1997) presentó hace algunos años unas ‘reglas sugeridas para no-trans que escriben sobre transexuales, transexualidad o trans’. En este compendio de sugerencias nos invita a abordar el tema con humildad, pues las únicas expertas en el asunto son las personas trans; a interrogar la propia posición de sujeto, la manera en que la posición de poder (institucional o material) que ocupamos afecta lo que vemos y lo que decimos; a tener cuidado de no reproducir un movimiento de inicial exotización que conduce posteriormente a una voluntad de rehabilitación; a no borrar sus voces ni ignorar lo que dicen y lo que escriben (aunque no tengan credenciales académicas); a, como mínimo, iniciar con la siguiente hipótesis de trabajo: “Las vidas transexuales son vividas y, por lo tanto, vivibles”. En suma, se vuelve relevante desplazar el punto de partida, repensar el tipo de vínculo que se establece y el tipo de preguntas que los vínculos permiten. El foco del trabajo se centró entonces en los lenguajes y las prácticas con que la posición psicosocial interactúa con la cuestión trans. Se trataba de entrar en contacto con las personas trans para cuestionar y repensar la propia posición, de contaminar y *transformar* la mirada a partir de aquellos contactos, de abrir la relación a devenires inesperados, de construir una alianza o un arreglo nuevo, un deseo.

Al menos en este sentido, aquel volante que circuló por la vía Laietana una tarde de octubre, inauguró mi periplo por la investigación y la militancia en el campo-tema de las identidades trans y, particularmente, dio lugar a un espacio de cuestionamiento sobre las tecnologías psicosociales que utilizamos para conocer, nombrar y hacer cosas para y con los demás. La perspectiva convencional de la investigación/intervención psicosocial comenzó a desdibujarse. La idea de un objeto bien definido que se conoce a partir de categorías discretas, la idea de un grupo o una comunidad que se sujeta a unas técnicas de intervención salidas de la experticia, se desvaneció. Las categorías y las técnicas funcionaban adecuadamente cuando el mundo se acoplaba a las presuposiciones sobre las que éstas se erigían. Y éste no era el caso.

En la búsqueda de nuevos espacios y relaciones, me involucré de distintas formas en el mundo de las identidades trans. A lo largo de estos años, he formado parte de algunos grupos activistas, he hecho ‘trabajo de campo’ (entrevistas, narrativas, observación) en espacios diversos, he creado y nutrido vínculos de cooperación, amistad y confrontación, he participado en charlas, foros de todo tipo, asambleas interminables, encarteladas nocturnas, concentraciones, fiestas y otras derivas inenarrables. También he ocupado posiciones

diversas: la de un extraterrestre en un mundo que no me pertenecía, la de una minoría familiar y tolerada, la de un colaborador íntimo pero exótico, la del marginado, en un ámbito donde el mundo se pone de cabeza y los psicólogos terminan siendo los últimos de la fila. Este trabajo es una estela de este recorrido, momentos cristalizados de este trayecto singular.

Hablo entonces desde una posición donde se anudan el testimonio presencial, el interés teórico por nuevas formas de pensar el quehacer de investigar en acción, y el compromiso militante. Las reflexiones que propongo emergen de este periplo tridimensional y buscan interpelar a la psicología como disciplina y el lugar del psicólogo ante las identidades trans. Más que estudiar psicosocialmente la cuestión transgénero, busco mostrar cómo este desafío incendiario plantea transformaciones a la mirada psicosocial tradicional. Propongo que la cuestión de las identidades trans y los espacios que éstas movilizan ofrece oportunidades para cuestionar críticamente el quehacer de las disciplinas psicosociales y reformular sus prácticas en términos más democráticos. El trayecto no fue previsto de antemano, es una suerte de deriva. En sintonía con lo que proponen Brown y Stenner (2009), he procurado que la investigación busque su objeto a través la mirada de formas simbólicas y materiales que puede ir tomando (discurso, narración, acción colectiva, género), de la diversidad de experiencias y formas que el objeto de investigación puede adquirir. Estos autores plantean que la indagación consiste en perseguir el objeto psicosocial de la misma forma en que, como en la célebre *Moby-Dick* de Melville, los protagonistas persiguen la enorme y misteriosa ballena blanca, “a donde quiera que ésta nos lleve, sin fin”. Alguna vez un profesor dijo que investigar era ponerse en peligro con respecto a un tema. Abandonar los marcos seguros, volverse vulnerable, echar la nave a corrientes y mareas desconocidas, sin puerto garantizado. Aquí una versión de la singladura.

### **Las tecnologías psicosociales en acción: contexto y objetivos**

*El único pensamiento que vale es el pensamiento mestizo,  
y también son mestizos los sentimientos que despierta*  
Tomás Ibáñez

Este trabajo, como se ha dicho arriba, se interesa por las tecnologías psicosociales de investigación e intervención. Si bien en los diferentes momentos de la tesis se provee una discusión más específica de los problemas que le componen, un mapeo sucinto y general puede ser útil para describir el contexto amplio en que se enmarca el trabajo. Mi intención aquí es hacer un breve bosquejo del conocimiento y las prácticas profesionales de la psicología como tecnologías, esto es, no sólo como un cuerpo de pensamiento y teoría, sino también como una forma de vida, como un modo de actuar sobre el mundo (el término

‘techné’ tiene connotaciones como habilidad, arte, práctica o conjunto de mecanismos). Y busco mostrar como estas tecnologías operan en un contexto sociopolítico particular y definir algunas preguntas que guían la investigación y que centran algunos problemas en concreto.

### *Las ciencias psi y el gobierno de la vida*

Las personas vivimos convencidas de que nuestras vidas subjetivas –pensamientos, afectos, percepciones, deseos- son un asunto meramente personal. Pareciera que nuestras íntimas experiencias no están al alcance directo de los vaivenes sociales y los ajetreos políticos que acontecen allá afuera. Mi deseo es mi deseo, aquí o allá, con independencia de las circunstancias que le rodean. Esta idea es una suerte de sentido común que permea buena parte de la mirada psicosocial y de la mirada cotidiana extraacadémica.

Antes de que la psicología fuera una disciplina, esto es, antes de que se convirtiese en un compartimento de fronteras bien vigiladas y objetos debidamente atomizados, la indagación de lo que ahora se considera psicosocial estaba entrelazada con los asuntos públicos y el pensamiento político (Hardy, 1996). Los intereses sobre los afectos, pensamientos, conductas y relaciones humanas -evocaran o no a *psyché*- estaban entremezclados y coludidos con la política, la economía, el arte, las ciencias naturales, la teología, la ética, la filosofía en su amplitud. Esta observación no es fruto de una nostalgia por un pasado mítico, sino sólo la constatación de que no siempre fue así, es decir, de que puede ser de otra manera. Claro está que no se puede decir que aquello que hoy entendemos por psicología es simplemente la continuidad de un correlato anterior. La idea de que la *psyché* aristotélica corresponde al *anima* latina, al *alma* cristiana y a la *mente* moderna no resulta nada clara. Aunque a los libros de texto les guste insistir en que la psicología arranca con los griegos y viene a formalizarse cuando Wundt monta su laboratorio en Leipzig, lo cierto es que ‘lo psicológico’, tal cual lo conocemos ahora, es producto de unas condiciones sociales bien específicas (Danziger; 1994).

Otra versión de la historia cuenta que la disciplina psicológica emerge en la primera mitad del siglo dieciocho, en una época de grandes transformaciones sociales. Psico-historiadores críticos argumentan que el discurso de la psicología se vuelve necesario en el marco de cambios en las circunstancias políticas y económicas, impulsadas por la progresiva industrialización del mundo occidental (Danziger, 1997a). Lo psicológico, de acuerdo con Raymond Williams (1978), emerge como un “gran sistema ideológico moderno” que, en concomitancia con el incipiente capitalismo industrial, pone a disposición nuevas formas de estructuración de la subjetividad (Williams, 1978: 128). Por otro lado, diversos autores han observado que la formalización y expansión de las ciencias sociales –la psicología entre ellas- confluye con el surgimiento del Estado-nación liberal, con el masivo sistema educativo y sanitario que le acompaña (Christians, 2000). Hay una co-emergencia o

superposición histórica entre las instituciones de los Estado-nación modernos y el conocimiento acerca de los individuos y las poblaciones producidos por las ciencias sociales y, particularmente, por la psicología.

Al interior de la trama de esta reorganización social la psicología funda su lenguaje. El gesto de fundar un lenguaje es, como argumenta Danziger (1997), algo más que la formulación de términos que representen una esfera preexistente de fenómenos psicológicos. Se trata de la fabricación del reino de lo psicológico: “Before the eighteenth century there was no sense of a distinct and identifiable domain of natural phenomena that could be systematically known and characterized as ‘psychological’” (p. 37). Esta relación histórica ya nos dice mucho sobre cómo la manera en que psicología se aproxima al ser humano y al mundo social no puede ser políticamente neutral. Como argumenta Foucault (1988), la emergencia de las ciencias sociales y de la psicología está imbricada con el surgimiento de una nueva racionalidad política. Las disciplinas psicosociales eran requeridas para administrar y gobernar. El surgimiento de estas disciplinas como tecnologías políticas es indivisible del desarrollo del poder disciplinario (Hook, 2003).

La escuela, la casa, el hospital, la fábrica, la prisión. Nos movemos entre distintos espacios de disciplina. Salimos de unos para entrar en otros. Pasamos de un sistema controlado al que sigue. Estos espacios se congregan, se introyectan, se introducen en el cuerpo como si fuese una maquinaria, buscan optimizar sus capacidades, extorsionar sus fuerzas e integrarlas con eficiencia a un determinado régimen de disciplina. El poder disciplinario reconduce, corrige, encamina, educa, reforma, rehabilita, produce. No busca oprimir sino normalizar (Foucault, 1975; Dreyfus y Rabinow, 1982). Su horizonte de influencia evoca el saber clínico y las formas capilares en que éste actúa. Busca pastorear a las poblaciones para encausarles por los caminos previstos y funcionales.

La sociedad disciplinaria no puede concebirse fuera de una cierta economía de discursos sobre la verdad. Esto implica que conocimiento y poder se remiten mutuamente, forman parte de una unidad operativa: “no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo relaciones de poder” (Foucault, 1975:28). El rol disciplinario de las ciencias psi como una forma de subjetivación vinculada a la modernidad puede advertirse al examinar algunas nociones centrales para las formas de organización contemporánea como, por ejemplo, la ‘individualidad’; el individuo como una categoría natural y los poderes interpretativos de las ciencias sociales para desvelar verdades escondidas en su interioridad. ¿Desde cuándo pensamos que la sociedad es un conglomerado de individualidades? En otros tiempos, arguye Rose (1990),

“sólo los adinerados, la nobleza y los santos gozaban del privilegio de que se hablara de su individualidad, se la describiera y documentara para la posteridad, en imágenes y por escrito. Sin

embargo, durante el siglo XIX, la mirada individualizadora se posó en quienes estaban en el extremo opuesto de las relaciones de poder: los delincuentes, los locos, los indigentes y los deficientes mentales habrían de ser objeto de gran cantidad de proyectos complicados y llenos de ingenio cuyo fin era documentar la singularidad de esas personas, registrarla y clasificarla, disciplinar la diferencia” (p. 132)<sup>1</sup>

La producción de la individualidad psicológica es quizá uno de los efectos más importantes de las prácticas psicosociales en el moldeamiento de la subjetividad de nuestro tiempo (Hook, 2007). El individuo es el resultado de procedimientos que apuntalan configuraciones de poder en el cuerpo. En la medida en que el cuerpo subjetivado, esto es, que la función de sujeto ha sido fijada en él, en la medida en que ha sido psicologizado y normalizado, es posible que el individuo impere; el individuo sobre el que se puede hablar, alrededor del cual se congregan discursos y se fundan ciencias. La concepción de la sociedad como un aglutinado de individualidades se articula con el imaginario del autoconocimiento y la autorregulación por parte de los sujetos. La proliferación de identidades como elementos significativos de la vida social y la cuestión de la identidad como un problema -la identidad de género incluida-, sólo son posibles sobre este terreno.

Esta interrogación sobre las condiciones de producción de la individualidad moderna y sus aparatos psicosociales dejan a la indagación psicológica convencional de cabeza. Por ponerlo en términos abreviados: lo que conocemos como procesos psicológicos o relaciones interpersonales en el marco de la psicología son re-concebidos como los efectos de discursos y tecnologías disciplinarias que producen individualidades que experimentan unos procesos psicológicos en particular y se sumergen en determinadas formas de relación. En otras palabras, el conocimiento psicológico y las intervenciones psicosociales son parte de los procesos que producen la experiencia psicológica que presuntamente se conoce o interviene, el mundo donde esta experiencia resulta natural o necesaria. Una vez, la psicología descubre por sorpresa el tesoro que previamente había enterrado.

Siguiendo el tenor de esta crítica, Nikolas Rose (1996) argumenta que las ciencias psíquicas emergen con la encomienda -¡nada más y nada menos!- de gobernar el alma. Rose llama ‘psy-complex’ a esta red de teorías y prácticas donde intervienen la psicología, la psiquiatría, distintas formas terapéuticas y otras disciplinas relacionadas con la mente y el comportamiento humano, con la psique, como el trabajo social o la consultoría organizacional. El psy-complex, este denso entramado de prácticas y discursos diversos y discordantes (como las disciplinas que le componen), juega un rol clave en la observación y la regulación del comportamiento en distintos dominios de la vida social como la familia, la sexualidad, el trabajo o la salud mental (Ingleby, 1985; Rose, 1985). En la medida en que los individuos se mueven dentro de estos dominios serán tocados de alguna manera por

---

<sup>1</sup> Traducción de Vanesa Laura Fusco. Disponible en [http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Rose\\_Gobierno\\_Alma\\_cap12.htm](http://www.elseminario.com.ar/biblioteca/Rose_Gobierno_Alma_cap12.htm)

discursos de experticia o por los propios agentes expertos de tal o cual disciplina, y estarán atravesados por distintas demandas (sobre su vida mental, afectiva, su conducta) que provienen de este plano de autoridad (Parker, 2009).

La noción del psy-complex enfatiza el rol social de las y los profesionales psi en la regulación del comportamiento individual y colectivo. En este sentido se dice que las ciencias y disciplinas psi funcionan como formas de gubernamentalidad. La idea de gubernamentalidad, de raigambre foucaultiana, se refiere a las formas que inventamos las personas para gobernarnos a nosotras mismas y a las demás a través de la producción y la puesta en práctica de determinados conocimientos sobre la vida. Esta idea, compuesta por los elementos *gobierno + mentalidad*, alude precisamente a eso: racionalidades de gobierno, tácticas multiformes que administran, regulan y dirigen la vida pública y el comportamiento de las personas. Esta lógica de gobierno actúa de manera descentralizada y acontece en sociedades donde los sujetos juegan un rol activo en su propio autogobierno.

En la fábrica, en la empresa, en la escuela, en el hogar, en la guerra, en el amor, en la propia realización personal, expertos consejeros y especialistas nos introducen con suavidad en formas particulares de pensar y actuar. Los expertos están a la mano para asesorar convenientemente sobre cómo debemos gestionar a los empleados, como podemos lograr éxito en nuestros trabajos, cómo debemos gozar nuestros cuerpos o cómo debemos criar a nuestros hijos. Todo esto puede ser muy útil y conveniente, pero hay que tener en cuenta que la expansión y penetración de esta especie de ‘cultura psicoterapéutica’ no sólo arriba con una promesa de realización, felicidad y autonomía, sino que viene acompañada de una nueva forma de racionalidad política que se infiltra en la vida cotidiana y que genera sujetos ‘empresarios de sí mismos’, sujetos profundamente psicologizados donde se insta un gobierno del alma o, en otros términos, un gobierno que se ejerce a través de la libertad. Aquí, la libertad no es el opuesto al gobierno sino una de sus invenciones clave y uno de sus recursos más significativos.

Para poder manejar y efectivamente gobernar aspectos de la vida social es menester, antes que nada, hacerlos visibles, concebibles, delimitarles, definirles, otorgarles contornos e identidad. Aquí el lenguaje juega un papel fundamental. Para que algo sea manipulable o intervenible es necesario traerlo a mano, ponerle nombre, caracterizarle con palabras que le hagan parecer un hecho natural, algo conocido y conocible. El lenguaje provee el espacio intersubjetivo necesario para que las relaciones (de gobierno, de intervención con respecto a un objeto) sean posibles:

“The government of a population, a national economy, an enterprise, a family, a child or even oneself becomes possible only through discursive mechanisms that represent the domain to be governed as an intelligible field with specifiable limits and particular characteristics, and whose component parts are linked together in some more or less systematic manner by forces, attractions and coexistences” (Miller y Rose, 2008: 31).

Se trata de dibujar fronteras, de hacer visible aquello que queda dentro de ellas, de articular información y discursos acerca de eso que se ha circundado y de diseñar técnicas para movilizar las fuerzas y entidades ahí reveladas. El lenguaje psicológico -y científico, en general- tiene además la capacidad de producir verdades. Genera categorías que luego son utilizados como criterios de verdad en los procesos de regulación y gobierno, un gesto que además es avalado y acuñado por los sujetos de dicho conocimiento. Así, los vocabularios de las ‘ciencias psi’ no sólo mistifican determinadas relaciones de poder y legitiman ejercicios de control, sino que confeccionan nuevos sectores de realidad, pensables, practicables, intervenibles.

Más recientemente, las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, así como la cultura tecno-científica que impera en nuestros días, ha permeado las prácticas de la psicología y disciplinas relacionadas con distintos grados de complejidad. Esto no sólo es visible en los nuevos lenguajes y el nuevo ‘sentido común’ poblado de metáforas procedentes de la informática y del mundo virtual, habitado por figuras que acoplan humano y máquina (por ejemplo, en el actual paradigma cognitivo), sino también en las perdurables alianzas entre el aparato académico de la psicología y las redes militares y burocráticas de control de información (Haraway, 1991).

La tecnociencia y el ciberespacio de última generación han producido nuevas formas de subjetividad y han impactado en la manera en que las ciencias psi inciden en la vida social. Gordo-López y Parker (1999) han reajustado el pulso a la nuevas circunstancias y han hablado del ‘psy-techno complex’, que definen como “una densa red de tecnologías y prácticas virtuales y materiales relacionadas con la ‘mente’ y el ‘comportamiento’ que comprende el trabajo académico y profesional de la psicología, dentro y fuera de las aulas, y la clínica en la cultura popular” (p. 6). Se amplía el dominio del psy complex a las prácticas tecnológicas contemporáneas.

Las máquinas, dice Deleuze (1996), tienen una correspondencia con la sociedad en que funcionan, nos dicen algo de esa sociedad. No es que las máquinas determinen las formas sociales sino que expresan o cristalizan las formaciones sociales que les han originado y que les dan uso: las máquinas simples o dinámicas de las sociedades de soberanía, las máquinas energéticas de las sociedades disciplinarias, las máquinas cibernéticas y los ordenadores de las sociedades de control. Aquí se hacen evidente el paso de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Las máquinas evidencian racionalidades del mundo que les contiene: “las sociedades de control actúan mediante máquinas de un tercer tipo, máquinas informáticas y ordenadores cuyo riesgo pasivo son las interferencias y cuyo riesgo activo son la piratería y la inoculación de virus” (Deleuze, 1996, p). Las sociedades de control ya no necesitan lugares disciplinarios de confinamiento (escuela, hogar, fábrica, hospital, cárcel) sino que diluyen su ejercicio de vigilancia y conducción en la atmósfera, se trasladan a minúsculas y ultrarrápidas operaciones (de comunicación) al aire libre, a

espacios y ambientes mucho más abiertos. Operan como un gas.

En el contexto de este recuento, se vuelve relevante pensar de qué manera operan las tecnologías psicosociales de intervención, las prácticas profesionales de la psicología en contextos sociales concretos y la forma en que sus conocimientos se articulan con la vida social. Cabe preguntarse cuáles son las fuerzas liberadoras o esclavizantes, restrictivas o posibilitantes, que se ponen en juego en los proyectos psicosociales de conocimiento y acción colectiva.

### *Tecnologías psicosociales de intervención: a favor y en contra*

La clave de la experticia sobre el alma humana se encuentra en que ciertas posiciones de conocimiento –ocupadas por psicólogos, médicos, psiquiatras– comparten afablemente sus vocabularios de explicación y sus técnicas de trabajo con el gran público: administradores, maestros, familias, personas en general. La relación entre la posición de experticia y sus sujetos no (solamente) es una relación de dominación sino una relación de subjetivación, de “fabricación” de personas cuya relación consigo mismas se configura dentro de una red de normas y conocimientos. Para Rose (1996) las personas se convierten en sujetos de sí en un proceso que desarrolla ciertas relaciones íntimas y afectivas con verdades y autoridades. La genealogía de los conocimientos expertos no es una reiterativa historia de cosas que son impuestas “desde arriba” a una población más o menos dócil o resistente. La experticia también se introduce en las pasiones de los individuos y las poblaciones y moldea valores y demandas que emergen “desde abajo”. Hay entonces una cierta reversibilidad en las relaciones de experticia. Lo que empieza como una norma implantada desde arriba –como la obligatoriedad de la alfabetización, los patrones de crianza o la expresión de una sexualidad socialmente adaptada– puede ser “reapropiado” como una demanda que los ciudadanos, los consumidores o la población hacen a las autoridades en nombre de sus derechos, su autonomía y su libertad.

Las tecnologías psicosociales de intervención juegan aquí un papel fundamental. En estos espacios metodológicos se construyen relaciones complejas entre los actores que participan de las disciplinas psicosociales (y buscan incidir en algún aspecto de la vida social) y otros actores que se interesan por cuestiones similares, que van pasando por ahí, que demandan apoyo en determinados proyectos o que son interpelados por posiciones de autoridad como sujetos de intervención. Las relaciones que aquí surgen son –como toda relación concreta– infinitesimales, y su diversidad no alcanza a ser capturada por ningún esquema descriptivo o teórico. Con todo, se puede palpar una clara tensión con respecto a las maneras de concebir y abordar los proyectos de acción colectiva y las prácticas interventoras psicosociales. Por un lado, se denuncia –como ya se ha sugerido más arriba– que las prácticas interventoras son herederas de un espíritu ilustrado, especialmente en su orientación pedagógica y formativa, y que cumplen una función de gobierno y regulación.

La intervención psicosocial se presenta como una vía de ingreso a la modernidad dirigida a aquellas y aquellos que, en cada época, son adjudicados con el papel de la ruptura o de la exterioridad desordenada. Se argumenta que el sentido de la intervención psicosocial está directamente vinculado con la forma en que, en distintos momentos, se construyen los perfiles de la transgresión (Carballeda, 2008). Pero no sólo eso. La intervención psicosocial va desarrollándose en distintos planos: en la detección de lo “anormal” y su clasificación; en la aplicación de formas de disciplinamiento en escenarios específicos y, por último, en un *modus operandi* que se diluye entre distintos espacios y que va organizando la vida cotidiana de forma capilar. En la otra esquina, tenemos a quienes han visto en los espacios de acción social e intervención que se generan desde las ciencias psi la posibilidad de abrir líneas de cuestionamiento del orden dominante y de transformación del mismo. Esta gente a menudo concuerda (o podría concordar) con la crítica que se hace a las ciencias psi como tecnología de gobierno, pero también insiste en que se pueden generar vínculos y procesos distintos donde las herramientas psicosociales sean útiles. Desde distintas tradiciones se ha reivindicado que estas herramientas (teórico-metodológicas) pueden ser puestas al servicio de procesos de resistencia y de transformación social para la construcción de espacios más justos y de condiciones sociales más habitables (Sánchez y Almeida, 2005). Algunos sectores de las disciplinas psicosociales (e.g. la psicología comunitaria, la psicología social crítica) se han buscado posicionar como espacios y estrategias en la persecución de objetivos políticamente comprometidos, en herramientas de lucha o emancipación aliadas con los grupos más oprimidos (Martín-Baro, 1998; Montero, 2003).

La idea no es mala, ha funcionado con empuje en muchos casos y tiene un potencial transformador significativo. Desde aquí se puede decir que la intervención social es una forma de acción colectiva (Ander Egg, 2006) en donde participan especialistas o profesionales (investigadores, psicólogos, etc.) que buscan aplicar el conocimiento de sus disciplinas y ciencias para influir en la propia acción, en su dirección y sus resultados. En dicha forma de acción colectiva hay una intencionalidad por parte (pero no sólo) del especialista o profesional y el conocimiento científico (académico o disciplinario) tiene un papel relevante en el devenir de la acción.

Nos encontramos entonces con que la psicología y las tecnologías psicosociales en general se han movido históricamente en una convulsa encrucijada. Intentan producir conocimiento con valor explicativo sobre el mundo y su entorno social, al tiempo que buscan generar estrategias de intervención efectivas que actúen en distintos ámbitos con fines de adaptación y regulación instrumental. En otra dirección, también se han surgido intereses por llevar a cabo proyectos de producción de conocimiento y transformación social políticamente comprometidos, así como movimientos teórico-metodológicos reflexivos y críticos que buscan cuestionar la reproducción del orden social dominante, que a menudo cuenta con la complicidad de las propias prácticas psicosociales. Las tecnologías psicosociales se mueven pues en este remolino donde intervienen distintos, discordantes y a

veces imbricados intereses teóricos, prácticos y políticos.

En este contexto, esta investigación presenta una experiencia de trabajo donde las tecnologías psicosociales (las herramientas de conocimiento y acción que intervienen en el problema, tanto teórica como metodológicamente) son puestas en cuestión y, simultáneamente, se exploran diferentes vínculos y posiciones que buscan alejarse de la posición de investigación/intervención convencional y dominante en las ciencias psi. El cuestionamiento gira en torno a las categorías de conocimiento, las estrategias de acción colectiva y las posiciones o líneas por las que transita quien investiga en un caso concreto. En el plano de las tecnologías psicosociales que buscan informar y organizar la acción, este trabajo se centra en el análisis de la idea de ‘intervención’ y de la perspectiva de la investigación-acción participante, como formas de concebir y actuar, desde la psicología, en distintos espacios sociales. El vínculo con estas tecnologías busca ser tenso y productivo, se interpela su constitución y también se imaginan alternativas y transformaciones.

El campo disciplinario de la intervención psicosocial y la perspectiva metodológica de la investigación-acción comparten una preocupación por la transformación activa y dirigida de condiciones y procesos sociales en escenarios concretos (Sánchez y Almeida, 2005; Ander-Egg, 1980). Mientras que la intervención psicosocial se centra en la aplicación de herramientas disciplinarias para el abordaje de situaciones específicas, la investigación-acción hace énfasis en la producción de conocimiento a partir de los procesos de acción colectiva, en un bucle recursivo en que estos aspectos se informan mutuamente. En ambos campos, el conocimiento psicosocial y la posición de experticia juegan un papel fundamental en el proceso de transformación. Una de las preocupaciones de este trabajo consiste en incidir en el conjunto de supuestos que habitan estas tradiciones y prácticas disciplinarias. Ello se realiza a través de la reflexión y la participación en una experiencia empírica de trabajo (investigación-acción) con actores sociales relacionados con la cuestión transgénero.

Al plantear el trabajo de esta manera, estoy situando la indagación en una vasta tradición que ha buscado reflexionar críticamente y replantear las prácticas de las ciencias psi desde una perspectiva política y social. El ánimo de criticar y repensar la psicología proviene tanto del interior como del exterior de la disciplina. Diferentes abordajes se han nutrido de recursos tan diversos como la fenomenología, el marxismo, el psicoanálisis, los enfoques históricos sobre psicología, el socioconstruccionismo, el post-estructuralismo, la lingüística, el feminismo, el activismo gay y lésbico, la sociología de la ciencia, los movimientos indigenistas, el poscolonialismo, las perspectivas participativas de investigación, el giro discursivo, la antipsiquiatría y la pedagogía radical. Este ánimo general que aglomera iniciativas diversas y podría agruparse vagamente bajo el rótulo paraguas de ‘psicología crítica’ comparte, de acuerdo con Parker (1999), algunas

sensibilidades o proyectos:

- a) Repensar críticamente los límites históricos y disciplinarios: busca estudiar cómo algunas variedades de la acción y la experiencia psicológica son más favorecidas que otras, cómo las explicaciones dominantes de la psicología operan al servicio del poder.
- b) Evidenciar las formas particulares en que la psicología construye su objeto de estudio: analiza las formas en que las variedades de psicología son construidas socio-históricamente, y cómo variedades alternativas de psicología pueden confirmar o resistir los supuestos de los modelos convencionales.
- c) Examinar las maneras en que la psicología penetra en el sentido común y naturaliza asunciones sobre la vida cotidiana: estudia las formas de vigilancia y autorregulación en la vida cotidiana, y las formas en que la cultura psicológica opera más allá de los límites de la práctica académica y profesional.

Más que enmarcar el trabajo de una vez por todas en esta categoría por demás imaginaria de ‘psicología crítica’, quiero hacer notar que la investigación comparte estas sensibilidades y se nutre de este ánimo de resistencia y reinención. Hablando desde aquí, interrogar el origen o la naturaleza de las tecnologías psicosociales de acción e intervención implica preguntar –más allá de qué son o en qué consisten- qué *hacen*, qué funciones desempeñan en contextos concretos, qué tipo de relaciones sociales construyen, cómo se inmiscuyen en la sociabilidad, qué responsabilidades tienen en la pérdida o la construcción de lazos sociales, en la inhibición o promoción de impulsos transformadores.

Una de las interpelaciones a las ciencias psi particularmente relevantes para este trabajo es la que proviene del feminismo (post-identitario), de los estudios LGBT y queer, y de los emergentes estudios transgénero (Stryker y Whittle, 2006). Algunas formas en que estos recursos pueden ayudarnos a replantear los conocimientos y prácticas psi son movilizadas y desarrolladas en distintos puntos de la tesis. Baste decir por ahora que las tecnologías psicosociales han tenido un papel muy activo en el gobierno y la regulación de la sexualidad y el género, en su normalización y (re)conducción en términos de los cánones culturales dominantes. Las diferencias de género y las preocupaciones sobre nuestros cuerpos y sobre las sexualidades de otras personas informan y constituyen la mirada psicosocial de tal manera que se reproducen patrones de exclusión, relaciones de poder, gestos que estigmatizan y patologizan, y que a menudo hacen juego con el sentido común psicológico y cotidiano (Brown, 1989; Burman, 1990). Las reflexiones hechas desde estos espacios nos permiten interrogar los abordajes psi con que comúnmente se entienden las identidades de género pero también ponen en juego vectores que pueden ser útiles para cuestionar y transformar las tecnologías psicosociales convencionales.

Este breve recorrido muestra la encrucijada en la que se encuentran las prácticas psicosociales y muestra la encrucijada por la que se interesa este trabajo. La investigación pretende dar cuenta de una experiencia de ‘involucramiento’ en el campo-tema de las identidades transgénero en Barcelona. Se propone reflexionar en torno a la manera en que algunas tecnologías psicosociales funcionan en el ámbito de la acción colectiva, a partir de un proyecto de investigación y acción interesado por la cuestión de las identidades trans. Se pregunta cómo determinados discursos y prácticas pueden funcionar para reproducir o transformar el orden social y, particularmente, el orden dominante de sexo/género.

En este trayecto he buscado interpelar críticamente el estatus patológico de las identidades transgénero y sugerir formas alternativas de aproximación psicosocial a las identidades no-normativas. La intención ha sido contribuir a cuestionar las prácticas semiótico-materiales que estigmatizan a las identidades trans, al tiempo que se genera una mirada reflexiva y transformadora con respecto a la propia mirada psicosocial y a la posición del investigador/interventor. El contacto con el desafío trans ha conducido a cuestionar y replantear el suelo desde donde estas identidades son dichas y son hechas. La interrogación transita en sentido contrario. La pregunta de fondo atañe al suelo desde donde la posición psicosocial piensa y actúa con otros actores, las líneas en que puede desplazarse, los léxicos distintos que puede generar y las relaciones diferentes que puede habitar o que puede ayudar a construir o en las que puede involucrarse.

### **Discurso, acción y materialidad: aproximaciones teórico-metodológicas**

A lo largo de esta investigación hay una preocupación transversal por la forma en que llamamos a las cosas, por el lenguaje en uso, por el juego que acontece entre los relatos disponibles en un contexto, por los nombres y las categorías, por las consecuencias materiales que estos bautizos y denominaciones tienen en la gente y en la organización del espacio social. Como sucede en todo trayecto, esta sensibilidad general ha sufrido modificaciones en el camino y dentro de sí contiene momentos y posiciones diversas y a veces en tensión. Más que un aparato epistemológico y metodológico monolítico y homogéneo, en este trayecto he utilizado distintos recursos a la manera de herramientas de una caja variopinta (evocando, una vez más, a Foucault); herramientas adoptadas en función de lo que permiten visibilizar y los planos que permiten abordar en torno a un problema determinado. Con todo, las herramientas utilizadas, a pesar de sus particularidades y diferencias, comparten una sensibilidad general que les enmarca y les conjuga en una aproximación común: el discurso como acción social, el discurso imbricado con la materialidad del mundo.

Esta aproximación tampoco es gratuita con respecto a la cuestión trans. Los problemas y los debates que se mueven al interior y en torno a la comunidad trans tienen mucho que ver

con categorías psicológicas, pronombres de género, menciones de sexualidad en los documentos oficiales, formas de narrarse, símbolos corporales, letreros en los baños, producción de neologismos y otra miríada de incrustaciones semiótico-materiales. El caso de las identidades trans evidencia con especial agudeza la forma en que las prácticas discursivas generan efectos materiales muy importantes (de inclusión o exclusión, de vida o muerte) para la experiencia concreta de las personas involucradas, pero también para la constitución de un entorno particular donde todas y todos nos movemos.

La disposición de las palabras compone ciertas lógicas. Es necesario que las palabras se acomoden en determinadas configuraciones, que unas vayan detrás de otras, que el predicado le ocurra a un sujeto, que se respeten los géneros de las cosas, los plurales y los singulares, etcétera. Esta lógica luego es misteriosamente coincidente con la lógica del mundo. El mundo parece regirse por la lógica con que el lenguaje le describe. Parece estar hecho de sujetos a los que les acontecen predicados, de géneros masculinos y femeninos, de plurales o singulares. Esta coincidencia parece tan vívida que en un arranque de formalismo se ha llegado a decir, en el sentido más grave de la expresión, que “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo” (Wittgenstein, 1921: § 5.6). La estructura de uno pareciera la lógica del otro. Pero la cuestión que nos incumbe no reside en las estructuras lógicas del lenguaje sino en su uso práctico, en la forma en que el lenguaje se emplea por la gente en ocasiones concretas en los escenarios mundanos de todos los días, y lo que se puede hacer con él. El significado de las palabras y el sentido de una enunciación están en su uso y no en ninguna lógica ideal o trascendental. Para entender algo de lo que el lenguaje dice y hace es necesario tener en cuenta elementos extralingüísticos que le condicionan, el contexto del texto, entidades que terminan por formar una unidad significativa (Levinson, 1983). Es posible que no haya más significado o más sentido que el que se produce localmente en cada ocasión, el que es *ocasionado*, incluso en aquellas ocasiones en que se quiere proponer una lógica trascendental. La cuestión clave es cómo hablamos, cómo aprendemos a hablar y para qué nos sirve hablar de esa manera.

Preguntarse por el sentido o el significado de una enunciación equivale a preguntarse cómo se usa y qué efectos tiene ahí donde es dicha. Desde este punto de vista, los fenómenos psicológicos son esencialmente interactivos y normativos, surgen en el espacio público de las convenciones y se movilizan en el ámbito de las razones y los argumentos. En lugar de representar procesos psicológicos preexistentes y subyacentes, el discurso psicológico los produce, los moviliza y los hace actuar en función de determinados contextos y objetivos (Potter y Edwards, 2001). En este sentido, la preocupación de este trabajo no es acerca de lo que el lenguaje *es* o representa sino acerca de lo que *hace*, los efectos o las cosas que produce en determinados contextos y cómo se articula con otros elementos para constituir los espacios que habitamos.

Hay diversas maneras en que puede decirse que el discurso es una forma de acción, que

decir algo es hacer algo, que discurso y acción se imbrican. Está por supuesto la distinción fundamental de los actos de habla, de acciones que son consumadas (sólo) a condición de producir la enunciación adecuada en el contexto adecuado, como ‘jurar’ o ‘apostar’. Quien promete o bautiza, por ejemplo, no está describiendo un estado de cosas ni está describiendo una acción, sino que la ejecuta al tiempo que la profiere. John Austin (1962) llamó *performativos* a este tipo de enunciaciones, y se impulsa así el reconocimiento de la naturaleza no sólo descriptiva y representacional sino realizativa y activa de todo lenguaje en el mundo social (Searle, 1990). Las palabras definen, categorizan, absuelven o condenan. Generan grupos y pertenencias, precisan relaciones, delimitan formas de identificación, confeccionan espacios de normalidad y anormalidad. El diagnóstico actúa en este sentido. Como se muestra en un momento de la tesis (artículo 1, La fabricación del TIS), las categorías diagnósticas y el acto de diagnosticar en el ámbito psicológico, no sólo clasifican y fijan determinadas expresiones y subjetividades (en este caso, de género) sino que además fabrican e inauguran clases, condiciones y formas de vida. Las taxonomías psiquiátricas y psicológicas declaran e implican distinciones y fronteras que luego se truecan en tipos naturales y que se sedimentan para formar las baldosas de las edificaciones por donde transitamos y los fluidos de los cuerpos que ocupamos.

Otra forma en que el discurso es una acción social reside en el hecho mismo de ‘tomar la palabra’, de constituirse como sujeto de enunciación, de dar cuenta sobre la propia posición y perspectiva, esto es, de participar en los juegos dialógicos en que se construyen nuestras formas de vida y, entre otras cosas, lo que asumimos como verdad y conocimiento. Para Paolo Virno (2005: 67), tomar la palabra constituye “el presupuesto oculto de todos los habituales enunciados performativos, eso que les permite realizar una u otra acción particular”. El discurso es siempre una intervención en un contexto determinado, tiene un carácter activo y participativo, una orientación argumentativa y persuasiva.

Siguiendo a Michael Billig (1991), aún los procesos psicológicos pueden entenderse como formas de posicionarse de una determinada manera en la arena social, como ejercicios retóricos. Billig hace notar, por ejemplo, que una persona que *piensa* es una persona que *debate*, involucrada en un argumento consigo misma o con otros. No se trata de una persona que piensa y después verbaliza lo que ha pensado en una discusión, sino que pensar es en sí mismo un argumento en continuo desarrollo, una ‘conversación silenciosa’. Pensar puede concebirse como argumentar, entre otras cosas, porque el hilo del pensamiento se va construyendo a partir de otros pensamientos, informaciones y posiciones, con los que éste entra en contacto o dialoga.

En este sentido, los conceptos y las palabras que utilizamos adquieren su sentido pleno en relación con un contexto argumentativo, las ideas y las opiniones de un individuo siempre están enmarcadas en un contexto más amplio de controversia social. El lenguaje y, particularmente, el lenguaje psicológico funcionan como tecnologías de intervención y

formas de argumentación en torno a la emergencia o la supresión de determinadas realidades. Tomar la palabra, producir discurso, hablar, es actuar también en el sentido de que implica asumir una postura, construir un lugar en un entramado de relaciones. Como ha hecho notar Teresa de Lauretis (1984), el argumento también es una confrontación, una lucha, una intervención política en instituciones y en la práctica de la vida diaria. El hecho de que la confrontación tenga un carácter discursivo –en el sentido de que el lenguaje y las metáforas están siempre incrustados en las prácticas de la vida cotidiana, donde al final reside el significado- está implícito en una de las metáforas clave del feminismo: lo personal es político.

Las narrativas, por ejemplo, son prácticas discursivas que estructuran, dan sentido y hacen inteligible la realidad a través de la movilización de versiones particulares (Kholer, 1993). En ellas se combina la posición encarnada y situada que enuncia y, al mismo tiempo, se recogen y se reconocen los referentes sociopolíticos macro-contextuales en que la narrativa participa. En un punto de esta investigación (artículo 2, Narrativas en torno al TIS) se exploran las narrativas de algunos actores sociales vinculados a la cuestión trans, narrativas que han sido co-producidas en el espacio metodológico propiciado por el investigador. Los relatos que los actores producen sobre sus propios cuerpos e identidades pueden pensarse en este sentido como intervenciones sociopolíticas en un régimen determinado de sexo-género. Estos relatos, por ejemplo, entran en forcejeos con las comprensiones académicas y especializadas del género y pueden reconfigurar comprensiones convencionales. La producción y movilización de estas narrativas puede pensarse como una intervención con respecto a un campo discursivo donde coexisten narraciones en tensión o antagonismo. Evocando el planteamiento de Lyotard (1984) podemos pensar que se interviene en un campo de juego donde se debaten y se influyen metanarrativas con un poder más totalizante y narrativas adyacentes más micro y contextualizadas.

El discurso también se imbrica con la acción en el sentido de que contribuye concebirla, a organizarla y a vehicularla. La acción y el discurso se remiten mutuamente de maneras íntimas y penetrantes. Las acciones van adquiriendo los cauces y los cursos de las figuras y metáforas con que se les refiere. Una metáfora permite entender un dominio de la experiencia en términos de otro, traspasa o contagia sus elementos constitutivos o sus lógicas internas estableciendo determinados sentidos y direcciones al dominio receptor (Lakoff y Johnson, 1986). Una cosa se percibe como si fuera la otra. Determinadas prácticas o actividades se estructuran y se organizan en términos de una imagen que proviene de otro contexto. Hay entonces una especie de apareamiento semiótico-material entre las acciones y los tropos que se les asocian. En otro momento de este trabajo (artículo 3, Cambiar metáforas en la Psicología Social de la acción pública) se presta atención sobre la forma en que determinadas figuras del léxico psicosocial contribuyen a definir y encauzar las prácticas de la disciplina en orientaciones particulares. En este sentido, la metáfora como forma discursiva no es propiamente una entidad referencial, una voz que

resulta de una operación previa, sino que es precisamente una acción, el traslado de un lugar a otro, una cópula activa que produce y sostiene lazos significativos y esquemas de acción.

En el recorrido también es retomada la noción de performatividad como es propuesta por Judith Butler (1990, 2001). Esta noción a su vez está emparentada con la indagación que Austin hiciera sobre los actos de habla y los enunciados performativos, aunque Butler recoge la reformulación derridiana que enfatiza la repetición y la iterabilidad: “La performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que logra su efecto mediante su naturalización en el contexto del cuerpo.” (Butler, 1990, p. 15). El acto performativo es el vehículo a través del cual los efectos ontológicos son establecidos; una acción hace resonar acciones pasadas y va imprimiendo poco a poco un efecto de frontera, va tejiendo una piel. La aproximación performativa permite considerar que el género es un hacer, un efecto sostenido y materializado por una norma en constante ejercicio regulador (por ejemplo, la heterosexualidad hegemónica). Pero esta norma regulatoria, sin embargo, no es absoluta ni tiene efectos totalizantes, sino que está expuesta a fugas y desplazamientos. La necesidad de la iteración implica también que la repetición puede fallar y se puede producir una recreación infiel. Esta grieta en la repetición deja un lugar a la resistencia y a la agencia transformadora. En cualquier caso, el duplo discurso-materialidad no funciona aquí como un oxímoron. Ambos están intrincados en la experiencia y en los objetos. No hay lugar entonces para un puente que separe o unifique una materialidad pre-dada y un lenguaje que se le aplica encima. Esta aproximación nos permite considerar los arreglos o composiciones semiótico-materiales y, al mismo tiempo, hacer un énfasis en el rol activo que juega el lenguaje en esta composición.

Así pues, en distintos planos y a través de diversas aproximaciones, este trabajo se interesa por la forma en que el discurso se articula con la acción y con la materialidad. Las aproximaciones teóricas y metodológicas que cohabitan esta investigación comparten la comprensión del lenguaje como productivo, constitutivo y performativo. Igualmente, aunque con distintos grados y matices, estas aproximaciones se alejan de la concepción de un sujeto soberano, dueño absoluto de su intencionalidad. Comparten también la sensibilidad de concebir el discurso como un aspecto central en la construcción de identidades generizadas, y de atender las relaciones de poder en estas constituciones. Finalmente, las diversas aproximaciones comparten también una sensibilidad no-fundacional que no busca ontologías y naturalezas fijas, últimas o definitivas. Esta sensibilidad permite cuestionar el estatus cosificado de las identidades y las relaciones, y les convoca a ser definidas en el terreno de las relaciones sociales, en la arena sociopolítica. El recorrido ha conducido a la idea, como se sugiere en diversos momentos de la tesis, de que el cuestionamiento de discursos instituidos, así como la producción y movilización de discursos alternativos, son formas de acción social que intervienen en un contexto determinado, son estrategias que producen conocimiento al tiempo que contribuyen a la

transformación de las condiciones semiótico-materiales de un problema. En este sentido, la tesis defiende que la problematización y la reformulación de discursos como una forma de investigación-acción.

Conviene decir que, aunque la investigación está centrada en el discurso como forma de acción social, no se desconocen los límites de este abordaje. La investigación se mueve al interior de la sensibilidad pragmática pero mantiene con ella también un lazo ambivalente y cauto. Asume la idea de que el conocimiento especializado o científico es una práctica social como cualquier otra y problematiza su privilegio epistemológico para evaluarle en términos de su funcionamiento social (Rorty, 1996). Rechaza la idea de una razón trascendental e inmune a la historicidad y a las vicisitudes humanas y también problematiza la realidad como una entidad independiente de nuestras prácticas. Sin embargo, se rehúye al pragmatismo ligero y (neo)liberal que, como ha señalado Tomás Ibáñez (2001), promueve un valor utilitarista donde, mientras la cosa “funcione”, cualquier otra consideración resulta superflua; un pragmatismo entendido de tal forma que “la utilidad agota el valor y colma la justificación”, donde el valor de algo está en su éxito porque “el éxito es el valor” (p. 143).

De igual forma, aunque el vector discursivo resulta vertebral para este trabajo, la posición que he buscado construir y habitar desconfía de lo que Brown y Stenner (2009) han llamado el ‘imperialismo lingüístico’ de algunas formas de análisis del discurso y de psicología discursiva. Sin bien aquello que consideramos lo psicológico, las identidades y las formas de acción no pueden ser pensados fuera de su constitución y mediación discursiva, lo cierto es que tampoco están reducidos al lenguaje de una vez por todas. Defender la centralidad del discurso por lo tanto no debe conducirnos inevitablemente a la omisión de la corporeidad o a la negligencia de otras formas de mediación. Elementos discursivos y no discursivos se involucran activamente en la composición de los espacios que habitamos. No está demás advertir entonces que no se pretende promulgar una especie de ‘monismo ontológico de carácter lingüístico’ donde la materialidad y la corporeidad terminan siendo disciplinadas por el idealismo discursivo (Pujol, Montenegro y Balasch, 2003). Al mirar las prácticas discursivas y sus efectos constituyentes no busco implicar que el problema en su totalidad sea meramente discursivo, aunque a lo largo de la tesis defenderé que en el problema particular que nos ocupa (la coyuntura entre las tecnologías psicosociales y las identidades transgénero), el plano discursivo ocupa un lugar predominante y resulta un aspecto clave del problema.

La relación entre discurso, acción y materialidad es además el paraguas con que se ha conformado el aparato metodológico: análisis del discurso a partir de la teoría de los actos de habla y de algunas propuestas de la psicología discursiva; las producciones narrativas; la metáfora como herramienta de discusión y análisis de las prácticas (técnicas que se describen en el cuerpo de la tesis). Estas herramientas reconocen de distintas maneras la interdependencia entre discurso y acción social, y concurren en esta investigación en

concomitancia con la aproximación teórica.

Por otro lado, el trabajo está concebido y organizado echando mano de la perspectiva de la investigación-acción participante (IAP). Aquí la IAP no se entiende como un método particular sino como una perspectiva o sensibilidad más amplia con respecto a la práctica de la investigación, una orientación en la manera de entender la tarea de investigar y los actores involucrados que puede acoger diversas técnicas metodológicas y ser compatible con diversos procedimientos (McNiff y Whitehead, 2006). Este trabajo comparte algunos aspectos importantes con la IAP, aunque la forma en que se ha incorporado no está libre de tensiones y ambivalencias. De esta perspectiva se retoma la concepción del ejercicio de investigar como una forma de acción que modifica aquello que es investigado. También comparte el impulso por generar conocimientos colectivos con el fin de transformar algún aspecto del orden social (Ander-Egg, 2003). La orientación hacia el cambio así como la localización y contextualización del conocimiento en problemas sociales concretos son aspectos de la IAP que han alimentado este trabajo.

Sin embargo, se han tenido en cuenta las críticas y problematizaciones que indican que esta perspectiva puede reproducir y maquillar las relaciones de poder en el ámbito de la producción de conocimiento de las que trata de escapar. Entre ellas se encuentra una cierta tendencia a reificar estados de ‘realidad social objetiva’, a mantener y reproducir la distinción entre especialistas y profanos (aunque de maneras menos tajantes), las recurrentes pretensiones de ‘concientización’ que hacen juego al gesto ilustrado, y su presencia en programas oficiales como dispositivo metodológico útil para legitimar decisiones tomadas desde posiciones de poder (Parker, 2010; Montenegro, 2001). De esta manera, si bien algunos aspectos teórico-metodológicos de esta perspectiva han informado el desarrollo y el planteamiento de esta investigación, la IAP como tecnología de intervención ha formado también objeto de reflexión y cuestionamiento en el transcurso de esta experiencia. Puede decirse que la investigación ha sido un espacio para interrogar críticamente sus propias prácticas investigativas, incluyendo el marco metodológico de la intervención social y de la investigación-acción.

Esta tarea se ha realizado asumiendo la idea de que el conocimiento es situado. La noción de conocimiento situado (Haraway, 1991), que también se discute en el cuerpo de la tesis, insiste en que todo conocimiento se produce desde unas coordenadas semióticas y materiales específicas, y dichas coordenadas marcan y confieren posibilidad y sentido al conocimiento producido. Como han señalado Montenegro y Pujol (2003), esta noción permite superar la fangosa dicotomía entre un objetivismo reificante y un relativismo paralizante, y otorga una perspectiva para fundamentar la acción social y política que a su vez reconoce su propia parcialidad y contingencia. Decir que parto de la perspectiva del conocimiento situado significa también reconocer mi papel de investigador interesado en ciertos problemas sociales (y no otros), y localizado en un contexto concreto y

problemático. Significa también que me aproximo al caso de estudio no sólo con un interés académico sino también con un interés político, en el sentido de que la indagación se preocupa por las relaciones de poder y dominación que se entretienen en el particular orden de las identidades y prácticas del sexo/género. Asumo entonces mi perspectiva ‘comprometida’ con una de las partes del debate, y mi intención, ingenua o suficiente, de participar en dicho debate.

Es importante señalar, además, que al hablar de la cuestión trans no busco apuntar a un colectivo homogéneo o a un grupo claramente definido. Aquello que llamamos el colectivo transgénero no es una sola cosa y, ciertamente, la experiencia de investigación no se refiere a una organización en particular ni a un sector bien delimitado. Por el contrario, los actores y los ámbitos sociales de los que esta investigación forma parte tienen fronteras difusas y dinámicas. Aquí resulta útil la idea de Latour (2005) según la cual “no hay grupos, sólo formación de grupos”. Si bien la aproximación psicosocial convencional a la investigación y a la intervención pasa por definir y caracterizar a priori el grupo o colectivo blanco, como si de una cosa dada se tratara, es posible también aproximarse a los grupos no como colectivos bien definidos, sino como ensamblajes temporales y en constante reconstitución. En palabras de Latour (2005:48) “estar relacionado con un grupo u otro es un proceso continuo hecho de vínculos inciertos, frágiles, controversiales y, sin embargo, permanente”.

Por tanto, no se pretende homogeneizar bajo una categoría grupal un conjunto de experiencias, identidades, grupos, personas y vidas diversas en constante movimiento. Los actores sociales con los que me he relacionado contribuyen a constituir lo que, siguiendo a Spink (2007), llamaremos un campo-tema, un contexto de investigación conformado por múltiples actores y relaciones (locales y globales) en constante movimiento que constituyen un panorama social, que forman el fenómeno que nos interesa. Para Spink (2007),

“formar parte de un campo-tema no es un fin de semana de observación participante en un lugar exótico, sino al contrario, es la convicción ético-política, como psicólogos sociales, que estamos en el campo-tema porque pensamos que las palabras que componen la idea dan una contribución. Que ayudan a redescubrir las cuestiones de un modo que es colectivamente útil y que pensamos tener, como psicólogos sociales, algo para contribuir.” (p. 569)

De esta manera, la experiencia de investigación no ha consistido en desplazarse al campo y observarlo como si de una localización delimitada o un grupo bien demarcado se tratara - menos aún cuando las identidades trans rehúyen de definiciones estáticas y valoran la movilización-, sino que emerge de diálogos cotidianos en torno a un asunto de interés común. Por consiguiente, mi posición no es la de pertenencia (la de haberme convertido en ‘parte de la comunidad’) sino la del involucramiento, la generación de relaciones significativas con el campo-tema y vínculos de alianza y cooperación con grupos y personas involucradas.

Mi aspiración ha sido participar en una experiencia de investigación singular para explorar lo que, en las palabras coloridas de Pablo Fernández Christlieb (1994), podríamos llamar ‘epistemología del encantamiento’. El encantamiento se refiere a la visión de un mundo animado. La investigación psicosocial no se relaciona con este mundo para otorgarle razón sino para discutir con él y construir razones en conjunto. Ésta es una suerte de epistemología que la cotidianeidad utiliza con inaudita naturalidad para entenderse y comprender, para tener algo en común, para ubicarse colectivamente en un proyecto de realidad, aunque sea en planos distintos. En cierto modo, este trabajo atiende a la difusa necesidad de ir en busca de la experiencia de investigación y conocimiento donde sujeto y objeto se conjugan (no necesariamente se igualan), donde llegan a formar parte de un sopa indivisa. No se trata de una fusión o confusión entre uno y otro sino de la búsqueda y el reconocimiento de la afectación mutua, del establecimiento de una relación que otorga inteligibilidad mutua; he querido dialogar para dar lugar a deseos colectivos, esto es, para construir un conjunto nuevo que es aquello que investiga y aquello que es investigado, que hace y que es hecho: territorio de contagios y aprendizajes, viento que mueve los molinos.

### **Algunas claves para leer esta tesis**

Ofrecer claves para leer una tesis puede parecer en principio sospechoso. Una tesis debería poder leerse por sí misma, y mi intención es que esta tesis lo consiga. Sin embargo, la tesis está armada bajo la modalidad peculiar de ‘compendio de publicaciones’ y por ello su organización difiere un tanto del formato convencional. Considero entonces que no está de más dejar un par de notas sobre la organización de la tesis y sobre la forma en que ha sido pensada y proyectada.

He descrito insistentemente este trabajo como un trayecto, un tránsito, un itinerario, un recorrido particular por un campo-tema. Esto no quiere decir que se cuente la historia o el relato de lo sucedido *a posteriori*, sino que se muestran los rastros o las huellas del recorrido. Los artículos/capítulos que componen la tesis son momentos en un proceso. Los textos muestran los pasos y las rutas que se han seguido en un transcurso que aún continúa. Considero pues que este trabajo enfatiza el proceso, las etapas o estaciones por las que se han pasado en relación con un tema y sus enseñanzas particulares y parciales.

Usualmente una tesis construye un argumento lineal, ensambla y estabiliza los diferentes recursos y momentos en función del despliegue de una idea. En este caso, el trabajo no prioriza un punto final de arribo o el establecimiento de una conclusión estelar. Por el contrario, cada artículo/capítulo ofrece un desenlace propio, un destino particular en la geografía de la investigación. Aunque comparten un mismo campo de indagación, cada texto tiene de alguna manera un interés propio, desarrolla su propio argumento. A su vez, la intención es que el conjunto de textos pueda articularse en una unidad general que muestre un recorrido significativo, que dé cuenta de una experiencia de investigación y de la

construcción de una posición particular en el entramado. En lugar de pensar la tesis como un pergamino que se va desenvolviendo de arriba hacia abajo o de atrás para adelante, desarrollando un hilo argumental monódico, he buscado pensarle como un mosaico, un trabajo compuesto por piezas y elementos que se combinan para formar un panorama.

Hay que tener en cuenta, por otro lado, que los artículos que componen esta tesis están publicados en diversas revistas y obedecen a los criterios de publicación de estas revistas. A cambio, considero importante que los textos hayan entrado en la arena social y participen en los debates que les conciernen. Ésta es una de las dimensiones activas que defiende de esta investigación. Al estar publicados en plataformas académicas, los textos han sido pensados para entrar en contacto con diversos interlocutores. Una audiencia que he tenido asiduamente en la mira ha sido –por motivos teóricos y políticos– la de la investigación psicosocial más convencional. Es en contrapunto con esta tradición que construyo mi posición y que la transformación a la que aspira este trabajo cobra sentido.

Los textos se presentan en orden cronológico, siguiendo la secuencia con la que han sido escritos (no necesariamente publicados). Si bien cada uno puede leerse de manera independiente y el orden no debería trastocar el horizonte general, considero que presentarlos cronológicamente puede ofrecer una idea de la forma en que el trabajo ha ido evolucionando y los diferentes énfasis que se han hecho en el recorrido. La primera estación del itinerario pone en cuestión las categorías psi. El artículo busca evidenciar y problematizar los efectos patologizantes y normativos de la categoría diagnóstica del ‘trastorno de identidad sexual’ contenida en el DSM-IV. Ello se hace utilizando herramientas del análisis del discurso a partir de la teoría de los actos de habla (Austin, 1962; Searle, 1990) y de algunas contribuciones de la psicología discursiva (Potter y Wetherell, 1987).

El segundo destino entra en diálogo con las voces trans y con los actores implicados en la cuestión. Este capítulo explora las narrativas co-producidas con diversos actores relacionados con la cuestión trans en Barcelona. Se utiliza la metodología de las Producciones Narrativas de acuerdo con Balasch y Montenegro (2003), y se busca rescatar la forma en que las narrativas situadas convocan, dialogan con y desafían algunas narrativas instituidas y dominantes sobre la identidad de género: el paradigma biomédico y la teoría queer. La siguiente parada busca cuestionar la manera convencional de concebir el quehacer psicosocial en los escenarios sociales en que participa. El artículo 3 analiza y problematiza la noción de ‘intervención psicosocial’ utilizando la metáfora como una herramienta que estructura la acción y las prácticas involucradas en la intervención. Siguiendo la lógica metafórica, se sugiere una metáfora que puede contribuir a re-pensar las prácticas psicosociales: la del ‘involucramiento’. Aunque este texto no hace referencia explícita a la cuestión de las identidades trans, las reflexiones que ahí se plasman surgen en el marco de y están inspiradas por este recorrido de investigación y acción.

Finalmente, el artículo 4 es un artículo relativo a la forma en que el contacto con las identidades trans y los desafíos que estas plantean pueden contribuir a replantear la manera en que la mirada psicosocial concibe el sexo/género como una característica de lo humano. Este texto busca hacer eco de los capítulos anteriores e integrar de alguna manera las enseñanzas y reflexiones obtenidas en las estaciones previas. Este artículo intenta entonces plantear una mirada reflexiva y ánimo integrador con respecto a lo que, al menos hasta el momento, ha sido el recorrido. Hay que hacer notar que, a lo largo del proceso y en la medida en que los textos se fueron produciendo, se ha hecho el intento de que las partes se consideraran y se remitieran progresivamente unas a otras y fueran apuntando, al menos parcialmente, hacia la construcción de una sensibilidad, un lenguaje, una posición compartida y distribuida.

La palabra tesis remite etimológicamente a la idea de conclusión, de resolución o proposición fundamentada. Este trabajo aspira menos al gesto conclusivo y a la proposición cerrada, y más a construir una comprensión orgánica de la multiplicidad y variabilidad de un camino hecho ya de algunos años irreductibles de preguntar, de aprender, de militar, de hacer y de vivir. El trabajo es, como se ha dicho, una versión parcial de esta singladura. Ha cumplido –eso sí– con la pretensión que, según Eco (1982), debe tener todo trabajo de tesis: la de ser un trayecto divertido, desafiante, un producto en que (como en el caso del porcino sacrificado) todo tiene algún provecho. Espero que algo de esta experiencia inabarcable, que me ha transformado en tantos sentidos, resulte de utilidad para otras búsquedas.

### Referencias bibliográficas

- Ander-Egg, Ezequiel (2003) *Re-pensando la investigación acción participativa*. Vitoria: Lumen.
- Ander-Egg, Ezequiel (2006). *Metodologías de acción social*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Austin, John L. (1962) (1998) *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Billig, Michael (1991) *Arguing and thinking: a rhetorical approach to social psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Brown, L. S. (1989). New voices, new visions: toward a lesbian/gay paradigm for psychology. *Psychology of Women Quarterly*, 13, pp. 445-458.
- Brown, Steve D. y Stenner, Paul (2009) *Psychology without foundations: History, philosophy and psychosocial theory*. London: Sage.
- Burman, E. (ed.) (1990). *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.
- Butler, Judith (1990/2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. México: Paidós.
- Butler, Judith (2001) *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Carballeda, Alfredo J. M. (2008) *Los cuerpos fragmentados. La intervención en lo social en los escenarios de la exclusión y el desencanto*. Buenos Aires: Paidós.
- Christians, C. G. (2000). Ethics and politics in qualitative inquiry. In N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research*. London: Sage.

- Danziger, Kurt (1997a). *Naming the mind: How psychology found its language*. London: Sage.
- Danziger, Kurt (1994). *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge University Press.
- De Lauretis, Teresa, 1984, *Alíce Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema*, Bloomington, Indiana University Press.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1973) *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós [1998]
- Deleuze, Gilles (1996) "Post – scriptum sobre las sociedades de control". En *Conversaciones*. Pre –Textos: Valencia, 1996.
- Dreyfus, Herbert L. y Rabinow, Paul. (1982). *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eco, Humberto (1982) *Cómo hacer una tesis*. México: Trillas.
- Fals Borda, O. and Rahman, M. A. (1991). *Action and Knowledge: Breaking the Monopoly with Participatory Action Research*. New York: Apex Press.
- Fernández, Pablo (1994), *La Psicología Colectiva : Un Fin de siglo más tarde* , Barcelona: Anthropos.
- Fernández-Christlieb, Pablo (2004) *El espíritu de la calle. Psicología política de la cultura cotidiana*. Rubí (Barcelona): Anthropos.
- Foucault, M. (1975/2002) *Vigilar y Castigar. El Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1988). *Technologies of the self*. London: Tavistock Publications.
- Hale, Jacob (1997a) 'Suggested Rules for Non-transsexuals Writing about Transsexuals, Transsexuality, Transsexualism or Trans-' URL (accessed 5 January 1997): <http://www.sandystone.com/hale.rules.htm>
- Haraway, Donna J. (1991) *Simios, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hardy, Thomas (1996) *Historia de la psicología. Corrientes principales del pensamiento psicológico*. Madrid: Debate.
- Hook, D. (2003). Analogues of power: Reading psychotherapy through the sovereignty-discipline-government complex. *Theory and Psychology*, 15, 605–628.
- Hook, Derek (2007) *Foucault, Psychology and the Analytics of Power: Critical theory and practice in psychology and the human sciences*. New York: Palgrave MacMillan.
- Ibañez, Tomás (2001) *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Gedisa.
- Ingleby, D. (1985). Professionals as socializers: The 'psy complex'. *Research in Law, Deviance and Social Control*, 7, 79–109.
- Levinson, Stephen C. (1983) *Pragmática*. Barcelona: Teide. [1989]
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1986/2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del Actor-Red*. Buenos Aires: Manantial. [2008]
- Gordo-López, Ángel J. y Parker, Ian (1999) *Cyberpsychology*. New York: Routledge.
- Liotard, J-F. (1984). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Kholer, Catherine (1993) *Narrative analysis*. California: Sage.
- Martín-Baró, Ignacio (1998) *Psicología de la liberación*. Valladolid: Ed. Trotta.
- McNiff, Jean y Whitehead, Jack (2006) *All you need to know about action research*. London: Sage.
- Miller, Peter y Rose, Nikolas (2008) *Governing the present: Administering economic, social and personal life*. Cambridge: Polity Press.

- Montero, Maritza (2003) *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: la tensión entre comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Montenegro, Marisela (2001) *Conocimientos, agentes y articulaciones: Una mirada situada a la intervención social*. Tesis doctoral: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Parker, Ian (2009) ‘Psicología crítica: ¿Qué es y qué no es?’ [‘Critical psychology: What it is and what it is not’], *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 8, pp. 139-159.
- Parker, Ian (2010). *La psicología como ideología. Contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Pujol, Joan; Montenegro, Marisela y Balasch, Marcel (2003) “Los límites de la metáfora lingüística: Implicaciones de una perspectiva corporeizada para la práctica investigadora e interventora”. *Política y Sociedad*, 40 (1), 57-70.
- Potter, Jonathan & Wetherell, Margaret (1987). *Discourse and Social Psychology*. London: Sage.
- Potter, Jonathan & Edwards, Derek (2001). *Discursive social psychology*. En Peter & Robinson Howard Giles (Ed.) *The New Handbook of Language and Social Psychology*. Chichester: John Wiley and Sons.
- Rorty, Richard (1996). *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós.
- Rose, Nikolas (1990). *Governing the soul: The shaping of the private self*. London: Routledg.
- Rose, Nikolas (1985). *The Psychological Complex: Psychology, Politics and Society in England 1869–1939*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Rose, Nikolas (1979). The psychological complex: Mental measurement and social administration. *Ideology and Consciousness*. 5, 5-68
- Rose, Nikolas (1996). *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Sánchez, Ma. Eugenia y Almeida, Eduardo (2005) *Las veredas de la incertidumbre: Relaciones interculturales y supervivencia digna*. Puebla: Universidad Iberoamericana. Searle, John (1990) *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- Sennett, Richard (2009) *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Spink, Peter (2007) “Replanteando la investigación de campo: relatos y lugares”. *FERMENTUM* 17, 50, pp. 561-574
- Spink, Peter (2005) *Rethinking field research: accounts and places*. *Athenea Digital*, 8, x-x. Disponible en [http://antalya.uab.es/athenea/num8/Sspink\\_en.pdf](http://antalya.uab.es/athenea/num8/Sspink_en.pdf)
- Stryker, Susan y Whittle, Stephen (2006) (Eds.) *The Transgender Reader* (pp. 1 – 16). Routledge: New York.
- Virno, Paolo (2005) *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Williams, Raymond (1978). *Marxism and literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Wittgenstein, Ludwig (1921/2000) *Tractatus logico-philosophicus*. Introducción y traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Madrid: Alianza Editorial.

## **2. LA FABRICACIÓN DEL TRASTORNO DE IDENTIDAD SEXUAL: ESTRATEGIAS DISCURSIVAS EN LA PATOLOGIZACIÓN DE LA TRANSEXUALIDAD**





DISCURSO

& SOCIEDAD

Copyright © 2010  
ISSN 1887-4606  
Vol. 4(1) 30-51  
www.dissoc.org

---

*Artículo*

---

**La fabricación del Trastorno de Identidad  
Sexual:  
Estrategias discursivas en la patologización de  
la transexualidad**

*Antar Martínez-Guzmán*  
Universitat Autònoma de Barcelona  
Universidad de Colima

*Lupicinio Íñiguez-Rueda*  
Universitat Autònoma de Barcelona

## Resumen

*Actualmente, la transexualidad es considerada una patología psiquiátrica. Esta consideración está establecida a través de la categoría de Trastorno de Identidad Sexual (TIS), que consta en el Manual Diagnóstico y Estadístico de Enfermedades Mentales, en su cuarta versión (DSM-IV), publicado por la American Psychiatric Association (APA). Este manual es una referencia internacional muy importante para la práctica de distintos profesionales de la salud y para la creación y distribución de servicios, clasificaciones y protocolos para las personas transexuales. En este trabajo analizamos las estrategias discursivas que operan para establecer la categoría del TIS como un objeto en el ámbito de la salud mental, y para conferirle un estatus de 'factualidad'. El análisis consiste en la identificación y discusión de actos de habla, implicaturas y otras estrategias retóricas para la 'construcción de hechos' en el texto correspondiente al TIS del DSM-IV. Argumentamos que la categoría funciona como un acto fundacional para 'patologizar' las identidades que no se ajustan al sistema dominante de género, al tiempo que se presenta como meramente descriptiva de una 'desviación' objetiva y externa.*

**Palabras clave:** *Trastorno de Identidad Sexual, transexualidad, discurso psiquiátrico, DSM-IV, transgénero*

## Abstract

*At present, transsexuality is considered a psychiatric pathology. This consideration is established through the Gender Identity Disorder (GID) category, which appears on the Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, in its fourth version (DSM-IV), published by the American Psychiatric Association (APA). This manual is an important international reference for health-related practitioners and for the creation and distribution of services, classifications and protocols for transsexual people. This paper analyses the discursive strategies that operate to establish the GID category as an object of mental health, and to confer it a 'factuality' status. The analysis consists on the identification and discussion of speech acts, implicatures, and other rhetorical strategies for 'fact construction' in the text pertaining to the TIS on the DSM-IV. We argue that GID category operates as a foundational act to 'pathologize' identities that do not conform to the dominant gender system, while at the same time it is presented as a mere description of an objective and external 'deviation'.*

**Keywords:** *Gender Identity Disorder, transsexuality, psychiatric discourse, DSM-IV, transgender*

## Introducción

Para la psiquiatría, la transexualidad es considerada una expresión patológica de la sexualidad y el género. Este gesto es registrado y cristalizado en la categoría diagnóstica del Trastorno de Identidad Sexual (TIS) que consta en el Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales (DSM-IV), publicado por la American Psychological Association (APA, 1994).

A pesar de que este término tiene numerosos usos y matices, para fines de este trabajo entenderemos que *transexual* es “aquella persona que interfiere en su cuerpo a nivel hormonal y/o quirúrgico con el fin de convertirse en un sexo diferente” (Soley-Beltran, 2009, p. 265) y de adoptar el rol de género asignado para dicho sexo. Advertimos que esta definición debe entenderse como una definición de trabajo, parcial, que no pretende abarcar la heterogeneidad de expresiones genéricas que subyacen a este término. En contraste con términos como *transgénero* o *trans*<sup>1</sup>, que evocan un conjunto de identidades dinámicas que no se ajustan a las categorías dominantes del género, la palabra transexual está afiliada o emparentada con el léxico psiquiátrico<sup>2</sup>.

Se ha argumentado que la transexualidad es una expresión o una práctica problemática para los cánones de sexo y género instituidos por el sistema patriarcal dominante, porque socava la asunción de que el género es el correlato social que corresponde de manera natural a un cuerpo sexuado y que, además, éste le determina como un atributo fijo, esencial y dicotómico (Bornstein, 1994; Stone, 1991; Stryker, 2006). Esta triple asunción presupone que el género –siempre en relación a un cuerpo con determinadas características sexuales–: a) es un atributo personal estable y coherente a través del tiempo y de los escenarios sociales; b) es una suerte de fenómeno natural que existe con independencia de las categorías y los discursos que dan cuenta de él; y c) debe comprenderse fundamentándose en el reconocimiento de dicotomías como *naturaleza – cultura*, *sexo – género* y *hombre – mujer*, dicotomías que, por otro lado, están intrínsecamente relacionadas entre sí (Bornstein, 1994; Butler, 1999, 2004; Haraway, 1995, 1997; Latour, 1993; Wittig, 2006). Este sistema de inteligibilidad sobre el género favorece que las prácticas de tránsito entre cuerpos e identidades a las que la transexualidad se refiere –que implican movimiento, construcción y transposición de categorías de identidad– sean consideradas una expresión marginal que no cumple con los requisitos de una ‘sexualidad cabal’ y que, por consiguiente, puedan ser catalogadas como una desviación o disfunción. Para abordar este problema desde una mirada crítica, asumimos el carácter pragmático y performativo del lenguaje. El discurso científico, y en este caso el discurso psiquiátrico, no sólo describe sino que produce los objetos

sobre los que habla (Íñiguez, 2006). Mientras que en la ciencia instituida el lenguaje es concebido como un medio meramente descriptivo, transparente y neutral, que sencillamente ‘refleja’ la realidad (Tuffin, 2005), el desplazamiento hacia una perspectiva discursiva concibe al lenguaje como constitutivo, dinámico y activamente involucrado en la construcción de la realidad.

A partir de este marco referencial, buscamos indagar en los mecanismos discursivos que constituyen el Trastorno de Identidad Sexual. El objetivo consiste en identificar *actos de habla* (Austin, 1971; Searle, 1990), implicaturas (Grice, 1975) y otras estrategias para la construcción de ‘reportes factuales’ (Garfinkel, 2006; Coulon, 1987; Edwards y Potter, 1992) que están presentes en la producción de esta categoría diagnóstica. El texto en que centramos nuestra atención es el fragmento relativo al TIS contenido en el DSM-IV (APA, 1994). El análisis de este texto resulta especialmente relevante porque la categoría en cuestión funciona, como argumentaremos, como un referente inaugural, a partir del cual se desarrolla el discurso relativo al TIS y a la transexualidad como fenómeno médico.

En el cuerpo de este trabajo, en primer lugar, situamos y contextualizamos brevemente la categoría psiquiátrica del TIS y el DSM como documento referencial de la salud mental. Posteriormente, abordamos las directrices teórico-metodológicas que guían este trabajo: exponemos la perspectiva que asumimos con respecto a los vínculos que existen entre lenguaje y género, y mencionamos los mecanismos discursivos que pretendemos identificar. Finalmente, analizamos y discutimos aquellos dispositivos discursivos que consideramos que constituyen o producen el TIS.

Esta investigación se enmarca en una tradición de estudios del discurso que busca dar cuenta de la capacidad del discurso científico para la producción y la regulación del género y de las identidades (Butler, 1990; Foucault, 1976; Harding, 1996; Sedgwick, 1998). En este sentido, nos situamos en una posición crítica con respecto al discurso psiquiátrico en torno a la transexualidad y a la naturalización u objetivación de las categorías diagnósticas.

### **El DSM-IV y el TIS**

El Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales es una publicación de la American Psychiatric Association (APA) donde se alistan las diferentes categorías de trastornos mentales y los criterios necesarios para diagnosticarlos. Es considerado el texto con mayor autoridad académica y profesional en las sociedades occidentales en lo que respecta a la promulgación, clasificación y diagnosis de trastornos mentales. La

centralidad de este documento representa lo que se ha llamado la 'jurisdicción clínica' de la psiquiatría (Wilson, 1993; Crowe, 2000).

La intención explícita del DSM-IV es la de "proporcionar una guía útil para la práctica clínica. Mediante la brevedad y concisión en los criterios, la claridad de expresión y la manifestación explícita de las hipótesis contenidas en los criterios diagnósticos, se espera que este manual sea práctico y de utilidad para los clínicos" (APA, 1994, p. XV). Esta guía es el marco de referencia usado por profesionales de la salud mental, médicos, investigadores, interventores sociales y legisladores alrededor del mundo. Además, se afirma que "debe poder usarse en diferentes situaciones: pacientes ingresados, pacientes ambulatorios, hospital de día, psiquiatría de enlace, consulta privada y asistencia primaria. Se trata también de un instrumento necesario para poder llevar a cabo y dar a conocer estudios estadísticos sobre salud pública" (APA, 1994, p. XVI).

La nomenclatura contenida en el DSM-IV, particularmente las clasificaciones relativas a los trastornos sexuales y de la identidad, nos sugiere aquel movimiento hacia la producción de un conocimiento disciplinario sobre el cuerpo y su vivencia subjetiva documentado por Foucault (1975, 1976, 2005). En lo que se refiere a la sexualidad, este movimiento implica entenderla como un objeto médico, producida por una serie de dispositivos discursivos que inauguran un 'juego de verdad y falsedad' en torno a las prácticas y expresiones sexuales, determinando los parámetros de la normalidad y de la desviación. En este sentido, el DSM-IV contribuye a la construcción de la normalidad, en tanto que los trastornos mentales pueden ser leídos como productos del significado establecido por los discursos (Crowe, 2000).

El Trastorno de Identidad Sexual figura en el DSM-IV (APA, 1994), en el apartado de *Trastornos sexuales y de la identidad sexual*, que además agrupa las disfunciones sexuales (como dispareunia y el deseo sexual hipoactivo) y las parafilias (exhibicionismo, pedofilia, fetichismo, entre otras).

En 1980 la transexualidad fue incluida en la taxonomía del DSM. La obra de Harry Benjamin (1966), *The transsexual phenomenon*, sentó las bases para el abordaje clínico de la transexualidad, a partir de la sistematización y exposición de un serie de estudios con personas transexuales. Al caracterizar la transexualidad, Benjamin (1966) escribió:

El transexual hombre o mujer se siente profundamente infeliz como miembro del sexo (o género) que le fue asignado de acuerdo con la estructura anatómica del cuerpo, particularmente los genitales. Para evitar malentendidos: esto no tiene nada que ver con el hermafroditismo. El transexual es físicamente normal (aunque ocasionalmente con pobre desarrollo). Estas personas pueden apaciguar en cierta medida su infelicidad vistiéndose con las ropas del sexo opuesto es decir,

travistiéndose [...] Pero mientras que “vestirse” satisface al verdadero travesti (quien está contento con su sexo morfológico), esto es sólo una ayuda incidental, parcial y pasajera para el transexual. Los verdaderos transexuales sienten que pertenecen al otro sexo, quieren ser y funcionar como miembro del sexo opuesto, no sólo aparentarlo.

Para ellos, sus órganos sexuales [...] son deformidades repugnantes que tienen que ser cambiados por el bisturí del cirujano. Esta actitud parece ser la clave para el diagnóstico diferencial entre los dos síndromes (conjunto de síntomas) -travestismo y transexualismo. (p. 12)<sup>3</sup>

A partir de que la transexualidad se incorpora al DSM, su estatuto se ha venido modificando y re-ajustando hasta constituirse en lo que conocemos hoy como Trastorno de Identidad Sexual: en el DSM-III los trastornos de la identidad sexual se incluyeron dentro de los trastornos psicosexuales, junto con las disfunciones sexuales y las parafilias, y se dividieron en dos categorías (transexualismo y el trastorno sexual en la infancia). Luego, en el DSM-III-R, se situaron en el apartado de los trastornos que suelen aparecer en la niñez, la infancia o la adolescencia, a la vez que se añadió una tercera categoría: el trastorno de identidad sexual en la adolescencia o la edad adulta, de tipo no transexual. Finalmente, el DSM-IV agrupa todos estos trastornos en una sola categoría para todas las edades, el TIS, que está al mismo nivel que otros trastornos mayores (Vallejo, 2005).

Actualmente existe una controversia pública y académica intensa con respecto a esta categoría. Algunos grupos y autoras/es feministas, *queer* y transgénero cuestionan la patologización de la transexualidad y ven en las vidas transexuales una potencialidad para desafiar y subvertir el orden heteronormativo que prescribe y legitima ciertas expresiones del género mientras que deslegitima y ‘patologiza’ otras (Bornstein, 1994; Butler, 1999; Hallberstam, 1998). Por otra parte, otros colectivos y autoras/es advierten sobre la necesidad de mantener y utilizar estratégicamente la categoría del TIS con el fin de obtener derechos y beneficios para una comunidad que ha sido tradicionalmente marginada (O’Hartigan, 1997). Más aún, hay quienes se oponen a la desarticulación de la noción de transexualidad, argumentando que dicha desmantelamiento es deseable para una comunidad que pugna por una agenda política transgénero y *queer*, pero que deja de lado los intereses y las agendas de un gran número de personas que se asumen como transexuales y que reivindican la posibilidad de recurrir legítimamente a las categorías de *hombre* y *mujer* (Elliot, 2009; Namaste, 2005).

Estas controversias y los análisis en torno al TIS –discusión a la que pretendemos contribuir- resultan especialmente pertinentes de cara a la revisión que actualmente se hace del DSM, para la publicación de la nueva versión (DSM-V) en 2012. Las reflexiones en torno a la existencia, función

y naturaleza de esta categoría no son baladíes. En concordancia con la perspectiva que aborda el discurso como una práctica social, en el TIS se ponen en juego formas de construcción de la identidad, espacios para la vivencia personal del género y modos de relación social. Nuestra contribución al tema consiste en evidenciar los mecanismos discursivos que conforman el TIS ‘desde dentro’ y que facilitan que la categoría sea considerada como un criterio diagnóstico objetivo, natural y con autoridad epistemológica.

### **Engarce género-discurso: enmarcaciones teórico-metodológicas**

Son múltiples y heterogéneas las perspectivas teóricas que han reflexionado sobre la relación que existe entre género y discurso. No es menester de este trabajo hacer un recorrido exhaustivo o dar cuenta de los variados matices que pueblan este campo de indagación. Nos limitaremos a esbozar los referentes teóricos y metodológicos que guían este trabajo y que pueden ubicarse en un sector muy específico de los estudios sobre género y discurso.

En primer lugar, hay que hacer notar que la mayoría de los estudios discursivos y lingüísticos que han abordado el género centran su atención en la expresión y constitución de las diferencias entre las dos identidades normativas: hombre y mujer (Cameron, 1998; Lakoff, 1972, 1975; Penelope, 1990; Spender, 1980; Tannen, 1990). En términos generales, puede decirse que los estudios del discurso relativos al género han dedicado su mayor esfuerzo –y justificadamente- a documentar y evidenciar los mecanismos discursivos que instituyen diferencias y establecen lógicas de dominación masculina y perpetuación de la desigualdad de género (Eckert y McConnell-Ginet, 2003).

Sin embargo, mucha menos atención han recibido las identidades transexuales, transgénero o que no pueden subsumirse a las categorías de género instituidas. Más aún, una buena parte del trabajo que ha abordado las identidades no-normativas o las ‘identidades en tránsito’ ha sido de naturaleza primordialmente teórica. El análisis empírico, desde perspectivas discursivas, sobre la cuestión de la transexualidad es escaso, y esto nos advierte sobre la necesidad de enriquecer los estudios al respecto. Este trabajo pretende contribuir a dicha tarea y, para hacerlo, emprendemos nuestro camino situándonos en un marco teórico que ha reflexionado críticamente sobre la compleja articulación discurso-género y sus consecuencias políticas.

La idea fundamental que informa nuestro análisis es que el discurso juega un papel central en la construcción de ‘identidades generizadas’. Más

aún, podríamos decir que el discurso no está separado de la identidad de género de manera que lo primero pueda determinar y constreñir lo segundo. Por el contrario, “el género está ‘endógenamente’ producido *en y a través* del discurso como práctica social” (McIlvenny, 2002, p. 157). Con esto no queremos decir que la vivencia y las expresiones de género sean reductibles a textos o a categorías, sino que habitan espacios de significación que son en buena parte producidos y reproducidos por ‘prácticas discursivas’.

Esta idea nos conduce a la asunción de dos premisas fundamentales y auto-referentes: a) que el discurso es una práctica, que lleva a cabo acciones y tiene un carácter productivo con respecto a la realidad social (Austin, 1971; Garfinkel, 1967; Rorty, 1967; Wittgenstein, 1953), y b) que el género puede ser abordado como una práctica discursiva, performativamente producido a través de la reiteración de actos significativos (Butler, 1999; Foucault, 1976; Sedgwick, 2003; Wittig, 1992). Queremos hacer notar la influencia que ha tenido la Teoría de los Actos de Habla (Austin, 1971; Searle, 1990) para la consolidación de este amalgamamiento entre discurso y género. Esta perspectiva nos permite escapar de una visión representacional del lenguaje y abre caminos para abordar “el lenguaje como una acción por derecho propio” (Íñiguez, 2006, p. 53).

Como recordaremos, al dar cuenta de la capacidad lenguaje para realizar acciones, Austin (1971) diferenció los actos de habla de la siguiente manera: el *acto locutivo*, que consiste meramente en enunciar la frase en cuestión; el *acto ilocutivo*, que consiste en llevar a cabo algo a través de las palabras (prometer, amenazar, jurar, declarar); y el *acto perlocutivo*, que consiste en provocar un cambio en el estado de cosas o una reacción en el interlocutor (intimidar, convencer). Sin embargo, la consecuencia más importante de esta teoría reelaborada por Searle (1990) será que, de hecho, no hay posibilidad de separar la enunciación de la fuerza ilocutiva. Toda proposición comporta una fuerza ilocutiva que no sólo no está separada de su significado, sino que contribuye a la producción de ese significado: los enunciados pueden, dependiendo del contexto, realizar uno u otro acto de habla, pero todos ellos tendrán una *fuerza ilocutiva* que, en último caso, buscará establecer una concordancia entre las palabras y el mundo, es decir, realizará una *afirmación o constatación* (Searle, 1990). Así, las expresiones lingüísticas –enunciadas en las circunstancias apropiadas– no sólo describen algo sino que además ejecutan una acción, y esta capacidad de acción del lenguaje es lo que condensa el término *performatividad*.

La noción de performatividad ha sido utilizada para aproximarse a las identidades de género, principalmente a través de procesos discursivos lingüísticos pero extendiéndose también a otras formas discursivas como las prácticas sociales y la corporeidad. Derrida (1986) vincula la fuerza performativa del lenguaje a un contexto social que la posibilita: la

efectividad de los actos performativos (su capacidad de construir la realidad/verdad) deriva de la existencia de un contexto previo de autoridad. Esto es, no hay una voz originaria sino una repetición regulada de un enunciado al que históricamente se le ha otorgado la capacidad de crear la realidad. En este sentido, la performatividad del lenguaje puede entenderse como una tecnología, como un dispositivo de poder social y político.

Butler (2006) ejemplifica la aplicación de esas tecnologías en enunciados concebidos como actos de habla constatativos. Desde esta perspectiva, los enunciados ‘es niño’ o ‘es niña’, aparentemente sólo describen un hecho externo, pero también operan como actos performativos que imponen y re-producen una convención social, una verdad política sobre la identidad. De esta manera se recoge la influencia post-estructuralista (Derrida, 1986; Foucault, 1975, 1976) que sugiere que la categorización crea o constituye aquello a lo que se refiere.

El trabajo de Butler a menudo ha sido criticado por dedicarse exclusivamente a la teorización abstracta sobre la producción del género y por carecer de un programa analítico sobre las prácticas discursivas y las producciones genéricas en contextos sociales específicos (McIlvenny, 2002; McNay, 1999). Este trabajo asume el desafío de poner tales consideraciones teóricas al servicio de la indagación empírica en un escenario concreto.

Como hemos dicho, el *corpus* de trabajo consiste en el fragmento del DSM-IV (APA, 1994) que presenta y describe el Trastorno de Identidad Sexual. Esta categoría diagnóstica pertenece al apartado correspondiente a los ‘Trastornos sexuales y de la identidad sexual’. En la edición consultada, este fragmento comprende unas 6 páginas (p. 545-551) y está organizado en 9 secciones, entre las que se incluyen: ‘características diagnósticas’, ‘especificaciones’, ‘síntomas y trastornos asociados’, ‘curso’ y ‘diagnóstico diferencial’. Los fragmentos que utilizamos en este artículo para ilustrar el análisis pertenecen a estas secciones, puesto que en ellas se concentra la información a través de la cual se caracteriza el trastorno.

El análisis se lleva a cabo a través de la identificación y discusión de actos de habla a partir de la taxonomía de Searle (1990) (ver Tabal 1), implicaturas (Grice, 1975), y estrategias retóricas para conferir ‘factualidad’ y naturalidad al texto (Edwards y Potter, 1992). Tomando en cuenta que este trabajo se circunscribe al campo de la pragmática, creemos conveniente hacer una breve caracterización del concepto de implicatura. Para Grice (1975), las implicaturas se refieren a una inferencia que se realiza a partir de un enunciado o conjunto de enunciados. La implicatura alude a aquella información que es efectivamente comunicada pero sin ser expresada explícitamente: se trata de una información implícita que va más allá del contenido proposicional. Así pues, en la implicatura subyace una distinción entre lo que se dice y lo que se comunica. A diferencia de las implicaciones

semánticas o lógicas –como la presuposición- la implicatura tiene un carácter más bien pragmático, puesto que “no se extrae del significado de las palabras”, sino que “se elabora en el marco de las normas de conversación y del contexto de interacción” (Íñiguez, 2006, p. 62).

Las estrategias retóricas a las que hacemos referencia en este trabajo son aquellas recogidas por Edwards y Potter (1992), y que se refieren a la construcción de reportes factuales, tales como elaboración de listas y contrastes, formulación de casos extremos y el lenguaje empiricista, entre otras (p. 159 - 164).

Cabe hacer notar que –sin intención de eliminar las diferencias y los matices- el lugar de encuentro entre las distintas perspectivas teórico-metodológicas que convocamos, es la concepción del lenguaje como orientado a la acción. Tanto los desarrollos de Butler (‘performatividad’) como los de la Psicología Discursiva (‘acción’) están nutridos por la Teoría de los Actos de Habla, en el sentido de que apuntan hacia la capacidad realizativa y pragmática del lenguaje.

Finalmente, consideramos que este estudio puede enmarcarse en el ámbito del Análisis Crítico del Discurso, entendido como una perspectiva metodológicamente heterogénea que busca “evidenciar, a través del análisis del discurso, problemas sociales y políticos [...] saber cómo el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social determinando quiénes tienen acceso a estructuras discursivas y de comunicación aceptables y legitimadas por la sociedad” (van Dijk, 1994). El desafío consiste en desvelar los mecanismos discursivos que manufacturan una categoría psiquiátrica de enorme relevancia política y social para las personas transexuales.

Tabla 1. Taxonomía de Actos de Habla (Searle, 1990)

<i>Acto</i>	<i>Propósito</i>
Asertivos	Representar un estado de cosas como real. El enunciante asevera o niega algo.
Compromisorios	Comprometer al enunciante con un curso de acción futuro. El anunciante asume un compromiso u obligación.
Directivos	Comprometer al destinatario con un curso de acción futura. El enunciante intenta obligar al destinatario a llevar a cabo una acción.
Declarativos	Crear una situación nueva. El enunciante pretende cambiar el estado en que se encuentra alguna cosa.
Expresivos	Manifestar sentimientos y actitudes del hablante. El enunciante expresa una actitud o un estado anímico.

## Fabricación del TIS

De lo que hemos dicho previamente se desprende que el fragmento textual donde se expone el TIS no describe sino que realiza ciertas acciones. Pues bien, ¿cuáles son estas acciones? y ¿qué estrategias discursivas son utilizadas para consumir estas acciones? Proponemos que la función global del texto es la de producir o ‘fabricar’ el Trastorno de Identidad Sexual, y que para ello es preciso presentarlo como un hecho natural, como una categoría que describe un estado de cosas objetivo.

Se han identificado tres tipos de actos de habla: asertivos, directivos y declarativos. La caracterización del TIS está mayoritariamente constituida por lo que, en una primera lectura, pueden considerarse ilocutivos *asertivos*. Los enunciados adquieren el tono de una ‘descripción’ en tanto que ‘presentan’ un estado de cosas como real. Los verbos ilocutivos explícitos o implícitos contenidos en estas enunciaciones son, por ejemplo, *ser*, *haber* y *existir*. La presentación de una serie de comportamientos, relaciones y atributos como realidades preexistentes puede observarse en enunciados como:

- ‘Los adultos con trastorno de la identidad sexual muestran el deseo de vivir como miembros del otro sexo.’
- ‘Los individuos con este trastorno se sienten incómodos si se les considera como miembros de su propio sexo o si su función en la sociedad no es la correspondiente al otro sexo.’
- ‘La actividad sexual de estos individuos con personas del mismo sexo se encuentra generalmente restringida, porque no desean que sus parejas vean o toquen sus genitales.’
- ‘Las niñas con trastornos de la identidad sexual muestran reacciones negativas intensas hacia los intentos por parte de los padres de ponerles ropa femenina o cualquier otra prenda de mujer.’

Lo que se produce a partir de estas aseveraciones es la naturalización de la vinculación entre un conjunto de rasgos y la categoría del TIS. Con ‘naturalización’ nos referimos a ese gesto que busca presentar un discurso – en este caso un discurso que relaciona unas expresiones de sexo/género a una categoría diagnóstica- como si fuera un registro meramente descriptivo de fenómenos naturales, preexistentes e independientes del discurso que da cuenta de ellos. Al presentar actividades y preferencias (‘deseo de vivir como miembros del otro sexo’, por ejemplo) como pertenecientes al ámbito del trastorno, se genera un movimiento que convierte comportamientos y deseos en síntomas y criterios diagnósticos. Estos asertivos establecen una relación de correspondencia e identidad entre ciertas expresiones y una categoría diagnóstica -componentes que no estaban previamente vinculados-

y presenta esta relación como un hecho dado. Para Crowe (2002), la práctica clínica asigna significados a los comportamientos mediante la semejanza o diferencia que presentan con lo que describe el manual diagnóstico. Y es este significado atribuido a partir de su relación con el texto lo que los construye como comportamientos patológicos.

Otro nutrido conjunto de actos de habla es el de los ilocutivos *directivos*. Es evidente que, al tener un formato de *manual* de diagnóstico, el texto esté orientado a dar instrucciones e indicaciones para reconocer y elaborar veredictos sobre el TIS. Para poder hacer el diagnóstico deben buscarse y encontrarse un conjunto de ‘componentes’, condiciones y evidencias. La tarea del psiquiatra o del profesional de la salud consiste en seguir las instrucciones otorgadas en el manual y recolectar los síntomas y señales suficientes para emitir un juicio. Son ejemplos de ilocutivos directivos:

- ‘El diagnóstico no debe establecerse si el individuo padece una enfermedad física intersexual (p. ej., síndrome de insensibilidad a los andrógenos o hiperplasia suprarrenal congénita) (Criterio C).’
- ‘Virtualmente, todas las mujeres con este trastorno recibirán la misma especificación -atracción sexual por las mujeres- a pesar de que existen casos excepcionales de mujeres que se sienten atraídas por los varones.’
- ‘En presencia de una exploración física normal no está indicado realizar un cariotipo de los cromosomas sexuales ni determinaciones de las hormonas correspondientes.’

Los ilocutivos directivos funcionan como preceptos y norman los procedimientos que permiten ‘identificar adecuadamente’ el trastorno: plantean restricciones, indicando qué *no* debe ser considerado para el diagnóstico, y añaden especificaciones y criterios para la identificación y la elaboración del veredicto. Por cierto que es interesante notar como en el caso de ‘todas las mujeres con este trastorno recibirán la misma especificación’, el verbo en futuro ‘recibirán’ juega el papel de un acto de habla indirecto, que no emplea un verbo característicamente directivo explícitamente, pero donde el futuro funciona como una instrucción o una orden, predicando como será algo toda vez que se acate el texto, aludiendo al resultado del diagnóstico y no al acto de diagnosticar en sí.

Los enunciados directivos que hemos expuesto, contribuyen a la ‘objetivación’ del TIS aportando señas y rasgos ‘visibles’ del fenómeno. Al dibujar las fronteras de lo que se debe hacer y considerar, la categoría adquiere forma inteligible y propiedades de objeto. Además, estos directivos dan cuenta de la posición de autoridad del enunciante. En este caso, el actor colectivo –la APA- ostenta la autoridad disciplinar para delinear y configurar lo que se habrá de considerar como TIS, autoridad que es a su

vez otorgada y reproducida cuando se siguen los lineamientos que ésta dicta. Es así como se genera recursivamente la autoridad de los enunciados con respecto al TIS.

Ahora bien, las expresiones hasta aquí revisadas podrían identificarse en primer término como *asertivos* y *directivos*, respectivamente, en el sentido de que 1) describen en qué consiste el trastorno y en qué consiste la identificación con el sexo opuesto, y 2) brindan instrucciones para identificar y formular adecuadamente el diagnóstico; indican qué criterios deben buscarse y qué restricciones se deben tomar en cuenta. Sin embargo, otra lectura posible permite categorizar los enunciados anteriores también como *ilocutivos declarativos*. Si tomamos en cuenta que este manual contiene y publica los trastornos reconocidos como tales, entonces la enunciación en dicho manual es en sí misma la declaración del trastorno. Como nos indica la perspectiva pragmática, es importante tomar en cuenta el contexto de enunciación para dar cuenta del tipo de expresiones que se enuncian. El hecho de que estas expresiones estén contenidas en el DSM-IV, el texto de referencia para la consulta de los trastornos y sus manifestaciones, nos permite argumentar que estas expresiones tienen una fuerza ilocutiva declarativa, y que la publicación en sí de una categoría modifica un estado de cosas.

Desde esta lectura, la descripción de los criterios de reconocimiento es, en sí misma, la confección del diagnóstico, el trazo de los contornos que le dan forma, su inauguración o fundación. He aquí las primeras líneas del fragmento relativo al TIS:

- ‘Existen dos componentes en el trastorno de la identidad sexual que deben estar presentes a la hora de efectuar el diagnóstico.’

Estas líneas pueden considerarse ilocutivos declarativos en tanto que asocian ciertos componentes (psicológicos y conductuales) a una categoría diagnóstica y, por tanto, le otorgan contenido; la relación con ciertos “componentes” permite declarar existente el TIS. Y prosigue:

- ‘Los adultos con trastorno de la identidad sexual muestran el deseo de vivir como miembros del otro sexo.’

Si bien este enunciado se presenta como *asertivo*, es posible considerarlo además *declarativo*, puesto que el TIS es una categoría que no contiene referentes previos, sino que se define a partir la asociación con este otro referente: ‘adultos que muestran el deseo de vivir como miembros del otro sexo’. La función predicativa es una segunda forma de referencialidad que sirve de identidad a la primera: da origen a una identidad. Consideremos la siguiente situación sobre la expresión que acabamos de mostrar: podemos

conservar la misma función predicativa y la misma función referencial, invirtiendo el orden de construcción. La expresión podría articularse de la siguiente manera: “Los adultos que muestran el deseo de vivir como miembros del otro sexo son con trastorno de identidad sexual”. Así, se declara que aquellos individuos que exhiban unas características determinadas pertenecerán –‘a partir de esta enunciación’- a una determinada categoría. En la línea de esta lectura declarativa, podríamos sugerir que el texto en su conjunto funciona como un macro-acto de habla (Van Dijk, 1981), en el sentido de que aglutina actos de habla y les otorga una coherencia global de tipo declarativa.

Por otro lado, es interesante hacer notar la asunción reiterativa de una concepción binaria y dicotómica de sexo y género, y la constante distinción y tensión construida entre la ‘identificación con’ y la ‘pertenencia a’ un sexo:

- ‘[...] el individuo se identifica, de un modo intenso y persistente, con el otro sexo [...].’
- ‘[...] lo cual constituye el deseo de ser, o la insistencia en que uno es, del otro sexo [...].’
- ‘Esto se manifiesta por un intenso deseo de adoptar el papel social del otro sexo.’
- ‘Muchos intentan pasar en público por personas del sexo opuesto.’

La implicatura fundamental que subyace a estas expresiones es que sólo existen dos sexos: el que se tiene y el ‘otro’ o el ‘opuesto’. Se trata de una implicatura convencional en el sentido de que “el significado convencional de las palabras usadas determinará qué es lo que se implicó” (Grice, 1975, p. 515). En este caso, el contraste recurrente con ‘el otro sexo’ implica la aceptación de que no hay más que esos dos sexos. Esta implicatura contribuye a la reificación o cosificación de las identidades *hombre* y *mujer* como naturales y exhaustivas dentro del espectro de las formas del sexo. Esta matriz binaria que opera implícitamente para producir y categorizar el sexo y el género ha sido cuestionada teóricamente como un dispositivo discursivo de normalización (Bornstein, 1994; Butler, 2004; Preciado, 2008). Se entiende que la división hombre–mujer se erige sobre un conjunto de dicotomías bien arraigadas en el orden social y en el discurso científico; dicotomías como mente–cuerpo, naturaleza–cultura, y sexo–género. La idea de que existen sólo dos sexos naturales, por ejemplo, hunde sus raíces en la consideración de que el sexo pertenece exclusivamente al reino de lo natural, que viene dado de antemano como un hecho independiente del conocimiento humano, y tiene un sustrato meramente biológico.

Estas construcciones son necesarias para mantener un orden del género donde las identidades transexuales e intersexuales son colocadas en

la periferia y en la anormalidad. En cualquier caso, las formas dicotómicas implicadas en el discurso psiquiátrico sobre el TIS son aparatos discursivos que pueden ser desafiados. Al respecto, Butler (1999) ha apuntado que “esta construcción llamada ‘sexo’ este tan culturalmente construida como el género; de hecho, tal vez siempre fue género, con la consecuencia de que la distinción entre sexo y género no existe como tal” (p. 40).

Esta asunción de un sexo natural predeterminado, también juega un papel en la tensión y el antagonismo construido en el TIS entre ‘pertenecer’ e ‘identificarse’. Para que el diagnóstico funcione, es necesario dar por hecho que la auto-identificación y el deseo son procesos que se han disociado de la pertenencia al sexo en una persona; pertenencia que se considera determinada por leyes universales e inmutables. Una expresión que produce este efecto es la siguiente:

- ‘Los individuos con este trastorno se sienten incómodos si se les considera como miembros de su propio sexo [...]’

Al enunciar ‘su propio sexo’ se adjudica al individuo un sexo determinado por las convenciones del género y fundado por la posesión de unos genitales, a pesar de la discordancia de su auto-identificación. En este sentido, la tensión entre ‘pertenecer’ e ‘identificarse’ parece evocar la dicotomía entre la universalidad e inmutabilidad de los rasgos naturales, frente a la varianza y lasititud de las identificaciones culturales.

Más aún, esta forma discursiva también implica que hay una correspondencia natural entre unos tipos de identificaciones y unas categorías de sexo: hay una identidad de género que se corresponde ‘correctamente’ con una categoría de sexo, y la incongruencia o la ruptura de esta correspondencia es precisamente aquello que se considera como patológico. El diagnóstico se formula entonces desde la presuposición de que unos rasgos sexuales anatómicos determinan propensiones psicosociales y, en particular, la identidad de género (West & Zimmerman, 1987; Cooper, 1999). El problema se produce a partir del desvío de una cierta configuración o alineación entre deseos, identificaciones y cuerpos.

También es interesante notar que la caracterización de los rasgos que describen a una persona con TIS, asigna prácticas y expresiones estereotipadas de género, a partir de las cuales serán evaluados/as los y las ‘pacientes’. Actividades y objetos de la vida cotidiana son distribuidos entre los sexos a partir de una perspectiva rígida con respecto a los roles y a las expresiones del género, perspectiva que recoge una cultura heteropatriarcal:

‘En los niños, el hecho de identificarse con el otro sexo se manifiesta por una marcada preocupación por las actividades femeninas tradicionales; pueden preferir vestirse con ropa de niña o mujer o pueden confeccionarla ellos mismos a partir de

material disponible, cuando no poseen ropa femenina. A menudo se usan toallas, delantales, pañuelos de cuello para representar faldas o pelos largos. Existe una atracción fuerte hacia los juegos y los pasatiempos típicos de las niñas. Les gusta especialmente jugar a mamá y papá, dibujar chicas y princesas bonitas, y mirar la televisión o los videos de sus ídolos femeninos favoritos. A menudo, sus juguetes son las muñecas (como Barbie), y las niñas constituyen sus compañeros.’

Esta caracterización da cuenta de la naturalidad con que se han distribuido los mecanismos simbólicos y materiales que construyen la masculinidad y la femineidad. Las amistades, las compañías, los juguetes, las ropas y los juegos se convierten en signos y síntomas, en criterios que permiten diferenciar trastorno de normalidad, a partir de presuposiciones de asociaciones de correspondencia natural entre las categorías del género y ciertas expresiones psicosociales. Algo similar ocurre con las referencias al deseo heterosexual:

- ‘En algunos varones con este trastorno en etapas más avanzadas de la vida (a menudo después del matrimonio) la actividad sexual con una mujer se acompaña de la fantasía de ser amantes lesbianas o de que la pareja es un varón y él, una mujer.’

Estas atribuciones ponen en evidencia que las concepciones de normalidad de género derivadas del TIS están basadas en nociones de conformidad social (Laungani, 2002). Atendiendo a la naturaleza performativa del lenguaje, podríamos argumentar que este texto, en tanto documento de referencia y manual de diagnóstico, no sólo describe las prácticas del género (por ejemplo, ‘las actividades femeninas tradicionales’) sino que las define, las legitima como criterios de normalidad y, en este sentido, las prescribe.

Esta autoridad prescriptiva está también sustentada por un conjunto de dispositivos retóricos que legitiman la veracidad y factualidad del diagnóstico. Para producir el TIS en forma de un reporte objetivo y neutral, se ponen en juego ciertas estrategias discursivas o ‘técnicas para la construcción de hechos’ (Edwards y Potter, 1992). Estas técnicas o dispositivos discursivos permiten producir *factual accounts*, reportes que son presentados como simples descripciones con respecto a una realidad neutral y singular.

Una de estas estrategias consiste en depositar la veracidad del diagnóstico en la autoridad de la institución que lo emite, haciendo uso del derecho de enunciación que viene dado a partir de la pertenencia a una categoría social y epistemológica. En este caso, se trata de una *voz colectiva institucional* –American Psychiatric Association– con legitimidad en una poderosa comunidad social y científica. La pertenencia a ciertas posiciones sociales y políticas permite objetivar los reportes y los discursos: “se espera que enunciantes de categorías particulares sepan ciertas cosas o tengan ciertas habilidades epistemológicas” (Edwards y Potter, 1992, p. 160).

Otra estrategia retórica presente en todo el corpus es la ‘descripción empiricista’, característica del discurso científico. El diagnóstico está redactado de manera impersonal, en tercera persona, sin referentes explícitos a la identidad o posición del enunciante. Esto sugiere la idea de un enunciante al estilo del ‘narrador omnipresente’. Tampoco existen referentes con respecto al contexto de enunciación, y esto genera el efecto de que el texto refleja unos hechos universales e independientes de las condiciones en que se enuncian.

- ‘En las etapas avanzadas de la adolescencia o de la vida adulta aproximadamente tres cuartas partes de los niños que han tenido una historia de trastorno de la identidad sexual afirman tener una orientación homosexual o bisexual, pero sin ningún trastorno de la identidad sexual concurrente.’

La descripción o *accounting* empiricista trata los fenómenos como objetos y agentes independientes, con existencia ‘por derecho propio’, y busca borrar las huellas y señales del enunciante o bien otorgarle un rol secundario de mero observador neutral (Edwards y Potter, 1992). También se hace uso de un repertorio discursivo pleno de tecnicismos médicos y un estilo de literatura académica especializada para conferir legitimidad científica. Por ejemplo: ‘cirugía de reasignación’, ‘malestar clínicamente significativo’, ‘síntomas asociados’ y ‘prevalencia’. El uso de listas, por otro lado, construye al texto como una descripción exhaustiva y completa del fenómeno de la transexualidad. Para diagnosticarla, hacen falta una serie de ‘pruebas’ que se alistan así:

- ‘[...] el individuo se identifica, de un modo intenso y persistente, con el otro sexo, lo cual constituye el deseo de ser, o la insistencia en que uno es, del otro sexo (Criterio A).
- Deben existir también pruebas de malestar persistente por el sexo asignado o un sentido de inadecuación en el papel de su sexo (Criterio B).
- El diagnóstico no debe establecerse si el individuo padece una enfermedad física intersexual [...] (Criterio C).
- Para efectuar el diagnóstico deben existir pruebas de malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo (Criterio D).’

La construcción de estos discursos como reportes factuales, como descripciones objetivas, debe ser entendida como un logro social (Austin, 1971; Edwards y Potter, 1992; Garfinkel, 1967; Potter y Wetherell, 1987), como el establecimiento de un conjunto de verdades o hechos para una comunidad. De esta manera, el texto referente al TIS funciona como un acto fundacional que instituye e inaugura el TIS, como una categoría que luego será movilizadora en un espacio social e institucional para identificar y

catalogar identidades, tipificar prácticas, dictaminar formas del género, atribuir servicios de salud, etcétera. El acto resultante de la enunciación es la fabricación patológica de una identidad y el reforzamiento de una serie de relaciones y lógicas socio-normativas de género que la mantienen. El Trastorno de Identidad Sexual con que se busca catalogar a las personas transexuales es manufacturado –no descrito- y presentado como un hecho objetivo a través del texto que da cuenta de él. El diagnóstico se fundamenta en y busca reforzar una especie de ‘ley natural’ sobre el sexo/género; alude a dicho sistema como una evidencia empírica, natural e incontrovertible. Así, lo que está en juego cuando el TIS se ratifica, se cuestiona, se elimina o se diagnostica, es la creación de espacios sociales y simbólicos específicos – más o menos marginales- para las identidades que no cumplen con los requisitos socio-normativos del género.

### **Comentarios finales**

A partir de este análisis hemos querido dar cuenta de la forma en que el texto relativo al Trastorno de Identidad Sexual en el DSM-IV produce o inaugura una categoría psiquiátrica que patologiza la transexualidad. Este análisis nos permite reflexionar sobre la naturaleza construida, parcial y socialmente orientada de una categoría que se presenta como natural, objetiva y desinteresada. Evidenciar la producción discursiva y sus estrategias ‘objetivadoras’ en torno al TIS nos permite hacer una lectura crítica de la categoría y cuestionar las formas en que abordamos científicamente las expresiones la sexualidad y el género que no se ajustan a unos parámetros predeterminados de estabilidad y coherencia.

Es importante aclarar que no argumentamos que la transexualidad, construida como patología, es un producto único y exclusivo del efecto performativo de un texto. La producción del binarismo de género y de sus márgenes patológicos es sin duda producto de múltiples y variados dispositivos sociopolíticos (materiales y simbólicos). Sin embargo, también se debe reconocer que este texto juega un papel fundacional clave para el establecimiento, la regulación y la legitimación del trastorno.

La discusión sobre los presupuestos y las asunciones que informan el TIS permite, además, enriquecer el debate sobre nuevas formas de abordaje de las identidades que no reproduzcan unas concepciones heteronormativas y esencialistas del género. En particular, consideramos que la cuestión de la veracidad y legitimidad científica y social del diagnóstico es un tema clave en la controversia en torno a las consecuencias sociopolíticas que el TIS tiene para el colectivo transexual y transgénero. En este sentido, abogamos por la reconfiguración crítica de los discursos científicos y clínicos en torno a las identidades de género, de manera que no produzcan efectos

‘patologizantes’ e impongan sobre determinadas expresiones e identidades el estigma de anormalidad.

### Notas

<sup>1</sup> El término ‘transgénero’ es un término ‘paraguas’ que engloba diferentes expresiones de género y tránsitos entre sexos que no se adecuan a los cánones binarios de la norma de género. Es un término que se ha generado en y ha sido apropiado por perspectivas críticas del género y que a menudo se refiere a las “identidades que caen en algún lugar del espectro entre travesti y transexual” (Stryker, 2006, p. 4).

<sup>2</sup> La lista de partic El términos ‘transexual’ fue popularizado en los 50’s por Harry Benjamin -en su obra *The Transsexual Phenomenon*- para designar a aquella persona que, a diferencia del travesti que esporádicamente se viste con las ropas del “otro sexo”, modifica permanentemente su cuerpo y reclama su pertenencia a un género distinto del que le fue asignado al nacer.

<sup>3</sup> Traducción de los autores.

### Referencias

- American Psychiatric Association [APA] (1994).** *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Cuarta Edición (DSM-IV)*. Madrid: Masson. [2003]
- Austin, J. L. (1971).** *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, H. (1966).** *The transsexual phenomenon*. New York: Julian Press.
- Bornstein, K. (1994).** *Gender outlaw: on men, women, and the rest of us*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1999).** *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. [2007]
- Butler, J. (2004).** *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós. [2006]
- Cameron, D. (1998).** Gender, language and discourse: a review essay. *Signs: journal of woman in culture and society*, 23, 945-973.
- Coulon, A. (1987).** *La Etnometodología*. Madrid: Cátedra.
- Cooper, K. (1999).** Practice with transgendered youth and their families. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*, 10 (3/4), 111-129.
- Crowe, M. (2000).** Constructing normality: a discourse analysis of the DSM-IV. *Journal of Psychiatric and Mental Health Nursing*, 7, 69-77.
- Derrida, J. (1986).** *La tarjeta postal. De Freud a Lacan y Más Allá*. México: Siglo XXI.
- Eckert, P. y McConnell-Ginet, S. (2003).** *Language and Gender*. New York: Cambridge University Press.
- Edwards, D. y Potter, J. (1992).** *Discursive Psychology*. London: Sage.
- Elliot, P. (2009).** Engaging Trans Debates on Gender Variance: A Feminist Analysis. *Sexualities*, 12(5), 5-32.
- Foucault, M. (1975).** *Vigilar y Castigar. El Nacimiento de la Prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI. [2002]

- Foucault, M. (1976).** *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI. [2005]
- Foucault, M. (2005).** *El poder Psiquiátrico. Curso del College de France: 1973-1974*. Madrid: Ediciones Akal.
- Garfinkel, H. (1967).** *Estudios en Etnometodología*. Rubí (Barcelona): Anthropos [2006]
- Grice, H. P. (1975).** Lógica y conversación. En Valdés, Luis M (Ed.) *La búsqueda del significado* (pp. 511-530). Madrid: Tecnos y Universidad de Murcia. [1991]
- Halberstam, J. (1998).** *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press.
- Haraway, D. J. (1997).** *Testigo\_Modesto@ Segundo\_Milenio. HombreHembra@\_Conoce\_Oncorrotón@: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. [2004]
- Haraway, D. J. (1995).** *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Valencia: Universitat de València.
- Harding, S. (1996).** *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.
- Íñiguez, L. (Ed.) (2003).** *Análisis del Discurso. Manual para las Ciencias Sociales*. Barcelona: UOC.
- Lakoff, R. (1972).** Language and context. *Language*, 48, 907-924.
- Lakoff, R. (1975).** *Language and woman's place*. New York: Harper and Row.
- Lakoff, G. (1987).** *Woman, fire and dangerous things: what categories reveal about the mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- Latour, B. (1993).** *We have never been modern*. New York: Harvard University Press.
- Laungani, P. (2002).** Mindless psychiatry and dubious ethics. *Counselling Psychology Quarterly*, 15(1), 23-33.
- McIlvenny, P. (Ed.) (2002).** *Talking gender and sexuality*. Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- McNay, L. (1999).** Subject, psyche and agency: The work of Judith Butler. *Theory, culture and society*, 16(12), 175-193.
- Namaste, K. (1996).** Tragic Misreadings: Queer Theory's Erasure of Transgender Subjectivity'. En Beemyn, B. y Eliason, M. (Eds.) *Queer Studies* (pp. 183-203). New York: New York University Press.
- O'Hartigan, M. D. (1997).** The GID controversy: Transsexuals need the gender identity disorder diagnosis. *Transgender Tapestry*, 79, 30-45.
- Penelope, J. (1990).** *Speaking freely: unlearning the lies of the father's tongues*. New York: Pergamon Press.
- Preciado, B. (2008).** *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa.
- Rorty, R. (Ed.) (1967).** *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós/ICEUAB [1990]
- Searle, J. (1990).** *Actos de habla*. Madrid: Cátedra.
- Sedgwick, E. K. (1991).** *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones La Tempestad [1998]

- Sedgwick, E. K. (2003).** *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*. Durham: Duke University Press.
- Soley-Beltran, P. (2009).** *Transexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Spender, D. (1980).** *Man made language*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Stone, S. (1991).** *The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto*. Routledge: New York.
- Stryker, S. (2006).** (De)Subjugated Knowledges: An Introduction to Transgender Studies. En: Stryker, Susan y Whittle, Stephen (Eds.) *The Transgender Reader* (pp. 1 – 16). Routledge: New York.
- Tannen, D. (1990).** *You just don't understand: women and men in conversation*. New York: William Morrow.
- Tuffin, K. (2005).** *Understanding critical social psychology*. London: Sage.
- Vallejo, J. (2005).** *Introducción a la Psicopatología y a la Psiquiatría*. Barcelona: Masson
- Van Dijk, T. A. (1981).** *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI [2005]
- Van Dijk, T. A. (1994).** *Análisis Crítico del Discurso*. (Cátedra UNESCO), Retrieved January 8, 2009 from [http://www.geocities.com/estudiscurso/vandijk\\_acd.html](http://www.geocities.com/estudiscurso/vandijk_acd.html)
- West, C. y Zimmerman, D. H. (1987).** Doing gender. *Gender & Society*, 1(2), 125-151.
- Wittgenstein, L. (1953).** *Investigaciones filosóficas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. [2003]
- Wittig, M. (1992).** *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales. [2006]
- Wilson M. (1993).** DSM-III and the transformation of American psychiatry: a history. *American Journal of Psychiatry*, 150, 399–410.

## Notas biográficas

	<p><b>Antar Martínez-Guzmán</b> es Licenciado en Psicología por la Universidad de Colima (México). Maestro en Investigación en Psicología Social y doctorando en los Estudios de Doctorado en Psicología Social por Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del grupo Fractalidades en Investigación Crítica y de la Xarxa d'Acció Trans e Intersex de Barcelona. Sus intereses académicos incluyen la Psicología Social Crítica, la Psicología Discursiva, las identidades transgénero, el desarrollo de metodologías cualitativas de investigación y las tecnologías disciplinarias de intervención y participación social. E-mail: antarmar@gmail.com</p>
---	---

	<p><b>Lupicinio Íñiguez Rueda</b> es Catedrático de Psicología Social (2004) del Departament de Psicologia Social de la U.A.B, Doctor en Filosofía y Letras (Psicología) por la U.A.B (1986). Miembro del Grup d'Estudis Socials de la Ciència i la Tecnologia (GESCIT) (<a href="http://psicologiasocial.uab.cat/gescit">http://psicologiasocial.uab.cat/gescit</a>) y del Grupo de Investigación en Metodologías Cualitativas (GIMC) (<a href="http://psicologiasocial.uab.cat/gimc">http://psicologiasocial.uab.cat/gimc</a>). Coordinador del Programa de Doctorado en Psicología Social (UAB) desde 1995 hasta 2007. Editor de la revista 'Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social' (<a href="http://psicologiasocial.uab.cat/athenea">http://psicologiasocial.uab.cat/athenea</a>). Sus intereses de investigación se centran en el desarrollo de los métodos cualitativos de investigación en Ciencias sociales y en el Análisis del Discurso. Como temas específicos de investigación ha realizado trabajos en el campo de la memoria social, el medio ambiente, la salud y el impacto social de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TICs). Ha editado (junto a Tomás Ibáñez) 'Critical Social Psychology' (London:Sage, 1997) y 'Análisis del Discurso. Manual para las Ciencias sociales'(Barcelona: EDIUOC, 2003).</p>
---	--

**3. NARRATIVAS EN TORNO AL TRASTORNO DE IDENTIDAD  
SEXUAL: DE LA MULTIPLICIDAD TRANSGÉNERO A LA  
PRODUCCIÓN DE *TRANS-CONOCIMIENTOS***



# **NARRATIVAS EN TORNO AL TRASTORNO DE IDENTIDAD SEXUAL**

De la multiplicidad transgénero a la producción de  
trans-conocimientos

## **Antar Martínez-Guzmán**

Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona, España.  
Facultad de Psicología de la Universidad de Colima, México.

## **Marisela Montenegro**

Departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona, España.

## Resumen

En la actualidad, la transexualidad es considerada en patología psiquiátrica que consta como Trastorno de Identidad Sexual (APA, 2005). En este trabajo buscamos problematizar la categoría de Trastorno de Identidad Sexual a partir de las narrativas de 5 actores sociales vinculados a dicha categoría en la ciudad de Barcelona. Producciones Narrativas (Balasch y Montenegro, 2003) es la metodología utilizada para aproximarnos a las narrativas de las/los participantes. Argumentamos que estas narrativas funcionan como intersticios teóricos que desplazan o reconfiguran dos grandes paradigmas de teorización sobre el género: el modelo médico-psiquiátrico y la teoría queer. A manera de conclusión, proponemos la figura de *trans-conocimientos* como una aproximación alternativa a la cuestión transgénero que permite desmarcarse del modelo patológico y hacer énfasis en la multiplicidad y complejidad de posiciones sobre las identidades transgénero.

## Palabras clave

*Trastorno de Identidad Sexual, identidades transgénero, producciones narrativas, conocimientos situados, trans-conocimientos*

## Abstract

At present, transsexuality is considered a psychiatric pathology conceived as a Gender Identity Disorder (APA, 2005). This study aims to problematize the Gender Identity Disorder category through the narratives of 5 social actors related to this category in Barcelona city. The methodology used to approach narratives of the participants was Narrative Production (Balasch and Montenegro, 2003). We argue that participants' accounts work as theoretical gaps that displace and reshape two big paradigms about gender: the medical-psychiatric model and the queer theory. As a conclusion, we suggest the *trans-knowledge* figure as an alternative approach to the transgender issue as it allows unframing from the pathological model and emphasises in the multiplicity and complexity of views related to transgender identities.

## Key words

*Gender Identity Disorder, transgender identities, narrative productions, situated knowledge, trans-knowledge*

### 1. Introducción

El bucle *sexo/género* es una construcción social ubicua que extiende su dominio a través de todo el cuerpo social. Durante las últimas décadas, los debates teóricos sobre el *sexo/género*<sup>1</sup> han dado lugar a perspectivas que problematizan las asunciones tradicionales en torno a la sexualidad (Money, 1986, 1993; De Lauretis, 1987; Butler, 1999; Wittig, 1992; Hallberstam, 1998). Este debate es especialmente relevante para las personas *transgénero*, cuyo sentido de sí mismas difiere del género que se les ha asignado al nacer.

Al interior de esta discusión -académica y extra-académica- se pueden identificar dos paradigmas o metanarrativas<sup>2</sup> desde donde se abordan las identidades de *sexo/género*. La primera de ellas consiste en el modelo médico-psiquiátrico que plantea la existencia de dos tipos naturales y exhaustivos de sexo -*hombre y mujer*-, de los cuales se desprenden respectivamente los correlatos sociales de género -*masculino y femenino*-. Desde esta perspectiva se considera que las personas transgénero padecen un Trastorno de Identidad Sexual en tanto su identidad de

---

<sup>1</sup> Cuando hablamos de "*sexo/género*" asumimos la crítica feminista-postmoderna a la separación de los dos términos como elementos independientes. Para Judith Butler (2001), no hay *sexo* que no sea siempre *género*: "el sexo por definición mostrará haber sido género en todo momento". Compartimos, pues, la idea que no hay un 'cuerpo natural' que preexiste a la cultura y al discurso (i.e. De Beauvoir), ya que todos los cuerpos son *generizados* desde el principio de la existencia social.

<sup>2</sup> En este trabajo entenderemos una metanarrativa como un relato que genera una explicación amplia y envolvente del fenómeno y que es capaz de abarcar "pequeños relatos", discusiones, matices, etc. en su interior. En este caso, expresa la idea de dos grandes explicaciones que se erigen como diferentes e, incluso, contrarias entre sí.

género es incongruente con el tipo sexual al que pertenecen (Benjamin, 1977). Esta concepción *patologizante* ha provocado reacciones en forma de proyectos teóricos y movimiento sociales de reivindicación de las identidades transgénero como identidades legítimas (Burdge, 2007).

La segunda metanarrativa consiste en un conjunto de posturas críticas ante las categorías de sexo/género, englobadas bajo el nombre de teoría *queer* (De Lauretis, 1987; Sedgwick, 1990; Butler, 1999, 2004). Esta perspectiva ha puesto en manifiesto el carácter socialmente construido de las identidades de sexo/género que comúnmente se perciben como naturales. El Trastorno de Identidad Sexual (TIS) es entendido como un dispositivo de poder impuesto sobre las personas transgénero con el fin de mantener el sistema identitario dicotómico. Estos desarrollos teóricos críticos contienen un potencial político importante para transformar el sistema dominante de sexo/género. Sin embargo, esta metanarrativa no se ocupa de las comprensiones particulares de actores sociales vinculados con la cuestión transgénero en contextos específicos. De acuerdo con Hines (2006), una carencia de énfasis en la particularidad al interior de estas perspectivas ha conducido a una teorización homogénea de las identidades transgénero.

En este trabajo recogemos las narrativas de un conjunto de personas vinculadas de manera directa a la categoría del TIS -usuarias, proveedoras o críticas activas de los servicios de sanitarios relativos a la transexualidad- para dar cuenta de que existen más y más complejas posiciones situadas en este debate. Las narrativas que se discuten aquí sacan a la luz nuevas concepciones y prácticas sobre las identidades transgénero y nos sugieren nuevas formas narrativas para abordarlas. Estas narrativas, particulares y localizadas en la vida cotidiana de las personas, nos ofrecen un fértil punto de partida para redefinir la manera en que las identidades transexuales y transgénero son estudiadas y concebidas desde las distintas disciplinas científicas.

En este artículo exponemos, en primer término, la metodología de la Producciones Narrativas (Balasch y Montenegro, 2003), su fundamento teórico-epistemológico en la noción de *conocimientos situados* (Haraway, 1991) y el procedimiento que se ha seguido para aproximarse a las narrativas de los participantes. Posteriormente se discuten las implicaciones de dos metanarrativas –el paradigma médico-psiquiátrico y la teoría *queer*- con respecto al TIS y a las identidades transgénero. A continuación se identifican o re-construyen tres posiciones situadas que se desprenden de las narrativas de los participantes, y que funcionan como *intersticios*, transfiguraciones o desplazamientos con respecto a las metanarrativas generales. Finalmente, se propone la figura de *trans-conocimientos* como concepto emergente de esta articulación de narrativas -particulares y generales- situadas en un contexto específico.

## 2. Objetivos

El objetivo de este estudio consiste, en primer lugar, en explorar las narrativas de actores sociales vinculados al fenómeno transgénero en la ciudad de Barcelona. El trabajo busca dar cuenta de la multiplicidad de comprensiones localizadas con respecto al TIS y a las identidades transgénero; posiciones que son nutridas por, pero no son reductibles a, las dos metanarrativas (el modelo médico y la teoría *queer*). El énfasis es puesto en cómo las *miradas situadas* de los participantes ponen en dialogo, complejizan, desplazan o generan líneas de fuga con respecto a los paradigmas teóricos establecidos.

A partir de esta exploración, pretendemos, en segundo lugar, reflexionar teóricamente, no *sobre* las identidades transgénero, sino *desde* las narrativas de los protagonistas de la cuestión transgénero. Este análisis resulta relevante en tanto nos

permite generar abordajes teóricos alternativos al modelo médico *patologizante* y simultáneamente sensibles a la heterogeneidad de posturas al interior de la comunidad transgénero. Así mismo, las *teorías situadas* que producen los actores sociales en cada contexto son útiles para comprender las prácticas transgénero y para enriquecer el debate en torno a los aspectos políticos que se discuten desde las perspectivas críticas.

### **3. Metodología: Producciones Narrativas como ruta a los conocimientos situados**

En contraste con la noción de un conocimiento objetivo, universal y exento de todo juicio de valor, han emergido marcos epistemológicos alternativos que se alejan de los supuestos de la ciencia positiva. Los argumentos centrados en un conocimiento parcial, influenciado por el contexto político y cultural donde es producido, han generado nuevas líneas de teorización y nuevas posiciones para la producción de conocimiento. La oposición entre estas dos posturas ha polarizado las agendas de investigación con respecto al sexo/género y ha creado, en lo general, una dicotomía que versa en torno al determinismo absolutista y el relativismo social (Harding, 1996).

Si bien las perspectivas críticas y anti-esencialistas son útiles para dismantelar y someter a revisión el sistema dominante de sexo/género, a menudo hacen que parezca difícil y confuso producir conocimiento que haga referencia confiable a *la realidad de las identidades*; esta bivalencia resulta un "arma de doble filo" para los movimientos que buscan hacer reivindicaciones o propuestas de cambio que se fundamenten en nociones, causas y justificaciones con *certidumbre*. Haraway (1991) argumenta que el relativismo resultante de las concepciones construccionistas dificulta la discriminación de discursos y posturas con respecto a un fenómeno, y por lo tanto se vuelve un

terreno fangoso para los movimientos sociales que buscan mejores condiciones para las personas y grupos subordinados.

Los *conocimientos situados* pretenden superar esta tensión político-epistemológica al abogar por políticas y epistemologías locales, posicionadas y situadas, donde la parcialidad (y no la universalidad) es la condición de enunciación para hacer afirmaciones racionales. Estas afirmaciones son hechas "desde la vida de las personas" en lugar de afirmaciones "desde arriba, desde ningún lugar, desde la simplicidad" (Liao, 2006, p. 104). El propósito de los conocimientos situados es generar un abordaje que permita *simultáneamente* a) dar cuenta de la contingencia histórica de todo conocimiento y de todo sujeto de conocimiento, b) generar una práctica crítica para reconocer nuestras propias 'tecnologías semióticas' para la producción de significado y c) establecer un compromiso fundamentado con testimonios fidedignos del mundo 'real' (Haraway, 1991).

Desde esta perspectiva, el lugar desde donde se produce el conocimiento –desde donde se *mira*– juega un papel crucial en la manera en que éste es articulado. Los conocimientos situados buscan generar un nuevo entendimiento de la objetividad que tome seriamente la existencia de una multiplicidad de tipos de conocimiento y que explícitamente reconozca que el trabajo académico es situado, político y parcial (Nightingale, 2003).

Esta noción nos permite abordar las diversas posiciones con respecto al TIS y generar una mirada sobre las identidades transgénero que no reproduzca un movimiento de "teorización homogénea", sino que surja de las condiciones semiótico-materiales concretas de actores sociales en un contexto. Así pues, al no tener el recurso de la verdad universal sobre el cual apoyarnos, la cuestión de la legitimidad del

conocimiento desciende al plano las cuestiones locales del *efecto* y la *inclusión* que producen las propias categorías de conocimiento (Lewis, 2003).

Para aproximarnos a las distintas posiciones con respecto al TIS utilizamos la metodología de las Producciones Narrativas (PN) de acuerdo con la propuesta de Balasch y Montenegro (2003). Las PN son una tentativa para acceder los conocimientos situados desde sus lugares de enunciación, tomando las narrativas de los agentes sociales como formas de conocer articuladas y posibilitadas por las condiciones desde donde son concebidas y enunciadas. Esta propuesta metodológica consiste en la producción conjunta de un 'texto híbrido' entre investigador y participante, que se genera a través de a) sesiones de conversación sobre el tema de estudio, b) la producción de texto *-textualización-* sobre dichas conversaciones por parte del investigador, y c) la agencia de la persona participante sobre el texto, para modificarlo y hacerlo concordar gradualmente con su punto de vista.

En un primer momento se pidió a las/los participantes que hicieran una 'reconstrucción' de su experiencia con respecto al fenómeno estudiado. Dicha reconstrucción fue recolectada por el investigador quien después hizo un recuento de las ideas expuestas utilizando sus propios recursos lingüísticos, es decir, produjo una textualización de aquello dicho por lo participantes. Este recuento consiste en "una organización y sistematización de las ideas surgidas en el transcurso de las sesiones para crear un relato que tenga un lógica argumentativa y que sea presentado como un texto acabado que dé cuenta del fenómeno" (Balasch y Montenegro, 2003, p. 45).

En los siguientes encuentros, el investigador mostró a las/los participantes dicho 'relato *textualizado*', quienes tuvieron la oportunidad de ampliar su visión sobre el fenómeno; aumentar, omitir o modificar fragmentos del texto. El investigador, por su parte, tuvo oportunidad de profundizar o ampliar la información sobre aspectos

especialmente relevantes para la investigación. De acuerdo con los lineamientos de la narrativa, repetimos este proceso hasta acordar la versión acabada del texto, con la aceptación expresa de la participante que la narración muestra su visión sobre el fenómeno. De esta manera, no se recogen las palabras textuales de los/las participante, pero sí la forma en que desean que sea leída su visión del fenómeno.

Las narrativas son campos privilegiados para recoger la experiencia de las personas participantes, para dar cuenta de sus diversas versiones sobre el mundo: no buscan "probar" nada, sino "expresar la verdad de un punto de vista, desde una ubicación específica en el espacio y el tiempo" (Jovchelovitch y Bauer, 2005, p. 72). Esto es, no se entienden como un "reflejo" de la historia personal de la participante, sino como un expresión de cómo la persona se sitúa frente al fenómeno estudiado (Biglia y Bonet, 2009). En concordancia con la perspectiva epistemológica que las fundamenta, las narrativas obtenidas no serán consideradas como material empírico que tiene que ser sometido a análisis a través de un procedimiento teórico, sino como una producción situada de una determinada visión o *teoría* del fenómeno.

Se realizaron cinco narrativas con cinco diferentes participantes. Las/los participantes, actores sociales vinculadas/os directamente con la categoría diagnóstica del TIS, se identifican de la siguiente manera<sup>3</sup>:

- Miguel – Activista trans de la ciudad de Barcelona
- Pau – Estudiante y activista trans independiente
- Mónica – Trabajadora sexual transgénero y usuaria de los servicios de salud
- Cecilia – Psiquiatra que se desempeña en el área de género
- Julia – Psicóloga clínica que se desempeña en el área de género

---

<sup>3</sup> Algunas/os participantes han consentido aparecer en este texto con sus nombres reales, mientras que otras/os aparecen con seudónimos.

Se llevaron a cabo entre 2 y 3 sesiones de trabajo con cada participante. La primera consistió en una conversación a partir de los ejes de discusión sobre la posición del/la participante con respecto al TIS, alentando al/la participante a plantear cuestiones de interés que no estuvieran contempladas. Las sesiones posteriores consistieron en correcciones y modificaciones a la textualización inicial, profundizando y precisando aspectos de interés para el/la participante y/o investigador. Finalmente se concluyó con la aprobación explícita de las/los participantes sobre la versión final de la narrativa.

## **4. Metanarrativas en pugna: sobre las construcciones teóricas del género**

Hemos expuesto anteriormente que las identidades de sexo/género son comúnmente abordadas a partir de dos paradigmas o metanarrativas opuestas: el modelo médico heredero de la tradición positivista y las perspectivas críticas que han nutrido a la teoría queer. A continuación se exponen grosso modo la manera en que estas posturas teorizan sobre las identidades de sexo/género y las implicaciones que ésta teorización tiene para concebir el TIS y las identidades transgénero.

### **4.1. La perspectiva del modelo médico-psiquiátrico sobre las identidades transgénero**

En las últimas décadas, el modelo médico ha sido seriamente cuestionado por una diversidad de disciplinas y grupos sociales. Sin embargo, continúa ejerciendo un enorme poder y gozando de amplia popularidad entre las aproximaciones a la salud mental (Laungani, 2002). En el abordaje de las identidades transgénero, ejerce una influencia determinante.

Existen dos componentes en el trastorno de la identidad sexual que deben estar presentes a la hora de efectuar el diagnóstico. Debe haber pruebas de que el individuo se identifica, de un modo intenso y persistente, con el otro sexo, lo cual constituye el deseo de ser, o la insistencia en que uno es, del otro sexo (Criterio A). Esta identificación con el otro sexo no es únicamente el deseo de obtener las supuestas ventajas relacionadas con las costumbres culturales. Deben existir también pruebas de malestar persistente por el sexo asignado o un sentido de inadecuación en el papel de su sexo (Criterio B). El diagnóstico no debe establecerse si el individuo padece una enfermedad física intersexual (p. ej., síndrome de insensibilidad a los andrógenos o hiperplasia suprarrenal congénita) (Criterio C). Para efectuar el diagnóstico deben existir pruebas de malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo (Criterio D). (APA, 2005).

Con este párrafo se inaugura el apartado correspondiente al TIS, contenido en la cuarta edición del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM-IV) (APA, 2005), publicación de la American Psychiatric Association (APA) donde se listan los diferentes desórdenes mentales y los criterios necesarios para diagnosticarlos. Esta manual es un marco de referencia para profesionales de la salud mental, médicos, investigadores, interventores sociales y legisladores alrededor del mundo. A través de los criterios descritos en el párrafo expuesto se elabora un diagnóstico que permite identificar, dar tratamiento y atribuir servicios de salud y jurídicos a las personas transgénero.

El síntoma central atribuido a este trastorno es la *disforia de género*. Con este término se engloban las experiencias subjetivas de malestar e insatisfacción que son referidas por algunas narrativas de personas *transexuales*<sup>4</sup> y que reconocen los psiquiatras como el discurso típico que conduce a la diagnosis de TIS. La disforia de

---

<sup>4</sup> *Transexual*, en contraposición con *transgénero*, es el término utilizado en la jerga médica para referirse a las personas que han sido diagnosticadas con TIS o cumplen con los requisitos del diagnóstico.

género consiste en una alteración cualitativa del humor, que incluye estados emocionales de ansiedad y contrariedad (Valdés, 1996), causada por la incongruencia percibida entre el sexo físico y la identidad de género que se experimenta. Una persona que es diagnosticada con este trastorno se describe como aquella que rechaza su pertenencia al género que le corresponde de acuerdo con su sexo de nacimiento, y que se identifica con el género correspondiente al sexo contrario al suyo. El manual psiquiátrico (Vallejo, 2005) dicta:

*En individuos normales, es decir, que no presentan ningún estado intersexual físico, puede darse una preferencia persistente por el status y el rol del sexo opuesto. Este fenómeno, que suele ir acompañado de malestar (disforia de género), se manifiesta a distintos niveles de gravedad, siendo el transexualismo su forma más extrema. (p. 227)*

Esta definición se produce desde una perspectiva psicopatológica y sugiere una alteración o profunda variación psicológica del sentido de la identidad, tanto de la identidad corporal (genital) como de la identidad psicosocial (de la idea del propio género). Es la obra del sexólogo estadounidense Harry Benjamin (1977), *The Transsexual Phenomenon*, la que sentó las bases para el posterior abordaje psiquiátrico sobre la transexualidad.

En el modelo médico-psiquiátrico, el género es definido como el correlato social del sexo. Este último es considerado como el punto de partida, la base sólida sobre la cual se erige el género. De esta manera, el género se concibe como dependiente del sexo, aunque haya "aberraciones" ocasionales (Dozier, 2005). Esta lectura nos sugiere que, a pesar de ser moldeado socialmente, el género tiene sus raíces originarias en los caracteres sexuales biológicos. Por lo tanto, se considera que los desórdenes psiquiátricos relativos a la identidad de género, como el resto de enfermedades físicas, son causados por aspectos orgánicos, genéticos o neurológicos (Laungani, 2002). La

transexualidad se convierte así en una condición médica que debe ser tratada como tal.

Por otro lado, la transexualidad como disfunción o desorden, se considera una falla en la función de un mecanismo humano con respecto a su diseño natural (Wakefield, 1992). La *disfunción* es operacionalizada por el DSM como una respuesta estadísticamente no esperada. Por lo tanto, se asume que las conductas estadísticamente menos frecuentes son una disfunción (Langer y Martin, 2004). Un análisis del DSM-IV pone en evidencia que las concepciones de normalidad derivadas de su uso están, en buena medida, basadas en nociones de conformidad social (Laungani, 2002). Esto indica que la transexualidad es comprendida como patología en tanto que genera una ruptura con el orden social de sexo y de género.

Aunque los presupuestos que rigen la práctica del modelo médico-psiquiátrico con respecto a las identidades transgénero son raramente explicitados, es posible evidenciar algunos de ellos. El TIS es una categoría psiquiátrica que se formula en la asunción de los siguientes postulados: a) las funciones reproductivas predicen con exactitud propensiones psicológicas y conductuales (West y Zimmerman, 1987); b) los rasgos sexuales anatómicos determinan la identidad de género (Cooper, 1999); y c) existen únicamente dos tipos normales y exhaustivos de sexo: masculino y femenino (Bem, 1993). Al dar por hecho estos supuestos, se produce el efecto de que el orden social dominante de los géneros refleja "diferencias naturales" (Burdge, 2007).

Para Zachar y Kendler (2007) a pesar de que existe una diversidad de prácticas al interior del modelo médico-psiquiátrico, todas pueden ser consideradas *esencialistas*. Una postura esencialista considera que los desórdenes psiquiátricos existen independientemente de las clasificaciones realizadas por las/los psiquiatras, y que el trabajo de la nosología consiste en descubrir sus naturalezas inherentes y clasificarlos

correctamente. De esta manera, las prácticas sociales de producción de conocimiento y los mecanismos sociopolíticos que operan en la fabricación y la regulación de las identidades de sexo/género quedan fuera del lente analítico.

Actualmente existe un debate teórico y social en torno al TIS. Organizaciones sociales e instituciones públicas y académicas se sitúan en diferentes posiciones con respecto a esta categoría. Algunos sectores de la comunidad transgénero se han vuelto cada vez más activos políticamente en años recientes (Burdge, 2007). Diferentes autores han recomendado eliminar el TIS del DSM-IV (Burgess, 2000; Langer y Martin, 2004) poniendo en evidencia que este diagnóstico es un mecanismo a través del cual una institución social importante (la medicina) refuerza la conformidad hacia los roles de género establecidos (Brooks, 2000). En última instancia, el modelo médico-psiquiátrico refuerza los estereotipos de género a través de la patologización de prácticas e identidades que se escapan de las rígidas dicotomías 'hombre-mujer' y 'masculino-femenino'.

### **3.2. La perspectiva queer sobre las identidades transgénero**

Los discursos y prácticas *queer* parten de la afirmación de que la sexualidad no es un hecho natural, sino que está construida socialmente (Butler, 2004; Sedgwick, 1991; Hallberstam, 1998; Córdoba, 2005). Esta afirmación es la conclusión de un trabajo de ruptura teórico/epistemológica con respecto a lo que todavía hoy es la opinión dominante en los discursos médicos, psiquiátricos, morales y jurídicos (Córdoba, 2007). En contraste con la posición *esencialista* según la cual la transexualidad es un dato, un hecho exterior a su delimitación discursiva y por lo tanto exterior al contexto histórico en el cual emerge y es definida, la posición *construccionista* asume un marco desde donde la transexualidad se comprende como una construcción discursiva y

delimitada históricamente, como un producto contingente de unas determinadas condiciones contextuales.

En *Historia de la sexualidad I* –texto que será de gran influencia para la posterior articulación de la perspectiva *queer-*, Foucault (1976) sitúa históricamente la emergencia del dispositivo de la sexualidad como efecto de un conjunto de tecnologías y estrategias de constitución de los cuerpos y de los sujetos. La *scientia sexualis* emerge en el siglo XVIII como una modalidad de producción y regulación de las identidades de sexo/género en el marco de la generación de un conocimiento disciplinario sobre la sexualidad. El discurso legítimo que regula las identidades en el régimen normativo de sexo/género, adquiere su legitimidad sobre la base de su carácter científico, convirtiendo las prácticas del sexo/género en un objeto de las ciencias naturales. Pero, a pesar de su pretendida científicidad, este conocimiento se genera dentro de unos marcos discursivos claramente regidos por el dispositivo normativo de la sexualidad reproductiva, *heterosexual* y dicotómica.

La teoría *queer* se erige en contraposición a las teorías dominantes sobre el sujeto, socavando la noción de una identidad de sexo/género coherente, natural y fija (Bacha, 2005). Desde aquí, toda noción de identidad está mediada por las categorías culturales disponibles y por consiguiente las identidades transgénero no son leídas en función de una desviación patológica, sino como prácticas y construcciones identitarias que divergen del sistema de sexo/género dominante. Así, las prácticas transgénero son un buen ejemplo de la forma en que las expresiones de género son más bien flexibles, pueden transformarse y alejarse de los supuestos determinantes biológicos.

Desde esta postura, las identidades de sexo/género pueden explicarse en términos de *performatividad*: no hay una esencia detrás de las performances o actuaciones del género del que éstas sean expresiones o externalizaciones. Al contrario, son las

propias performances en su repetición compulsiva las que producen el efecto-ilusión de una esencia natural (Butler, 1999). Así, la teoría *queer* busca desafiar y subvertir cualquier tentativa de establecer una identidad singular, fijada o normal (Hall, 2003).

El cuestionamiento crítico que hace la teoría *queer* al principio de *dimorfismo sexual natural* alimenta a algunos movimientos activistas transgénero que trabajan para rectificar la errónea presuposición según la cual cada cuerpo alberga una "verdad" innata sobre su sexo que los profesionales médicos pueden discernir y traer a la luz por sí mismos (Butler, 2004). Situar las categorías de género como constructos, como artefactos discursivos y no como entidades estables y esenciales, es útil para fundamentar la idea de que el género no tiene por qué ser establecido a través de una asignación coercitiva.

Si bien esta perspectiva respalda a las identidades transgénero en el sentido de que habilita la posibilidad de múltiples identificaciones, una de sus posibles consecuencias es el rechazo de cualquier forma de identidad, incluyendo la asignación de un sexo estable para las personas transgénero que buscan transitar al 'sexo opuesto' y apropiarse de una 'identidad normativa'. Para Butler (2004), es aquí donde emerge una tensión entre la teoría *queer* y el movimiento transgénero; tensión que se refleja en la cuestión de la reasignación de sexo y en las ventajas sociales de las categorías tradicionales de género. Esta lectura sugiere que, en momentos determinados y en asuntos prácticos, la teoría *queer* pone en entredicho los deseos de personas transgénero que buscan obtener tales asignaciones o que las necesitan para funcionar socialmente.

Esta relación ambivalente entre la teoría *queer* y las identidades transgénero puede ilustrarse en el ámbito de las discusiones sobre el TIS:

*Por un parte, el diagnóstico continúa valorándose porque proporciona una forma económica de transitar. Por la otra, la oposición es firme porque el diagnóstico continúa considerando como un trastorno patológico lo que debía concebirse como una entre las muchas posibilidades humanas de determinar el propio género [...] Puede observarse cómo en este debate se da un conflicto entre aquellos que están intentando conseguir el derecho a la asistencia financiera y aquellos que buscan basar las prácticas de la transexualidad en la noción de la autonomía. Bien podemos tener dudas y preguntar si estas dos perspectivas, de hecho, se oponen la una a la otra. Después de todo, se puede argumentar -y seguramente la gente lo hace-, que la manera por la cual el diagnóstico facilita un cierto derecho a las pólizas del seguro, al tratamiento médico y al estatus legal, está en realidad funcionando al servicio de lo que podríamos llamar autonomía trans. Después de todo, si quiero transitar necesitaré el diagnóstico para conseguir mi objetivo, y lograr mi objetivo es precisamente un ejercicio de autonomía (Butler, 2004, p. 114-115).*

Las relaciones complejas que pueden emerger entre la perspectiva *queer* y las identidades transgénero están determinadas por una serie heterogénea de factores contextuales y estrategias políticas en continua transformación. Aunque el concepto de identidad es visto como ontológicamente problemático por la perspectiva *queer*, el uso de categorías totalizantes como *mujer* y *hombre* puede ser heurísticamente útil para propósitos teóricos y políticos concretos (Minton, 1997). Al interior de la comunidad transgénero hay un buen número de personas que buscan ser reconocidas como hombres o mujeres sobre una base de legitimidad social y reconocimiento político. Aunque *queer* puede ser un término útil como estrategia para nombrar y definir identidades marginales, en ciertos casos puede presentar dificultades para representar los intereses prácticos y específicos de dichas identidades (Hall, 2003).

## 4. Intersticios desde comprensiones situadas: multiplicidad mutante

*Quien quiera nacer tiene que romper un mundo*  
Herman Hesse

En este apartado echamos mano de algunos fragmentos de las narrativas de las/los participantes a partir del reconocimiento de que éstas emergen en cierto contexto sociohistórico, en una comunidad de sentido (Valentine, 2008). En este caso, ilustraremos las maneras en las estas narrativas cuestionan, desplazan y complejizan las dos metanarrativas expuestas.

El desafío consiste en reflexionar a partir de estas narrativas, tomándolas como puntos teóricos de partida. Así pues, este trabajo constituye un intento por tomar en serio el valor de conocimiento no académico y la multiplicidad de miradas epistemológicas (Pujol, Montenegro y Balasch, 2003).

La aproximación que proponemos para abordar las narrativas no busca analizarlas como material empírico sino leerlas como *teorías situadas*. La legitimidad de dichas narrativas como comprensiones sobre un fenómeno, en concordancia con el marco epistemológico de este trabajo, no está dada por las credenciales académicas de las/los participantes o los criterios de rigurosidad intelectual al uso, sino por su mirada situada, por la experiencia y el conocimiento que les reporta ser protagonistas del fenómeno social.

Los textos completos de las narrativas tienen su propio valor que no es reductible a lo que se rescata en este artículo. Los fragmentos que se citan son aspectos que han complejizado la mirada de las autoras. La interpretación y la lectura personal de las investigadoras están siempre ahí, pero esto no quiere decir que se analice el discurso con el fin de revelar lo oculto. Más bien se leen como contribuciones que permiten

pensar en nuevos espacios teóricos y producir reflexiones articuladas con las voces de las/los participantes.

#### **4.1. Naturaleza-Otra: mujer sí, trastornada no**

En esta comprensión situada existe una forma de articulación parcial entre las dos metanarrativas mostradas: se afirma la esencia natural de las identidades hombre/mujer, pero se rechaza que *cualquier* identidad sea considerada patológica. Mónica, una trabajadora sexual transgénero, perturba los esquemas tradicionales de "ser mujer" y expande las posibilidades de expresión de dicha categoría, sin que por ello ésta pierda sentido o sea considerada un mero artificio sociocultural. De esta manera, la categoría *mujer* se abre a una indeterminación que permite legitimar desplazamientos y expresiones múltiples:

*El único problema que tenemos nosotras con nuestra transexualidad es la manera en que la sociedad nos ve y nos trata, que nos vean como enfermas, pervertidas, que nos hagan tests y que no nos den trabajo. En última instancia, yo quiero ser reconocida como mujer en todas partes y de todas las formas. Soy una mujer independientemente de lo que tenga o deje de tener entre las piernas. (Mónica)*

Al multiplicar o alterar las posibilidades de *mujer*, el TIS se convierte en un instrumento de estigmatización y control. Las prácticas psiquiátricas con respecto a las identidades transgénero dejan entonces de tener sentido y de ser significativas para los ojos de Mónica como usuaria:

*La demanda que podemos hacer a las instituciones que es que las personas trans no tenemos porque pasar por la humillación de los tests psicológicos de trescientas preguntas que no nos llevan a nada y que no pueden decir nada de cómo somos [...] La transexualidad no es una enfermedad ni un trastorno psiquiátrico. Somos personas normales. Tengo muy claro lo que soy y lo que*

*quiero: ser una chica. Y no tengo por qué estar sufriendo toda la vida en un cuerpo de chico, fingiendo lo que no soy. Esto no tiene nada de enfermedad [...] Yo desaparecería la disforia de género. Esto que sentimos es natural, como cualquier otra manera de ser. Nadie tendría por qué tratar a la gente de enferma por sus orientaciones sexuales o por la manera en que es. (Mónica)*

Desde la perspectiva de esta participante, es posible reconocer que la psiquiatría es una práctica social imbuida en valoraciones y juicios con respecto al sexo/género. Este sesgo percibido en la posición del/la psiquiatra hace del ejercicio psiquiátrico una práctica innecesaria o prescindible para las personas que transitan en el sexo/género.

*Creo que para que una persona cambie de sexo no es necesario que pase por un psiquiatra. La supervisión psiquiátrica debería acabarse. Hay muchos psiquiatras que están en contra de la transexualidad y lo que hacen cuando vas a su consulta es tratar de cambiarte el "chip" de la cabeza, y decirte que te lo pienses otra vez, que no está bien lo que estás haciendo, que vas a ser más desgraciada el día de mañana, que no vas a encontrar trabajo, que nadie te va a querer... Muchos de ellos te ponen un contra. Pero yo pienso que si una persona está segura de lo que quiere en la vida, que vaya adelante. Además, conozco a muchísimas personas que se han operado, se han hecho cambio de sexo, y no han tenido que acudir a ningún psiquiatra. (Mónica)*

Este reconocimiento de un ejercicio psiquiátrico no-neutral, dirigido intencionalmente por quien posee un conocimiento disciplinario, es concomitante con las perspectivas críticas que estudian a la psiquiatría como dispositivo social moldeado por el contexto cultural donde fue generado y dirigido hacia ciertos fines sociopolíticos. De acuerdo con Rose (1986), las prácticas y los saberes *psi* han originado nuevas formas de autoridad que, legitimadas por el poder otorgado por el discurso científico y el conocimiento positivo, funcionan como dispositivos de gubernamentalidad que informan sobre cómo conducirnos y cómo conformar la propia identidad.

Las forma en que Mónica reconfigura la categoría identitaria de mujer nos sugiere un desplazamiento en dos direcciones: a) los medios por los cuales *se es/se llega a ser* mujer y b) la localización de lo *natural/esencial* en un ámbito de *autodeterminación*. En la primera trayectoria, la identidad de sexo/género se aleja de los determinantes genitales y se inauguran nuevas posibilidades de ser/acceder a una identidad que tradicionalmente está delimitada por unos rasgos sexuales exógenos.

*Debemos entender que ser mujer no tiene que ver con tener o no tener pene. Ser mujer está en tu mente, no en tu sexo. Además, yo no necesito demostrarle a nadie que soy una mujer teniendo un coño entre las piernas, porque un coño no me va a hacer ser más mujer que una mujer biológica. Yo sé que soy una mujer, y ya está. (Mónica)*

Las nuevas posibilidades que hacen referencia a la intervención técnico-científica a la que es posible acceder en nuestros días. La identidad, entonces, deja de estar asociada a unas únicas formas de producción y adquiere un rasgo de *multi-origen* o *pluri-producción*. En este caso, hay una determinación innata y una actualización tecnológica:

*Hay que pensar que las cosas van progresando, que antes no había los medios que ahora tenemos y tampoco la conciencia como para que alguien se hiciera transexual, pero ¿no crees que en la época de los romanos haya habido alguien que le hubiese gustado nacer en el cuerpo del otro sexo? Por supuesto, lo que pasa es que no tenía las mismas posibilidades que tenemos ahora. Ahora la tecnología y la ciencia están muy desarrolladas, y nos dan nuevas posibilidades a todos. Y eso va avanzando de maneras muy diferentes: ¿cuándo se había visto que en televisión salieran tantas personas transexuales y travestis? (Mónica)*

La segunda trayectoria de desplazamiento con respecto a la categoría identitaria normativa cuestiona la noción de *natural* de las identidades tradicionales y reformula dicho atributo en relación con cierto grado de autodeterminación. Si bien la identidad

de sexo/género es un sentido interno que viene dado de manera innata, la intervención (o no intervención) sobre el cuerpo es una decisión propia y una vía natural para actualizar dicho sentido. En otras palabras, lo natural es la búsqueda de la construcción de la identidad de acuerdo con las propias identificaciones y a través de los medios disponibles.

*Desde que tengo uso de razón me he sentido mujer: cuando era pequeña me vestía con las ropas de mi madre, me gustaban las cosas que hacían las niñas. Y esto es una cosa con la que naces. Si me hubieran dado la opción de elegir, hubiera elegido ser mujer. Pero como no he tenido esa opción, no me queda más remedio que cambiarme de sexo. Y esta experiencia es la mejor en todos los sentidos, para mí el ser mujer es lo más bonito del mundo [...] La gente piensa que el hecho de intervenir los genitales y transitar al otro sexo es antinatural. Pero ¿por qué debe ser antinatural? ¿Quién lo dice? ¿Dónde está escrito?... Yo no veo cómo esto puede ser antinatural, somos personas como cualquier otra y no le hacemos daño a nadie. (Mónica)*

Esta noción de lo natural en juego con lo intencional es un aspecto interesante que permite, por un lado, dar cuenta de la "maleabilidad situada" del concepto de naturaleza con respecto a las identidades transgénero y, por otro, mostrar la manera en que categorías conceptuales y teóricas (naturaleza o sociedad, por ejemplo) son usadas estratégicamente en función de las circunstancias, de las características del contexto y de los movimientos políticos que interesan. Esta cuestión de una *naturaleza-otra* que permite acceder a identidades legítimas sólo a partir de su propia reconfiguración y desplazamiento, puede dialogar con la inquietud teórica por establecer nuevas nociones de *naturaleza* para la producción del conocimiento. Al respecto, Haraway comenta:

*Atrozmente conscientes de la constitución discursiva de la naturaleza como «otro» en las historias del colonialismo, del racismo, del sexismo y de la dominación de clase del tipo que sea, sin embargo encontramos en este*

*concepto móvil, problemático, etnoespecífico y de larga tradición algo de lo que no podemos prescindir, pero que nunca podemos «tener». Debemos encontrar otra relación con la naturaleza distinta a la reificación y la posesión (Haraway, 1999, p. 122).*

La visión de Mónica nos sugiere una *naturaleza-otra*: una naturaleza que permite escapar de la estigmatización patológica y que genera vías para el reconocimiento social de las identidades transgénero. Una naturaleza que multiplica y extiende sus modos de producción de identidad y sus formas de regulación. Una naturaleza que no es antagónica a la tecnociencia, a la agencia constructiva y a los significados socioculturales disponibles en un contexto local determinado, sino que opera a través de estos vectores:

*La naturaleza no es un texto que pueda leerse en códigos matemáticos o biomédicos. No es el «otro» que brinda origen, provisión o servicios. Tampoco es madre, enfermera ni esclava; la naturaleza no es una matriz, ni un recurso, ni una herramienta para la reproducción del hombre. Por el contrario, la naturaleza es un topos, un lugar, en el sentido de un lugar retórico o un tópico a tener en cuenta en temas comunes; la naturaleza es, estrictamente, un lugar común. Atendemos a este tópico para ordenar nuestro discurso, para componer nuestra memoria (Haraway, 1999, p. 122)*

En esta comprensión situada es posible observar cómo ambas metanarrativas se entretejen e interconectan. Con respecto al modelo médico, Mónica cuestiona el determinismo biológico/genital pero conserva una esencia natural de la identidad. Se posiciona críticamente con respecto al TIS sin rechazar la veracidad de ser mujer (y de llegar a serlo a través de la intervención). Con respecto a la teoría queer, formula un cuestionamiento al esencialismo biológico y afirma la multi-producción social de identidades reales. La relación con la institución médica es ambivalente: por un lado se rechaza el TIS y la supervisión psiquiátrica sobre las identidades transgénero, por el

otro se buscan las intervenciones quirúrgicas y hormonales. Todo esto nos muestra que es posible expandir las expresiones de la identidad y sus criterios legitimadores. A través de la narrativa de Mónica, es posible pensar en un movimiento que reconcilia la naturaleza y la cultura de una forma inesperada: las determinaciones natural y sociotecnocientífica se confunden en un mismo proceso productivo; entre ambos puntos, media la agencia del individuo.

#### **4.2. Transconvers(ac)iones: Posiciones responsivas y contaminadas**

Las y los participantes de esta investigación son agentes sociales que, desde distintas posiciones, intervienen en una polémica en torno al TIS. En la ciudad de Barcelona, esta polémica ha sido atizada por a) manifestaciones públicas de personas transgénero a favor de autonomía con respecto al propio cuerpo y la propia identidad, b) pronunciaciones políticas de grupos activistas que rechazan la categoría del TIS y c) declaraciones en medios de comunicación y foros académicos por parte de las profesionales de la salud mental argumentando a favor de la veracidad y la utilidad del TIS. En este intercambio de puntos de vista podemos observar que se establecen relaciones e interconexiones que son constituyentes de las propias posiciones y que contribuyen de manera importante a conformar su conocimiento.

En esta controversia, las diferentes comprensiones se conforman a partir de situarse de manera responsiva en relación con otras posiciones, en un sistema en el cual la trayectoria de las narrativas presentes estaría, en parte, determinada por dicha relación (Evans, 2001). Son enunciados que emergen de las articulaciones, de relaciones concretas con otras posiciones. Estos puntos de contacto generan movimientos constitutivos de las comprensiones situadas y de la coyuntura social particular de cada contexto.

El conocimiento y las posiciones de las agentes emergen a partir de las relaciones. De acuerdo con Haraway (1991), las posiciones situadas nos permiten establecer *conexiones parciales* con otros agentes para construir conocimientos: *conexiones* porque hay lenguajes y experiencias compartidas, y *parciales* porque todas las posiciones difieren entre sí y no se conectan a partir de su identidad sino de la tensión entre semejanza y diferencia entre ellas (Montenegro y Pujol, 2003). Estas conexiones surgen desde posiciones materiales y semióticas en continua transformación en las que intervienen una heterogeneidad de actores humanos, tecnológicos e híbridos.

Es aquí donde los paradigmas generales sirven de punto de partida a las comprensiones situadas -a través de prácticas profesionales, protocolos de comportamiento, sistemas de información- pero son simultáneamente modificados en función de intercambios y vínculos con otros agentes en esas conexiones parciales. Esto se muestra en la manera en que las profesionales de la salud mental han redefinido el TIS como respuesta al discurso del activismo:

*Actualmente existe cierta polémica con respecto al hecho que para acceder a la cirugía o al cambio legal de identidad, las personas deban contar previamente con un diagnóstico de Trastorno de Identidad de Sexual. Esta polémica ha sido creada particularmente por un pequeño grupo de personas transexuales que no quieren ser consideradas enfermas mentales y que demandan que se excluya la transexualidad de los manuales de trastornos psiquiátricos. Sin embargo, el hecho de que haya personas que sean atendidas por psiquiatras o psicólogos no quiere decir que estas personas sean enfermas mentales. El trastorno hace referencia al sufrimiento psicosocial que la persona experimenta: diferentes formas de desadaptación social (laboral, familiar, escolar), ansiedad o conflictos personales se derivan del proceso de tránsito hacia el otro sexo. El rechazo social y los prejuicios dificultan este tránsito y pueden causar graves desórdenes emocionales. (Cecilia)*

Psiquiatra y psicóloga clínica han reconfigurado la noción de TIS y han situado su origen, no ya en una desviación con respecto a una naturaleza de sexo/género, sino con respecto a un conjunto de dificultades y desadaptaciones sociales que el trastorno trae consigo. Las palabras de Julia nos sugieren un movimiento con respecto a las comprensiones tradicionales del paradigma médico-psiquiátrico:

*Existen movimientos y personas que se sienten inconformes con el TIS. Su inconformidad proviene precisamente de que sea considerado un trastorno y, por lo tanto, que figure en los manuales de nosología diagnóstica. Creo que este rechazo es producto de equiparar el TIS con un trastorno mental, es decir, asociarlo con la idea de la locura o la discapacidad. Esto no es así, el TIS se considera un trastorno en la medida en que afecta la vida emocional y social de las personas: para aquellos que experimentan una identidad que no corresponde con su sexo de nacimiento, emergen una serie de problemas y desadaptaciones a nivel personal desde que son muy pequeños [...] La presión social es muy fuerte y los consecuentes conflictos emocionales a menudo afectan de manera significativa a las personas. Es por esta desadaptación, y por el sufrimiento que conlleva, que es considerado un trastorno y por lo tanto merece ser tratado. El trastorno, entonces, está en función de los problemas que produce esta desadaptación, por el dolor que padecen las personas en estas circunstancias. (Julia)*

El fundamento biológico de la transexualidad queda confirmado cuando Julia dice que "el trastorno de la identidad sexual es una entidad con sustrato biológico, y no una perversión sexual, como aún es considerada por muchos ciudadanos y por algunos profesionales sanitarios". El discurso sobre el origen orgánico y sobre la incoherencia entre entidades sustanciales predeterminadas -el sexo orgánico y la identidad de género- sigue siendo una referencia importante, como muestra el siguiente extracto:

*Algunas investigaciones sugieren, por ejemplo, que el TIS es causado por una alteración hormonal en el primer trimestre de la gestación, durante la etapa embrionaria. En términos sencillos, puede ocurrir que en ese periodo se genere*

*un desequilibrio hormonal que produzca suficientes hormonas para feminizar el cuerpo, pero no para feminizar el cerebro; o lo contrario, que masculinizan el cuerpo pero no el cerebro. Es allí donde podría producirse el fallo o la anomalía, por decirlo de alguna forma: la persona nace con caracteres sexuales femeninos, pero con fisiología cerebral masculina (o viceversa). (Julia)*

Sin embargo, a pesar de reconocer una entidad biológica que determina el trastorno, el rasgo patológico es atribuido a las consecuencias psicosociales negativas que esta "particularidad biológica" trae consigo, y no a dicha diferencia en sí. Esta posición puede incluso entrar en conflicto con las nociones actuales del paradigma médico-psiquiátrico con respecto a la transexualidad. A pesar de reconocer los límites de conocimiento en este campo, los profesionales médicos tienen confianza en que la etiología aun confusa del trastorno vaya cediendo en el futuro ante la investigación científica (Asociación Profesional Mundial para Salud Transgénero, 2001).

La posición del activista Miguel, por su parte, rechaza la legitimidad del TIS pero reconoce que en ocasiones el trastorno puede jugar un papel estratégico para la integración social de muchas personas. Si bien el TIS es producto de "un régimen dicotómico que ha sido construido en algún momento de la historia y que desde entonces ha contribuido a mantener un orden heteropatriarcal" (Miguel), las identidades normativas resultan referentes inevitables para el desenvolvimiento social cotidiano: pueden facilitar la construcción del propio sentido durante la transición y servir de apoyo para procurarse tolerancia e integración:

*Hay muchas personas trans que necesitan pensar que ser trans es algo que les ha llegado, algo que no pidieron pero que se manifiesta de una manera tan poderosa que no han podido renunciar a ello, y por eso han tenido que modificar su cuerpo o modificar la forma en que la gente se refiere a ellas (Pau).*

Existe una preocupación en la práctica del activismo que busca respetar la heterogeneidad de posiciones ante el TIS al interior de la comunidad transgénero. Esta diversidad de posturas amplía el rango de operaciones sociopolíticas en torno al TIS y hace posible ciertos vectores de movimiento que se manifiestan en unas determinadas demandas:

*Hay personas trans que dicen tener un trastorno y sufrir por estar encerradas en un cuerpo que no es el suyo [...] La lucha activista pasa entonces por trabajar hacia una despsiquiatrización de la transexualidad sin que haya personas trans que se sientan agredidas por declarar inexistente una condición médica en las que ellas creen [...] El camino que se abre es negociación con los psiquiatras para que públicamente reconozcan la inexistencia del trastorno, pero sin que esto se convierta en una agresión para aquellas personas trans que han sido diagnosticadas y que inclusive han buscado ese diagnóstico y lo han encontrado útil. (Miguel)*

Los vínculos de tensión, conflicto y semejanza entre las diferentes posiciones componen un mapa inevitablemente complejo, asimétrico, transitorio. Las premisas paradigmáticas que nutren los universos discursivos de los actores -el modelo médico-psiquiátrico y la teoría queer-, se diluyen en un intrincado laberinto de intereses políticos, estrategias de supervivencia y adaptación social, negociaciones y reconfiguraciones. Los puntos de contacto entre los distintos sitios son inestables, ambivalentes: la geografía que emerge de esta lectura es aquella que sólo es posible a través de su constante reconstitución. Mónica y Miguel confieren a la Psiquiatría un rol posible con respecto a las identidades transgénero, a condición de que se modifiquen las relaciones estructurales de poder: el acompañamiento terapéutico puede ser una alternativa disponible para las personas que lo requieran, pero no un embudo obligatorio:

*La relación entre la Psiquiatría y las personas transexuales es compleja. Debemos empezar diciendo que, cuando hablas con los médicos psiquiatras, te das cuenta de que su objetivo es ayudarnos, es ayudar a las personas trans. Desempeñan su rol con la mejor intención del mundo. Esto pone al descubierto una arista importante: el médico y yo nadamos en la misma agua, uno no es mejor que el otro, somos parte del mismo sistema [...] El futuro deseable de la psiquiatría consiste en que entienda al paciente como una persona, y a lo que se denomina trastorno como un sufrimiento que todos podemos experimentar. Entonces, la psiquiatría puede permanecer si partimos de una relación horizontal y no vertical como ha sido hasta ahora: en este sentido, tiene tanto futuro como lo tienen las personas que escuchan a aquellos que necesitan ser escuchados. Definitivamente tendría que dejar de operar en sentido de invisibilizar y estigmatizar a todos aquellos que cuestionen un orden de cosas, tendría que dejar de funcionar como un instrumento coercitivo de poder. (Miguel)*

De la misma forma en que las/los agentes configuran sus posiciones a través del entramado de relaciones que mantienen entre sí (y en donde se negocian constantemente significados y condiciones), quienes escriben este texto -una agente más que participa en este debate- también producen una voz a partir de la relación con las otras voces. Así como las posiciones que pueblan esta discusión están articuladas en conexión, la mirada inquisitiva que se proyecta desde este estudio no es otra cosa que una lente situada, una tentativa de establecer una conexión parcial desde donde añadir una palabra más a la conversación. Las elaboraciones teóricas que se pueden elaborar a partir del diálogo con la/los participantes y de las narrativas son construcciones de conocimiento inmanentes a esas interacciones contextuales y, por consiguiente, son una comprensión situada en sí.

### 4.3. Teorías parciales: herramientas nuestras de cada día

Para introducir esta idea es inevitable hacer referencia a la socorrida metáfora foucaultiana de la teoría como *caja de herramientas* (Foucault, 1979). Desde esta concepción la teoría no se valora por su aproximación a la descripción objetiva del mundo, por su *exactitud*. Lo importante aquí es lo que se puede hacer con ella: las ideas que permite re-ajustar, los axiomas que permite desensamblar, las piezas distantes que puede acoplar. Las comprensiones situadas que debaten en torno al TIS nos sugieren un uso estratégico de teorías o comprensiones del fenómeno que evoca la proposición foucaultiana. Las posiciones adoptadas y las categorías en uso son útiles instrumentos que permiten hacer frente a las características del contexto, abrir espacios inéditos o transformar el estado de las cosas. Los paradigmas del género no funcionan como marcos de conocimiento que totalizan la comprensión de las personas, sino que éstas seleccionan activamente determinados aspectos de los mismos -además de hacerles ajustes personales- para orientarlas hacia ciertos fines sociopolíticos, para producir ciertos efectos sobre el escenario social.

Esto se vuelve evidente en el caso del uso de la categoría de Trastorno de Identidad Sexual para procurar y garantizar derechos sanitarios a las personas que transitan en el sexo/género. El TIS puede ser utilizado entonces como una plataforma semiótico-material que permite acceder a determinadas prerrogativas para un sector más bien desprotegido, y conceder un estatus médico-legal a las identidades transgénero que puede ser útil para lidiar con las contrariedades a las que se enfrentan en la cotidianidad. La siguiente narrativa nos conduce por este sendero:

*Hay un sector de la sociedad que opina que los procesos médicos de reasignación de sexo no deberían ser financiados con dinero público, puesto que hay otras prioridades. Con respecto a eso podemos decir que para cada persona su problema es una prioridad, y la opinión pública de que no se gaste dinero en*

*estos temas es una postura generada por el desconocimiento. La transexualidad precisa una atención médica y quirúrgica, y su tratamiento en la sanidad pública es una cuestión de equidad, de igualdad de los derechos sanitarios [...] Como profesionales de la salud mental abogamos porque las personas transexuales reciban atención especializada con equidad y calidad. Consideramos que la transexualidad es un cuadro clínico que debe ser tratado por un equipo médico sin que su planteamiento se diferencie de cualquier otra patología hospitalaria. Es un derecho inalienable de estas personas ser atendidas y tratadas por profesionales sanitarios como pasa con cualquier otra patología. Por consiguiente, estamos a favor de las modificaciones y reformas que conduzcan a elevar la calidad del servicio sanitario público que se les brinda a estas personas y que favorezcan una atención digna y libre de prejuicios. (Cecilia)*

Butler (2004) también advierte sobre la necesidad de escapar al "relativismo reductivo" que impide hablar sobre el reconocimiento de derechos para las sexualidades marginales. El lenguaje que propone es doble: pasa por utilizar el lenguaje médico-legal para afirmar el derecho a condiciones de vida aceptables y también por someter dichas categorías a una exploración crítica.

La expresión social que adoptan las identidades transgénero también se va modificando estratégicamente en función de los requerimientos del entorno, de las posibilidades reales que están dadas en un contexto y de estrategias de "supervivencia social" de los sujetos. La negociación constante a nivel lingüístico y material es un ejercicio necesario para las personas transgénero. Las ropas, los nombres, las prácticas sexuales e inclusive el género del artículo con que se refieren a sí mismas entran en un terreno de reconfiguración constante para resistir/transformar el terreno donde se suceden. El campo del lenguaje ilustra este movimiento:

*Para vivir en sociedad es necesario utilizar un lenguaje establecido de antemano. Yo puedo guiarme a partir de mi propia lógica, pero a menudo esto puede conducir a la incomunicación. Entonces, he decidido hablar(me) ante los*

*demás en masculino. En determinadas circunstancias me resulta útil hablar en neutro, pues de esta manera el lenguaje te condiciona menos. Pero las situaciones cotidianas te obligan a usar un género en el lenguaje, y por lo tanto yo me reproduzco en masculino. (Miguel)*

A esta primera negociación, en donde el lenguaje obliga a identificarse con uno de los dos géneros del binomio, se le suma otra donde a cada identificación/identidad se le exige conformarse a ciertos criterios de comportamiento y apariencia para que se ajusten a los códigos de un contexto. En dichas circunstancias, las estrategias lingüísticas tienen que ser reconfiguradas de nuevo. Después de la explicación anterior, Miguel nos muestra la siguiente situación:

*En función del ámbito social en el que te encuentres, es posible hacer uso de "estrategias de supervivencia" a través del lenguaje. Hay muchos sitios en los que hablo en femenino porque es una estrategia que me sale más a cuenta: hago una valoración de qué es lo que me exigirían como hombre y como mujer en ciertos contextos, y en qué podría ser más eficaz, y entonces me voy por ahí. Es una forma de poder operar dentro de la lógica social pero sin volverte esclavo de ella [...] hay sitios en los que no puedo desempeñarme como hombre. Por ejemplo, en un campeonato de rugby voy a desempeñarme mejor como mujer que como hombre. El uso de este tipo de estrategias es necesario, pero las personas que renuncian a identificarse completamente como hombre o mujer son minoría. Para mí, ser hombre o ser mujer es algo que no me es familiar. Es una herramienta que utilizo pero en ningún caso es una bandera.*

Existe, pues, un forcejeo constante que permite, por un lado, circular por los espacios públicos normalizados por la concepción dominante de sexo/género y, por el otro, generar líneas de fuga que inauguran y visibilizan espacios habitables fuera de la lógica binaria. Así, las personas transgénero en ocasiones se ven obligadas a modificar su cuerpo, su apariencia o su lenguaje para adecuarse al sistema normativo, pero simultánea o alternativamente generan prácticas que rompen con la lógica de las

identidades esenciales y fijas, y socavan en carne propia la idea de que no hay forma de vivir al margen de esa pretendida naturaleza.

En última instancia, las diferentes posiciones con respecto al TIS, las diversas maneras de concebir el género, sugieren programas sociopolíticos divergentes. Las diferentes "teorías sobre el género" y las agendas que se desprenden de ellas están fuertemente ancladas por la *situacionalidad* de los agentes en un contexto específico, en una ubicación determinada dentro de un entramado social más bien complejo. Las teorías y las concepciones funcionan como tecnologías, como herramientas que permiten abordar el mundo social, moverse en él y transformarlo. Es en estos universos subjetivos donde se juegan la exclusión, el acceso, la divergencia y la alianza, la estructura y la función. En palabras de Pau:

*Si es una cosa biológica, una construcción social, algo que sentimos o creemos, si tiene que ver con la educación o con el contexto... La pregunta del origen del "ser trans", la cuestión relativa a "de dónde viene", es una excusa a la que cada quien se aferra para disentir unos de otros, e inclusive para matarnos [...] la respuesta a de dónde viene, la necesidad de vivir una identidad de género no-normativa, es una excusa que cada uno encuentra para luchar por lo que sentimos y lo que somos.*

## **5. Propuesta no-conclusiva para la producción de saberes trans**

El desafío que se nos plantean estas narrativas es el de mirar críticamente a nuestras propias herramientas teóricas y metodológicas para transformar la manera en que se abordan las identidades transgénero: el reto consiste en modificar el lente con el que miramos a las identidades no normativas –en lugar de clasificarles, interpretarles o corregirles- y, en suma, construir nuevas narrativas al respecto. La encrucijada que nos plantea esta diversidad de comprensiones situadas, posiciones múltiples y

relaciones cambiantes, nos sugiere una agenda de producción de conocimientos que esté 'contaminada' por las distintas posiciones. Y las narrativas que hemos consultado nos sugieren una ruta: no son las identidades las que deben circunscribirse a los lineamientos teóricos o a los paradigmas de turno, sino la producción de conocimiento la que debe mutar para generar espacios materiales y simbólicos más habitables; es la ciencia la que puede aprender de las rupturas y las excursiones extra-normativas y extra-académicas que llevan a cabo identidades y prácticas no normativas.

En este sentido, buscamos proponer una aproximación sobre las identidades trans que emerja de las conexiones parciales establecidas con las/los participantes y con otros insumos teóricos útiles para pensar la cuestión transgénero desde una perspectiva que no sea ni *patologicista* ni *homogeneizante*. Dicha aproximación buscará asumir el reconocimiento de las limitaciones que tienen los paradigmas generales para dar cuenta de la particularidad de posiciones, conocimientos y estrategias que tienen lugar en contextos concretos. La tarea se centra entonces en generar *teorización situada*, que haga germinar las comprensiones que pueblan los intersticios. La conclusión de este diálogo es que debemos pensar en nuevas formas de producir conocimientos: formas que broten simultáneamente de la multiplicidad y la particularidad; conocimientos que respondan a -y hagan eco de- las voces de los protagonistas sociales; que den cuenta de las coyunturas sociopolíticas de los contextos en que fueron generados.

Desde esta posición, la cuestión trans se aborda, no ya como fenómeno objetivado que hay que medir o caracterizar, sino como pregunta, espacio de diálogo o línea de fuga. Las identidades que no se conforman a la norma social nos ofrecen la posibilidad de interrogar en la diversidad, y de responder de múltiples maneras. ¿De qué forma podemos producir conocimientos sobre el sexo/género que no equivalgan a la confección de sectores trastornados, que no impongan modelos sexuales parciales

como si fuesen universales, que no tengan como objetivo dominar y someter las diferencias? Las identidades transgénero nos sugieren rutas fértiles para escapar del cientificismo de la certeza inmutable: socavan las categorías convencionales de las ciencias *psi* y exponen simultáneamente una pluralidad de posibilidades.

En este caso, la lógica de la investigación convencional se revierte: las narrativas no funcionan para decir algo sobre los sujetos participantes, sino para modificar la posición de quienes investigan. Las narrativas contribuyen a la emergencia o constitución de una nueva narrativa teórica, que cristaliza en la figura de 'trans-conocimientos'. En este sentido, el proceso de investigación concluye con el replanteamiento de los recursos teóricos de partida y en la trans-forma de la posición desde donde se narra o se estudia el fenómeno. La aproximación inicial, que leía el fenómeno en función de un conocimiento dominante y otros subalternos, ha mutado para meter en el campo de visión la posibilidad de múltiples contactos, de relaciones versátiles, alianzas estratégicas y distribución horizontal de enunciación legítima entre los actores involucrados.

¿Hacia dónde nos conducen los trans-conocimientos, qué horizontes vislumbran? En principio, privilegian la emergencia de comprensiones determinadas por los contextos de producción y, por consiguiente, están abiertos a posibilidades de discernimiento menos autoritarias e impositivas. El TIS, visto a través del lente de los trans-conocimientos, es despojado de su aura esencialista-estigmatizante, para quedar abierto a múltiples cuestionamientos y transfiguraciones, pero incorporando las perspectivas, los intereses y las vidas de quienes se relacionan con él en carne propia. El desafío que lanzan al modelo patológico no es homogéneo y abstracto, sino situado y estratégico.

Del mismo modo, los trans-conocimientos buscan escapar del *dejo homogeneicista* que se encuentra presente en ciertos abordajes críticos sobre el género. A pesar de las discursos a favor de la disolución de la identidad fija y coherente, no podemos ignorar que

*el dispositivo de la sexualidad no ha dejado de crecer imponiendo nuevas regulaciones y normas que resultan especialmente coactivas para aquellos sujetos que carecen de posibilidades para cultivar distintos yoes porque se ven obligados a concentrar todos sus esfuerzos en lograr adquirir una mínima estabilidad personal, profesional y social (Varela y Álvarez-Uría, 2006, p. XLIV).*

Los trans-conocimientos pretenden ser figuras que permitan lecturas paradójicas y ambivalentes: que cuestionen el orden dominante del sexo/género y celebren prácticas alternativas, al tiempo que sean sensibles a la multiplicidad de vivencias y perspectivas de quienes incorporan dichas prácticas.

Los trans-conocimientos son siempre vulnerables a la mutación. No descansan mucho tiempo sobre cómodas clausuras: dialogan, se expanden, se convierten, se vuelven sobre sí mismos. El terreno de la multiplicidad de vivencias y prácticas les permite reconfigurarse constantemente. Los trans-conocimientos son siempre *situados*, pero también siempre *nómadas*. Los trans-conocimientos esconden dentro de su afirmación la posibilidad de su transformación. Y esta transformación es producto de un continuo escrutinio ético, político y estético sobre las categorías de conocimiento al uso.

Los *trans-conocimientos* no rechazan el uso de categorías identitarias, pero no se atrincheran detrás de ellas. No buscan solidificar y clausurar categorías sino fluir entre ellas, perturbarlas y crear otras nuevas. No buscan una respuesta definitiva, sino que cuestionan constantemente. Las categorías con que operan los trans-conocimientos son autocríticas -no autocomplacientes-, parciales y provisionales. Se consiente no sólo

su producción y uso, sino el debate sobre las divisiones que establecen y los espectros que generan. Desde aquí, la ciencia sobre el género se entiende no como un método descriptivo, sino como un método *performativo*.

Los trans-conocimientos se dejan contaminar por lo otro y por las/los otros. Surgen de la mezcla y la emulsión, no de la pureza. Son saberes chicanos, *shemales*, mestizos, híbridos, *cyborgs*, migrantes. Como construcciones híbridas, socavan los cánones de la neutralidad y la coherencia científica a través de contactos múltiples y contagiosos. La constitución interna de los trans-conocimientos no es la de la *unidad* sino la de la *multitud*: su complejidad es desde siempre producto de muchos dispositivos distintos (Preciado, 2004).

La red de conexiones que se nos muestra al dialogar con las narrativas expuestas sugiere que la construcción de la identidad individual sólo puede ser pensada a través de la multiplicidad propia de lo colectivo. Siguiendo a Castoriadis (1998), la autonomía individual sólo adquiere pleno sentido sin perder de vista la colectividad, pero la colectividad de la que hablamos es un diálogo concreto y *encarnado*. Desde esta perspectiva, la idea de autonomía consistiría en última instancia en la existencia de sujetos que cuestionen sus propias leyes y de sociedades que cuestionen su propia institución. Esto es, individuos y sociedad no sólo se autodirigirían sino que se autoinstituirían continuamente. Con límites, sin duda, pero con límites creados desde la propia autonomía (Olmo, 2000).

De esta manera, los trans-conocimientos no son producto de un lugar privado o individual (mis genes, mi género, mi perspectiva, mi elección), sino arreglo colectivo, producto de una relación transversal de las diferencias en el interior y a través de las comunidades. La consigna es: ver siempre con otro pero jamás en su lugar. El resultado que se pretende obtener es un conocimiento producido por la conexión

sintética de agentes sociales heterogéneos; un conocimiento producto una comunidad localizada (Preciado, 2004).

El ámbito de operación de los trans-conocimientos no está al interior de las áreas del conocimiento sino *entre* las fronteras; atraviesa los cotos y desdibuja los contornos. Los trans-conocimientos son irremediabilmente trasndisciplinarios, transectoriales y transinstitucionales. Desde aquí, el conocimiento no es entendido como producto de una avanzadilla intelectual, sino que se produce en redes de intercambio y de comunicación, en dónde científicos y teóricos deben ser un nodo más en la red de reapropiación social del conocimiento. La academia, en todo caso, debe nutrirse de, dialogar con y complejizar los saberes extra-académicos.

El diálogo, en estas condiciones, se vuelve un prerrequisito del conocimiento: un metaprocedimiento. La desacreditación del otro como interlocutor legítimo, como capaz de dar cuenta de sí mismo y del mundo, es la anulación de la posibilidad de todo diálogo. Para producir conocimiento hay que estar dispuestos a mutar, a contaminarse de perspectivas ajenas. La agenda que se nos ofrece nos invita a mutar en las posiciones teórico-políticas, a poner en juego las heterogeneidades en la producción del conocimiento y en el diseño de las políticas públicas. Se trata de construir categorías parciales que permitan la consecución de objetivos sociopolíticos, pero que tanto las unas como los otros sean vulnerables a la transformación o, mejor, sean la condición necesaria de un tránsito continuo, de una re-invencción incesante.

Debemos transitar del diagnóstico al diálogo, de la confesión a la conversación, de la clasificación a la multitud. Este peregrinaje nos conduce por lo pronto a cuestionar el proyecto de la producción médica de diferencias sexuales. Se plantea entonces la necesidad de abrir rutas de tránsito múltiples y bidireccionales: de la teoría a la práctica, de normalidad a la desviación, de los movimientos sociales a las perspectivas

teóricas, del profesional al paciente, de la mujer al hombre, de la identidad a la performatividad, de la realidad a la ficción, y todas sus viceversas. En suma, producir un saber que *transforma* al tiempo que es *transformado*.

## 6. Bibliografía

American Psychiatric Association [APA] (2005). Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Cuarta Edición (DSM-IV). Madrid: Masson.

Asociación Profesional Mundial para Salud Transgénero [APMST] (2001). Las normas de cuidado para trastornos de identidad de género, versión sexta. Extraído el 16 de Marzo de 2008, de <http://www.wpath.org/documents2/Spanish%20Translation%20-%20SOC.pdf>

Bacha, Claire (2005). Commentary on 'Queer Theory' by Katherine Watson. *Group Analysis* 38(1), 81-85.

Balash, Marcel y Montenegro, Marisela (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.

Bem, Sandra Lipsitz (1993). *The lenses of gender: Transforming the debate on sexual inequality*. New Haven, CT: Yale University Press.

Benjamin, Harry (1966). *The transsexual phenomenon*. New York: The Julian Press. 1999.

Biglia, Barbara & Bonet-Martí, Jordi (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. *Prácticas de escritura compartida* [73 párrafos]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), Art. 8, <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs090183>.

Brooks, Franklin L. (2000). *Beneath contempt: The mistreatment of non-*

traditional/gender atypical boys. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*, 12(1/2), 107-115.

Burdge, Barb J. (2007) *Bending Gender, Ending Gender: Theoretical Foundations for Social Work Practice with the Transgender Community*. *Social Work*, 52(3), 243-250.

Burgess, Christian (2000). Internal and external stress factors associated with the identity development of transgendered youth. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*, 10(3/4), 35-47.

Butler, Judith (1999). *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. [2007]

Butler, Judith (2004). *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós. [2006]

Castoriadis, Cornelius (1988). *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

Cecilia. Narrativa. Manuscrito no publicado.

Cooper, Ken (1999). Practice with transgendered youth and their families. *Journal of Gay & Lesbian Social Services*, 10(3/4), 111-129.

Córdoba, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco (Eds.) (2005). *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*. Madrid: Egales. 2007.

Córdoba, David (2003). Identidad sexual y performatividad. *Athenea Digital*, 4, 87-96. Extraído el 10 de Noviembre de 2007, de <http://antalya.uab.es/athenea/num4/cordoba.pdf>

De Lauretis, Teresa (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Bloomington: Indiana University Press.

Dozier, Raine (2005). Beards, Breasts, and Bodies: Doing Sex in a Gendered World. *Gender & Society*, 19(3), 297-316.

Evans, Fred (2001). Genealogy and the problem of affirmation in Nietzsche, Foucault and Bakhtin. *Philosophy & Social Criticism*, 27(3), 41- 65.

Foucault, Michel (1976). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI. [2005]

Foucault, Michel (1979). *Microfísica del Poder*. Madrid: La Piqueta. [1991]

Halberstam, Judith (1998). *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press.

Hall, Donald E. (2003). *Queer Theories*. Palgrave Macmillan: New York.

Haraway, Donna J. (1991). Conocimientos Situados: La Cuestión Científica en el Feminismo y el Privilegio de la Perspectiva Parcial. En Haraway, Donna J. (Ed.), *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La Reinención de la Naturaleza* (pp. 183-201). Madrid: Cátedra.

Haraway, Donna J. (1999). Las Promesas de los Monstruos: Una Política Regeneradora para Otros Inapropiados/bles. *Política y Sociedad* (30), 121-164.

Haraway, Donna J. (1997): *Testigo Modesto@ Segundo Milenio. HombreHembra@\_Conoce\_Oncorratón®: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. 2004.

Harding, Sandra (1996). *Ciencia y Feminismo*. Madrid: Ediciones Morata.

Hines, Sally (2006). What's the Difference? Bringing Particularity to Queer Studies of Transgender. *Journal of Gender Studies*, 15(1), 49-66.

Jovchelovitch, Sandra y Bauer, Martin W. (2005). Narrative Interviewing. En Bauer, Martin W. y Gaskell, George D. (Eds.) *Qualitative Researching with Text, Image and Sound* (pp. 57-74). London: Sage.

Julia. Narrativa. Manuscrito no publicado.

Langer, Susan J. y Martin, James I. (2004). How dresses can make you mentally ill:

Examining gender identity disorder in children. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 21(1), 5-23.

Laungani, Pittu (2002). Mindless psychiatry and dubious ethics. *Counselling Psychology Quarterly*, 15(1), 23-33.

Lewis, Bradley E. (2003). Prozac and the Post-human Politics of Cyborgs. *Journal of Medical Humanities*, 24(1/2), 49-63.

Liao, Hsiang-Ann (2006). Toward an epistemology of participatory communication: a feminist perspective. *The Howard Journal of Communication*, 17(2), 101-118.

Miguel. *Transgresiones desafiantes. Narrativa*. Manuscrito publicado en Martínez-Guzmán, Antar y Montenegro, Marisela (2010) Producciones Narrativas: transitando conocimientos encarnados. En Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.) *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales. pp. 229-264.

Miller, Peter y Rose, Nikolas (1986). *The Power of Psychiatry*. Cambridge: Polity Press.

Minton, Henry L. (1997). Queer theory: historical roots and implications for psychology. *Theory and Psychology*, 7(3), 337-353.

Mónica. *Naturaleza-Otra. Narrativa*. Manuscrito publicado en Martínez-Guzmán, Antar y Montenegro, Marisela (2010) Producciones Narrativas: transitando conocimientos encarnados. En Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.) *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales. pp. 229-264.

Montenegro, Marisela y Pujol, Joan (2003). Conocimiento situado: un forcejeo entre el relativismo construccionista y la necesidad de fundamentar la acción. *Revista Interamericana de Psicología*, 3(2), 295-307.

Money, John (1986). *Venuses Penuses: Sexology, Sexosophy, and Exigency Theory*. New York: Prometheus Books.

Money, John (1993). *The Adam Principle: genes, genitals, hormones, and gender: Selected readings in sexology*. Buffalo: Prometheus Books.

Nightingale, Andrea (2003). *A Feminist in the Forest: Situated Knowledges and Mixing Methods in Natural Resource Management*. *An International E-Journal for Critical Geographies*, 2(1), 77-90.

Olmo, Carlos (2000). *Michel Foucault: poder, autonomía y rebelión*. Poder y Control Social, Cuaderno de Materiales Núm. 13. Extraído el 10 de Noviembre de 2007, de <http://www.filosofia.net/materiales/num/num13/num13e.htm>

Pau Crego Walters. *Construir lo que somos. Narrativa*. Manuscrito publicado en Martínez-Guzmán, Antar y Montenegro, Marisela (2010) *Producciones Narrativas: transitando conocimientos encarnados*. En Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.) *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales. pp. 229-264.

Preciado, Beatriz. (2004) *Saberes vampiros*. Extraído el 4 de Febrero de 2008, de <http://multitudes.samizdat.net/Savoirs-Vampires-War.html>

Pujol, Joan; Montenegro, Marisela & Balasch, Marcel (2003). *Los límites de la metáfora lingüística: implicaciones de una perspectiva corporeizada para la práctica investigadora e interventora*. *Política y Sociedad*, 40(1), 57-70.

Valdés, Manuel (Ed.) (1996). *Diccionario de Psiquiatría*. Barcelona: Masson.

Valentine, James (2008). *Narrative Acts: Telling Tales of Life and Love with the Wrong Gender* [74 paragraphs]. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 9(2), Art. 49, <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0802491>.

Vallejo, Julio (2005). *Introducción a la Psicopatología y a la Psiquiatría*. Barcelona: Masson

Varela, Julia y Álvarez-Uría, Fernando (2006). *Ensayo Introductorio*. *Capitalismo, Sexualidad y Ética de la Libertad*. En Foucault, M. (Ed. 2006) *Historia de la Sexualidad:*

La Voluntad de Saber (pp. VII-XLV). Madrid: Siglo XXI.

West, Candace y Zimmerman, Don H. (1987). Doing gender. *Gender & Society*, 1(2), 125-151.

Wakefield, Jerome C. (1992). Disorder as harmful dysfunction: A conceptual critique of DSMIII- R's definition of mental disorder. *Psychological Review*, 99(2), 232-247.

Wittig, Monique (1992). *The straight mind and other essays*. Beacon Press: New York.

Zachar, Peter y Kendler, Kenneth S. (2007). Psychiatric Disorders: A conceptual taxonomy. *Am J Psychiatry*, 164(4), 557-565

## 4. CAMBIAR METÁFORAS EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA ACCIÓN PÚBLICA: DE *INTERVENIR* A *INVOLUCRARSE*<sup>1</sup>

### Resumen

El término *intervención* psicosocial se ha vuelto un lugar común en la psicología social y otras disciplinas afines que buscan poner en juego el conocimiento en proyectos sociales concretos. Su uso extendido y naturalizado ha contribuido a que la noción de intervención, como dispositivo discursivo para concebir y organizar la acción, escape casi por completo a la problematización y la revisión crítica. En este artículo examino la noción de intervención a través de los lentes de la metáfora y analizo sus implicaciones para la concepción y construcción de las prácticas a las que se refiere. Posteriormente, sugiero la noción de *involucramiento* como una metáfora que se aleja del sentido interventivo de la acción y abre espacio para pensar de distinta manera la acción social en tres aspectos: la posición del profesional/investigador ante el escenario social, la relación entre los actores, y la concepción del conocimiento y la acción en un proyecto de transformación social.

**Palabras clave:** intervención psicosocial; metáfora; involucramiento; psicología social aplicada

### Abstract

The notion of psychosocial *intervention* has become a common place in social psychology and related disciplines seeking to put the knowledge into practice in concrete social projects. Its widespread and ordinary use has helped this notion, as a discursive dispositive for conceiving and organizing action, to escape almost entirely from theoretical problematisation and critical reflection. In this paper I examine the notion of intervention through the lens of metaphor and analyze its implications for the conception and construction of the practices to which it refers. Afterward I suggest involvement as an alternative metaphor that moves away from the interventionist logic of action and helps us to think action in a different frame, which includes three aspects: the professional/researcher position in the social scenario, the relation between the actors, and conception of knowledge and action in a social transformation project.

**Keywords:** psychosocial intervention; metaphor; involvement; applied social psychology

---

<sup>1</sup> Martínez-Guzmán, Antar. Aceptado para publicación en *Athenea Digital – Revista de Pensamiento e Investigación Social*.

## Introducción

El término intervención (social o psicosocial) es moneda común en la Psicología Social y otras disciplinas aledañas preocupadas por la puesta en práctica del conocimiento en proyectos sociales concretos (psicología de la salud y comunitaria, trabajo social). Este término acoge bajo su paraguas un conjunto de prácticas profesionales diversas y heterogéneas. Sin duda, ha contribuido a generar un territorio de posibilidad para emprender proyectos de transformación social que han generado mejoras en las condiciones sociales para sectores y comunidades específicos (Seidman, Edward, 1983; Dubost, Jean, 1987). Igualmente, este concepto ha jugado un papel clave en la creciente profesionalización de las llamadas ciencias psi (Rose, Nikolas, 1996) y en la popularización de los lenguajes, prácticas y criterios psicológicos en distintos ámbitos de la vida social.

Proferida por psicólogas y psicólogos sociales, la palabra intervención puede adquirir una enorme cantidad de significados: su uso es extendido, heterogéneo y muchas veces ambiguo. Puede referirse a proyectos dirigidos, por ejemplo, a elevar la conducta verbal de niños autistas, a la capacitación de recursos humanos en una empresa, al empoderamiento político de una comunidad marginada, a la reinserción laboral de personas con psicosis o a la modificación de hábitos alimenticios en un grupo escolar (Blanco, Amalio y Rodríguez, Jesús, 2007). La intervención puede llevarse a cabo en el marco de ésta o aquella metodología y fundamentarse en éste o aquél marco teórico. Más aún, su uso se extiende más allá de las fronteras de la Psicología Social y transita por disciplinas sociales cuyos intereses académicos y proyectos profesionales son diversos y a veces dispares.

Intervención se ha convertido, pues, en un lugar común, “una moneda que ha perdido su troquelado”, una noción tan naturalmente asumida que ha quedado fuera casi por completo de la problematización teórico-metodológica y de la reflexión crítica (Sánchez, Alipio, 2002; Carballeda, Alfredo, 2002). Si bien es cierto que, desde tradiciones participativas y comunitarias se ha llevado a cabo un profundo trabajo de análisis y problematización en torno a los fundamentos teóricos, políticos y metodológicos en el campo de la intervención, cierto es también que el concepto mismo de intervención ha sido apenas cuestionado.

En este trabajo buscaré, por un lado, interrogar teóricamente el concepto de intervención y, por el otro, sugerir un concepto alternativo –involucramiento- que contribuya a repensar las prácticas de la Psicología Social en el ámbito de acción colectiva y pública. La tarea de someter a revisión la noción de intervención no sólo consiste en inspeccionar la adecuación de los tecnicismos disciplinarios, sino que pasa también por reflexionar críticamente sobre nuestras prácticas y sus significados. Este cuestionamiento se interesa por nutrir la tradición autoreflexiva con respecto a las tecnologías semiótico-materiales con que nos relacionamos con los escenarios sociales donde actuamos y con otros actores sociales.

La discusión en torno a términos sedimentados y la exploración de nuevos léxicos se vuelven relevantes si partimos de la idea de que el lenguaje no sólo representa o designa la realidad, sino que contribuye activamente a su constitución (Rorty, Richard, 1997; Ibáñez, Tomás, 2003). Lo que está en juego cuando se adoptan o rechazan ciertos conceptos es algo más que el acuerdo técnico sobre la representatividad de los términos o la “corrección política” de los mismos en el orden de la diplomacia del lenguaje. Por el contrario, estos arreglos tiene que ver con la manera en concebimos y, por tanto, constituimos nuestras prácticas disciplinarias, con el establecimiento de cierto tipo de relaciones, la asunción de unas funciones u otras, y la concepción del Otro y de uno mismo en el marco de la acción colectiva.

En lo que resta del texto, propongo problematizar la noción de intervención a través del lente de la metáfora y analizo sus implicaciones para la concepción/construcción de las prácticas a las que se refiere. Posteriormente, sugiero involucramiento como una metáfora que sugiere distintas lógicas de acción e informada por presupuestos teóricos y metodológicos que se alejan del determinismo y la univocidad presentes en la idea de intervención. Esta discusión es también resultado de un proyecto empírico de investigación y acción en el marco de la problemática de las identidades transgénero, que me ha estimulado a resituarme como profesional/investigador en la práctica cotidiana que vincula la investigación y la acción, la academia y la transformación social. Si bien el proyecto empírico queda fuera de los alcances de este trabajo<sup>2</sup>, es relevante hacer notar que la reflexión teórica está significativamente animada por esta experiencia. Finalmente, estas reflexiones responden al desafío de imaginar nuevos léxicos y narrativas que contribuyan a la promoción de distintas prácticas profesionales en la psicología social.

### **La intervención como problema**

Usualmente la intervención es pensada como una estrategia o un programa para la solución de problemas sociales (Blanco y Rodríguez, 2007). Aquí sugiero el planteamiento justamente contrario: aproximarse a la intervención como problema. Un problema teórico-metodológico en el ámbito de la investigación psicosocial, un problema relativo al despliegue de discursos y prácticas profesionales y disciplinarias, un problema en torno a la constitución de herramientas teóricas y metodológicas con que operamos en los escenarios sociales y, finalmente, un problema relativo a las estrategias de gobierno y control institucional (Montenegro, Marisela, 2001; Carballeda, 2002).

---

<sup>2</sup> El proyecto consiste en una participación continuada en un proyecto de investigación-acción con un colectivo de personas transgénero que busca visibilizar las identidades transgénero, promover sus derechos y cuestionar la patologización institucional que se cierne sobre éstas. Para más información sobre este proceso ver Autor (2010) y Autor (2010).

Montenegro (2001) define la intervención como “un conjunto de prácticas que buscan incidir en un estado de cosas para transformarlo a partir de la demanda hecha desde algún ente social que expresa un descontento con el estado actual de cosas” (p. 66). Para Blanco y Rodríguez (2008) intervenir se refiere a “una actividad presidida por la solución de un problema práctico que abordamos con la inexcusable e imprescindible ayuda de una determinada estructura conceptual” (p. 27). Por su parte, Ezequiel Ander-Egg (2006) hace notar que también puede concebirse como una “tecnología social”, entendida ésta como “el uso y la aplicación sistemática del conocimiento científico (u otro conocimiento organizado) y su articulación con técnicas y procedimientos prácticos, con el fin de lograr, de la manera más eficiente posible, resultados específicos y alcanzar objetivos preestablecidos” (p. 25).

Empero sus diversas definiciones, la intervención es usualmente considerada como una tarea cardinal de lo que suele llamarse psicología social aplicada -y disciplinas afines- en tanto busca poner a funcionar, en contextos específicos, una serie de herramientas teóricas y metodológicas provenientes de dichas disciplinas en la persecución de un fin práctico. De esta manera, y casi por descontado, la intervención se considera perteneciente al ámbito de lo práctico, donde las teorías se ponen en juego o se “aplican”, no donde se generan. Y esta consideración a menudo disimula la profunda dimensión teórica y política sobre la que se erige el campo de la intervención, y la manera en que ésta contribuye a producir y reproducir ciertas formas de conocimiento y ciertas concepciones de la acción social.

Con todo, las prácticas de intervención social y psicosocial han sido ubicadas, por momentos, en el terreno de problematización. Se le han planteado preguntas que atañen a las presuposiciones teóricas fundacionales sobre las que sus prácticas cobran sentido, y a las relaciones de poder que éstas fundaciones presumen o amparan. Uno de estos cuestionamientos se refiere a la producción y reproducción de la distinción categórica entre *interventor* e *intervenido* (Spink, Peter, 2005; Montenegro, 2001). La intervención social implica una serie de concepciones y prácticas que contribuyen activamente a constituir estas dos posiciones y a otorgarle a cada cual un determinado lugar en el proceso de acción colectiva. Por un lado están las y los interventores (profesionales/investigadores) y, por el otro, las y los intervenidos (beneficiarios/clientes). Montenegro (2001) evidencia, además, la manera en que los basamentos teórico-metodológicos de la intervención privilegian el rol de las y los intelectuales en el proceso de transformación social, al situarles como elemento principal del cambio.

También se ha advertido el riesgo de encontrar, en el discurso de la “participación”, una nueva forma de manipulación, así como un dispositivo para legitimar decisiones que se generan en los centros de poder (Parker, Ian, 2005; Escobar, Arturo, 1992; Cook, Bill y Kothari, Uma, 2001). Se argumenta que estos discursos no están exentos de los problemas relacionados con el poder institucional que buscan trascender. Otro problema planteado al

ámbito de la intervención es la distinción asimétrica entre conocimiento popular y conocimiento científico, y el sistemático privilegio otorgado a este último. El conocimiento que poseen las y los profesionales/investigadores se concibe como la guía legítima y efectiva para la acción:

“La posibilidad de la intervención social vista como los discursos y prácticas por entes definidos como técnicos, profesionales o voluntarios, se basa en que exista un contexto en el que ciertas personas estén legitimadas para influir en los problemas sociales y en las situaciones vividas por otras personas y grupos sociales. Estas personas y equipos están dotados de un conocimiento y prácticas específicas definidas, en estos contextos, como necesarias para llevar adelante las prácticas de intervención social. Poseen conocimientos especializados, credenciales otorgadas por las instituciones competentes, están pagadas/os y apoyadas/os por ciertas organizaciones e instituciones, y están imbuidas/os en un contexto social amplio donde se define como importante y necesario que ciertas personas, instituciones y equipos trabajen para el mejoramiento de las condiciones de vida de otras personas” (Montenegro, 2001, p. 67).

Para Ibáñez (1996), la estratificación entre tipos de conocimiento -científico y popular- reifica las diferencias entre ambos grupos y tiende a privilegiar la voz del/a experto/a dentro del proceso. Así, la intervención se constituye a sí misma como una suerte de acción ilustrada, en el sentido de que es activada y regulada por un actor privilegiado, por un colectivo de élite que posee ciertos conocimientos legitimados como expertos que permitirán generar mejores condiciones para unos *otros* que carecen de dichos conocimientos. Ilustrada, también, porque proviene de una razón una razón heredera de la Ilustración, que busca controlar el dominio de la realidad y delinear los márgenes de lo patológico, lo criminal, lo desviado o lo irregular (Carballeda, 2002).

Es importante, sin embargo, no olvidar que las perspectivas participativas y comunitarias se han preocupado por problematizar la división interventor-intervenido y han buscado transformar los paradigmas de intervención convencionales: han dotado al sujeto intervenido de agencia, han apostado por una relación más horizontal y democrática, han defendido el valor de los saberes locales y se han embarcado en proyectos de lucha política en conjunto con grupos sociales desfavorecidos. Se inicia así un giro importante con respecto al rol del profesional/investigador y a su relación con las comunidades y las personas con las que trabaja. Sin embargo, como algunas autoras han indicado (Spink, 2005; Montenegro, 2001), este desplazamiento ha sido importante pero no suficiente para replantear de manera profunda las relaciones en el seno de la intervención: estas posturas conservan aún, aunque de maneras menos tajantes, las distinciones asimétricas entre el saber científico y el popular, entre interventor e intervenido, de manera que no escapan a ciertos problemas planteados a la intervención en lo general.

La intervención, entendida como “tecnología social”, como “ingeniería social” o como “sociotécnica” (Ander-Egg, 2006), puede ser abordada como un dispositivo disciplinario.

Como *dispositivo* porque emerge a partir de una red de elementos heterogéneos –discursos, instituciones, enunciados científicos, medidas administrativas, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas- y actúa estratégicamente para producir y regular ciertas “relaciones de fuerza” en un campo social determinado: “para desarrollarlas en una dirección concreta, o bien para bloquearlas, para estabilizarlas, utilizarlas, etc.” (Foucault, Michel, 1979, p. 23). Y *disciplinario* porque la práctica de la intervención vehicula un conjunto de saberes encaminados a “normalizar” el campo social, es decir, orientados a la producción de ciertas conductas y de determinadas formas de vida que se consideran deseables.

En este dispositivo se constituyen y movilizan determinadas posiciones de sujeto, se producen identidades y funciones en el marco de un proceso de acción social, se determina lo que cuenta como acción social en sí y las direcciones en que ésta deberá encaminarse. En esta línea, y buscando dar cuenta de la emergencia histórica de la intervención como un dispositivo, Carballada (2002) relata:

“La intervención en lo social va a significar el montaje de una nueva forma de conocer, de saber, en definitiva, de generar discursos de verdad que constituirán sujetos de conocimiento. En otras palabras, ese otro será constituido despaciosamente y calladamente a través de descripciones, informes, observaciones y especialmente desde la relación que se establece con quien lleva adelante la intervención. Hospitales, correccionales de menores y mujeres, escuelas de internados servirán para conocer las conductas y costumbres de aquellos a los que se quiere transformar” (p. 26).

Abordar la intervención como un problema teórico, como un dispositivo donde se producen y reproducen ciertas relaciones sociales, nos permite abrir líneas de análisis y transformación con respecto a los significados y prácticas que forman este entramado que llamamos intervención. En términos generales, las líneas de problematización en torno a la intervención que se han expuesto se centran en la constitución de cierto tipo de sujetos y en el marcaje de sus relaciones, en la manera en que se construye el mundo social y se definen sus problemas y, finalmente, en el estatus y la función del conocimiento científico.

A diferencia de estas aproximaciones, este trabajo busca arribar al problema por la vía del lenguaje como generador, regulador y reproductor de prácticas y relaciones y, de manera particular, centrar su análisis en la noción de *intervención*. El punto de partida es, entonces, que una ruta fértil para cuestionar y transformar las prácticas de la Psicología Social en el ámbito de la acción colectiva pasa por analizar y reinventar los discursos que las constituyen y las mantienen. Para acometer esta tarea nos trazamos un itinerario particular: sugerimos la idea de que los aspectos problematizados de la intervención están, al menos en parte, arraigados en el propio concepto de *intervención*. Argumentaremos que algunos aspectos cuestionados de la intervención como práctica social están amparados por la noción misma de intervención o, en otras palabras, están contenidos en la metáfora de la intervención. Así, adoptamos la metáfora como una herramienta para interrogar el concepto de intervención y para discutir sus implicaciones.

## La metáfora como vía de interrogación

La ruta que nos trazamos consiste entonces en abordar la idea de *intervención* como una metáfora. El objetivo es interrogar la noción de intervención, no como un término técnico que describe o refiere a unas prácticas determinadas en el ámbito de la Psicología Social, sino como *tropo*, como figura retórica que contribuye a constituir y a dotar de sentido las prácticas a las que remite. En este itinerario asume el papel activo y productor del lenguaje con respecto a la realidad social, su capacidad para llevar a cabo acciones y organizar acontecimientos (Austin, John, 1998; Rorty, 1996; Gergen, Kenneth, 2006). Pero además, al amparo de esta tradición teórica, las metáforas son pensadas como bloques de construcción habituales y poderosos a la hora de configurar nuestra comprensión del mundo, nuestro imaginario cotidiano y también científico (Lizcano, Emmanuel, 2006; Maasen, Sabine y Weingart, Peter, 2000). La ciencia, como apunta Ken Baake (2003), nunca ha estado afuera de la metáfora y de figuras similares de pensamiento y habla.

La metáfora puede definirse como una figura lingüística en donde una cosa es comparada con otra implicando que una cosa *es* la otra (Kövecses, Zoltán, 2002), como en el caso de “la laguna es una ventana a la tierra”<sup>3</sup>. La metáfora establece cierta semejanza entre una experiencia, acción u objeto, por un lado, y una palabra, frase o concepto ampliamente conocidos, por el otro. Muy a menudo, su función consiste en comunicar lo desconocido mediante su transposición en términos de lo conocido (como en el caso de “vía láctea” o “cabeza de alfiler”). A través del tejido de estas asociaciones, las metáforas configuran vínculos particulares con el mundo, organizan la experiencia y funcionan como herramientas de comprensión. En palabras de George Lakoff y Mark Johnson (1986):

“La metáfora impregna la vida cotidiana, no sólo el lenguaje, sino también el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica” (p. 39)

Interrogar el concepto de intervención a través de la metáfora para examinar sus implicaciones y explorar alternativas es, ciertamente, una posible aproximación entre otras tantas. El valor de la metáfora para indagar en los léxicos sedimentados de las disciplinas sociales reside en que ésta es una herramienta eficaz para develar asociaciones insospechadas y, de esta manera, es útil para indagar en el terreno de las preconcepciones y los conceptos naturalizados; permite sacar a la luz entramados tácitos y secuencias de pensamiento y acción que tomamos como inevitables (Tietze, Suzanne, 2003), al tiempo que abre una brecha para la exploración de nuevas figuras y comprensiones.

---

<sup>3</sup> Tomas Tranströmer, *El cielo a medio hacer*.

La metáfora y la acción mantienen íntimos parentescos. Cuando alguien construye una metáfora está literalmente haciendo algo, a saber, articulando en un particular arreglo dos objetos del pensamiento o del discurso que estaban previamente desvinculados. Pero además, los conceptos metafóricos sirven como planos y cartografías sobre los que se llevará a cabo la conducta. Lakoff y Johnson (1986) sugieren que las metáforas funcionan como guías para la acción. Las acciones guiadas por una metáfora seguramente se ajustarán a la metáfora y, de esta manera, se reforzará su capacidad dar coherencia a la experiencia. En este sentido, dicen los autores, “las metáforas pueden ser profecías que se cumplen” (p. 198).

Esta particular potencia para organizar la acción se depende de cualidad asociativa de la metáfora. Los conceptos metafóricos son asociaciones sistemáticas entre dos dominios: uno conocido, estructurado o manipulable y otro desconocido, no tan estructurado o no manipulable. Estos forman sistemas conceptuales que permiten entender una cosa en términos de otra y organizan la acción de maneras particulares. El dominio conocido se nombra como *origen* y el desconocido como *destino* (Lakoff, 1987): el primero explica al segundo. El *origen* proyecta al *destino* sus elementos constitutivos y lógicas internas, imponiendo determinadas condiciones a la estructura del dominio destino y fijando las correspondencias entre los dos dominios.

Por ejemplo, expresiones como “esas afirmaciones son *indefendibles*”, “atacar los *puntos débiles* del argumento” o “las críticas *dieron justo en el blanco*” se derivan de la metáfora *una discusión es una guerra*. En esta metáfora el dominio de *origen* es “guerra” mientras el dominio *meta* es “discusión”, puesto que el primero le concede sentido y estructura al segundo, que hasta entonces permanece más indeterminado. De esta manera, se emplea el campo semántico y la lógica de “guerra” para explicar y organizar la idea de “discusión”. En tanto que la metáfora contribuye a organizar la acción, esta metáfora estructura las acciones que ejecutamos al discutir: no sólo *hablaremos* de las discusiones en términos bélicos, sino que consideraremos al otro como un oponente, consideraremos que hemos ganado o perdido discusiones, defenderemos posiciones y planearemos estrategias (Lakoff y Johnson, 1986).

La metáfora funciona entonces estableciendo un *isomorfismo* entre dos órdenes paralelos de experiencia, entendiendo éste como el “reconocimiento de un conjunto de relaciones comunes en el seno de entidades diferentes” (Millán, José y Narotsky, Susana, 2007, p. 16-17). Pero al estructurar metafóricamente un concepto, la metáfora actúa enfatizando o resaltando ciertos aspectos de la experiencia mientras que oscurece otros (Tietze, 2003): su funcionamiento implica destacar o definir unos determinados componentes o propiedades a costa de la supresión o exención de otras propiedades posibles que derivarían en un significado diferente (Lakoff y Johnson, 1986; Kövecses, 2002). Por ejemplo, en *una discusión es una guerra*, se dejan de lado los aspectos cooperativos y mutuamente

enriquecedores de la discusión. Ante esta evidencia, Lakoff y Johnson (1986) se preguntan cómo sería una cultura donde las discusiones no se vieran como una *guerra* sino como una *danza*.

Si las metáforas no son simples medios descriptivos; si, por el contrario, son dispositivos para producir conocimiento y vehiculizar la acción, entonces su análisis es una buena oportunidad para dar cuenta de lo que, siguiendo a Cornelius Castoriadis (1983), podríamos llamar la dimensión *instituida* del concepto metafórico *intervención*. Pero, además, esta aproximación nos permite atender igualmente la dimensión *instituyente* de la metáfora, su posibilidad de innovación y generación de nuevas figuras y significados; es ésta dimensión, precisamente, de la que emergen la creatividad y el cambio social (Lizcano, 2006). Por ello, este abordaje nos ofrece una posición valiosa para examinar y redefinir la arquitectura de los discursos con que comprendemos y constituimos las prácticas interventoras.

La permuta o modificación de metáforas en discursos académicos e institucionales como estrategia para la transformación en prácticas al interior de distintas organizaciones ha sido ya explorada (Rowe, Ann y Hogarth, Annette, 2005; El-Sawad, Amal, 2005). La generación de metáforas inusitadas nos permite establecer conexiones y asociaciones alternativas entre significados hasta entonces desvinculados; relaciones que nos pueden ofrecer perspectivas distintas y renovadas, que nos conducirán a “delinear nuevos objetos, desarrollar nuevos métodos” (Preta, Lorena, 1992, p. 20). Siguiendo esta línea, el presente trabajo intenta contribuir al impulso de redefinición de los discursos y las maquinarias conceptuales con que generamos vínculos entre el ámbito de la Psicología Social –así como de otras ciencias sociales aplicadas- y otros escenarios y actores sociales. En este intento, la metáfora se vuelve una forma de preguntar y de reinventar, un instrumento de interrogación y producción de conocimiento, un medio para aprehender lo social y para desarrollar un “entendimiento alegórico” -más próximo a la experiencia localizada, corporal y afectiva-, que abre vías para producir figuras retóricas que hablen de las cosas sin agotarlas (Maffesoli, Michel, 1997).

## **La intervención como metáfora**

### *I. La intervención es una operación quirúrgica*

En mitad de la habitación aséptica está dispuesto un camastro. Sobre el camastro está tendido un cuerpo casi inerte. Las lámparas apuntan sus ojos luminiscentes hacia el cuerpo y mantienen el área bien iluminada. Es una luz intensamente blanca y compuesta, controlada con una precisión que no dejará resquicio a las sombras. Alrededor del camastro se aglomeran utensilios multiformes: pantallas, pinzas, cánulas, máquinas suministradoras de oxígeno, vendas, agujas finísimas. El aire está impregnado de alcohol. El médico (*él*, no *ella*) se ajusta los guantes de látex para evitar cualquier contacto contaminante. Repasa en

su cabeza los procedimientos que habrá de llevar a cabo, calcula los riesgos, previene los procedimientos alternativos en caso de que algo se descomponga inesperadamente. La enfermera (*ella*, no *él*), de espaldas, prepara el instrumental sobre un pretil de azulejos blancos. El cirujano toma el bisturí y se dispone a ejecutar la cisura. Esta incisión inaugura un acto de intervención, y esta escena evoca una práctica prototípica de lo que solemos llamar *intervención*: la intervención quirúrgica. Lo que define este acto es la acción de las manos del cirujano, solas o manejando diversos instrumentos, invadiendo el espacio anatómico del paciente, rasgando el tejido para intervenir con una intencionalidad fundamentalmente terapéutica.

Desde aquí es posible rastrear ciertos ecos de la noción de intervención quirúrgica –una cierta lógica de acción o un sentido de la práctica- que se han filtrado para estructurar la idea de *intervención psicosocial*. En otras palabras, hay un “parentesco metafórico” entre las intervenciones quirúrgica y social. Su elemento común –intervención- las asocia de una manera que hace posible evocar reverberaciones del sentido de la intervención quirúrgica en la intervención psicosocial. Este parentesco es evidente cuando, al definir intervención, la primera connotación a la que se recurre es a la de “operación quirúrgica” (DRAE, 2010).

La metáfora funciona, entonces, por la asociación de dos elementos disímiles. El establecimiento de esta semejanza entre experiencias heterogéneas, como apunta Pablo Fernández Christlieb (2001), no indica la semejanza entre realidades, sino entre los modelos que con que piensa la realidad. En este sentido, la intervención social puede ser entendida como una metáfora, primero, porque asocia determinadas *prácticas de acción colectiva* (un campo de ejercicio profesional) a la idea de *intervención* como tal. Por un lado hay una serie de prácticas y proyectos en el marco de la Psicología Social y por el otro un esquema de acción englobado en el concepto de *intervenir*. Esta metáfora establece que *aquello que se hace* (procedimientos, aplicación de conocimientos y protocolos, negociaciones) *es una intervención*. Dichas prácticas no se nombran, por ejemplo, como *cooperación*, *ayuda* o sencillamente *acción*, sino que se nombran como *intervención*, y ésta nominación ya determina cierta intersección, cierto anclaje de un conjunto de experiencias en una noción de distinto orden material y discursivo. Así, el uso del concepto de intervención supone una determinada ‘formalización’ del proceso de acción social (Sánchez, 2007), una *fijación* específica de un conjunto de prácticas.

En segundo lugar, proponemos que la intervención social puede ser leída en términos de la metáfora *la intervención social es una operación quirúrgica*, apelando a las lógicas de acción que estas prácticas comparten. Si la metáfora funciona estableciendo un *isomorfismo* entre dominios disjuntos, las partes de este caso son la operación quirúrgica (dominio origen) y la intervención psicosocial (dominio destino). ¿Cuál es el parentesco metafórico entre estos dos campos de experiencia? En primer lugar, ambas prácticas distinguen claramente dos actores: el cirujano o interventor y el paciente o beneficiario. Además,

intervenir quirúrgica y socialmente es un proceso controlado racionalmente por el interventor y requiere la posesión de un saber experto que legitima dicho control. Asimismo, para intervenir es necesaria la identificación de un problema, anormalidad o desviación que requieren o demandan ser intervenidos. El cuerpo intervenido es un cuerpo pasivo, está claramente delimitado, se puede medir, evaluar y controlar a través del instrumental técnico adecuado, y se espera que presente una palpable mejora tras la intervención.

Este isomorfismo puede rastrearse a través del léxico que puebla la literatura sobre intervención social. Suele decirse que debe realizarse un *diagnóstico social*, que hay que *evaluar el resultado* de los programas, realizar un *análisis* de las circunstancias y los recursos, establecer un diseño de *tratamiento* y dar un *seguimiento* adecuado. En los manuales universitarios y en los compendios sobre intervención social suelen aparecer frases como las siguientes:

“Para trabajar sobre el problema o necesidad que precisa análisis e intervención, tenemos que definirlo en términos de conductas problema, establecer indicadores para evaluarlo y analizar la pertinencia de esos indicadores (...) Definir operativamente el problema es describirlo en términos de las variables relevantes que lo componen, que nos permitan su medida, manejo y/o su tratamiento” (Rodríguez, Cañadas, Isabel, et al, 2007, p. 54)

Estas expresiones se acercan al lenguaje médico y a los discursos que provienen de los ámbitos clínicos/terapéuticos. De hecho, Carballada (2004) situará en “el campo de la salud” la emergencia de intervenciones que se irán extendiendo a toda la sociedad: es la medicina la que juega un papel fundamental en la generación de nuevas formas de disciplinamiento de los cuerpos y es ésta “el punto de encuentro de una serie de senderos, caminos y trayectorias que servirán para entrelazar palabras y verdades construidas a través de discursos”. La medicina se convierte, así, en un modelo prototípico para la aplicación de la ciencia en el ser humano. Ante el éxito y la eficacia aséptica de la ciencia médica y de la intervención quirúrgica es que resulta natural y conveniente instaurar una intervención social.

En esta metáfora próxima al ámbito médico las asociaciones no son azarosas ni casuales, sino que responden a una determinada manera de concebir la acción; nos dicen algo sobre cómo nos situamos ante el resto de actores sociales, qué sentido damos a las actividades que realizamos y qué lugar otorgamos al contexto social en que actuamos. Es a través de este lenguaje significamos y articulamos nuestra participación en un proceso de acción colectiva. Con su impronta quirúrgica, el concepto metafórico de intervención hereda sentido de su vinculación con la extensa y poderosa metáfora médica. Sin embargo, resulta atractivo preguntarse: ¿si mudamos de metáfora para concebir nuestro papel en un proceso de acción colectiva, qué aspectos desaparecen y cuáles entran a escena? ¿Cómo se transforma el significado y la organización de la acción?

## II. *Intervenir es cerrar una ventana*

El sentido o la secuencia de acción que la intervención social hereda (como miembro de la familia interventiva) pueden ilustrarse haciendo referencia a la base metafórica de la *causación*, propuesta por Lakoff y Johnson (1986). Para estos autores, la estructura psicolingüística de la causación es una base sobre la que se asientan diferentes conceptos metafóricos, que a su vez definen acciones y, aquí sugerimos, particularmente la acción de intervenir.

La *causación*, uno de los conceptos más utilizados para estructurar y organizar metafóricamente realidades físicas y culturales, proviene de la experiencia cotidiana de la manipulación directa. Este concepto no es un “primitivo semántico inanalizable, sino una *gestalt* que consiste en propiedades que se dan de manera natural conjuntamente en nuestra experiencia diaria de manipulaciones directas” (Lakoff y Johnson p. 116). Esta experiencia consiste en acciones cotidianas como activar un interruptor, abotonarse la camisa o cerrar una ventana. Esta estructura causal es posteriormente trasladada a otros campos que no tienen necesariamente las mismas ‘propiedades de experiencia’, configurando así una vía de comprensión de dichas prácticas a través de la asociación metafórica. Es a través de esta transposición que el modelo de la causación servirá para estructurar la idea de intervención.

Es posible evidenciar esta relación trazando un paralelismo entre: a) las características que componen un caso paradigmático de causación directa: esto es, las propiedades que caracterizan las manipulaciones directas prototípicas; y b) la lógica de acción con que idealmente opera la intervención psicosocial: esto es, asunciones comunes con respecto al sentido de lo que significa *intervenir* en un escenario social. En la tabla 1 se exponen las propiedades de un caso paradigmático de causación buscando establecer un paralelismo con las asunciones con respecto al tipo de acción que están presentes (de manera más o menos aproximada) en la idea de intervención psicosocial.

**Tabla 1. Paralelismo entre la causación directa y la intervención social. Adaptación de Lakoff y Johnson (1980).**

<b>Características de un caso paradigmático de causación directa</b>	<b>Intervención social</b>
El agente tiene como objetivo un cambio de estado en el paciente	*
El cambio de estado es físico	<i>En este caso el cambio no necesariamente o solamente es físico</i>
El agente tiene un plan para cumplir su objetivo	*
El plan exige que el agente use un programa motor	<i>En este caso el programa no es sólo motor, sino técnico, social, disciplinar, clínico, etc.</i>

<b>El agente es primariamente responsable de llevar a cabo su plan</b>	*
<b>El agente es la fuente de energía (es decir, el agente dirige sus energías hacia el paciente), y el paciente es el objetivo de la energía (es decir, el cambio en el paciente se debe a una fuente de energía exterior)</b>	*
<b>El agente toca al paciente con su cuerpo o con un instrumento (es decir, se da una coincidencia espacio-temporal entre lo que hace el agente y el cambio en el paciente)</b>	<i>En este caso los contactos pueden ser de muchos tipos, y comúnmente son discursivos, emocionales, culturales; sociales en lo general</i>
<b>El agente lleva a cabo su plan con éxito</b>	*
<b>El cambio en el paciente es perceptible</b>	*
<b>El agente vigila el cambio en el paciente a través de la percepción sensorial</b>	<i>O a través de los reportes verbales o los indicadores de encuestas</i>
<b>Hay un único agente específico y un único paciente específico</b>	*
<b>*Se mantiene la misma proposición</b>	

El modelo metafórico de la causación, que se desprende de manipulaciones físicas como cerrar una ventana, evoca con soltura las prácticas que solemos llamar intervención psicosocial. Está orientado por una secuencia mecánica y un determinismo en una sola dirección: una causa conduce a un efecto en una trayectoria invariable y con resultados previsibles. Como en la intervención social, hay una implícita distinción entre interventor (agente) e intervenido (paciente); dichos componentes de la ecuación deben estar claramente diferenciados para fines de que la metáfora funcione. La agencia (energía, responsabilidad) y el conocimiento (plan) están localizados en el interventor, mientras que el intervenido tiene un rol pasivo, es un *paciente*.

Este modelo de acción también es compatible con la definición expuesta anteriormente donde intervenir es “una actividad presidida por la solución de un problema práctico que abordamos con la inexcusable e imprescindible ayuda de una determinada estructura conceptual” (Blanco y Rodríguez, 2008, p. 27). Aquí está presente la actividad (causa) que soluciona un problema (efecto) echando mano de una estructura conceptual (plan, programa, conocimiento). Otro caso que se ajusta a este paralelismo es la siguiente definición:

“Se puede definir la intervención social como la acción que se realiza sobre personas y grupos con la intención de producir una mejora” (Gutiérrez, Isabel; Sorribas Montse y Gil, Montse, 2005, p. 7)

La preposición *sobre* nos indica que esa acción que recae en un paciente; una acción que un agente realiza *sobre* alguien, y ciertamente no *con*, *para* o *a través de*. En estas circunstancias, la “intención de producir una mejora” (el programa) sólo puede ser localizada en quien emprende la acción (responsabilidad). El modelo paradigmático de

causación, en este sentido, a menudo encuentra afinidades con las formas en que suele caracterizarse la intervención social.

Esta analogía nos permite asomarnos al sentido –semiótico y pragmático- que es vehiculizado en la noción de intervención. Nos muestra que ésta opera con un guión de acción que requiere unos personajes específicos y una particular disposición de la escena y los movimientos. Un agente y un paciente, un plan y una energía que provienen del primero, un cambio en el segundo a partir del ejercicio agenciado del primero, una resolución premeditada.

Esta escena coloca al intervenido como un actor sin agencia, sujeto al mismo tipo de influencias que reciben los objetos físicos del mundo cotidiano (la ventana que es cerrada). Las dinámicas de poder, manipulación y control sobre el otro-intervenido se vuelven entonces elementos clave de la escena. De ahí que la noción de intervenir incluya verbos y proposiciones como “examinar y censurar”, “controlar o disponer”, “dirigir” o “interponer su autoridad” (DRAE, 2010). Del latín *intervetio* –interponerse- este término nos sugiere acciones cargadas con una importante connotación directiva y a menudo ancladas en una posición de exterioridad, autoridad o superioridad. En este sentido, la intervención es generada como una demanda a las comunidades o actores sociales diana para “*entregarse* a otro que tiene el poder que le confiere el saber, dentro del espacio artificial de la intervención” (Carballeda, 2002, p. 17).

Como se ha dicho antes, la metáfora, cuando actúa, muestra al mismo tiempo que esconde. Al estructurar el concepto de intervención a través de la secuencia de la causación, al conferirles este particular sentido y unidad, la metáfora también establece fronteras, genera efectos inclusión y exclusión de significado con respecto a las prácticas a las que se refiere. En este caso, comprender y organizar ciertas prácticas de acción colectiva en términos de una *intervención* puede obstaculizar nuestra aproximación a otros aspectos de la acción inconsistentes con esta metáfora. Por ejemplo, la idea de una agencia interventora que actúa *sobre* un actor social diferenciado y en carencia o necesidad, opaca los procesos de transformación que acaecen al propio interventor durante su implicación en la acción; *la intervención sobre el interventor*, una forma de transformación que emerge espontáneamente en el entramado de la acción conjunta y en un intercambio social más dinámico de lo que se reconoce, en donde ninguna de las partes queda indemne. También opaca los aspectos contingentes, inciertos e imprevistos, que escapan al control instrumental y que influyen decisivamente en la cualidad y el curso de la acción. De igual forma, la metáfora de la intervención eclipsa los beneficiosos –profesionales, económicos y sociales- que obtiene el interventor al llevar a cabo la intervención; la necesidad del interventor de construir y mantener a otro-intervenido para poder constituir su propia posición y, en última instancia, para justificar su trabajo.

Así, cuando nos centramos en los aspectos *interventivos* de la acción, pasan a segundo plano o se ensombrecen los aspectos cooperativos, la influencia mutua y la determinación recíproca, la agencia distribuida que constituye la acción colectiva y los espacios de indeterminación que se abren en ella. Conviene entonces tener en cuenta que al estructurar un concepto la metáfora abre campos de significado, permite desplegar sentidos y asir ciertos aspectos de la experiencia, pero, al mismo tiempo, delimita el campo de lo pensable; recorta, acota, delinea lo que puede verse y pensarse de nuestras prácticas. Esto nos da una pauta para generar una mirada transformadora con respecto al tipo de metáforas con que constituimos las prácticas profesionales. Particularmente, en el ámbito de la acción colectiva y la transformación social, esta mirada nos plantea dar cabida a metáforas que visibilicen otros aspectos importantes involucrados en las prácticas que solemos llamar *intervención*, que no equivalgan a cerrar una ventana sino a abrir distintas posibilidades de organización y articulación.

### *III. La intervención es una metáfora zombi*

Además de ser un concepto estructurado metafóricamente, la noción de *intervención* funciona como una metáfora “fósil” o “muerta” (Lakoff y Johnson, 1986; Müller, Cornelia, 2008) en el sentido de que está tan convencionalmente fijada en el léxico de las disciplinas sociales que ha perdido su aureola alegórica para terminar por percibirse como una expresión literal y objetiva. Pareciera que el término *intervención* representa una relación preexistente y clara, o que hiciera referencia a un conjunto de experiencias que, ciertamente, no pudiesen ser nombradas de otra forma. Más que muerta, podríamos se puede decir que la intervención es, usando el término de Lizcano (2006), una metáfora *zombi*, pues si bien ha perdido su frescura alegórica sigue modelando activamente el concepto en uso. Al describir las metáforas zombis, Lizcano (2006) dice que “se trata de auténticos muertos vivientes, muertos que viven en nosotros y nos hacen ver por sus ojos, sentir con sus sensaciones, idear con sus ideas, imaginar con sus imágenes.” (p. 65)

Solidificada en el lenguaje académico, no existe titubeo alguno a la hora de referirse a aquello que llamamos *intervención* psicosocial. Por su aura de familiaridad, este término se da por natural y descontado: pareciera que se refiere a los hechos en sí mismos. Esta cosificación del término se evidencia a menudo en la literatura (libros, artículos, manuales) que tratan sobre el tema de la intervención social o psicosocial –muchos llevan “intervención” en el título- que no se detienen a definir o caracterizar el concepto de intervención, sino que obvian el término y sus implicaciones. Como apunta Sánchez (2002),

“el tema de la intervención social (IS) es un lugar común del vocabulario psicológico y social actual; se trata de un término muy usado, pero apenas analizado. En efecto, la escasa literatura sobre el tema aparece dispersa entre varios campos teóricos y prácticos (Ciencia Política, Psicología Comunitaria, Trabajo Social, Psicología y Sociología de la Organizaciones, Psicología Social, Salud Pública, etc.),

estando indiferenciadamente englobada en temas afines o limítrofes (...) Las definiciones de IS encontradas en la literatura son escasas y poco explícitas” (p. 180).

En los estudios de retórica, esta solidificación metafórica se conoce como catacresis: una figura que consiste en utilizar metafóricamente una palabra para nombrar un conjunto de experiencias que carecen de concepto, dando lugar a que la metáfora se sedimente en el lenguaje de tal modo que su carácter metafórico se vuelve imperceptible (por ejemplo, *pata de mesa*). Cuando una metáfora se vuelve cotidiana y se camufla o se diluye en un código de comunicación que no se cuestiona, entonces puede llegar a anquilosarse y funcionar como una catacresis (Eco, 1976).

Podemos situar históricamente esta cristalización y fosilización de la metáfora interventiva en el marco del surgimiento y la consolidación de la lógica científica como mecanismo de control y regulación social (Rose, 1999). La intervención, en este contexto, se postula como una vía de acceso a la modernidad: heredera de la Ilustración y de la “soberanía de la razón” que se encargará de distinguir a los ciudadanos de los márgenes y de salvaguardar el pacto social, se encargará de detectar y clasificar lo “anormal” y de generar formas de disciplinamiento (Carballeda, 2002). Distintas disciplinas sociales y humanas (el derecho, la psiquiatría, la educación, la medicina) avocadas a la aplicación práctica de su conocimiento, participan de un dispositivo social útil para conocer y regular las prácticas de los individuos (Foucault, 1976).

La sedimentación de la intervención como modelo de acción dominante se inscribe entonces en la emergencia de disciplinas sociales que contribuirán al establecimiento de procesos de gubernamentalidad (Rose, 1999): encargándose de delimitar y hacer inteligible el terreno que será administrado y produciendo técnicas de inmersión en dicho terreno. Desde aquí los problemas serán constituidos a partir de modelos sociales, políticos y teóricos que dictarán parámetros para definir qué puede (o no) ser considerado un problema y proporcionarán guías prácticas para incidir en ellos (Montenegro, 2001).

Desde esta perspectiva, la intervención puede entenderse como una *tecnología de gobierno*: mecanismos, estrategias y procedimientos utilizados para hacer efectivo un campo de poder, orientadas a producir efectos determinados en la conducta de otros, de los intervenidos. Para Miller y Rose (1990), estos mecanismos prácticos actúan localmente a través de algún tipo de autoridad que “pretende conformar, normalizar, guiar, instrumentalizar, las ambiciones, aspiraciones, pensamientos y acciones de los otros, a los efectos de lograr los fines que ellas consideran deseables” (De Marinis, Pablo, 1999, p. 89). En el contexto de las ciencias humanas y las disciplinas sociales, la intervención pondrá en juego diversos intereses políticos instituidos y contribuirá a la reproducción de determinados órdenes sociales. Establecerán mecanismos de observación, registro, análisis, comparación y clasificación. Este ejercicio genera saberes que irán configurando el campo

de la intervención y que darán lugar a la identidad de un profesional dueño de estos saberes y en consecuencia legitimado para intervenir.

En este contexto resulta comprensible que la lógica terapéutica y la disciplina médica hayan jugado un papel importante en la configuración de la intervención social (Carballeda, 2004). Como ocurre con frecuencia, son estos modelos más próximos y dominantes los que se convierten en metáforas de subsiguientes prácticas, menos definidas (Millán y Narotsky, 2007). Igualmente comprensible es que la metáfora de la intervención haya cuajado en un contexto social que busca en las ciencias métodos para predecir y controlar los fenómenos de los que se ocupa, donde quien hace ciencia –básica o aplicada- tiene una posición de exterioridad y neutralidad con respecto al fenómeno que aborda.

La *intervención* como catacrexis, como metáfora zombi que da sentido y organiza ciertas prácticas desde la sombra, juega un papel importante en la consolidación de la intervención como tecnología de gobierno: al disimular sus condiciones sociales de producción, ensombrece la forma en que ciertas prácticas son concebidas y diseñadas de través de una determinada modalidad de acción que está enraizada en un particular universo de significados. El uso naturalizado de la metáfora interventiva dificulta la reflexión con respecto a nuestras prácticas profesionales y la manera en que éstas contribuyen a reproducir (o desafiar) determinados órdenes sociales o formas de relación. Además, este uso indiscriminado fija y estereotipa la posición del profesional/investigador en el mundo de la acción social: invisibiliza distintas posiciones que emergen en el campo; dificulta la generación y el ejercicio de distintas relaciones y prácticas que escapen a la lógica de acción interventiva. En suma, el uso naturalizado y generalizado reduce la posibilidad de formas en las que es posible involucrarse en procesos de acción colectiva. En este sentido, como plantea Ricoeur (2000), la metáfora *viva*, la generación de nuevas pertinencias y congruencias entre la predicación y la acción, es una ventana abierta a la creatividad.

#### *IV. Algunas consideraciones*

Ante las reflexiones en torno a las implicaciones de la metáfora de la intervención para concebir y organizar las prácticas de la psicología social en el campo de la acción social, conviene dejar algunas consideraciones relativas a lo que *no* implica, necesariamente, la metáfora de la intervención.

Por un lado, el énfasis en la capacidad performativa de la metáfora interventiva no significa que el término *intervención* represente con fidelidad la heterogeneidad de prácticas particulares que se engloban bajo dicho término. Esto es, no necesariamente todas las experiencias concretas que se han nombrado o auto-nombrado “intervención” participan de una lógica, por ejemplo, donde el saber experto y la agencia se concentran exclusivamente en el interventor o donde la influencia y el control unidireccional ha sido la modalidad de

acción predominante. Más que una relación de representatividad, la metáfora interventiva opera como un campo de significado, como una fuente de *sentido* que contribuye a organizar y articular la actividad (aunque no la agote) de la intervención; está en contacto con el *ethos* del conocimiento y de la disciplina; se refiere a la *orientación* de la acción, más que a una u otra experiencia concreta.

Por otro lado, ¿es posible desprender de este análisis metafórico una denuncia -o, más aún, una condena- intelectual, ética o política a toda modalidad interventiva de acción? Creemos que *no*. No se trata de distinguir tajantemente en el plano abstracto una la mejor adecuación de unas prácticas sobre otras. Muchas prácticas terapéuticas de tipo interventivo son útiles y pertinentes en determinados contextos. La aplicación controlada de conocimiento –por ejemplo, en la relación médico-paciente- es mayoritariamente un acuerdo común y efectivo donde ambas partes comparten objetivos y métodos. No hay nada intrínsecamente problemático en el ejercicio, en determinados contextos, de posiciones de agencia o autoridad fundadas en el ejercicio de un conocimiento o una habilidad específicos. La valoración de las prácticas sólo puede realizarse cabalmente en el marco de los contextos locales y a partir de relaciones concretas. La evaluación (así como la planeación) de un programa de acción social tendrá que emerger de una mirada *local*, que le es propia al contexto. En este sentido, el concepto de intervención puede funcionar eficazmente para referirse y estructurar ciertas prácticas; prácticas que, por lo demás, son útiles para el abordaje de ciertos problemas.

El planteamiento que se propone no conduce a abandonar o suprimir la noción de intervención de una vez por todas. El argumento busca más bien sacar a la luz las distintas implicaciones de la noción de intervención para generar un uso más reflexivo y diferencial de los términos con que articulamos acciones colectivas, y para abrir ventanas hacia nuevas posibilidades, cuando lo cierto es que muchas prácticas que llamamos “intervención” escapan o buscan escapar, precisamente, a la lógica interventiva. Esta tensión entre el concepto de intervención y las prácticas ha sido ya advertida. Por ejemplo, Sánchez (2007) comenta con respecto al uso de la noción de intervención en el ámbito de la Psicología Comunitaria:

“Como acción técnica organizada en buena parte ‘desde afuera’ (la intervención) plantea, por otro lado, dudas sobre el carácter genuinamente comunitario de la acción interventiva. Eso exige, por un lado, examinar la posible contradicción entre los dos conceptos –‘intervención’ y ‘comunitaria’- y, por otro, constatar la existencia de otras formas de actuación que (...) reflejan modelos conceptuales y operativos diferentes, como lo que aquí llamamos ‘acción comunitaria’” (p. 226).

La cuestión se sitúa, entonces, en problematizar la posición que ocupa la intervención como metáfora predominante y rectora, como guión operativo por defecto, como sentido primigenio con que se conciben y organizan los proyectos de acción colectiva. Si bien la noción de intervención ha sido en ocasiones funcional y ha ofrecido una ruta a veces fértil

para abordar determinados problemas, las emergentes características de los nuevos sistemas sociales y el significativo debate en torno a los procesos de producción de conocimiento en ciencias sociales, nos sitúan ante el desafío de generar nuevas maquinarias conceptuales (Carballeda, 2002). Es entonces que se vuelve relevante la búsqueda de nuevas metáforas habitables, de nuevos léxicos que nos permiten repensar nuestras prácticas y nos faciliten la exploración de nuevas formas de relación entre la psicología social –y disciplinas aledañas– y el contexto social donde opera.

### **La metáfora del involucramiento**

*In science, one can latch upon a metaphor  
or intuitively appealing vision (e.g., waves)  
and ride the vision for years, or generations,  
trying to unpack its implications*

*Robert Hoffman, p. 415*

¿Qué es, si no es *intervención*, el proceso de acción pública en que me implico? ¿Cómo puedo definir y caracterizar una línea de acción pública que, desde la posición y a través de las herramientas de la psicología social, participe de una lógica distinta a la interventiva?

Esta búsqueda ha sido motivada por un constante cuestionamiento teórico y empírico en el contexto de un trabajo continuado que he realizado con personas y colectivos transgénero que buscan transformar las concepciones y protocolos con que la población transgénero es abordada por el aparato institucional. En este sentido, la propuesta que aquí se hace es un *punto de llegada*, el resultado de una trayectoria particular de trabajo práctico y reflexión teórica desde donde busco resituarme en el campo en que me inserto como investigador. Esta inquietud se intercala además con un interés teórico más general que atraviesa distintos sectores de las ciencias sociales (Gergen, 2005) y que apunta hacia la rearticulación de las herramientas teóricas con que se construyen y abordan los problemas sociales, así como a la generación de nuevos lenguajes y narrativas que contribuyan a construir distintas prácticas y distintas formas de relación social. Este punto de llegada se propone, además, como un *punto de partida* distinto al del modelo interventivo, unas coordenadas distintas para situar las prácticas y las relaciones que mantenemos, como investigadores y profesionales de la psicología social, en escenarios sociales concretos. Se trata, siguiendo la sugerencia de Spink (2007), de “buscar diferentes maneras de hablar sobre las cuestiones actuales que pueden ser más útiles de las que tenemos” (p. 566).

Así, proponemos *involucramiento* como una forma distinta de situarse, concebir y construir el papel del investigador/profesional en el campo, de organizar la acción y de generar relaciones con otros actores sociales. Este tropo alternativo busca por un lado, generar una

ruptura con respecto a las implicaciones conceptuales y metodológicas que subyacen a la idea de intervención –un lenguaje dicotómico (interventor-intervenido, opresor-oprimido, consciente-alienado, sujeto-objeto), una relación de control y determinismo, y un vector unívoco de agencia-; por el otro, explorar disposiciones alternativas para la acción pública y, siguiendo la invitación de Rosi Braidotti (2006) “encontrar modos de representación y formas de responsabilidad que se adecúen a las complejidades del mundo real en que existo” (p. 23).

¿En qué consiste, entonces, la metáfora del *involucramiento*? ¿Cómo podemos caracterizarla y qué cartografías nos permite habitar dentro del campo de la acción social? Sin afán de agotar sus implicaciones y posibilidades, me propongo presentar, en lo general, tres aspectos en que la metáfora del involucramiento diferiría o se alejaría de la intervención, echando mano de un conjunto de recursos teóricos que pueden resultar útiles para darle un sentido conceptual. Los aspectos a los que me referiré son: a) La posición del profesional/investigador ante el problema y el campo, b) La relación entre los actores –incluyendo al profesional/investigador- involucrados en un proceso colectivo de acción, y c) La concepción de *conocimiento* y *acción* en un proceso de transformación social.

*a. La posición del profesional/investigador en el escenario social: hacerse parte de un entramado, entrar en una red*

En primer término, la noción de involucramiento se aleja de la noción de intervención porque busca romper con la relación de *exterioridad* desde donde se actúa. La idea de involucrarse nos ayuda a desmarcarnos de la perspectiva externa desde donde se abordan los problemas sociales, desde donde se concibe y se organiza la acción. Desde esta posición el profesional/investigador no es un agente externo que, desde la distancia y desde fuera, decide intervenir voluntariosamente en una problemática que, en principio, le es ajena. Por el contrario, el desafío consiste en pensarse como parte de la situación-problema o del escenario social sobre el cual se quiere incidir; introducirse en un campo-tema (Spink, 2005, 2008) de forma tal que habitemos un espacio en un panorama más amplio del que formamos parte, y que es el escenario de la acción colectiva. Si la intervención nos remite a *interponerse* o a *tratar*, el involucramiento nos remite a *envolverse* o a *participar*. Del latín *involucrum* –envoltura-, involucrar refiere a comprender, abarcar, incluir (DRAE, 2010); involucrarse es introducirse, hacerse parte de.

Involucrarse, por tanto, no sólo consiste en establecer un vínculo de influencia *sobre* un campo o unos actores –emprender proyectos, introducir dispositivos-, sino que pasa por situarse en un entramado más amplio de relaciones, en cuestionarse sobre la posición que uno ocupa y el papel que uno juega en el estado de cosas relativo al campo-tema y en los cambios que le acontecen. Nos invita a hacernos preguntas del tipo: ¿cómo he llegado a

relacionarme con este campo-tema?, ¿qué lugar en el campo-tema ocupaba antes de establecer una relación más directa o explícita?, ¿cuáles son los factores sociales próximos o distantes –que trascienden el lugar de la acción- que contribuyen a configurar el problema?, ¿cuál es la función que juega la psicología social en esta red? y ¿cuál es el papel de la institución que está detrás de mí?

Se trata, pues, de concebir una posición en que nos reconozcamos como circundados por una trama diversa en la que incidimos pero que nos desborda, de la que formamos parte pero que no podemos controlar en su totalidad. La idea de involucrarse en un campo-tema nos facilita pensar la propia experiencia como parte de una forma de acción que acontece en una red temporal en donde convergen actores heterogéneos: humanos, materiales, sociotécnicos (Haraway, Donna, 1997). En una red de esta naturaleza, como se ha argumentado desde la teoría del actor-red, la agencia está distribuida y la acción es siempre producto de la colectividad (Law, John, 1991).

Pararse en este espacio hace que la distinción entre la situación-problema bien localizada que uno delimita e interviene y el mundo social más global donde esta se inscribe se vuelva difusa. La perspectiva cambia de aproximarse a una entidad discreta (el campo-tema) a la de atender una red de actores que, a escala general y particular, están implicados en dicho campo-tema. Así, uno está *involucrado* en un campo-tema en tanto que uno siempre está en medio, *envuelto* en una red que constituye ese campo-tema. Aquello que puede parecer distante o “macro” se vuelve relevante y próximo, se sienta “lado a lado” con el curso de la acción localizada, a la manera de una cadena de actores que se vinculan entre sí. Desde aquí, por ejemplo, resulta relevante preguntarse ¿cómo influye un protocolo estandarizado en los círculos académicos para que los intereses de otros actores implicados en un proyecto concreto deriven en un plan *a* o en un plan *b*? Si partimos desde esta otra posición, el profesional investigador participa de igual manera que el resto de los actores, aunque con instrumentos y vocaciones diferentes (Latour, Bruno 2005), en la constitución del campo social que se busca transformar.

Pensar de esta manera el espacio de acción donde una psicóloga o psicólogo social participa nos acerca también de la noción de *campo* de Kurt Lewin (1952), como una totalidad de factores coexistentes concebidos como mutuamente interdependientes que son responsables de o permiten explicar la conducta y la acción. La idea lewinana de campo también nos sugiere aproximarnos a las situaciones sociales buscando comprender las diferentes fuerzas actuando en su entorno y en un contexto más amplio, sean estas psicológicas o no (Spink, 2007). Esta idea es útil con la salvedad de que, cuando uno está involucrado, no se mira desde la perspectiva aérea con un ojo totalizante e independiente, sino a través de una mirada interior, que ocupa un lugar en el campo.

*b. La relación entre los actores sociales: articulación y nosotros emergente*

Esta interioridad del profesional/investigador y del resto de los actores involucrados no es identitaria: no se refiere a la pertenencia –de clase, género, raza- a un grupo esencialmente determinado; no es del tipo ‘soy parte de la comunidad’ o ‘me he convertido en miembro de esta cultura’. Asumir que formamos parte de una red que conforma el escenario social y el cambio no significa asumir que los actores son homogéneos.

La acción localizada en una red heterogénea participa igualmente de la diferencia y la comunidad. Y aquí nos servimos de la mirada deleuziana para pensar la diferencia no como una diferencia con respecto al *uno* mismo, a una identidad primaria –la diferencia de los otros con respecto a los unos-, sino como una proliferación indefinida de particularidades y novedades; una diferencia que no está sujeta a la identidad, que no se erige sobre una ontología esencial y estática, sino en continuo devenir –la diferencia con respecto a la diferencia- (Deleuze, Gilles, 1968). Así, en este entramado en que estamos inmersos, los actores y agentes parten de la diferencia, se relacionan desde las diferencias: la red no homogeniza a los actores.

La lógica de *involucrarse* en algo no nos conduce a confeccionar de antemano grupos homogéneos y bien delimitados (en identidad, intereses, necesidades, deseos, conocimientos), se aparta de la lógica lineal en la que los distintos actores registran su acción en una clave única -las mismas necesidades de partida, los mismos horizontes de movimiento-. En contraste con la idea de intervenir (donde la acción es unívoca y está predeterminada por un plan bien definido), la modalidad del involucramiento nos acerca más a la idea de establecer tensiones creativas entre las distintas partes, vínculos descentralizados, inestables y desiguales entre comunidades, saberes y actores sociales que a menudo se mantienen apartados. Cuando decimos que ‘*uno se involucra con alguien*’, que ‘*nos hemos involucrado en algo*’, no estamos diciendo que estamos *asistiendo* a alguien o *conduciendo* algo: el término involucrar no determina de antemano una alianza incondicional, una estructura de relación o una dirección de la acción. Involucrarse nos sugiere más bien un ‘*tener que ver con*’, entrar en un campo de *influencia* con respecto a algo o alguien. Involucrarse con alguien implica mantener una relación íntima, unos vínculos significativos, pero guardando un campo de indeterminación y variabilidad de dichos vínculos.

Una forma útil de replantear la relación que se establece con otros actores en un proceso de acción pública, es a través de la noción de *articulación* propuesta, entre otras, por Haraway (1995). La noción de articulación desafía la relación representacional en que los otros son descritos y circunscritos a una posición de objeto –objeto de intervención- a través de los discursos y las prácticas de los ventrílocuos-portavoces que se constituyen como los únicos *actores* (García, Silvia y Romero, Carmen, 2002). Los portadores del conocimiento científico se convierten en portavoces sustentando su posición a través de un distanciamiento objetivo, por medio de una relación de exterioridad y disyunción que opera

igualmente en el binomio interventor/intervenido. Para Haraway, la articulación supone una posición radicalmente distinta para comprender el vínculo: el entramado de acciones y actores sociales no es lo que será representado por el profesional/investigador, sino que será el sujeto de la acción que define y produce sus propios términos de representación. Así,

“no aparece finalmente un único actor heroico capaz de hablar por los que no tienen voz (humanos y no-humanos), sino que las entidades colectivas son responsabilidad de todos los elementos que las constituyen y con los que establecen conexiones parciales. No hay posibilidad de afueras que garanticen supuestas independencias, sino situaciones tremendamente encarnadas y haces de relaciones entre elementos desiguales” (García y Romero, 2002, p. 14)

En lugar de partir de posiciones asumidas *a priori*, la articulación permite pensar múltiples arreglos que se van constituyendo relacionamente por los vínculos que las conforman. Estas articulaciones entre elementos diversos son “constitutivas de” a la vez que “constituidas por” estos elementos. La articulación puede contraponerse, así, a nociones como las de *concienciación*, *facilitación* o *animación*, que asumen posiciones predeterminadas y dirigen, desde la enunciación, un vector de acción. En la articulación, el profesional/investigador no tiene inherentemente el rol de *catalizador*. Si bien estas posiciones y funciones pueden ser ocupadas en uno o varios momentos, la idea de articulación no anticipa y fija las posiciones y las posibilidades de relación: antes bien, da espacio para el juego y la movilización de posiciones, para la sistemática negociación y reconfiguración de funciones al interior de un proceso de transformación y para una distribución dinámica y multidireccional de la agencia y la acción.

Si bien conocer y actuar desde el reconocimiento de las diferencias es una prerrogativa necesaria para emprender una relación como articulación, *involucrar* nos sugiere la participación de actores sociales diferentes en la co-constitución de un campo social común. Este *abarcamiento* o *inclusión* propios del involucramiento, esta inmersión implicada de actores diversos en un campo de acción común, puede pensarse como un proceso de constitución de un *nosotros*. Este “nosotros emergente” se entiende como una generación constante de colectividad, de espacio de vinculación (Lenkersdorf, 2004). Pero esta colectividad, como se ha dicho antes, no precede a la articulación y no es perenne de forma tal que se convierta en una relación de identidad estable, sino que es una realización práctica, localizada y temporal, sujeta al cambio: un *nosotros* ocasional que atiende a horizontes sociales concretos y compartidos. Esta idea es concomitante con el ánimo de problematizar la “escisión epistemológica” entre el profesional/investigador y el intervenido/investigado: una relación que parte de dos entes diferenciados –*tu* y *yo*- en contraposición a uno *nosotros* (Spink, 2007).

Esta *interioridad* del profesional/investigador con respecto al campo-tema contribuye a hacer visibles las transformaciones y los cambios que le acontecen como parte de la escena del cambio. Mientras que la intervención dibuja una trayectoria donde la agencia y la

acción pasan unívocamente del interventor al intervenido, *involucrarse* abre un espacio de reciprocidades y entrelazamientos que dan cabida a *las intervenciones que recaen sobre el interventor*. En tanto que el cambio ocurre *por medio de* y simultáneamente *sobre* un entramado de agentes involucrados, donde el profesional/investigador es uno más, es esperable y natural que éste resulte igualmente transformado.

En el momento en el que deja de ser claro quien interviene y quién es intervenido, dónde se establecen las fronteras entre quien actúa y quien recibe la acción, entre quien cambia y quien es cambiado, entonces la distinción interventor-intervenido (agente-paciente) deja de tener sentido, se vuelve insuficiente para dar cuenta de procesos de transformación e influencia más dinámicos y multidireccionales. Este punto de partida se aleja de la idea de unos *otros en carencia* o unos *otros vulnerables* a los que puedo ayudar a partir de una oficiosa e ilustrada injerencia, y pone en perspectiva un problema que afecta –aunque diferencialmente- a todos los actores involucrados en la trama.

*c. Concepción de conocimiento y acción: conocimiento situado, acción inmanente*

A diferencia de la intervención, donde el interventor posee un programa, una habilidad, un conocimiento que le otorga tal lugar y que conduce la acción y el cambio, el involucramiento nos aproxima a la idea de que la dirección de un cambio no está preestablecida y responde a una sucesión de intereses y fuerzas locales y temporales. Descartar un conocimiento absoluto y predeterminado para emprender y conducir la acción colectiva, nos sitúa en una posición más cercana a concebir el conocimiento como una práctica social más, sujeto a las contingencias de los encuentros. En palabras de Carballada (2008):

“Pensar la intervención desde condicionantes y no determinantes, nos lleva al terreno de lo probabilístico, donde la singularidad y la subjetividad suben a la escena ahora con papeles relevantes. La intervención en lo social es una acción básicamente Inter – Subjetiva y fuertemente discursiva. De allí que la palabra, la mirada y la escucha sigan siendo sus elementos más sobresalientes (p)”

El control, concebido desde la ciencia convencional y asociado a la noción de intervención, como la posibilidad de manipular a discreción y predecir con certidumbre los procesos de transformación social, deja de tomarse como parámetro de referencia. La metáfora del involucramiento nos acerca más a la autonomía creativa que al protocolo detallado. De esta manera, la relativa indeterminación presente en la noción de *involucrarse* convive mejor con la idea de que reglas simples y generales contribuyen a que haya un mayor despliegue de flexibilidad y creatividad, en contraposición a los largos manuales estandarizados que buscan prescribir detalladamente la conducta (Plsek, Paul, 1997): mientras haya más conceptos fijos y pretendidamente inequívocos, mientras más criterios y guías de ‘conducción de la acción’, menos espacio hay para la innovación y el cambio.

Una forma de concebir teóricamente este reposicionamiento de la función del conocimiento en el proceso de acción colectiva puede hacerse invocando el concepto de *conocimiento situado* (Haraway, 1991). Esta noción nos sugiere que el conocimiento no se produce desde ninguna parte, desde la mirada divina, sino que tiene unas coordenadas de producción muy específicas en el mundo social, y son estas coordenadas y esta localización *terrenal* en un entramado, las que le conceden una “objetividad situada” o una validez ética y política. El conocimiento obtiene así una textura doméstica, que adquiere sentido en cruces concretos de demandas y deseos, en conexiones parciales situadas en el espacio/tiempo. Es generado localmente y es puesto en juego en procesos locales. No aspira a la validez universal y, sin embargo, puede servir como experiencia guía para otras experiencias que transiten por caminos similares.

El aparato conceptual de la psicología social se entiende entonces como una herramienta útil pero no omnisciente, y como una modalidad más (entre otras no científicas) de la capacidad colectiva de generar conocimiento a través de prácticas e interacciones sociales. Este conocimiento producido y aplicado en escenarios sociales, no es esencialmente diferente del resto de conocimientos puestos en práctica (por otros actores) en un proceso de relación y transformación social. Al igual que el resto, el conocimiento psicosocial se contamina, muta, se mezcla y se reorganiza a la luz de los contactos con otros saberes y otras prácticas sociales.

Este punto de mira permite rescatar la sensibilidad etnometodológica para reconocer a los actores sociales como miembros competentes de una comunidad que participan en la realización práctica de los escenarios sociales que habitan, como poseedores de un conjunto de saberes cotidianos con los que activamente sostienen y transforman arreglos sociales, y no en términos “idiotas culturales” como a menudo se les aborda a través de las ciencias sociales tradicionales (Garfinkel, Harold, 1968; Coulon, Alain, 1987). Así, ante proposiciones del tipo “una intención primaria de investigación acción es producir conocimiento práctico que es útil para las personas en la conducta diaria de sus vidas” (Reason, Peter, y Bradbury, Hilary, 2001, p. 2), Peter Spink (2007) advierte que las personas no necesitan ayuda para construir conocimiento práctico puesto que ya de por sí lo hacen. Argumenta además que la narrativa dominante en las ciencias sociales es que, aunque a través de prácticas “más democráticas”, la ciencia conserva un indiscutible lugar epistemológicamente superior con respecto a sus sujetos. Al respecto de esta relación jerárquica el autor señala que

“El problema es cuando las reglas y verdades que creamos en la intersubjetividad conversacional para intentar mejorar nuestra vida colectiva, se encuentran subordinadas al reinado despótico de tiranos metodológicos que se esconden detrás de un estado disciplinar, en el nombre de la gran verdad.” (Spink, 2007, p. 2)

No se trata, entonces, de que los conocimientos en psicología social funcionen para *concienciar, formar, corregir o evaluar* a una colectividad o para *catalizar* cambios que de otra manera no podrían suceder, sino de que participen en la generación alianzas y tensiones creativas que permitan articular distintas posiciones de sujeto, conocimientos, habilidades, deseos. En el tono de *involucrarse* como una forma de inmersión o de interioridad, la idea del profesional/investigador que *atiende o asiste* a un sujeto en carencia que está implícita en la intervención deja lugar a la posibilidad de concebir la acción como colectiva y auto-constitutiva o auto-transformadora, una acción que encuentra su punto de partida y su punto de llegada en sus condiciones locales de producción, sus fundamentos organizativos en la articulación de la acción misma.

Podríamos hablar así de una suerte de *acción inmanente*, en el sentido de que no se buscan establecer fundamentos últimos y exteriores a la acción (conocimiento psicosocial) o unos principios trascendentales a los que la acción obedezca (dinámica de grupos), sino que los principios que rigen y vehiculizan la acción, en cada ocasión, son inherentes a la producción de la acción misma: esto es, que cada acción particular contiene dentro de sí sus principios de operación, sus fines y sus fuerzas (que no son ni exteriores ni anteriores). La lógica de acción de un proyecto en particular estará determinada por relaciones, intereses, habilidades, recursos y condiciones de posibilidad particulares: condiciones que se explicitan en la acción al tiempo que la constituyen.

Para finalizar esta caracterización, hay que hacer notar que estas coordenadas teóricas en torno a la metáfora del involucramiento pretenden ser herramientas conceptuales heurísticas que nos ayuden a redefinir y transformar las prácticas que, desde la psicología social, buscan implicarse en proyectos concretos de acción colectiva. Dichas coordenadas no pretenden ser un mapa bien definido ni un modelo sucedáneo, sino una reflexión situada que pueda conectarse con otras experiencias que busquen reinventar o resituar el papel de la psicóloga y el psicólogo social en contexto de la acción pública.

### **Comentarios finales**

En este artículo he querido dar cuenta de una reflexión situada y particular que me ha permitido, como profesional/investigador en el contexto de un proyecto de acción colectiva con otros actores sociales, encontrar sentidos distintos y reconfigurar relaciones en el hacer cotidiano y en el ejercicio de la disciplina social en que estoy inmerso. A pesar de que estas reflexiones no pretenden constituirse en un marco generalizable, la intención es que puedan ser útiles en la tarea más general de discutir y transformar la relación entre la psicología social y los contextos donde actúa.

He buscado, por un lado, discutir las implicaciones teóricas y metodológicas de la metáfora de la *intervención* psicosocial y, por el otro, sugerir la metáfora del *involucramiento* como

un tropo alternativo que se aleje de las implicaciones interventivas y nos ayuda a imaginar y organizar prácticas de acción colectiva desde una posición distinta. En particular, he buscado argumentar que la metáfora del involucramiento (al menos en la forma en que ha sido imaginada y esbozada aquí) nos sugiere una idea de la acción más cercana a la *artesanía* del cambio y la transformación social, y menos vinculada con la *ingeniería* del cambio próxima a los sentidos que pueblan la noción más dominante de la intervención.

Esto no implica, sin embargo, que la permuta metafórica desaparezca de una vez el tema del poder y el control en el contexto de las prácticas disciplinarias en las ciencias sociales. No implica tampoco que el plano de las prácticas lingüísticas pueda por sí solo transformar dinámicas muy sedimentadas y garantizar una distribución más justa y equitativa de la agencia en los proyectos de acción. Sin duda, el tema del poder y en control en la relación entre los investigadores/profesionales de las ciencias sociales y otros actores sociales debe ser objeto de constante reflexión a través de distintas vías y perspectivas. Igualmente, la exploración de nuevos marcos de acción y prácticas profesionales puede beneficiarse de discusiones e indagaciones en distintos planos o niveles: los propios proyectos prácticos serán sin duda un espacio definitorio en esta tarea. En cualquier caso, la propuesta metafórica puede ser un recurso útil que permita desembarazarse de preconceptos anquilosados y emprender una comprensión de la acción cotidiana con nuevas posibilidades.

La propuesta del involucramiento en contraposición a la intervención responde además al intento por concebir el cambio y la acción de forma menos voluntarista, que suponga un sujeto profesional menos ilustrado. En consonancia con una ética transformadora (Braidotti, 2006) se ha buscado, por un lado, pasar a revisión la tradición en lo que respecta a la concepción de la acción social, buscando dar espacio a aspiraciones o condiciones con más probabilidad de apartarnos de la repetición inerte de los hábitos de pensamiento y autorrepresentación establecidos. En el plano más propositivo o afirmativo, se ha buscado contribuir, dentro de los límites de la discusión sobre la acción colectiva y las prácticas profesionales, a cultivar el deseo político de cambio y (auto)transformación, la voluntad y el anhelo activos de que se produzcan cambios positivos y creativos en las prácticas de la psicología social.

## Referencias

- Ander-Egg, Ezequiel (2006). *Metodologías de acción social*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Austin, John L. (1971/1998). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Autor (2010)
- Autor (2010)
- Baake, Ken (2003). *Metaphor and knowledge: The challenges of writing science*. New York: State University of New York Press.

- Blanco, Amalio y Rodríguez, Jesús (2007). *Intervención Psicosocial*. Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Braidotti, Rosi (2006). *Transposiciones: Sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.
- Carballeda, Alfredo (2002). *La Intervención en Lo Social*. Buenos Aires: Paidós.
- Carballeda, Alfredo (2004). *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio.
- Carballeda, Alfredo (2008). La Intervención en lo Social y las Problemáticas Sociales Complejas: los escenarios actuales del Trabajo Social. *Margen*, 48
- Castoriadis, Cornelius (1983). *La institución imaginaria de la sociedad, Vol. I, Marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Cook, Bill y Kothari, Uma (Eds.) (2001). *Participation: The new tyranny?* New York: Zed Books.
- Coulon, Alain (1987) *La Etnometodología*. Madrid: Cátedra.
- De Marinis, Pablo (1999). Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos. Un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo. En Ramón Ramos Torre y Fernando García Selgas (Eds.) *Globalización, riesgo, flexibilidad* (p. 73-103). *Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: CIS.
- Deleuze, Gilles (1968/2002) *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dubost, Jean (1987) *L'intervention psychosociologique*. Paris: PUF.
- Eco, Umberto (1976/2000) *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- El-Sawad, Amal (2005). Becoming a 'lifer'? Unlocking career through metaphor. *Journal of Occupational and Organizational Psychology*, 78, 23–41.
- Escobar, Arturo (1992). Culture, economics, and politics in Latin American social movements theory and research. En Arturo Escobar y Sonia Alvarez (Eds.), *The Making of Social Movements in Latin America* (p. 62–85). Boulder: Westview Press.
- Fernández Christlieb, Pablo (2001). La estructura mítica del pensamiento social. *Athenea Digital*, 0, 11-30.
- Foucault, Michel (1976/2005). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1979/1991). *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta.
- García Dauder, Silvia y Romero, Carmen (2002). Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athenea Digital*, 2. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/537/53700204.pdf>
- Garfinkel, Harold (1968/2006). *Estudios en Etnometodología*. Rubí (Barcelona): Anthropos.
- Gergen, Kenneth J. (2006). *El Yo Saturado*. Barcelona: Paidós.
- Gutiérrez, Isabel; Sorribas, Montse y Gil, Montse (2005). *Metodología de la Intervención Social*. Barcelona: Altamar.
- Haraway, Donna (1991/1995). Conocimientos Situados: La Cuestión Científica en el Feminismo y el Privilegio de la Perspectiva Parcial. En Donna Haraway, *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La Reinención de la Naturaleza* (313-349). Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna (1991/1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

- Haraway, Donna J (1997/2004). *Testigo\_Modesto@ Segundo\_Milenio. HombreHembra©\_Conoce\_Oncorratón®: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC.
- Ibáñez, Tomás (1996). *Fluctuaciones conceptuales en torno a la postmodernidad*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ibáñez, Tomás (2003). El giro lingüístico. En Lupicinio Íñiguez (Ed.) *Análisis del Discurso. Manual para las Ciencias Sociales*. Barcelona: UOC
- Kövecses, Zoltán (2002). *Metaphor: A practical introduction*. New York: Oxford University Press.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1986/2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, George (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- Law, John (1995). *A sociology of monsters*. London: Routledge.
- Lenkersdorf, Carlos (2004). *Conceptos tojolabales de filosofía y del altermundo*. México: Plaza y Valdes.
- Lewin, Kurt (1952/1997). *Resolving Social Conflicts and Field Theory in Social Science*. Washington, DC: American Psychological Association (APA).
- Lizcano, Emmanuel (2006). *Metáforas que nos piensas. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Ediciones Bajo Cero/Traficantes de Sueños.
- Maasen, Sabine y Weingart, Peter (2000). *Metaphors and the dynamics of knowledge*. London: Routledge.
- Maffesoli, Michel (1997) *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Paidós.
- Millán, José Antonio y Narotsky, Susana (2007) Introducción a Metáforas de la vida cotidiana. En Lakoff, George y Johnson, Mark (1986/2007) *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Miller, Peter y Rose Nikolas (1990). Governing economic life. *Economy and society*, 19(1), 1-31.
- Müller, Cornelia (2008). *Metaphors dead and alive, sleeping and waking: A dynamic view*. Chicago: University of Chicago Press.
- Parker, Ian (2005). *Qualitative Psychology: Introducing radical research*. Buckingham: Open University Press.
- Plsek, Paul (1997). *Creativity, innovation and quality*. Milwaukee: ASQ Quality press
- Preta, Lorena (Ed) (1994). *Imágenes y metáforas de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española*. (22 edición.) (2 vols). Madrid: Espasa.
- Reason, Peter y Bradbury, Hilary (2001). *Handbook of action research*. London: Sage.
- Ricoeur, Paul (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189-207.
- Rodríguez, Jesús; Cañadas, Isabel; García, José y Mira, José (2007). El diseño de un programa de intervención. En Blanco, Amalio y Rodríguez, Jesús (Eds.) *Intervención Psicosocial*. Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Rorty, Richard (1996). *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós.
- Rorty, Richard (1998). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós / ICE-UAB
- Rose, Nikolas (1989/1999). *Governing the Soul* (2 ed.). London: Free Associations.

- Rose, Nikolas (1996/1999). *Inventing Ourselves: Psychology, Power, and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rowe, Ann y Hogarth, Annette (2005). Use of complex adaptive systems metaphor to achieve professional and organizational change. *Journal of Advanced Nursing*, 51(4), 396–405
- Sánchez, Alipio (2007). *Manual de Psicología Comunitaria: Un enfoque integrado*. Madrid: Pirámide.
- Sánchez, Alipio (2002). *Psicología Social Aplicada: Teoría, método y práctica*. Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Seidman, Edward (1983). *Handbook of social intervention*. Beverly Hills: Sage.
- Spink, Peter (2005). Replanteando la investigación de campo: relatos y lugares. *Athenea Digital*, 8. Disponible en [http://antalya.uab.es/athenea/num8/sspink\\_es.pdf](http://antalya.uab.es/athenea/num8/sspink_es.pdf)
- Spink, Peter (2008). O pesquisador conversador no cotidiano (2008). *Psicologia e sociedade*, 20 (1).
- Tietze, Suzanne; Cohen, Laurie y Musson, Gillian, (2003). *Understanding organisations through Language*. London: Sage.

## **5. RECONFIGURAR LA MIRADA PSICOSOCIAL SOBRE EL ‘GÉNERO’ DE LO HUMANO: REFLEXIONES A PARTIR DE UNA EXPERIENCIA DE INVOLUCRAMIENTO EN EL CAMPO-TEMA DE LAS IDENTIDADES TRANSGÉNERO<sup>4</sup>**

### **Resumen**

Las identidades transgénero plantean importantes desafíos a la perspectiva psicosocial dominante con que se aborda el género y con que se concibe al ser humano. En este artículo propongo un conjunto de reflexiones que buscan contribuir a reconfigurar la manera en que las perspectivas psicosociales se aproximan a la concepción de lo humano a través de problematizar la mirada convencional sobre las identidades de género. Estas reflexiones emergen en el marco de un proyecto de investigación-acción participante con colectivos trans de la ciudad de Barcelona. La discusión se centra en tres dicotomías: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre humano y no-humano. Concluyo esbozando algunas posibles implicaciones de esta reformulación para el estudio psicosocial de las identidades trans y, más generalmente, para la propia disciplina de la psicología.

**Palabras Clave:** transgénero, identidad de género, ciencias psi, naturaleza humana.

### **Abstract**

Transgender identities pose significant challenges to dominant psychological perspectives towards gender and, more widely, the conception of the human being. In this paper I discuss a set of reflections seeking to reconfigure the way in which psychosocial perspectives understand gender identity and the human subject. These reflections are the result of a participatory action-research project in the field of trans identities and are informed by feminist and transgender studies. The discussion focuses on the problematisation of three well-established dichotomies in psi science: male-female binary, sex-gender distinction and the frontiers between human and non-human. I conclude by outlining some possible implications of this reformulation in the psychosocial study of trans identities and, more generally, in the discipline of psychology.

**Keywords:** transgender, gender identity, psy sciences, human nature.

---

<sup>4</sup> Martínez-Guzmán, Antar. Aceptado para publicación en *Astrolabio – Nueva Época*.

## 1. Introducción

Durante las últimas décadas, las identidades transgénero han surgido como un creciente tema de debate tanto en las ciencias biomédicas como en las ciencias sociales y humanas. Estas identidades plantean importantes desafíos a la concepción tradicional del género y su relación con el sexo y la sexualidad (Hines, 2007; Elliot, 2009). Una creciente visibilidad y politización de las comunidades trans ha cuestionado el estatus patológico de la transexualidad y aboga por nuevas formas de concebir y abordar las identidades de género no-normativas. En este contexto, las disciplinas ‘psi’ han sido interpeladas por estos nuevos planteamientos y los presupuestos sobre el género que guían su aproximación a las identidades trans son llamados a revisión (Whittle, 1996).

Tradicionalmente, la psicología y otras disciplinas afines se han alineado con el paradigma biomédico y han contribuido a reproducir el orden dominante de sexo/género según el cual las identidades transexuales y la subjetividad transgénero son entendidas bajo el prisma de la desviación sexual o la enfermedad mental (Missé y Coll-Planas, 2010b). En este artículo busco reflexionar sobre algunas formas en las cuales la perspectiva psicosocial tradicional sobre el sexo/género puede ser interpelada y transformada al contacto con las identidades trans. Argumentaré que esta transformación abre vías para re-pensar, al menos parcialmente, la concepción de lo humano en psicología y para generar abordajes menos normativos y más inclusivos con respecto a la variación de género.

Las reflexiones que aquí se presentan surgen en el marco de un proyecto más amplio de investigación-acción participativa con actores sociales y colectivos trans en la ciudad de Barcelona. Los actores sociales con los que me he relacionado contribuyen a constituir lo que, siguiendo a Spink (2005), llamaremos un campo-tema, esto es, un tema y un contexto de investigación que consideramos psicológicamente relevantes y dentro de cuyo marco nos posicionamos. El proyecto busca contribuir a la visibilidad de las subjetividades de género variante (gender variant) al margen del marco psicopatológico. Las ideas discutidas aquí se gestan en esta experiencia de ‘involucramiento’, esto es, en la generación de relaciones significativas con el campo-tema y vínculos de alianza y aprendizaje con grupos y personas involucradas.

Estas reflexiones están informadas por testimonios, documentos, registros de campo y diversos materiales que he venido recolectando a lo largo de esta experiencia. También están nutridas por diversos desarrollos teóricos provenientes del feminismo, la teoría queer, los estudios transgénero y la psicología social construccionista. Estos insumos teóricos

pueden ser útiles para reformular la mirada psicológica en torno al sexo/género, a la identidad y, en general, a la manera en que nos aproximamos al estudio sobre lo humano.

En un primer momento, discuto la manera en que los abordajes psicosociales convencionales se aproximan a las identidades de género y la manera en que reproducen la perspectiva biomédica dominante. Posteriormente discuto la manera en que el desafío que las identidades trans plantean puede conducir a reformular la mirada psicosocial de sobre lo humano, vía la problematización de las asunciones sobre sexo/género. Esta problematización se centra en tres dicotomías: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre lo humano y lo no-humano. Finalmente, concluyo esbozando algunas posibles implicaciones de esta reformulación para el estudio psicosocial de las identidades trans y, más generalmente, para la propia perspectiva psicosocial.

### **3. La configuración psicosocial del sexo/género**

La psicología no sólo representa el mundo sino que contribuye a construirlo (Gergen, 2009; Ibáñez, 1994). En conjunto con otras disciplinas afines, la psicología participa activamente en el modelaje y reproducción del orden social. Para Nikolas Rose (1998), el complejo constituido por las ciencias psi (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, psicoterapia, estudios psicosociales, etcétera) desempeña un papel regulador con respecto diversos aspectos de la vida social, como el trabajo, la familia, la salud mental y la sexualidad. Como práctica social, la psicología ha tenido un impacto significativo en el establecimiento de las concepciones sobre normalidad y anormalidad, en la producción de las técnicas sociales destinadas al ajuste, la normalización y la reinserción social (Rose, 1990; Danziger, 1994). El terreno del género y la sexualidad ha sido en muchas ocasiones un espacio clave en este proceso (Foucault, 1976; Harding, 1986; Butler, 1999).

Es posible identificar en las ciencias psi dos habituales formas de concebir el género. En primer lugar, el género es concebido como el conjunto de rasgos estables, que perduran en el tiempo, y que caracterizan diferenciadamente a hombres y mujeres. Estos rasgos están enraizados en la biología y en el cuerpo, por lo que su estudio es tarea de subdisciplinas como la neuropsicología, la psiquiatría y la psicología evolucionista. La segunda manera de entender el género es como el producto de un proceso de socialización (especialmente en edades tempranas) y de adquisición de una identidad y unos roles acordes con un referente cultural y con un sexo en particular. Aquí se cuentan, por ejemplo, el psicoanálisis, los estudios de la psicología del desarrollo y los estudios de la influencia social. Muy a menudo se entiende que estas dos perspectivas se complementan y se correlacionan de manera que el género se piensa como una estructura o unidad compuesta por un orden 'biopsicosocial'.

Así pues, las perspectivas psi dominantes comparten con el paradigma biomédico la suposición convencional según la cual el sexo y el género son dos cosas dadas y

diferenciables. El uso contemporáneo que se hace desde la psicología de los términos ‘sexo’ y ‘género’ varía considerablemente. (Unger y Crawford 1993; Gentile, 1993). No obstante, se ha señalado que al interior de esta variedad de usos hay un hilo común en donde se asume que el ‘sexo’ es, de alguna manera, anterior al ‘género’ y es la base biológica sobre la cual se edificarán las diferencias de género (Kitzinger, 1994; Brown, 1998). El sexo se concibe entonces como una condición ahistórica y prediscursiva, una entidad previa a todo significado, y enraizada en una naturaleza profunda.

En este contexto, para una abundante cantidad de estudios en psicología, las categorías de género y de sexo vienen dadas con anterioridad y funcionan como ‘cajas negras’, como entidades prefiguradas que organizan los fenómenos, como instancias de conocimiento que explican y que sin embargo no requieren ser explicadas, cuyo proceso de constitución ha quedado invisibilizado. Así, hay una larga tradición de estudios en psicología donde el dimorfismo sexual (la idea de que hay dos sexos naturales y predefinidos) es considerado como una variable independiente, buscando establecer diferencias psicosociales entre los sexos (rendimiento intelectual, agresividad, ansiedad, control, nivel de aspiraciones). Esta diferencia sexual asumida puede ser leída, en contraposición, como una matriz normativa de construcción de lo psicológico y de regulación de las relaciones sociales, que ordena el mundo social al tiempo que lo estereotipa. Las perspectivas psicosociales convencionales sobre la identidad de género –tanto la psicodinámica, como la sociocognitiva y la del aprendizaje social– comparten el rasgo de no cuestionar el proceso de diferenciación sexual y, por el contrario, justifican a través de distintos ángulos esta definición (Martínez y Bonilla, 2000).

En este sentido, ‘sexo’ y ‘género’ contienen ya inscritas unas presuposiciones y unas políticas específicas sobre lo que cuenta como natural y normal en la sexualidad humana. La práctica convencional de disciplinas como la psiquiatría y la psicología reifican sistemáticamente la idea de que hay dos sexos bien diferenciados y únicos, la idea de que el género es un correlato cultural cimentado en el sexo y la idea de que el género es un rasgo esencial que define al individuo y que está inscrito en su biología y su psiquismo. De esta manera, las perspectivas psicosociales dominantes ponen en juego unas presuposiciones que ordenan la indagación y la intervención y, simultáneamente, contribuyen a la naturalización de un orden particular de sexo/género.

Al alero de esta tradición, los abordajes con que la psicología y las ciencias psi comúnmente abordan la transexualidad se centran en el intento de establecer causas psicogenéticas, biológicas o una mezcla de ambas (Zhou et al, 1997; Cohen-Kettenis y Gooren, 1999). En cualquiera de los casos, se asume que las identidades transgénero son una ruptura o una desviación con respecto al desarrollo normal y en consecuencia algo que deber ser explicado y, en la medida de lo posible, corregido. Un ejemplo paradigmático de ello es la tipificación de formas identitarias no-normativas en términos de enfermedad

mental que constan en el DSM-IV-TR (APA, 2006), como el trastorno de identidad sexual y el travestismo fetichista. Este punto de partida es el resultado de la presuposición de un cierto modelo de ser humano, cuya sexualidad es una matriz estable y heterocentrada de correspondencias entre cuerpo, identidad y deseo.

Las identidades trans, sin embargo, encarnan algunas formas en que es posible construir y habitar concepciones diferentes del sexo y el género. La multiplicidad de las trayectorias transgénero evidencia configuraciones corporales e identitarias más complejas que las que son prescritas por el paradigma de sexo/género que prevalece en las ciencias psi. A pesar de la heterogeneidad de perspectivas y experiencias en la comunidad trans, estas subjetividades generan rupturas o desplazamientos con respecto al orden normativo del género, a veces como consecuencia de buscar la inclusión en el mismo, a veces en un gesto activo de desafiar dicho orden como matriz obligatoria.

Al menos, un sector crítico de la comunidad trans ha considerado necesario ir más allá de la base ofrecida por el sentido común y el discurso científico para hablar sobre conceptos como ‘mujer’, ‘hombre’, ‘homosexual’, ‘heterosexual’ o ‘género’. Así lo indica el manifiesto distribuido durante la Manifestación Internacional de Lucha Trans e Intersex, organizada en Barcelona en Junio de 2010:

Vamos a invitar a las miradas ajenas a cambiar de dirección y cuestionar sus propios pensamientos estereotipados. Luchar para que nuestros placeres y deseos no se mueran en una mesa de quirófano. Erradicar la transfobia que nos sitúa en lo anormal, en lo que algunos denominan la incongruencia de género, y nos relega a unidades psiquiátricas y programas de inserción laboral. Y sin duda, visibilizar la belleza de nuestros cuerpos.<sup>5</sup>

Las identidades trans nos ofrecen así un espacio estimulante para cuestionar las asunciones naturalizadas y transformar la concepción psicosocial sobre el género; para repensar la forma en que es posible vivir el cuerpo y la identidad, y replantear, al menos en parte, las fronteras de lo que entendemos como humanamente viable y deseable.

#### **4. Las identidades trans como espacio de (re)configuración de lo humano**

Una pregunta que se abre en el encuentro con las identidades trans se refiere a los regímenes de inteligibilidad que determinan lo que somos y lo que podemos ser; se relaciona con las formas posibles del género que una persona puede o no adoptar en un contexto determinado, con las formas en que es posible habitar el mundo. Esta pregunta atañe, en última instancia, a las condiciones de inteligibilidad que definen ‘lo humano’, esto

---

<sup>5</sup> Cita extraída del manifiesto de la Manifestación Internacional de Lucha Trans e Intersex, llevada a cabo el 5 de junio de 2010 en la ciudad de Barcelona, en el marco de la campaña Stop Patologización Trans.

es, los criterios que determinan aquello que será reconocido como humano: ¿quién o qué se entiende como legítima, natural o idealmente humano?

Estas condiciones de inteligibilidad están compuestas de normas y prácticas que se convierten en presuposiciones, y sin las cuales lo humano no puede ser concebido o reconocido (Butler, 2004). Por tanto, lo humano no es una condición trascendental a priori, sino un arreglo propio de determinado contexto espaciotemporal (Rose, 1996). Quién o qué entra cabalmente dentro del dominio de lo humano es el resultado de una racionalidad específica sobre la vida de la especie, sobre sus cristalizaciones y circunferencias. Cualquier caracterización de una ‘naturaleza humana’ está inevitablemente infiltrada por preconcepciones ontológicas y por relaciones de poder (Haraway, 1991; Foucault, 1976). Por lo tanto, aquello que es ‘ser humano’ es una cuestión controvertible.

La cuestión no es tanto si se le concede a una u otra persona el estatus o la condición esencial de humanidad, sino la producción y reproducción de un modelo de humanidad normativa contra el cual toda persona se contrasta y se mide. En esta tensión entre lo idéntico y lo diferente, entre lo que pertenece y lo que se excluye, una posición es normalizada y fijada como estándar ante la cual lo otro y lo diferente tendrán que ser valorados (Mansfield, 2000). Esto conduce muy a menudo a la subordinación de lo diferente con respecto a lo normal, haciéndole parecer como que le sobra o le falta algo y, en consecuencia, como inadecuado o anómalo. La institución de un modelo humano normalizado crea automáticamente periferias: los humanos defectuosos, los cuasi-humanos, los *boderline*.

La sexualidad ha sido una marca clave para trazar y perfilar las formas de lo humano. Michel Foucault (1976) argumenta que la *scientia sexualis* -dispositivo de regulación del sexo/género en el marco de la generación de conocimiento disciplinario sobre la sexualidad- se encarga de convertir comportamientos y prácticas sexuales en *especies*, en tipos de individuos, en formas de *ser* introyectadas en la recóndita naturaleza de las personas. El sexo se vuelve un enclave importante en el moderno arte de gobernar la vida porque permite acceder simultáneamente a la gestión de la vida de la especie (biopolítica) y a la del individuo (anatomopolítica).

Posteriormente se ha incorporado al análisis el impacto de las nuevas tecnologías del cuerpo en el moldeamiento de la subjetividad y la identidad (Haraway, 1991): el amalgamamiento de cuerpos y dispositivos tecnológicos en compuestos híbridos inseparables e indistinguibles: “aquí el cuerpo ya no habita los lugares disciplinarios sino que es habitado por ellos” (Preciado, 2008, p. 67). Al mismo tiempo, las sociedades capitalistas avanzadas han favorecido la emergencia de una creciente ‘sexualización’ de la vida social donde, como nunca antes, la sexualidad ha sido incesantemente discutida, comercializada y consumida, insistentemente convertida en objeto de disputa en torno a la

‘tolerancia’ o a la ‘liberación’ o en medio para la persecución o violación de los derechos y la libertad (Evans, 1993).

El sistema de sexo/género se vuelve así una importante fuente de identidad para el sujeto moderno y en consecuencia un medio privilegiado para la producción de aquello que es humanamente posible. Los desplazamientos de las personas trans, en este sentido, movilizan nuevas interrogantes y vías de indagación. De acuerdo con Stryker y Whittle (2006), las figuras transexuales e intersexuales han llegado a ser espacios políticamente cargados sobre el significado cultural de ser humano en un mundo cada vez más tecnificado.

A continuación discuto la manera en que las identidades trans pueden desafiar tres arraigados esquemas dicotómicos del sistema de sexo/género y, por extensión, de la definición del ser humano generizado de cierta manera: el binomio hombre-mujer, la distinción entre sexo y género, y las fronteras entre lo humano y lo no humano. Estos tres ejes, como veremos, se interconectan y sobreponen, remitiendo constantemente unos a otros o concatenando sus efectos y consecuencias. Sin embargo, abordarlos de diferenciadamente nos ayuda a enfatizar aspectos distintos de un mismo entramado.

#### *4.1 El binomio hombre-mujer*

El ‘binomio hombre-mujer’ se refiere a la asunción naturalizada (moderna y occidental) según la cual los seres humanos se dividen (sólo) en dos tipos: hombres y mujeres. Una especie perfectamente dimórfica. Esta dualidad reduce la verdad de la sexualidad humana a los modelos exclusivos masculino y femenino. El paradigma psicosocial y biomédico dominante (y el sentido común) asumen este binomio, mientras que todo lo que queda entremedio o afuera o no encaje cabalmente en estos dos modelos es una humanidad en carencia, una cuasi-humanidad, algo que raya en lo monstruoso. De tal modo que no basta ser seres sexuados sino que además es necesario ser seres sexuados *de cierta manera*. En palabras de Judith Butler (2001), para ser considerado legítimamente humano hay que estar coherentemente sexuado.

Para Laqueur (1994) el “dimorfismo sexual” se establece como discurso dominante en el siglo XVIII a través de un conjunto de nomenclaturas y clasificaciones que van constituyendo las posiciones dicotómicas y que terminarán por generar una diferencia inconmensurable entre los sexos masculino y femenino. Este “modelo de los dos sexos”, observa el autor, es producido y reproducido en nuestros días a través de dos procesos entrelazados: uno de carácter epistemológico y otro de carácter político, en donde la epistemología científica del momento contribuye a producir ambos sexos en complicidad con un marco cultural que responde a necesidades de jerarquización entre los mismos.

El caso de las personas intersexuales, que nacen con una anatomía que difiere de los estándares binarios y, en consecuencia, evidencian variaciones morfológicas respecto de expectativas culturales sobre la apariencia de los genitales femeninos o masculinos (Cabral, 2007), son una afrenta al régimen de la dualidad sexual rígida y excluyente. Estos cuerpos con genitales “ambiguos” o “indescifrables” ponen en evidencia la variabilidad de formaciones anatómicas y funcionales en el mosaico humano y hacen patente la realidad del sexo/género como un continuum (Fausto-Sterling, 1993). Sin embargo, ante estos casos, el paradigma biomédico considera, en un soberano contrasentido, que la naturaleza se ha equivocado y que hay que enderezarle el trazo a través de bisturíes para que se asemeje más a sí misma.

Una parte importante del colectivo trans también cuestiona el binarismo. Si bien participan de sus polos y a menudo se reconocen como hombres o mujeres (exigencia social para ser inteligible en contextos concretos), también ensayan estrategias de socavamiento y construcción de espacios intermedios. Las identidades trans, ya sean más cercanas a la subjetividad queer o a las identidades de género convencionales, evidencian el carácter construido de las identidades dicotómicas, su maleabilidad y su indeterminación biológica, al romper la membrana prístina de la identidad asignada y emprender el tránsito.

En la vida cotidiana hablo en masculino porque tampoco quiero complicarle la vida a la gente. Pero, por ejemplo, cuando me sitúo como ‘hombre’ bien se puede preguntar qué hombre soy o qué quiere decir ser hombre. El uso de esta identidad obedece sencillamente a que de las dos opciones que se me ofrecían –hombre y mujer- me siento más cómodo aquí. Pero tampoco es que me crea a rajatabla lo que digo cuando digo que soy un hombre. De hecho, ni siquiera digo que soy un hombre. Desafortunadamente, en nuestra sociedad no puedes utilizar cotidianamente un género ambiguo y por ello utilizo estratégicamente esta posición (Erik, activista trans).

Las palabras de Erik muestran una lucha cotidiana por encontrar espacios de inteligibilidad en las áridas intermediaciones entre las dos polaridades. Muestran también la coerción de un orden simbólico y material que hace prácticamente insostenible no hacer uso, aunque sea “estratégicamente”, de las posiciones legitimadas que otorgan inteligibilidad: es necesario darse a entender a los demás, generar vínculos de reconocimiento a través de códigos que te anteceden y te constriñen. Empero, el marco dicotómico es también cuestionado y entre las grietas se puede advertir su carácter arbitrario.

El binomio también ha sido cuestionado desde distintas posiciones teóricas (ver, por ejemplo, Fausto-Sterling, 1993 y Herdt, 1994). En este marco, el problema que se plantea no es que las categorías ‘hombre’ y ‘mujer’ sean (o no) legítimas y reales, sino que se consideren las únicas naturales y que se cosifiquen de tal forma que el tránsito o los puntos intermedios sean sistemáticamente estigmatizados y perseguidos para hacerlos encajar en el binomio. La cuestión no es entonces la operatividad de las categorías convencionales de género sino el mandato estructural que dicta que sólo es posible habitar humanamente en

uno de estos dos nichos. El imperativo social del binomio no es absoluto superficial o liviano, burlarlo es virtualmente imposible y desafiarlo es sumamente peligroso. No obstante, las subjetividades trans buscan construir espacios aledaños que no sucumban del todo a la lógica binaria *–trans, queer, hir, gender bender–* y nos convocan a imaginar espacios alternativos de inteligibilidad.

¿Cómo es posible imaginar y construir un orden de sexo/género que trascienda el binomio? ¿En qué términos podemos concebir y habitar las identidades sin reducirlas a la dualidad hombre-mujer? Aquí me gustaría citar la propuesta que se hace desde el colectivo trans Conjuntos Difusos<sup>6</sup>. Kim Pérez, activista trans de este colectivo, sugiere sustituir un orden dicotómico por una lógica de referenciales permeables y borrosos. Para pensar un sistema no-binario propone la idea de “conjuntos difusos de género”. La idea de los conjuntos difusos proviene de la matemática contemporánea que, en el intento por replantear la teoría tradicional de los conjuntos, remite a una lógica del más (+) y el menos (-), de estar más cerca o más lejos de, en contraposición con la lógica de la pertenencia o exclusión absoluta (el sí y el no) a conjuntos o categorías bien definidos.

Los géneros se vuelven difusos en tanto no hay pertenencias absolutas a las categorías preestablecidas, que funcionan como meros referenciales abstractos y permeables ante los cuales es posible situarse (más o menos próximo) y no como descriptores de la realidad. En estos términos, la inter- y la transexualidad (la ‘intertransexualidad’) pueden entenderse como:

un grado de una variabilidad natural que se expresa de forma no-binaria, y que abarca, en más o menos, desde un atractor femenino (estadístico o “extraño”- argot matemático) a otro masculino (también estadístico o “extraño”). Ambos son abstracciones, no son seres materiales. Los seres materiales estamos todos más o menos cerca o lejos de estos atractores estadísticos. Cada persona, en su más o menos, presenta ventajas e inconvenientes [...] Por tanto, al valorar el hecho de la intertransexualidad, nombre que damos a las personas que nos encontramos en la zona más intermedia entre los atractores, no es adecuada a la realidad de ninguna patologización ni ninguna culpabilización por la realidad intertransexual en sí (Kim Pérez, Conjuntos Difusos).

El debate sobre formas no binarias de identificación de género está aún en desarrollo; el lenguaje está por inventarse, está siendo inventado. Este lenguaje que puede ayudarnos a reconfigurar y eventualmente ampliar el espacio de lo humanamente posible, ensanchar los márgenes y generar espacios habitables para otros cuerpos y otras identidades.

#### 4.2 La distinción entre sexo y género

---

<sup>6</sup> Grupo de activistas de Granada, España: <http://conjuntosdifusos.blogspot.com/>

Podemos decir que la dicotomía sexo-género es subsidiaria y reproduce a escala menor una dicotomía más general en la que está inscrita: naturaleza-cultura. En lo tocante a la sexualidad humana, se entiende que ‘sexo’ es el elemento natural (innato, físico, biológicamente determinado) mientras que ‘género’ hace las veces de la cultura (la tradición, las fuerzas sociales que moldean el comportamiento, las cosmovisiones de una comunidad). Esta dupla participa de una serie de dualidades sobre las que se asienta la razón y la ciencia modernas: naturaleza-cultura, sujeto-objeto, artificial-natural, hombre-mujer, mente-cuerpo (Harding, 1986).

En el juego de estos pares opuestos, se presupone (explícita o implícitamente) que el sexo es anterior al género y es, al mismo tiempo, su fundamento, puesto que permite la asignación sexual, el reconocimiento del otro y la construcción de la propia imagen del cuerpo. El morfismo sexual, en este marco, aloja y estructura los significados sociales y las variaciones culturales que se le conceden en forma de género. La naturaleza desempeña aquí un papel legitimador con respecto al orden social:

En el legendario país llamado Occidente, la naturaleza ha sido el operador clave en los discursos fundacionales y fundantes durante largo tiempo, más allá de cuán proteicas y contradictorias sean sus manifestaciones. La naturaleza, contraste de la cultura, es zona de coacciones, de lo dado y de la materia como recurso. La naturaleza es la materia prima necesaria para la acción humana, el campo de la imposición de la voluntad y el corolario de la mente. También ha servido como modelo para la acción humana, como poderosa base del discurso moral. Ser innatural, o actuar de manera no natural, no se ha considerado como saludable, moral, legal o, en general, como una buena idea (Haraway, 1997: 102)

El sexo, oriundo primigenio del reino natural, actúa entonces como elemento trascendental determinando en cierta medida los juegos socioculturales que serán posibles: la reproducción como finalidad de la relación sexual, las identidades inalterables y diferenciadas de hombre y mujer como forma de organización (distribución de los roles y del trabajo), y la familia heterosexual como institución social básica. Por ello, en la comprensión de la sexualidad que permea el paradigma biomédico y los estudios psicosociales es común encontrar explicaciones donde el orden social se define como una especie de actualización de una supuesta naturaleza humana (para un caso paradigmático véase Golderbg, 1973).

El presupuesto de que es posible distinguir y separar el sexo y el género (naturaleza y cultura) permite que se desarrolle un vasto campo de investigación en torno a las diferencias de género y se establezca el paradigma de la identidad de género en la literatura sociológica y psicológica (Soley-Beltrán, 2009). No obstante, esta concepción dicotómica ha sido cuestionada por un sector del feminismo y por los estudios queer, que impugnan el carácter inmutable del sexo y argumentan que esta categoría es, al igual que el género, construida socialmente. Tan pronto se presta una mirada más detallada a la idea de “sexo” se vuelve evidente que no es una categoría exclusivamente física: los signos y las funciones

corporales que definimos como masculinos o femeninos vienen ya enmarañados con nuestras ideas sobre el género (Fausto-Sterling, 2000). Lo que se considera una diferencia sexual natural es una lectura del cuerpo tamizada por significados y valores culturalmente situados que contribuyen a generar una distribución sexopolítica de dichos cuerpos. Sexo y género, de esta manera, implosionan:

Como resultado, el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/natural mediante el cual la “naturaleza sexuada” o “un sexo natural” se produce y establece como “prediscursivo”, previo a la cultura, una superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultura (Butler, 1999, p. 40).

Así, el contraste con un correlato cultural variable (género), es precisamente lo que permite que el sexo sea naturalizado, sea concebido como una categoría que parece estar limpia de toda contaminación simbólica. Algunas teóricas feministas han buscado abordar esta relación en términos de un ‘sistema de sexo/género’, un dispositivo de producción de sujetos humanos diferenciados en hombres y en mujeres que funcionará para reproducir una distribución desigual de poder (Rubin, 1975; Wittig, 1992).

Las identidades transgénero, en sus singulares encarnaciones, desafían el marco de comprensión que da lugar a la diferenciación categórica entre sexo y género. Los cuerpos y las trayectorias identitarias de las personas trans empañan las fronteras entre estas categorías al trastocar el orden de correspondencia que asigna determinados significados a determinadas formas anatómicas o al construir configuraciones corporales o identitarias ambiguas y dinámicas. Algunas personas trans buscan construir espacios semióticos y materiales que les permitan desmarcarse de los cotos generados por este orden dicotómico. Sus narrativas hacen uso de y al mismo tiempo perturban las categorías convencionales de sexo/género, y dan cuenta de particulares maneras de desplazarles. En esta línea, Pau, activista trans, apunta:

Claro que hay una relación entre el cuerpo y el género pero, para mí, no es una relación predeterminada e inflexible como se supone. La concepción dominante del género me dirá que si yo nazco mujer es porque tengo genitales de mujer y que por eso además tengo que casarme con un hombre. Sin embargo hay otras maneras de pensar y de pensarnos. Hay una relación entre mi género y mi cuerpo, pero esta relación existe porque yo la he venido construyendo: así como he construido mi género, también he construido mi cuerpo... y también mi sexualidad. (Ver la narrativa de Pau Crego Walters en Author, 2010)

En este relato, Pau cuestiona la correspondencia que se espera y se demanda entre determinados cuerpos y las formas identitarias que se les asignan. La idea que prescribe una secuencia lineal donde determinados caracteres sexuales definen o anticipan identidades de género se vuelve problemática. Esta ruptura resulta contraintuitiva y a la vez sugerente si consideramos que ‘hombre’ y ‘mujer’ no son solamente identidades de género con roles culturalmente variables, sino que se asocian íntimamente a las propias morfologías

sexuales. En este sentido, estas experiencias no sólo permiten problematizar la correspondencia entre sexo y género, sino que permiten además poner en cuestión que haya cuerpos que sean en sí mismos masculinos o femeninos, esto es, que éstas sean propiedades definidas anatómicamente.

Por otro lado, la voz de Mónica, trabajadora sexual trans, nos muestra que el sexo - considerado convencionalmente como instancia fija y estable- deja de ser un elemento definitorio y concluyente. El cuerpo y sus signos sexuales se abren de este modo a nuevas formas de significación que desbordan la fórmula de sexo/género dominante, y se sitúan como espacios sujetos al cambio y a la construcción:

ser mujer no tiene que ver con tener o no tener pene. Ser mujer está en tu mente, no en tu sexo. Además, yo no necesito demostrarle a nadie que soy una mujer teniendo un coño entre las piernas, porque un coño no me va a hacer ser más mujer que una mujer biológica. Yo sé que soy una mujer, y ya está.

#### 4.3 *La frontera entre humano y no-humano*

La problematización del binomio hombre-mujer y de la dicotomía sexo-género abre espacios para repensar el perímetro de lo que, en el terreno de la sexualidad y el género, define lo humano. En consonancia con algunos estudios de la ciencia y la tecnología (Haraway, 1991; Latour, 2005), en las comunidades trans se observa una creciente inclusión de elementos (tradicionalmente considerados) no humanos en la definición de lo humano, de su sexualidad y su identidad. En este marco, las asociaciones entre humanos y no humanos que generan nuevos cuerpos y subjetividades se alejan de las oposiciones consabidas que escinden definitivamente sujeto y objeto, y se mezclan en unidades híbridas, íntimas e indistinguibles. Así, las fronteras entre los elementos “naturales” y “no naturales” que construyen el sexo/género de las personas se vuelven porosas e imprecisas.

Podemos utilizar la noción de *cyborg* (Haraway, 1991), para aproximarnos a los cuerpos y a las identidades trans. El cyborg, que en la cultura popular se entiende como un híbrido humano-máquina o como un “organismo cibernético”, es usado por Haraway como una metáfora que da cuenta de tres rupturas que caracterizan la situación contemporánea del cuerpo, la identidad y el deseo: la de las fronteras entre humanos y animales, entre organismos y máquinas, y entre el mundo físico y las cosas inmateriales. El cyborg es una figura que evoca un sujeto no esencial, cuya constitución es irremediabilmente artificial e híbrida.

En el sentido harawayiano todas las personas somos cyborgs, esto es, amalgamas complejas constituidas por historias de socialización, recursos simbólicos introyectados con los que comprendemos el mundo y la propia identidad, tecnologías y objetos a través de los cuales interactuamos con el entorno y que definen nuestra experiencia. En este sentido, los

cuerpos, las identidades y las subjetividades que habitamos son siempre producto de ensamblajes semióticos y materiales, naturales y artificiales, reales y quiméricos. Toda experiencia y conocimiento del mundo están mediados por algún tipo de dispositivo. Un dispositivo es cualquier cosa que tiene la capacidad de orientar, determinar, modelar o fijar las expresiones de los seres vivos. El primer dispositivo es quizá, como sugiere Agamben (2006), el propio lenguaje, que previamente genera divisiones y contornos para organizar la realidad. Éste es el caso del performativo que inaugura un lugar en el binomio incluso antes de nacer: “es niña” o “es niño”.

Las identidades trans resultan un buen ejemplo de la práctica y la ontología cyborg porque evidencian los procesos heterogéneos de producción de género que en las identidades normativas quedan ocultos o velados. Al desplazarse entre los géneros y *convertirse* en alguno de ellos se revelan los elementos semióticos y materiales que les constituyen. Más aún, estas identidades hacen uso de recursos sociotécnicos que consideran legítimos y naturales para construir el propio cuerpo o la propia identidad:

Todas las personas deben tener derecho a intervenir su cuerpo. Yo estoy a favor de la cirugía. (...) Yo no sé por qué debe ser diferente el hecho de que alguien se opere la nariz al hecho de que alguien se ponga pechos. No entiendo en qué consiste la diferencia. Pareciera que siempre salimos de lo normal, que eso resalta más y es mal visto por las personas porque todavía hay muchos tabús al respecto. La gente piensa que el hecho de intervenir los genitales y transitar al otro sexo es anti-natural. Pero ¿por qué debe ser antinatural?, ¿quién lo dice?, ¿dónde está escrito? (Mónica)

En este relato, Mónica, trabajadora sexual trans, nos cuenta que para llegar a ser ‘mujer’ hay distintos caminos válidos y diferentes a del determinismo biológico. Las categorías de género dejan de estar asociadas a unas únicas formas de producción y coherencia y adquieren un atributo de multi-origen o pluri-producción, en este caso, a través de la actualización tecnológica. Lo que conviene enfatizar es que la categoría de ‘mujer’, desde la comprensión situada de Mónica, no está definida por la coherencia sexo-género y tampoco obedece a los cánones corporales atribuidos a la mujer. Así, ‘mujer’ se abre a una indeterminación que permite incluir tránsitos y nuevas configuraciones corporales como parte de la identidad femenina.

En tono con la figura del cyborg, las identidades trans construyen cuerpos complejos, mediados de manera significativa por distintas formas de tecnología: bioquímica, quirúrgica, protésica, performativa, semiótica. Se preocupan por el tipo de mediaciones y divisiones que genera el lenguaje. A menudo se relacionan con los códigos del sexo/género a la manera del hacker, infringen las normas preestablecidas y manipulan los signos. Algunas personas trans buscan ser este ‘hacker del género’ de distintas maneras<sup>7</sup>. A través de la vestimenta, llevando una capa de ropa que resignifica el cuerpo que está debajo;

---

<sup>7</sup> Ver, por ejemplo, <http://genderhacker.net/>

adoptando un nombre andrógino, bien como alias o como nombre oficial; administrándose terapia hormonal ya sea médicamente regulada o auto-regulada; negociando con médicos, psiquiatras, psicólogos y otros porteros los términos de la transformación.

Estas intervenciones son posibilitadas por tecnologías: el tejido, la cosmética, la medicina, la escritura, los sistemas de identificación oficial. La subjetividad y la experiencia transgénero están profundamente mediadas, de la misma forma en que está la experiencia y la subjetividad de todo el mundo. Pero lo que distingue a la mediación transgénero es un uso más consciente y visible, incluso más intencional o autónomo, de las tecnologías con las que nos constituimos como personas sexuadas y generizadas. En este sentido, hay una apropiación de tecnologías semiótico-materiales constituyentes del sexo/género que a menudo operan de manera inadvertida y coactiva en identidades normativas. Las personas trans pueden hackear sus cuerpos, pero también hackean (piratean) los códigos sociales del género y, en última instancia, el mismo sistema dominante que les oprime.

Cuando una persona transita juega con partes del cuerpo o la identidad que se les han asignado pero también con partes que se supone que *no* deberían tener... pero que puede conseguir. El ordenamiento de los fragmentos y los elementos en la subjetividad y los cuerpos trans desconcierta y altera los mapas naturalizados (genéticos, anatómicos, identitarios). Parten del sexo/género que se les ha dado, pero lo alteran. Suprimen o extirpan componentes que indeseados y añaden componentes totalmente nuevos. En este sentido, puede decirse que el tránsito no consiste fundamentalmente en convertirse en un 'verdadero hombre' o una 'verdadera mujer', en alcanzar la esencia natural de algo, sino en construir una singularidad, un espacio propio para vivir. La identidad puede entenderse aquí como un artefacto, un producto que echa mano de distintas tecnologías, de la estética y de una lógica no binaria.

Así, las identidades trans nos invitan a desafiar la idea de que existe una naturaleza inmutable del sexo/género, una naturaleza humana originaria y mítica desde cual debemos entender y relacionarnos con nuestra humanidad. Esta supuesta 'naturaleza absoluta' es la misma que en demasiadas ocasiones ha sido un instrumento de opresión y violencia. En contraparte, la idea es que ninguna identidad de género es natural, y todas hacen uso de diversos recursos, tecnologías, artefactos semióticos y materiales para emerger y sostenerse en el tiempo. La subjetividad transgénero genera sujetos que encarnan y a la vez son conscientes de una cadena de recursos y prácticas socio-tecno-científicas que miradas de cerca desafían nociones básicas y compartidas de lo que significa ser humano.

## **5. Comentarios finales: Hacia una reinención de la mirada psicosocial sobre lo humano**

A través de este recorrido he querido dar cuenta de algunas formas en que las identidades transgénero pueden ayudarnos a replantear la mirada sobre lo humano y, particularmente, sobre las identidades de género que prevalece en las ciencias psi. Problematizar las fronteras entre los pares dicotómicos discutidos nos permite, por un lado, plantear un abordaje que no reproduzca el gesto de estigmatización y coerción sobre a las identidades no-normativas y, por el otro, desplegar una mirada crítica con respecto a las asunciones sobre el objeto/sujeto humano con que trabaja la psicología en general.

En el primer caso, este desplazamiento nos permite romper con del abordaje clínico convencional según el cual la persona trans intenta resolver una (aparentemente) irreconciliable contradicción hombre/mujer (o mente/cuerpo); una expectativa que puede resultar violenta puesto que prescribe que las identidades deben ser forzosamente reconciliadas por la persona trans. El abordaje psi convencional sobre las identidades trans enfatiza unas categorías estables con las que produce y reconoce un estado inicial y un estado final, pero relega el tránsito o el *proceso* (metáfora temporal, no espacial) a la invisibilidad, que es precisamente lo que da sentido a la construcción de identidad, lo que hace comprensible la parcialidad o incertidumbre que le rodea, su atributo generativo.

Como lo ha indicado Sandy Stone (1991), la máxima de la transexualidad es el acto de ‘pasar’: *pasar de* un lado a otro para y, finalmente, *pasar como* mujer o como hombre. Una persona transexual que pasa está obedeciendo el imperativo derridiano “los géneros no deben ser mezclados”. En consecuencia, la mixtura de los géneros genera configuraciones inesperadas: las personas trans que rechazan la insistencia social de ‘pasar’ de un punto a otro hasta ‘pasar’ inadvertidas, y que, por el contrario, permiten que sus cuerpos ambiguos sean leídos en su ambigüedad compleja e inquietante, “fragmentan y reconstituyen los elementos del género en nuevas e inesperadas geometrías” (Stone, 1991, p. 296).

Por otro lado, la perspectiva psico-médica que entiende a las identidades trans como un problema de ‘coherencia interna’, individualiza, privatiza y despolitiza las experiencias de malestar con respecto a las asignaciones convencionales de género. El problema de la producción y reproducción de un aparato social hetero-patriarcal de regulación del género y de administración política de lo humano, y las relaciones de poder que dicho aparato implica, se convierten en un asunto personal alojado en las entrañas del individuo y que debe ser resuelto al interior de esas fronteras. El análisis crítico de lo que asumimos como humano y los efectos sociales que estas asunciones tienen quedan fuera del espectro.

Podemos decir entonces que la psicología dominante asume una matriz particular de sexo/género; es una ‘psicología generizada’ de cierta manera. Esta matriz esencialista y dicotómica hace una lectura particularmente prejuiciosa y coercitiva de las identidades que se escapan del orden presupuesto. Podemos decir, de igual manera, que otra lectura es posible. Una lectura que aborde críticamente las fronteras que imponen divisiones

insalvables entre el hombre y la mujer, el sexo y el género, lo humano y lo no-humano, y, en última instancia, entre lo normal y lo anormal.

La figura del cyborg nos ayuda a repensar las identidades de género porque nos propone otro plano de abordaje. La ontología cyborg no aspira a producir una teoría total y totalitaria, no requiere una explicación absoluta, que lo abarque todo. Por tanto, todo conocimiento de las identidades de género es parcial y está sujeto al cambio y la transformación. El contacto situado y copartícipe con colectivos y actores trans sugiere una forma de indagación que asuma y se responsabilice del carácter incompleto de los conocimientos psi y, por tanto, un conocimiento que se abra críticamente a un devenir (auto)transformador donde no sólo las identidades sino el conocimiento de las mismas tiene un carácter inacabado, en proceso, en mutación: esto es, un trans-conocimiento.

Finalmente, las identidades trans otorgan potentes estímulos para pensar una psicología interesada por las génesis y las normas que gobiernan la inteligibilidad de los sujetos a los que se aproxima, preocupada por los modos de conocimiento y de verdad que definen dicha inteligibilidad y por lo que Foucault llamaría ‘la política de la verdad’ con respecto a lo que cuenta como humano. En esta lógica, la indagación psicosocial debe iniciar antes: no en la supuesta descripción del funcionamiento de un ser humano dado por hecho, sino en la problematización y en la co-construcción de lo que debemos entender por lo humano. Esta idea concuerda con el llamado a concebir la psicología como un campo de reflexión sobre lo que se considera la naturaleza humana y las decisiones políticas que tomamos con respecto a ella (Parker, 2010).

El desafío consiste, en palabras de Butler (2001), en “aprender a vivir, y aceptar, la destrucción y rearticulación de lo humano en nombre de un mundo más abierto y, en último término, menos violento, a no saber de antemano qué forma precisa toma y tomará nuestra humanidad, a estar abiertas a sus permutaciones” (p. 20). En este sentido, la psicología precisa abrirse a la posibilidad y la emergencia de nuevas formas de vida; dar cabida y participar activa y críticamente en la reformulación de lo humano, y cuestionar modelos *a priori* que buscan ser impuestos a una multiplicidad en movimiento. Así, la psicología puede servir como una herramienta para construir espacios más inclusivos y habitables, para reconstruir lo que se considera humano y ensanchar las fronteras de lo posible.

## Referencias

- Agamben, Giorgio (2006) *¿Qué es un dispositivo?* Roma: Edizione Nottetempo.  
American Psychiatric Association (APA) (2000). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM-IV-TR)*. APA: Washington DC.  
Autor (2010).

- Brown, M. (1998). Situated knowledges of personal embodiment: Transgender activists' and psychological theorists' perspectives on 'sex' and 'gender'. En H. J. Stam (Ed) *The Body and Psychology* (pp-120-140). London: Sage.
- Butler, J. (1999). *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2001). Doing Justice to Someone: Sex Reassignment and Allegories of Transsexuality. *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, 7(4), 621-636.
- Butler, J. (2004). *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós.
- Cohen-Kettenis, P. T. y Gooren, L. J. G. (1999) Transsexualism: A review of etiology, diagnoses and treatment. *Journal of Psychosomatic Research*, 46(4), 315-333.
- Correll, S. J. (2004). Constraints into preferences: Gender, status, and emerging career aspirations. *American Sociological Review*, 69, 93-113.
- Danziger, K. (1994). *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge University Press.
- Elliot, P. (2009). Engaging Trans Debates on Gender Variance: A Feminist Analysis. *Sexualities*, 12(1), 5-32.
- Evans, D. T. (1993). *Sexual citizenship: The material construction of sexualities*. New York: Routledge.
- Fausto-Sterling, A. (1993). The Five Sexes: Why male and female are not enough. *The Sciences*, May/April, 1993, 20-24.
- Fausto-Sterling, A. (2000). *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*. New York: Basic Books.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI. [2005]
- Gergen, K. J. (2009). *Relational being: Beyond self and community*. New York: Oxford University Press.
- Gentile, C. (1993). Just what are sex and gender, anyway? A call for a new terminological standard. *Psychological Science*, 4, 120-122.
- Goldberg, S. (1973). *La inevitabilidad del patriarcado*. Madrid: Alianza Editorial.
- Herd, G. H. (1994) (Ed). *Third sex, third gender: beyond sexual dimorphism in culture and history*. New York: Zone Books
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, Donna J. (1997). *Testigo\_Modesto@ Segundo\_Milenio. HombreHembra@\_Conoce\_Oncorratón@: Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. 2004.
- Harding, S. (1986). *The science question in feminism*. Cornell University Press.
- Hines, S. (2007). *Transforming Gender: Transgender Practices of Identity, Intimacy and Care*. Bristol: The Policy Press.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Kitzinger, C. (1994). Sex differences: Feminist perspectives. *Feminism & Psychology*, 4, 501-506.
- Laqueur, T. (1994). La construcción del sexo. *Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Crítica.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the social: An introduction to Actor-Network Theory*. New York: Oxford University Press.
- Mansfield, N. (2000). *Subjectivity: Theories of the self from Freud to Haraway*. New York: New York University Press.
- Martínez, I. y Bonilla, A. (2000). *Sistema sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Missé, M. y Coll-Planas, G. (2010). La patologización de la transexualidad: Reflexiones críticas y propuestas. *Norte de salud mental*, VIII(38), 44-55.
- Parker, I. (2010). *La Psicología como ideología: contra la disciplina*. Madrid: Catarata.
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa.
- Rose, N. (1990). *Governing the Soul: The Shaping of the Private Self*. London: Routledge.
- Rose, N. (1996) Power and Subjectivity: Critical history and psychology. En, C. F. Graumann y K. J. Gergen (Eds.), *Dimensions of psychological discourse* (pp. 103-124), New York: Cambridge University Press.
- Rose, N. (1998). *Inventing our selves: Psychology, power and personhood*. Cambridge University Press.
- Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex. En R. Reiter (Ed.) *Toward an Anthropology of Women* (157-210). New York: Monthly Review Press.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Spink, P. (2005). Rethinking field research: accounts and places. *Athenea Digital*, 8, x-x. Disponible en [http://antalya.uab.es/athenea/num8/Sspink\\_en.pdf](http://antalya.uab.es/athenea/num8/Sspink_en.pdf)
- Stone, S. (1991). *The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto*. Routledge: New York.
- Stryker, S. y Whittle, S. (2006) (Eds.). *The Transgender Studies Reader*. New York: Routledge.
- Unger, R. K. y Crawford, M. (1993). Sex and gender: The troublesome relationship between terms and concepts. *Psychological Science*, 4, 122-124.
- Whittle, S. (1996). Gender fucking or fucking gender? Current cultural contributions to theories of gender blending. En Ekins, K. y King, D. (Eds.), *Blending Genders: Social Aspects of Cross - Dressing and Sex – Changing* (pp. 196-214). London: Routledge.
- Wittig, Monique (1992). *The straight mind and other essays*. Beacon Press: New York.
- Zhou J. N., Hofman M. A., Gooren L. J. y Swaab D. F. (1997). A Sex Difference in the Human Brain and its Relation to Transsexuality. *The International Journal of Transgenderism*, 1(1), 68-70.

## **6. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES: HACIA UNA APROXIMACIÓN PSICOSOCIAL ORIENTADA A LA CO-PRODUCCIÓN DE RELATOS Y SOSTENIDA POR LA PARADOJA Y LA (AUTO)TRANSFORMACIÓN**

Los resultados principales de la investigación están esparcidos en los artículos que la componen. En ellos también se avanzan algunas discusiones y conclusiones relacionadas con los objetivos de la tesis. Por tanto, en este apartado buscaré hacer un recuento general de las ideas clave distribuidas en a lo largo del trabajo y propondré una secuencia que las entretaja en una trayectoria de investigación integrada. También me propongo identificar algunas reflexiones globales, ideas que surgen tras una valoración retrospectiva de la singladura y que se presentan como las enseñanzas significativas que, hasta este punto del recorrido, he extraído de la experiencia de investigación. Estas reflexiones buscan identificar aspectos del trabajo que señalan sus límites y alcances, así como posibles líneas de indagación de cara al futuro. Sabemos ya que todo recuento, que toda memoria, con sus sinrazones y olvidos, es un ejercicio en el presente para dar sentido al presente y –acaso esta intención se cumpla- para labrar el terreno a las conversaciones futuras.

### **Recuento de una singladura: Lo que puede una palabra**

¿Qué contiene un nombre?, ¿qué cosas provoca un relato? La primera impresión conduce a la identificación, a la identidad. Las palabras y las historias establecen fronteras, pertenencias y exclusiones, fijaciones en el espacio y en el tiempo, representaciones y enclaves para la identificación. Los nombres materializan la propensión a la clausura. Cuando se da un nombre a algo, se pone en marcha la intención implícita de establecer consistencias y estabildades. El conocimiento científico instituido está organizado en torno a la actividad de nombrar, en aras de desarrollar un sistema preciso y sofisticado de identificaciones, una denominación esencial de aquello que es referido (Correa, 1999). Hay que ponerle nombre a las cosas, hay que catalogar los cuerpos y los deseos, hay que actualizar y multiplicar las taxonomías sexuales. La transexualidad es, después de todo, el producto de esta furia taxonómica y también de esta futilidad taxonómica (Connell, 2011). Quizá en algún sentido emparentado Nietzsche (1880/1999) haya advertido que “toda palabra es un prejuicio”.

Esta investigación comienza a tirar del hilo de la madeja por esta punta, por lo que las palabras y las categorías encierran y estabilizan. En un primer momento, el trabajo se interesó por llamar a revisión las categorías con que los servicios de salud regulan a las personas transexuales y transgénero y, particularmente, por interrogar la categoría del Trastorno de Identidad Sexual (TIS), etiqueta con que se diagnostica (como parte del reino

expansivo de los trastornos mentales) a las personas que desean transitar en el género. Este interés emergió como resultado de un primer contacto con el ámbito del activismo trans y con el mundo de la transexualidad. Los mensajes que emanaban desde los colectivos trans plantean desafíos inusitados al diagnóstico, a una forma particular de nombrar y catalogar. Conocí las actividades y discursos de la Guerrilla Travolaka y comencé a frecuentar distintos espacios sociales, activistas y académicos concurridos por persona trans y otros actores interesados.

Por esos días, en las calles se gestaba y se robustecía la denuncia a los protocolos sanitarios aplicados a las personas trans: la primera manifestación en contra de la patologización en el Estado Español acababa de sucederse en octubre de 2007. Esta denuncia azuzaba una controversia que, aunque menos inflamada, perdura hasta hoy: el debate sobre si la transexualidad debe ser considerada o no un trastorno mental, sobre los efectos sociales deseables o indeseables de la catalogación o descatalogación (ver Missé y Coll-Planas, 2010). Pero la controversia y el emergente movimiento en torno a las identidades trans ponían sobre la mesa otra cuestión substancial: la tensión que existe entre el conocimiento científico instituido (sobre la sexualidad) y los conocimientos y experiencias reivindicados por comunidades heterogéneas, en buena parte extra-académicas, que cuestionan desde la primera persona del plural el autoritarismo epistemológico de las ciencias psi. En este momento comenzaba un diálogo y una negociación cardinal para esta investigación, un vínculo social que refleja el interés de este trabajo: la generación de conocimiento desde comunidades heterogéneas (al margen de los cánones académicos dominantes) y la interpelación hacia las instituciones y las prácticas psi para modificar su posición y transformar sus preceptos.

Si en los nombres encontramos fronteras y distinciones, si ahí se cocinan y se sostienen los confines y los términos de nuestras humanidades, entonces habría que interrogarles. La transexualidad es, en buena parte y como he argumentado (principalmente en el primer artículo), un producto de las prácticas discursivas de las ciencias psi en torno a la sexualidad. Y el análisis del discurso ofrece una herramienta útil para poner en evidencia la forma en que este objeto –esta nueva clase ‘desviada’ de la naturaleza sexual- es elaborado, la forma en que es traído a la luz y echado andar a través de la caracterización clínica y de su función en los manuales. Este abordaje de investigación se vuelve, a los ojos de quien investiga, un instrumento que permite desmontar categorías naturalizadas y hacer énfasis en el carácter pragmático y político de las etiquetas. Interrogar el discurso permite iluminar los efectos sociales que exceden sobradamente la lógica de la mera representación, cuartel donde se agazapa el autoritarismo de las ciencias psi (Rorty, 1996; Ibáñez, 2005).

Mi interés ha sido, entonces, que el escrutinio crítico de la categoría del TIS constituyese un gesto de complicidad y alianza con la posición activista que rechaza la patologización, posición con la que empezaba a involucrarme. La sensibilidad que incuba este análisis

aspira a intervenir no sólo en un debate académico sino también en una controversia política que ocupa las calles. El ejercicio echa mano de herramientas de investigación –y de su privilegio en la confección de conocimiento- para cuestionar una categoría disciplinaria –producto también de la maquinaria investigativa- que cumple un rol importante en la estigmatización y el control de las personas trans.

El principio de esta trayectoria de acción e investigación fue entonces un pedazo de texto. El fragmento que describe o, más bien, promulga el TIS en el Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales (APA, 1994). En este pedazo de texto se puede rastrear un complejo entramado de juegos discursivos que cristalizan un orden normativo de género y que fabrican el remoto reino de la transexualidad. Aquí se tejen las palabras y se tiende la red que va a aprehender el trastorno de la transexualidad como un *hecho*, que va a fraguar el ‘juego de verdad y falsedad’ sobre el sexo/identidad a partir de la idea de ‘disforia de género’ (noción doblemente incierta: disforia + género). En el apartado de ‘Trastornos sexuales y de la identidad sexual’, el sexo, la identidad y el trastorno implosionan.

Ahí donde el manual parece describir unos síntomas se está realizando una inauguración, el lanzamiento de un nuevo linaje a la fauna de lo humano. Un conjunto de rasgos, que antes flotaban en la indefinición de lo múltiple y lo contingente, se anclan de pronto en una categoría. Jugar con muñecas ya no es solamente un juego, ahora es un elemento diagnóstico. En las enunciaciones ‘asertivas’, que en principio describen o presentan un estado de cosas, se encubre una cúpula o un ligamento que modifica el estado de cosas. El texto además implica –y al implicar ratifica y reproduce- la idea de que el universo humano está compuesto por dos -y solamente dos- morfologías posibles: hombre y mujer. Una especie perfectamente dimórfica (¿y las personas intersexuales?). El tránsito, la construcción, el proceso, los puntos intermedios quedan soslayados a los puntos de partida y de llegada. Se toman como un paréntesis molesto y problemático, como una caja negra cuya eliminación equivale al éxito del tratamiento, esto es, al ajuste del(a) paciente a los cánones previstos.

Para producir este efecto se utilizan las estrategias retóricas adecuadas para hacer ver que aquello de lo que se habla (el trastorno de la transexualidad) no es otra cosa que la pura naturaleza, la simple realidad que nos aguarda, nos guste o no, allá afuera. La elaboración de listas exhaustivas, el lenguaje empiricista y el léxico especializado, hacen del alegato un reporte factual. Los aspectos argumentativos de la actividad diagnóstica se evidencian. Pareciera entonces, como ha apuntado Celia Kitzinger (1990), que en el intento de producir un efecto de ‘veracidad científica’, la categoría psi en cuestión (re)instituye algunas normas científicas peligrosas. El juego entre el conocimiento científicamente legitimado y el disfraz engañoso de las experiencias concretas sobre la propia identidad se vuelve un asunto retórico... ¡y político!

Este análisis es un primer movimiento en el intento por resituar el papel de las tecnologías psicosociales con respecto a las identidades trans. La mirada que ofrece la perspectiva discursiva en psicología no es solamente la de una perspectiva psicológica más, sino que supone un doblez reflexivo donde la propia psicología –y su idioma- se tornan en un objeto de indagación (Edwards y Potter, 1992; Parker, 1998); una suerte de psicología del lenguaje psicológico. Este movimiento nos permite argumentar que el Trastorno de Identidad Sexual y que la transexualidad como objeto psicomédico son el resultado de una operación discursiva, son el logro de un macro acto de habla donde se condensan y vehiculizan determinadas preconcepciones y ordenanzas sobre el género, determinada economía de verdad sobre la sexualidad humana. La categoría es (re)definida entonces como una acción social que realiza o ejecuta aquello de lo que habla. El colofón de este ejercicio es que el TIS es, en palabras de Brown (2001), un ‘tipo humano’ (a human kind) que se fragua en prácticas discursivas concretas que es posible rastrear.

Esta aproximación es sin duda útil, ofrece claridad analítica y una avisada vía metodológica para cuestionar categorías naturalizadas. Pero opera en un contexto bien delimitado que no atiende otras cuestiones del problema. He buscado complementar este análisis, focalizado en un fragmento del DSM-IV, situándolo en una discusión más amplia en torno a los dispositivos de saber/poder que se han desplegado históricamente en torno a la sexualidad y a lo que Foucault (1976) llama la *scientia sexualis*. Esta perspectiva más genealógica permite contextualizar el gesto patologizante como un objeto discursivo inmerso en un amplio conjunto de reglas que gobiernan una particular ‘formación discursiva’ en un contexto histórico determinado. Aquí se tienen en cuenta las condiciones generales que hacen posible la emergencia de determinadas identidades de género y de determinadas formas de diagnóstico. Se vuelve entonces relevante el examen de la producción y las transformaciones del conocimiento psicosocial, las funciones tecnológicas a las que sirve en el tejido social y los aspectos que considera (o no) pensables e intervenibles.

Esta re-contextualización añade complejidad a la pregunta y la desplaza más allá del texto en sí, para englobarla en un marco amplio de prácticas histórico-sociales que promueven su emergencia. El abordaje se vuelve, sin embargo, analíticamente cada vez más brumoso: las cuestiones relacionadas con la reflexividad (Woolgar, 1988) sobre los propios intereses y condiciones de quien investiga –y de sus herramientas de investigación- comienzan a aparecer insistentemente. La aproximación comienza entonces a reenfocar los intereses de la investigación, que busca más claramente interrogar las formas de experticia académica o profesional y la manera en que éstas se enfrentan a la complejidad y diversidad de experiencias dentro del paraguas ‘transgénero’. La indagación de los discursos psi sedimentados e instituidos parece permanecer lejos o generar sólo conexiones remotas con las vidas y los cuerpos que el diagnóstico persigue. No alcanza a vislumbrar la multiplicidad de discursos y prácticas semiótico-materiales que ocurren en los escenarios cotidianos que habitan las personas trans. En concordancia con lo que argumenta Petra L.

Doan (2010), la ‘tiranía’ del sistema de sexo/género dominante con respecto a las comunidades intersexuales y transgénero, tanto para aquellas que transgreden como para las que deciden adoptar los códigos imperantes, no puede ser comprendida sin prestar atención a los aspectos más cotidianos de sus vidas en los espacios públicos y privados. Aparece entonces el interés por buscar contactos y acercamientos con la multiplicidad y la diversidad de las subjetividades trans.

Por entonces yo había iniciado contacto con algunos activistas trans y empezaba a involucrarme en los espacios de coordinación de las actividades. Inicié una serie de entrevistas que después tomaron la forma de narrativas, siguiendo el procedimiento propuesto por Balasch y Montenegro (2003). El ejercicio entusiasmó a más de una persona. Veían en esta técnica una inusual manera de dialogar con quien hace investigación social y una oportunidad para construir y poner en circulación sus propias versiones sobre el asunto. Nos sentábamos en el banco de un parque o en el rincón de algún café y la conversación iba desgranándose con destinos a menudo imprevisibles. A veces cuarenta y cinco minutos, a veces dos horas. Por momentos guiados por un guión, de pronto en una deleitosa y apasionada diatriba extraviada. Unas personas me fueron conectando con otras, poniendo en marcha lo que, en el argot del muestreo, suele llamarse ‘bola de nieve’. Pronto me encontré en medio de diversos interlocutores con disposición para discutir la cuestión trans, desde sus posiciones políticas y desde sus vidas personales (si es que no son, al final, una y la misma cosa).

En las narrativas emerge el plano de las identidades y expresiones de género desde el punto de vista de los sujetos que las encarnan. Una miríada de nuevas prácticas y relaciones semiótico-materiales saltan a escena. La comprensión cajanegrizada, plana y estrecha sobre la transición que se dibuja desde las ciencias psi convencionales se fragmenta en relatos diversos y con una multiplicidad de aristas. Estas narrativas elaboradas a través del diálogo echan luz sobre la agencia del cuerpo, sobre los diferentes vínculos sociales de apoyo o de confrontación, sobre la negociación continua de significados y las complejas prácticas necesarias para perseguir, mantener o consumir la transición.

El segundo momento –narrativas en torno al TIS- de la tesis está nutrido e inspirado por algunas de estas narrativas. Busca asomarse a la multiplicidad escurridiza al poner a dialogar voces que, hablando sobre la cuestión trans, ocupan posiciones significativamente disímiles en la cartografía de la cuestión: activistas, profesionales de la salud mental, trabajadoras sexuales. Una vez más, la noción del TIS es cuestionada, pero ahora a partir de las experiencias y los relatos de los y las protagonistas de la escena diagnóstica. En el día a día, las personas involucradas en la controversia trans bregan y maniobran entre diversas comprensiones o ‘paradigmas’ sobre la identidad de género. En el ámbito más aséptico de la academia la distinción entre estos paradigmas parece más nítida y, para el caso que nos ocupa, se hace referencia a dos que han protagonizado debates recientes: la perspectiva

psicomédica y la teoría queer (Sennott, 2011). Al exterior de los muros de las universidades, los centros de investigación y los libros teóricamente sofisticados, la distinción se vuelve más nebulosa y los vínculos más móviles y enmarañados. Por supuesto, está de más apuntar que la relación entre la academia y la calle no es vertical. No se trata de que las comprensiones producidas desde la academia vayan cayendo y permeando la vida cotidiana, sino que, por el contrario, las relaciones son multidireccionales y a veces opuestas a lo que dictaría el sentido común. Lo cierto es que la lógica analítica de la academia tiende a petrificar y a esquematizar con más insistencia el magma impreciso que hierve en la cotidianidad extra-académica.

Argumento que las narrativas locales y situadas de las personas con quienes conversé funcionan como ‘intersticios’ o desplazamientos que desafían los ‘tipos puros’ y que, aún nutridas por las comprensiones paradigmáticas, trastocan y se escapan constantemente de los preceptos del sexo/género contenidos en una u otra, sean éstas críticas o convencionales. Una de las participantes, Mónica, reconfigura la noción de mujer desde sus coordenadas particulares. Toma elementos de aquí y de allá y confecciona una nueva entidad de identificación. Para Mónica, la identidad de mujer es natural y en cierto sentido innata (consideración que hace eco de la perspectiva psicomédica naturalizada), pero la manera en que esta identidad se actualiza o se materializa está abierta a múltiples posibilidades y no pasa necesariamente por congruencia biológica. En estas posibilidades interviene la agencia, la (auto)construcción y los recursos tecno-científicos (consideración que hace eco a las posturas que deconstruyen el género naturalizado). Hay un estrato real y previo en la identidad y, sin embargo, ésta sólo se actualiza a través de la activa participación en el ejercicio de ‘dar forma’ a la propia identidad. Mónica habla, además, inmersa en una conversación que incluye los servicios sanitarios, los clientes de los servicios sexuales, su familia más o menos conservadora y, por supuesto, habla conmigo, en respuesta a mi interrogación metodológica.

Los reacomodos y trastrocamientos a los paradigmas instituidos pueden ayudarnos a repensar el género en términos procesuales y situados, a rehuir de la suerte de sobredeterminación teórica o colonialismo intelectual que se ha denunciado de distintas maneras. La autora trans Viviane K. Namaste (2009), por ejemplo, ha argumentado que los y las teóricos(as) -posmodernos y queer incluidos- a menudo ignoran las experiencias corporales y las condiciones de vida de las personas trans. La complejidad de las historias y de los cuerpos trans no sólo genera rupturas con el orden social sino que plantea importantes desafíos a la vida de las personas trans.

Una clave para redefinir el problema está, sugiero, en la contingencia y la temporalidad del suceso, de la práctica cotidiana y de la acción concreta de narrarse en contextos específicos; condiciones en movimiento perpetuo que reniegan y rechazan tozudamente convertirse en modelos o teorías. Los individuos, tengan o no identidades de género no-normativas,

buscan presentarse de formas que faciliten el reconocimiento y la interacción sociales. Aunque a menudo defienden celosamente aquellos aspectos de su identidad que son discordantes con las expectativas sociales, las personas trans (y las no-trans) no siempre comparten a plenitud todos los aspectos de su identidad en cada situación dada. Como es posible rastrear en las narrativas citadas, las presentaciones y las identidades de género se negocian con personas concretas en situaciones concretas, y son contingentes a la forma y la función de las interacciones concretas. La identificación de género no es entonces un proceso sin constreñimientos pero tampoco homogéneamente estructurado: la forma que adquiere y la manera en que se regula son situacionales, inmanentes a la ocasión. En esta sintonía, Jacob Hale (1997) ha argumentado que los estatus de sexo/género son múltiples, así como contextual e intencionalmente específicos.

Esta contingencia y esta lógica del acontecimiento es, quizá, el fundamento de un conocimiento situado. Un conocimiento que adquiere sentido ahí donde es producido o movilizado. Cada vez que usamos la palabra ‘hombre’ o la palabra ‘mujer’, por ejemplo, estamos haciendo una cosa diferente. Hay un ‘tránsito’ inevitable entre una enunciación y la otra. Y la tarea de producir o rastrear conocimientos situados no consiste en atrapar estos sentidos sino en dialogar o articularse con ellos en ocasiones específicas. Hay entonces una especie de ‘indexicalidad’ de conocimiento psicosocial (Íñiguez-Rueda, Martínez-Guzmán y Flores-Pons, 2011): éste depende de sus condiciones de producción o implementación y sólo en el marco de condiciones específicas (asumiendo, por supuesto, que todas las condiciones son específicas) la acción singular que produce una enunciación es consumada. La idea de ‘trans-conocimientos’ (propuesta en el segundo artículo) busca hacer referencia a este carácter procesual y dinámico de la identidad y, de manera más general, del género como dispositivo. Siguiendo el guiño de las narrativas consultadas, busca enfatizar el proceso, el tránsito, el acontecimiento situado y concreto que se conecta, de manera más cercana o más lejana, con otros acontecimientos, i.e., con otras narrativas en otros contextos.

Las narrativas producidas se movilizaron de distintas maneras. Algunas se divulgaron en blogs, páginas personales y se compartieron en charlas y encuentros. Otras se publicaron en un libro colectivo que versa en torno al tema de la patologización y de la visibilización de las identidades trans (Missé y Coll-Planas, 2010). Me gusta pensarles como artefactos semiótico-materiales que se inmiscuyen en los asuntos del mundo. Traer a la existencia y poner a circular relatos que antes no circulaban. Es en este sentido una forma de acción social (en este caso, en el sentido militante de la palabra): la intervención en un debate político o la injerencia en una controversia pública. Ciertamente, los nombres y las categorías son instrumentos de un régimen de regulación. Generan fijaciones (sujeciones) y fronteras. Pero son también regiones de refugio o escape. Puentes y túneles para el tránsito y la migración, medios para avanzar excursiones hacia nuevos territorios. Herramientas de transformación.

Operar con el discurso –analizar, cuestionar, (re)producir- es, no sólo en el sentido ontológico sino también en el pragmático y político, una forma de acción social. Una vía de participación en la arena política donde se definen los léxicos y los relatos que se inscribirán en los cuerpos, que edificarán las verdades que habremos de habitar y los conocimientos con que nos organizaremos. Si asumimos esta idea con todas sus consecuencias, investigar desde los estudios psicosociales (interesarse por producir conocimiento sobre problemas sociales) es un ejercicio militante.

Después de trabajar durante un tiempo con narrativas (y aunque este proceso continúa en proyectos contiguos), la dirección de la investigación dio un giro reflexivo importante. Por esos días estoy metido de lleno en el activismo. Junto con otras personas montamos la Xarxa d'Acció Trans e Intersex de Barcelona. Una de nuestras aspiraciones es montar un Punto de Información Trans (con algunos conatos que no se han consolidado aún): un espacio que ofrezca información plural que permita visibilizar otras formas de tránsito e identidad que no están contenidas en el protocolo sanitario actual. Se empieza a conformar la red internacional por la despatologización (STP2012). El tema está en ebullición y la agenda también: participo en charlas y talleres, kafetas, festivales de cine trans y otros encuentros variopintos.

En este punto, se han advertido ya los efectos penetrantes de las categorías psi en el control y la coerción de las identidades no-normativas. De igual manera, las ‘teorías situadas’ han mostrado la complejidad de las experiencias situadas y la potente capacidad para desplazar y rearticular las categorías dominantes. La convivencia cotidiana y los diálogos en que participo me llevan a preguntarme con mayor inquietud sobre el papel del conocimiento disciplinar y de las y los especialistas en este entramado complejo de conocimientos y relaciones. La evidencia se impone tajantemente: a las personas trans se les demanda sistemáticamente que se expongan y se expliquen a sí mismas. La lógica de la confesión de la que habló Foucault (1976) adquiere aquí un arrastre omnipresente. La exigencia que se les antepone (por el psiquiatra, el psicólogo, la familia, la policía, el investigador social) es: ¡explícate!

Me pregunto entonces sobre mi propia labor como investigador psicosocial y como participante en proyectos de acción colectiva con otros actores sociales. A la luz de los acontecimientos parece pertinente modificar la dirección de la trayectoria. Una ruta interesante es la de volver la mirada más insistentemente hacia las tecnologías psicosociales y dejar que lo trans hable por sí solo (cosa que, por los demás, ya hace). Me parece que una contribución relevante y útil, más allá de suscribir los acuerdos teóricos y políticos de compañeros y compañeras, es la de generar una mirada crítica a la perspectiva psicosocial y a su manera de aproximarse a la acción colectiva con actores sociales construidos como vulnerables, como la comunidad trans.

La tradición en la perspectiva psicosocial establece que lo que hay que hacer es intervenir. En el planteamiento convencional sobre la relación entre los diversos actores sociales, el profesional de las ciencias psi se construye a través de la posición del interventor. Intervenir es la labor que define su posición y su relación con otros actores. Esto no sólo ocurre en la racionalidad clínica o terapéutica más propia del paradigma psiquiátrico o psicomédico en general, sino que esta posición se asume también en los sectores más ‘sociales’, cuyos intereses parecen atravesados por elementos culturales y políticos más generales. Aún ahí, el sentido común de la disciplina dicta que quien actúa desde la posición psicosocial tiene sobre todo la encomienda de intervenir. Se intervienen los escenarios, las comunidades o los colectivos que, desde la propia racionalidad disciplinar, se construyen como objetos de intervención (Montenegro, 2001; Carballada, 2008). Y esto expande el carácter prescriptivo y regulatorio –la función de gobierno- que despliega la perspectiva psi con respecto a las identidades de género no normativas. Funciona, sugiero en algún momento del tercer artículo, como una especie de extensión de la misma lógica psicomédica normativa que pone en juego el gesto patologizante. Me pregunto entonces qué es lo hago yo en ese escenario, cómo puedo definir mi posición como investigador y participante en el proyecto colectivo, y cómo puede mi experiencia particular contribuir a re-pensar el rol, la función o la posición psicosocial en contextos de acción colectiva.

Para ello -y en concordancia con el interés previo por entender la manera en que el discurso construye y define prácticas sociales- recurro a examinar la noción de ‘intervención’ a través del prisma de la metáfora. La metáfora, como se ha indicado en su momento, relaciona y acopla dos campos de experiencia (Lakoff y Johnson, 1986; Kövecses, 2002). Un objeto (en la lingüística llamado ‘receptor’) es modelado y organizado a semejanza de otro, usualmente más familiar. Luego de que una metáfora actúa, suele decirse que una cosa se entiende en términos de la otra. De esta manera, la metáfora funciona constituyendo y articulando un nuevo arreglo. Así pues, una silla pasará a tener ‘patas’ y la electricidad se moverá como si fuese un fluido, esto es, en una ‘corriente’. La metáfora conduce el procedimiento, dispone la escenografía, prevé el curso de los hechos y otorga papeles.

La escena que se desarrolla en la metáfora de la ‘intervención’, propongo, se asemeja a lo que acontece en una sala quirúrgica. Hay un actor social que se constituye como agente: el cirujano o interventor. Éste actúa sobre la humanidad más o menos pasiva del llamado, a propósito, ‘paciente’ o intervenido, con la finalidad de producir un cambio significativo en su estado. Este procedimiento se lleva a cabo echando mano de conocimientos y habilidades técnicas especializadas que posee el interventor/cirujano. Hay, en suma, una organización de la acción que sigue la secuencia causal de la manipulación física y que construye dos actores diferenciados: uno que actúa como agente y otro como paciente. Para que el paciente ocupe su puesto es necesario considerarle como un actor en carencia, como rebasado o desbordado por un problema en particular y, por tanto, en necesidad de una

injerencia externa para salvar la situación. Pensar la acción en términos interventivos equivale, por cierto, a no pensarla en otros términos, i.e., a renunciar, por ejemplo, a los aspectos cooperativos y las múltiples agencias que se mueven de todos lados hacia todas direcciones.

Observo también que en este análisis no hay una condena moral totalitaria a la idea de intervención. Ésta no resulta esencialmente buena o mala, mejor o peor que otras concepciones de la acción. No implica que toda lógica interventiva tenga que ser desenmascarada y abolida. Pero sí nos dice dos cosas: a) que en esta lógica se conservan determinadas matrices de poder y se promueven ciertas relaciones que, en contextos concretos y desde determinadas posiciones políticas, pueden resultar problemáticas; y b) que ésta no es la única manera de entender la acción o la función del profesional psicosocial y que podemos imaginar otros recursos (entre otros, metafóricos) para constituirles y organizarles.

¿Qué sucede si pensamos la acción utilizando otra figura como, por ejemplo, la de ‘involucramiento’? ¿Puede esto ayudarnos a resituar las coordenadas de la relación, a materializar cursos de acción diferentes? Esta idea surge en la búsqueda por encontrar otros términos para entender mi papel y mi función en la experiencia de investigación y acción llevada a cabo, por no asumir acríticamente el legado conceptual y práctico de la disciplina. La experiencia de trabajo con colectivos trans me había conducido, espontáneamente, a involucrarme. Esto quiere decir que, en lugar de pensar la relación compuesta por dos actores bien diferenciados (yo y tú), me había inmiscuido y había pasado a formar parte de un entramado más amplio (nosotros), a la manera de un elemento más de una trama compuesta por otros actores y relaciones, *envuelto* en el mismo campo-tema en el que me interesa investigar y actuar. También quiere decir que la distribución y la dirección de la agencia pierden las recetas y los contornos predeterminados y se abren a la posibilidad de la agencia distribuida y de la afectación mutua, producto de la sucesión de múltiples intereses locales y fuerzas temporales. La idea de involucramiento es un recurso heurístico que me ayuda a hacer sentido de mi experiencia y articular las formas en que me interesa participar del proceso colectivo.

En este sentido, considero que estoy inmerso en, y participo de, un entramado diverso donde se ponen en juego conocimientos y fronteras sobre los cánones de la sexualidad que serán aceptados socialmente y, particularmente, aquellos que atañen a las identidades no-normativas. En este entramado participan una multiplicidad de actores y diversas perspectivas se encuentran y se tropiezan. Platero (2009) identifica que, en el contexto español, los principales implicados en este debate han sido los movimientos sociales, los partidos políticos, los profesionales de la medicina (donde se incluyen psiquiatras y psicólogos) o la antropología y la iglesia católica. Estos son los actores políticos con “poder para crear discurso” (p. 118) en la controversia. El discurso de los ‘expertos’ de las ciencias

psicomédicas y sociales juegan así papel importante a la hora de definir condiciones semióticas y materiales para la vida de las personas trans. Decido entonces que una forma de participación relevante consiste en contribuir a transformar la forma en que la disciplina psicosocial, de la que también participo, se aproxima a estas identidades.

Lo que busco hacer es partir de las identidades trans (de las enseñanzas que han surgido en este contacto) para interrogar la mirada psicosocial convencional sobre el sexo/género y, de esta manera, buscar reconfiguraciones sobre aquello que se entiende como humanamente posible en plano de la sexualidad y la identidad. El planteamiento típico que aún domina en las ciencias psi proclama que el destino final del desarrollo sano de la persona transexual consiste en el logro de una identidad estable, integrada y no-ambigua con respecto a las identidades legitimadas (Diamond, Pardo y Butterworth, 2011). Esto se logra, como se ha indicado antes, a través de un alineamiento o una adecuación ‘corporal y mental’ con respecto a los estándares prevalecientes que ya conocemos. Lo que propongo es revisar y replantear los estándares prevalecientes en función de las experiencias y vidas trans. El sentido de la interrogación se invierte. Este giro hace eco o replica el gesto de grupos activistas como Guerrilla Travolaka, ATC y TransBlock en Barcelona, Acera del Frente en Madrid y otros grupos –cada vez más numerosos- en distintos sitios del Estado Español y del mundo. Estos argumentan que lo que debe ser examinado y modificado no son los cuerpos trans sino los preceptos sociales que les constriñen: “Si realmente alguien nos quiere ayudar –reza el manifiesto de la manifestación barcelonesa de 2009- que hagan desaparecer todos estos mensajes que jerarquizan los cuerpos, que imponen lo que es bello y lo que es monstruoso”. La interrogación a la perspectiva psicosocial dominante sobre el sexo/género se articula en tres ejes. Estos ejes han emergido prestando atención a las reiteradas demandas de colectivos de activistas intersexuales y transgénero; a la reflexión sobre las experiencias colectivas que se han producido en este itinerario de investigación/acción; y a la teoría feminista, queer y transgénero que ha aportado ángulos críticos y miradas renovadas a la cuestión de la corporeidad y de la subjetividad de género (Butler, 1999, 2004; Hallberstam, 1998; Fausto-Sterling, 2000).

Se discute, en primer lugar, el ‘binomio hombre-mujer’ como dispositivo de la sexualidad humana. La ‘especie perfectamente dimórfica’ es una delimitación de la humanidad, marca las fronteras de reconocimiento de los miembros de la especie que serán inteligibles y viables. Pero también es una fábrica de cuerpos y normalidad, no sólo distribuye sino que produce -a pulso de bisturí, cosmética, test psicológicos, hormonas, patrones estereotipados de comportamiento, directrices del deseo- las dos categorías que naturaliza. Se argumenta entonces la necesidad de pensar en aproximaciones psicosociales que reconozcan cuerpos y subjetividades que, aunque participan de, no pueden ser reducidos a este binomio. Una forma en que se ha buscado hacer esto, desde los estudios de género, es a través de la identificación de terceros, cuartos, quintos sexos (Fausto-Sterling, 1993; Herdt, 1994); a través de la multiplicación de categorías para nombrar identidades (fluidas, mezcladas,

arqueadas, raras) de una manera tal que, a primera vista, puede conducir a la acumulación incesante de siglas e iniciales, es decir, a la prolongación de la inventario LGBTIQ... Otra forma posible de acometer la tarea es, como sugiere Kim Pérez (2009)<sup>8</sup>, habilitar una lógica de referentes, cercanías o gradaciones en lugar de una de pertenencia y exclusión (a cualquier categoría).

La distinción convencional entre ‘sexo’ y ‘género’, por otra parte, hace juego a la contraposición entre naturaleza-cultura que ha sido utilizada para reproducir ciertos programas políticos asentándolos en el reino trascendente de las leyes naturales. Entender la transexualidad y el tránsito a través de esta dualidad equivale a alejar los asuntos trans de la esfera de la política del género (gender politics). Cuando el problema se plantea solamente en términos de una disonancia entre sexo y género, se construye la transexualidad como un colectivo homogéneo cuya demanda puede ser resuelta por la simple reasignación de sexo. La cuestión trans tiende entonces a pensarse como externa o neutral con respecto a la cuestión de la equidad de género y a la perspectiva política de género; se sitúa al margen de asuntos de género que se han planteado como asuntos de justicia social, como los derechos de las parejas del mismo sexo, la emancipación de las mujeres y el reconocimiento de vínculos familiares distintos a los de la familia nuclear convencional. Repensar esta dualidad puede ayudarnos a situar la cuestión trans en el centro del debate político sobre el género (reconocimiento, visibilidad, representación) y a expandir –y quizá transformar- los términos del debate a partir de las identidades no-normativas.

Revisar las dualidades anteriores abre espacios para repensar el perímetro de lo que, en el terreno de la sexualidad y el género, define lo humano. Las identidades trans hacen visible una especie de ‘automaticidad prostética’ (Wills, 2008) en la constitución del género humanamente inteligible. En ellas se encarna un proceso de construcción del cuerpo y la identidad que se escapa de una mítica ‘naturaleza’ cajanergizada e invisible y, por tanto, revela la heterogeneidad de los mecanismos que la componen. Sugiero (en el cuarto artículo), además, que las identidades trans hacen del proceso de construcción un proceso más agenciado, más alerta políticamente. Desde aquí podemos advertir, siguiendo a Elizabeth Grosz (1994), que la materialidad de los cuerpos es incontenible en términos exclusivamente fisicalistas. El devenir del cuerpo/identidad se expande a elementos semiótico-materiales múltiples en constante uso y movimiento. Esta ‘corporeidad cyborg’ transgrede los límites epidérmicos y genera grietas en la idea de la nítida separación o distinción entre la carne individualizada y el entramado heterogéneo en que ésta está situada. Si bien este trabajo enfatiza la forma en que en el plano del discurso es posible impugnar el cuerpo producido desde el orden dominante de sexo/género, al mismo tiempo

---

<sup>8</sup> Cuestión discutida por Kim Pérez y el colectivo Conjuntos Difusos en <http://conjuntosdifusos.blogspot.com/>

se interesa por ciertos aspectos de la ‘materialización’ del género que hacen visibles nuevas posibilidades de corporeidad (embodiment) en complicidad con diversas tecnologías.

De esta manera, hacia el final del recorrido se devuelve una mirada transformadora a las tecnologías psicosociales y se les convoca, desde las experiencias de vida y de activismo de la comunidad trans, a atender críticamente las génesis y las normas que gobiernan la inteligibilidad de los sujetos a los que se aproximan, así como los modos de conocimiento que permiten o constriñen las vidas viables. El trayecto me ha conducido, hasta ahora, a recolectar herramientas para pensar un trabajo psicosocial diferente. He buscado hacerlo, además, a la manera de los recolectores que antaño recorrían un terreno en busca de frutos. El sustento se toma del suelo o se arranca de las ramas altas o se saca de entre los arbustos. Relaciones, conceptos, movilizaciones, relatos. Una búsqueda selectiva pero abierta a lo que ofrece el territorio. Un ejercicio de espiga con el ánimo de, eventualmente, nutrir y nutrirse. La ruta que se ha venido dibujando a través estos recursos ha apostado por no reproducir el gesto reiterativo y típico de la psicología que aspira a generar, como resultado final, una definición o una caracterización del sujeto/objeto en cuestión, en este caso, de las identidades o las subjetividades trans. He intentado rehuir del planteamiento que les coloca como mero objeto de estudio, como cuerpos y signos a ser escudriñados, y he buscado promover una relación dialógica. La intención ha sido entonces dialogar *con* las identidades trans, con su multiplicidad encarnada y simbólica, para decir algo *sobre* las tecnologías psicosociales al uso, sobre las prácticas convencionales de investigación e intervención que se les aproximan en términos ilustrados y representacionistas.

De manera particular, en el trayecto he observado la relevancia de tomar en consideración, de forma comprometida y crítica, los *procesos* de constitución y reconstitución de las identidades (y sus implicaciones). Este proyecto hace referencia al examen de los arreglos sociotécnicos y de los ‘juegos de verdad’ que hacen posible el devenir de ciertos cuerpos, ciertas identificaciones, ciertas formas de vida, y no otras. También se advierte la necesidad de incluir en el foco de estudio las propias tecnologías psi con las que estudiamos y actuamos, de dar cuenta de su carácter pragmático y activo con respecto a los contextos donde se ponen en juego y, en última instancia, la importancia de generar prácticas responsables con respecto al acto social de inventar y movilizar estas tecnologías. El argumento que he construido a lo largo de este trabajo implica que sí hay un lugar para la perspectiva psicosocial en el trabajo con identidades no-normativas y con otros grupos tradicionalmente construidos como ‘desviados’ o ‘carentes’. Más aún, el argumento implica también que las herramientas psicosociales pueden ser valiosas y útiles en el abordaje de problemas relacionados con diversos colectivos. Pero se arguye que ese lugar posible y útil debe ser (re)localizado en coordenadas muy diferentes a las que dicta la tradición y la práctica convencional y dominante.

A continuación presento algunos puntos que, desde mi perspectiva, pueden ser útiles para desplazar las coordenadas de la indagación psicosocial y transformar sus prácticas. Estos puntos son, como se verá, aprendizajes, desenlaces o sensibilidades que han brotado en diversos momentos del trayecto. Considero que son conclusiones parciales que marcan algunos puntos de arribo del itinerario de investigación pero, sobre todo, que señalan algunos puntos de partida para el futuro. Se trata de aspectos que pueden ser explorados con mayor profundidad, cuyas consecuencias e implicaciones están aún por descubrirse pero que, desde la singular trayectoria de este proyecto, pueden ser recursos útiles para pensar (en términos más complejos, más inclusivos y menos restrictivos) el abordaje psicosocial con respecto a las identidades no-normativas y a la cuestión del género. En términos más generales, acaso estas reflexiones puedan articularse con proyectos más amplios y ambiciosos que buscan transformar la concepción del sujeto y de acción colectiva en psicología.

#### **a) La condición paradójica de la acción: el cambio como fundamento**

Los proyectos como éste -que hacen una crítica las disciplinas psi y al mismo tiempo proponen transformaciones que les conduzcan a posiciones políticas más deseables- parecen desembocar en una irremediable paradoja. La paradoja que se les imputa consiste en que el mismo instrumento de control que se reprocha o se fiscaliza (a saber, las tecnologías psi) es pensado simultáneamente como una herramienta que, aunque con necesidad de algunos ajustes y correcciones, puede combatir las prácticas de dominación que ella misma contribuye a generar. Pareciera entonces que el antídoto consiste en el perfeccionamiento o la prosperidad del propio veneno. Así, por ejemplo, Prieto (2006) ha identificado, en el campo de las aproximaciones a la infancia, la ‘paradoja de la ayuda y el control’. Las instancias que ayudan y colaboran con determinados actores ‘en riesgo’ actúan simultáneamente como ‘policía social’ para reproducir un orden disciplinario específico.

Ante este contrasentido, emergen preguntas como ¿pueden las ‘reformas’ y los arreglos diluir el carácter normativo y dominante que acompaña a las disciplinas psi? o ¿las propuestas que buscan enmendar y corregir no podrían –veladamente, tras la cara de un suave humanismo- sofisticar las formas de control y dominación? Al hilo de este planteamiento, Parker (2010) argumenta que la psicología no puede ofrecer respuestas progresistas o radicales puesto que ella misma es parte del problema que se ha que resolver. Esta postura considera que la psicología funciona en todos los casos como un señuelo del orden dominante para introducir a la población a sus engranajes, y dificulta el vínculo entre la dimensión psicológica y la acción política. Incluso las psicologías más militantes o reflexivas, que critican el cientificismo dominante, próximas a la perspectiva participativa y cualitativa, no logran ser, a los ojos de Parker, menos peligrosas que su contraparte ‘dura’.

La tensión que esta paradoja pone en escena es la que hay entre la necesidad de combatir formas de control por parte de las ciencias psi y la posibilidad de que las transformaciones propuestas sean, insoslayablemente, extensiones o sofisticaciones de esas formas de control. Esta lectura sobre la condición de las ciencias psi, que hace parecer que todo intento de transformación es un gesto incongruente o contradictorio, se sitúa a sí misma en la espinosa e infértil posición de proveer una inexorable y reiterativa autocrítica del rol normalizador de las disciplinas psi, sin ser capaz de ofrecer alternativas significativas o de vislumbrar rutas diferentes para la acción transformadora. En suma, la cuestión se vuelve un dilema irresoluble entre la necesidad de la crítica (el desmontaje, la deconstrucción) de los órdenes normativos y el apremio de construir nuevas prácticas.

Considero que el planteamiento que establece esta ‘contradicción’ o que lee la situación en términos de un bucle insuperable se apoya en dos asunciones problemáticas. La primera de ellas es que el escenario se traza a través de una especie de metáfora de la guerra, i.e. a través del juego entre fuerzas contrarias que se enfrentan. Esta metáfora tiende a dibujar dos bandos claramente distintos, con intereses en franca oposición y en una relación esencialmente asimétrica. Por un lado están los expertos, los especialistas, las instituciones y el dispositivo de las ciencias psi produciendo y reproduciendo prácticas de gobierno y normalización. Por el otro están los sujetos interpelados que son el objeto de estas prácticas de gobierno, e.g. los sujetos queer o trans a los que se intenta disciplinar y que plantan resistencia. El pesado aparato normalizador contra héroes y heroínas cotidianas, anónimas, símbolo de la multiplicidad ingobernable.

Si bien este es un relato verosímil y con sentido para muchas situaciones y trayectorias identitarias, lo cierto es que reducir el panorama a este esquema nos impide reconocer tejidos e intercambios más complejos que movilizan otro tipo de relaciones. Como se ha hecho evidente a través de las narrativas –y como lo confirman cada día los debates al interior de la comunidad trans (Elliot, 2010)- las fronteras entre estos dos bandos tienden a desdibujarse con facilidad, mutan estratégicamente en función de contextos concretos, se contaminan y se mezclan en un proceso que se parece más a un magma auto-constituyente que genera diversas relaciones y tensiones en movimiento, que a una simple batalla entre dos bandos. Los dos actores se fragmentan en múltiples actores y lo que parece una guerra bien demarcada se vuelve un laberinto de posibilidades, una ebullición de guerrillas encontradas y superpuestas (más aún, la satanización simplista de las ciencias psi y de la figura del experto se resquebraja tan pronto encontramos a sujetos no-normativos que buscan alianzas o que ven en la disciplina psi espacios útiles para la acción).

Por otro lado, esta presunta contradicción genera, a su vez, dos proyectos encontrados que a menudo se entienden como incompatibles: la crítica y la propuesta. Podemos ilustrar estas sensibilidades a través de las siguientes citas, que abogan respectivamente por una

lógica o la otra. La primera es de Foucault (1981) que, al ser interrogado sobre si habría una fase de propuesta después del trabajo crítico, responde:

“Mi posición es que no tenemos que proponer. Desde el momento en que se ‘propone’, se propone un vocabulario, una ideología, que no pueden tener sino efectos de dominación. Lo que hay que presentar son instrumentos y útiles que se crea que nos pueden servir. Constituyendo grupos para tratar precisamente de hacer estos análisis, llevar a cabo estas luchas, utilizando estos instrumentos u otros: es así finalmente como se abren posibilidades (...) Es simplemente, en la lucha misma y a través de ella, como las condiciones positivas se dibujan” (Foucault, 1981: 123)

La siguiente declaración es de Deleuze (2004), en su dictamen con respecto a las diatribas en torno al estructuralismo:

“Books against structuralism (...) are strictly without importance; they cannot prevent structuralism from exerting a productivity which is that of our era. No book *against* anything ever has any importance; all that counts are books *for* something, and that know how to produce it” (Deleuze, 2004: 192)

Estas citas pueden funcionar como heurísticos para mostrar dos posiciones genéricas: aquella que enfatiza la función de la psicología social ‘como crítica’ (Íñiguez-Rueda, 2003) y aquella que se decanta por una psicología inclinada a la ‘propuesta’ y a la creación de nuevos discursos y nuevas prácticas (Brown y Stenner, 2009). Por supuesto, estas posiciones no son, en esencia, mutuamente excluyentes ni se construyen necesariamente como ‘tipos puros’. Pero lo cierto es que, en el mundo de los debates y las ocasiones concretas, es común que estas posiciones se asuman como contrapuestas o, por lo menos, con agendas divergentes y a menudo alejadas. En este trabajo he intentado explorar la posición que considera que ‘crítica’ y ‘propuesta’ se encuentran en un mismo bucle productivo, y constituyen en su interacción la energía del movimiento y el tránsito.

En este intento resulta útil replantear la aparente contradicción o incongruencia que, como se ha comentado, parece existir entre la crítica al orden normativo y el establecimiento de nuevos órdenes: el veneno como antídoto. Una posible manera de reformular este problema en términos más posibilitantes es reconsiderando, como proponen Brown y Stenner (2009), el significado y el funcionamiento de la norma. La crítica típica al gobierno del *psy-complex* (Rose, 1979), por ejemplo, parte de la idea de que la conducta del individuo, que era hasta ese momento impredecible y compleja, es llamada a comparecer en un marco normativo de conocimiento y se presenta en términos del grado en que se acopla o se desvía de las normas establecidas. Esta lectura hace énfasis en la lógica vertical de las instituciones de conocimiento con respecto a los “cuerpos dóciles”. Sin embargo, deja en segundo plano un aspecto crucial del sentido de la norma y de la forma en que ésta opera en el campo social. A esta lectura de la norma como forma de control se puede contraponer la comprensión de Canguilhem (1994). Las normas no funcionan solamente en esta modalidad vertical o céfalo-caudal, no son simplemente inscripciones y prácticas discursivas

esencialmente violentas y extrañas al objeto, sino que el objeto tiene también una capacidad específica para ‘admitir’ o ‘sostener’ determinadas formas de actividad normativa. Las normas, entonces, no son solamente impuestas, sino que son formas de organización en que el objeto participa definiendo sus propios códigos de operación. Esta idea tiene resonancias con la noción de autopoiesis (Maturana y Varela, 1973; Luhmann, 1997) para referirse a la capacidad de los organismos de producirse activamente a sí mismos.

Desde esta perspectiva, por ejemplo, se puede formular una alternativa a la manera en que el paradigma psicomédico construye el ‘trastorno’, en donde éste aparece como un ‘desvío’ del curso normal o saludable. La salud puede entenderse, en contraposición, no como el ajuste exitoso a la norma sino como la capacidad de cambio y reconstitución en interacción con el ambiente. Así, argumentan Brown y Stenner (2009), la posibilidad de que emerja el movimiento y la variabilidad como respuesta es fruto de la capacidad de normatividad, esto es, de la habilidad de estar en sintonía con un rango de normas posibles. La patología no sería entonces la desviación de un estado ideal predeterminado sino la incapacidad de generar respuestas variables y adaptativas; la fijación en una sola respuesta a pesar de los cambios y la complejidad en las condiciones. Interpretada de esta manera, la salud está relacionada con la capacidad de normatividad de un organismo (de producir y transformar sus propias normas), mientras que la patología es la reducción de esta capacidad a una sola norma. La carencia de salud apuntaría, en este caso, a la ‘heteronormatividad obligatoria’ y no a las prácticas de (auto)transformación y definición de las personas trans.

Por supuesto, los ejercicios de poder y las relaciones de dominación en situaciones concretas ocurren y ciertamente la disciplinas psi están involucradas en ello. Como se ha argumentado a lo largo del trabajo, es posible reconocer estas relaciones asimétricas, que ponen en juego una norma de dominación, en casos concretos como el de la patologización de las identidades trans. Estos efectos normativos deben ser cuestionados y combatidos. Pero los casos no se agotan en este planteamiento, y muchas veces no pueden ser reducidos a él. Como también se ha discutido, el colectivo trans no sólo es ‘presa’ de un orden normativo sino que además muestra actividad agenciada para hacer un uso estratégico y selectivo de éste, para participar del él a través de rupturas y reformulaciones, para subvertirlo y para, en última instancia, propiciar sus propias reglas del juego.

La cuestión clave es, desde mi perspectiva, distinguir entre los casos situados y concretos en que la norma funciona invisibilizando o estigmatizando, y el marco general de relaciones estratégicas de fuerza en que toda subjetividad (forma de vida) y todo movimiento tiene lugar. En otras palabras, resulta útil distinguir entre, por un lado, la ‘capacidad de normatividad’ propia de los actores y de los sistemas sociales y, por el otro, las prácticas normativas concretas de dominación cuyos efectos pueden ser merecidamente problematizados. Así, una cuestión relevante para la indagación psicosocial es la relación tensa que existe entre la capacidad de producir juegos (de verdad, de orden social)

diferentes y los juegos concretos (con sus reglas actuales) que están ocurriendo. Por esta razón, puede decirse que el lado opaco de la reiterada crítica a las ciencias psi es que se conforma con un retrato empobrecido de los distintos actores sociales, como si sus capacidades sólo giraran en torno a unas pocas normas elegidas por su resonancia ideológica con las prácticas de gobierno modernas. Ante esto, se puede argumentar que no es la norma en sí la sustancia elemental de la tiranía sutil de las prácticas de gobierno, sino la incapacidad o el rechazo para pensar la variabilidad, la complejidad y el dinamismo de las lógicas normativas posibles.

Este giro nos ayuda a dismantelar el problema que contrapone la crítica (a la norma imperante) y la propuesta (de nuevos marcos normativos) como proyectos contradictorios, contraposición que puede resultar paralizante. Una manera menos embrollada de decirlo consiste sencillamente en asumir el carácter paradójico de la acción y la transformación: la paradoja como condición del hacer. La norma no es solamente el constreñimiento de las posibilidades sino también la condición necesaria para que toda posibilidad emerja y se actualice. Aquí, la paradoja no es sinónimo de contradicción, imposibilidad o impotencia, sino que adquiere su sentido retórico original. La paradoja es un tropo que consigue articular dos ideas aparentemente irreconciliables en una misma proposición viable. Es una figura de la posibilidad inusitada. Una paradoja similar también se ha advertido, por ejemplo, en la teorización sobre la constitución del sujeto (Butler, 2001). La condición simultánea como sujetado a y sujeto de es paradójica. Es necesario que el sujeto se aparte de sus condiciones de emergencia y al mismo tiempo es imposible que actúe al margen de ellas. En la paradoja se realiza el adagio que formulara Jesús Ibáñez (1985) y que, a mi juicio, refleja con justicia muchas vidas y trayectorias activistas trans: “Cuando algo es a la vez necesario e imposible, hay que cambiar las reglas del juego” (p.111). La paradoja resuelve la contradicción permitiendo la emergencia de nuevos recursos simbólicos y materiales mediante la invención de otro lenguaje.

Sin duda, este problema precisa ser examinado y desarrollado con más detalle y profundidad, a la luz de recursos teóricos diversos que han tratado esta cuestión de diferentes maneras y de otras experiencias de investigación/acción. De manera particular, este punto queda pendiente para indagaciones futuras en lo que respecta al papel de la norma en la acción social colectiva y en las posibilidades de cambio social, en el contexto de las identidades y prácticas de género no-normativas. Me parece particularmente interesante el desafío de pensar la acción social en una fórmula que no necesite un fundamento último (e.g. una identidad esencial o una naturaleza humana) y que a su vez pueda comprometerse con proyectos concretos en contextos concretos. Por lo pronto, el recorrido de esta investigación ha sugerido que es una buena idea escaparse de la ‘metáfora de la guerra’, del relato maniqueo de dos bandos – el normalizador y el normalizado- que sólo obtiene su desenlace con la victoria de uno de los dos.

En el campo-tema de las identidades trans, este planteamiento nos sugiere que la clave no está, como lo sugeriría la hipótesis represiva que Foucault (1976) examinó, en liberarnos del autoritario y manipulador dispositivo en torno a la transexualidad. No es posible, como Foucault argumenta, ocupar una posición fuera de un campo de poder, al margen de unos u otros dispositivos. El desafío consiste en imaginar y construir un acoplamiento o configuración (cada vez) más habitable para los cuerpos y las identidades y, en particular, para aquellas que son puestas en los márgenes. La invitación es a soñar con “otra economía de los cuerpos y los placeres”, y no con el fin o la ausencia de toda economía.

La espiral que se articula entre los gestos de crítica, propuesta y transformación no debe entenderse como un simple enfrentamiento entre opuestos. El problema no consiste en la representación maniquea de la guerra entre Apolo (orden, conocimiento, objetividad, control: el tirano) y Dionisio (emoción, novedad, movimiento, carnaval: el vándalo), sino en el reconocimiento del juego dinámico y continuo que se establece entre ambos, juego que permite dar cuenta de los múltiples y variables procesos de constitución de identidad. No es que Apolo venza sobre Dionisio o viceversa, es la necesidad de que ambos se enfrenten para que la función se mantenga; para, como lo propone Foucault (1976), mantener la espiral de poder y placer como hábitos de un mismo aliento. Apolo busca la captura de Dionisio como su razón de ser, y éste a su vez necesita a Apolo para poder escapar y enloquecerse. Podríamos también ponerlo de otra manera, utilizando las palabras de Donna Haraway (2010): ‘staying with the trouble’, que podrían traducirse como permanecer en el problema, en la disputa, en el berenjenal o –por qué no- en la paradoja. Esta permanencia se refiere a la implicación, el compromiso y el esfuerzo por ser responsables al interior del nudo entre lo que vive y lo que muere, de las ‘naturaculturas’ y de los ‘pasadopresentes’ (p. 53). Esta permanencia se refiere al continuo proceso de generar colectividades sostenibles, de ‘devenir con’, de afrontar responsablemente la tarea de vivir en co-presentes densos y de ir construyendo caminos vivibles para el futuro.

#### **b) Involucramiento: discurso y narración como formas de acción social**

Involucrarse es envolverse, meterse dentro, sumergirse. La acción de involucrar tiene que ver con incluir y ser incluido, con abarcar y ser abarcado. Una persona se introduce en un problema, en un tema, en un entramado del cual pasa a formar parte. Ese entramado es extenso e incluye a actores heterogéneos, cercanos y distantes. En mi particular inmersión, el campo-tema de las ‘identidades trans’ (por llamarle de algún modo) está compuesto por protocolos médicos, legislaciones, personas que buscan construir un cuerpo inteligible, carnets de identidad, psiquiatras que intentan conservar su trabajo, teorías académicas, controversias legales, colectivos activistas, contrabando de hormonas, micro y macro violencias que ocurren en la calle, en los centros de trabajo, en los baños públicos, y, por supuesto, también está compuesto por investigadoras e investigadores sociales, como yo.

La idea sencilla y seductora que me interesa rescatar de la noción de involucrarse es que una o uno se vuelve parte del problema que le interesa y, por tanto, toda acción emprendida se hace desde dentro (no es una ‘intervención’ a un objeto externo y bien delimitado) y tiene efectos en la articulación, la definición y el devenir del problema. Es como si los nodos de una red mudaran sus posiciones y, desde su interior y a partir de ella, modificaran la propia red. Esto significa que la agencia no es la propiedad que unos actores (e.g. los especialistas) ejercen sobre otros (e.g. los pacientes), sino que hay una influencia mutua, un intercambio de efectos y, en última instancia, una co-constitución del problema, del entramado, donde cada cual interesa e influye a su manera. Aquí me resulta sugerente recordar la añeja noción de ‘campo’, propuesta por Kurt Lewin (1952), que permite pensar la acción como resultado de una multiplicidad de factores coexistentes (sociales, psicológicos, físicos) y mutuamente interdependientes.

Al ‘involucrarse’ con algo o con alguien no se está definiendo de antemano cuál es el rol o el papel de cada cual y en qué dirección fluye la acción. Se sabe, como mucho, que involucrarse comporta una relación significativa, quizá íntima, pero los términos concretos en que las relaciones se actualizarán no están predeterminados y se dejan –por ahora- en suspenso. Llegados a este punto, me interesa sugerir que una forma posible de involucrarse, desde el campo de la investigación y la acción psicosocial, es operando en el plano discursivo y prestando atención a los efectos semióticos y materiales de los discursos circulantes. Con esta invitación defiende la idea de que señalar, por ejemplo, que ‘las palabras hacen cosas’ (Austin, 1962) o que ‘el lenguaje es una práctica social’ (Foucault, 1992) no sólo ofrece una valoración ontológica sobre el papel del discurso en el mundo social, sino que además puede convertirse en un proyecto pragmático y en una forma de concebir el trabajo de investigadoras/es y profesionales psicosociales.

Para el ‘actor psicosocial’ (investigador o profesional) el discurso es el agua de la pecera. Ahí se formulan sus problemas, se desarrollan sus procedimientos, se elaboran sus diagnósticos, se cristalizan sus resultados. Informes, teorías, proyectos, charlas, lecturas, entrevistas, dinámicas grupales, protocolos, reuniones. Todas estas son ocasiones donde las palabras hacen cosas y donde los relatos median y organizan (Walker, 2007). Por tanto, ya actúa en este plano aún sin proponérselo. La cuestión es que, al considerar solamente en el nivel ‘representacional’ del lenguaje, se desaprovecha una substancial oportunidad para generar estrategias ‘activas’, más reflexivas y conscientes, para acometer la tarea de transformar los soportes discursivos que mantienen un curso particular de eventos, un arreglo social específico. Esta tarea se vuelve especialmente pertinente si tomamos en cuenta que este actor es un miembro competente de la mítica legión llamada ‘academia’, provincia privilegiada para fabricar verdades y establecer tendencias en las agendas políticas y sociales. Este actor desempeña además la función de mediador: no se trata sólo de ‘intermediarios’ que retratan o transportan contenidos de un lugar a otro (e.g. que los recojan de la calle y los plasmen en los programas, en los diagnósticos o en las revistas).

Los mediadores son activos participantes en la (re)elaboración y la mutación de aquello con lo que entran en contacto. Lo transforman, lo traducen, lo distorsionan y lo modifican de maneras diversas y a menudo impredecibles (Latour, 2005). Más aún, los o las especialistas de las ciencias psi a menudo desempeñan el rol de lo que Raewyn Connell (2011) llama ‘gatekeepers’ o ‘porteros’, una función práctica que autoriza o restringe, cuyas enunciaciones y relatos conforman un momento clave de secuencias que pueden abrir o cerrar posibilidades concretas para diversos sujetos. En el caso de las personas transexuales, esta función se vuelve evidente y capital.

La trayectoria de investigación que he seguido sugiere, en este sentido, que examinar los discursos instituidos y contribuir a la construcción de relatos diferentes son posibles formas de participación que pueden incorporarse efectivamente en los proyectos transformadores. En el campo-tema de las identidades trans, por ejemplo, la dimensión discursiva juega un papel central en la constitución de los espacios sociales y en el devenir de la vida cotidiana. En el terreno del discurso se juegan las posiciones identitarias que son posibles o viables, los recursos materiales que se tornan disponibles o inasequibles, las relaciones que se pueden (o no) establecer con las instituciones y con otros actores sociales y, en última instancia, las fronteras de inclusión o exclusión en contextos particulares. De esta manera, los nombres, las categorías y los relatos sobre el género y la sexualidad con que los sujetos se entienden a sí mismos y son entendidos por otros actores no sólo funcionan como medios de comunicación sino que juegan un papel medular en el mapeo de las relaciones sociales y las disposiciones materiales. En consecuencia, el establecimiento y transformación de prácticas discursivas sobre el género y la sexualidad es un punto crucial en la agenda sociopolítica de las identidades no-normativas.

Plantear el trabajo con el discurso como un posible programa metodológico ‘para la acción’ implica concebir la producción de conocimiento como una práctica social más, que colinda con otras actividades y otros conocimientos de otros tantos actores involucrados en el tema. En el caso de las identidades trans, por ejemplo, los saberes prácticos de diversos actores (incluyendo a quien investiga) se congregan, dialogan, se disputan, se articulan y generan definiciones y relatos en constante movimiento. En estos intercambios intervienen, entre otros, psiquiatras, activistas, trabajadoras sexuales, artistas travestis, policías y amantes. El rol de quien investiga o de quien ocupa la posición profesional se puede definir mejor con lo que, siguiendo a Peter Spink (2003), podemos llamar un ‘conversador en lo cotidiano’. Esto es, un actor que está inmerso en debates y conversaciones colectivas que discurren en contextos concretos: la calle, las revistas académicas, los medios de comunicación, los grupos organizados. Este actor participa en encuentros cotidianos que van constituyendo un particular escenario social, encuentros que no acontecen en el aire, sino que suceden en lugares concretos, con sus socialidades y materialidades (Law & Mol, 1995).

Esta función argumentativa o retórica de la psicología social ya ha sido advertida (Billig, 1990). Las enunciaciones y los textos que se movilizan en estas conversaciones colectivas, incluyendo aquellos que producimos quienes participamos desde los estudios psicosociales, se organizan en función de interacciones dialógicas. En este sentido, las formas de explicación de la actividad social son siempre movimientos persuasivos y deliberativos, participan en polémicas y controversias donde se van constituyendo las categorías y las relaciones que habitamos. El discurso psicosocial, en conjunto con otros discursos cotidianos movilizados en torno a un aspecto de la vida social, está atrapado en un contexto argumentativo, actúa en la arena pública, a favor o en contra de determinadas posibilidades. Así, por ejemplo, en el caso del relato psicomédico que caracteriza la transexualidad como una desviación o un trastorno, es posible preguntar: ¿contra qué está argumentando este discurso?

El análisis del discurso y las producciones narrativas son sólo dos maneras, entre una multiplicidad de posibilidades, de involucrarse en este proyecto de actuar a través del trabajo con el discurso. Tomar en serio el carácter activo del lenguaje nos coloca frente a la idea de considerar, en nuestros ejercicios de investigación y acción, que mucho puede ser hecho si analizamos las complejas prácticas discursivas que constituyen un objeto. El examen crítico a las categorías naturalizadas puede entenderse como una contribución activa al cuestionamiento y transformación de un estado de cosas, de un orden social que está en parte sostenido por estas categorías naturalizadas. El ejercicio de sostener una mirada crítica sobre los discursos dominantes es una herramienta útil, a veces crucial, para transformar condiciones sociales concretas.

Por otro lado, cuando los grandes relatos científicos entran en crisis, cuando pierden su halo de trascendencia y esencialismo, se abre la posibilidad a la emergencia de múltiples relatos más cotidianos, contextualizados y diversos entre sí que es posible articular para generar nuevos sentidos. En este caso, el papel de la persona profesional o investigadora es, como lo ha propuesto Denzin (1991, p. 156), el de “contador de historias”. La narrativa se vuelve entonces un dispositivo de producción de conocimiento y también un dispositivo de acción, puesto que otorga sentido y coherencia a determinadas prácticas sociales (Shotter, 1981). Es un dispositivo de acción también porque materializa y pone a circular nuevas interpretaciones y sentidos, otras formas de construir los objetos sociales y versiones alternativas a las dominantes. La elaboración de narrativas abre posibilidades para habitar espacios renovados, espacios ‘de potencialidad, incertidumbre, contradicciones y silencios’ (Bruner, 1986, p.11).

En mi experiencia, analizar los discursos de las categorías psi y participar en la producciones de narrativas con personas trans ha representado una forma de involucrarme en el espacio social donde están en juego ciertas políticas género. Rescato entonces el uso de herramientas discursivas como medios relevantes y útiles para la acción y la

transformación social, entendiendo ‘transformación’ no sólo como el cambio en los usos sociales del lenguaje sino también como el cambio en las condiciones materiales que estos usos eventualmente sostienen. Este punto de vista nos da pie para extender lo que se entiende como ‘acción’ en los proyectos de producción de conocimiento y acción colectiva, incorporando a la escena –ahora con un papel relevante- la capacidad realizativa del lenguaje. En palabras de Spink (2007), la tarea consiste en “buscar diferentes maneras de hablar sobre las cuestiones actuales que pueden ser más útiles que las que tenemos” (p. 566). La posición psicosocial puede contribuir en la narración, reflexiva y crítica, de relatos diferentes con respecto a los escenarios y devenires, relatos que contribuyan a abrir nuevos horizontes y a traer a la mano prácticas distintas. Desde este ángulo, la tarea del psicólogo social consiste en acompañar la acción colectiva y participar como uno de los posibles escribanos que contribuyan a reformular las historias, a cuestionar los léxicos dominantes y a nutrir la emergencia de proposiciones menos estigmatizantes, de relatos (cada vez más) inclusivos y horizontales.

### **c) Transconocimientos: Hacia una ontología del tránsito y la diversidad**

La identidad parece ser el punto predilecto de partida. Para exaltarla, analizarla o deconstruirla hay que iniciar por ahí. El propio lenguaje científico y, más allá, el dialecto psi, están cimentados en la idea de identidad. En esta lógica, los conocimientos identifican, las palabras sirven para fijar. Así, por ejemplo, en el campo-tema de las identidades trans, tanto la perspectiva psicomédica como los emergentes estudios transgénero, coinciden – aunque, por supuesto, con direcciones disímiles- en que la cuestión fundamental en el tema transgénero es la precisamente la identidad (Connell, 2011). Esta misma tesis que ahora se lee ha sido impulsada y desarrollada, en buena parte, bajo el auspicio de la noción de identidad. Se habla de los ‘trastornos de la identidad sexual’ (APA), de la formación de la identidad transgénero (Gagné, Tewkesbury y McGaughey, 1997), y de las prácticas identitarias transgénero (Hines, 2007). La teoría queer se ha preocupado por ofrecer una mirada deconstruccionista con respecto a la identidad, aunque a menudo la relación que desde ahí se establece con otros actores de la comunidad LGBT ha funcionado más como una alianza de identidades y no *contra* las identidades; así pues, a menudo se entiende que lo queer puede ser una etiqueta más entre los identificadores LGBT...Q.. En el marco más amplio de los estudios psicosociales, se habla sobre la ‘construcción lingüística de la identidad’ (Eckert, 2000) y en general sobre las prácticas sociales de producción de identidad (Gergen y Gergen, 1986). Están también los movimientos sociales de afirmación o emancipación de la identidad (de género, cultural, etcétera). Esta noción ha aglutinado las aproximaciones de investigación y de acción que se interesan por la comprensión y por el cambio de prácticas de género.

La noción de identidad es, sin duda, un vector clave para comprender el orden social y para emprender proyectos de transformación crítica. En ella se encuentra una convergencia de

movimientos relevantes para una gran gama de aspectos que van desde la definición ontológica de los actores sociales, la generación de recursos políticos para la lucha de colectivos marginados, a las herramientas cotidianas de la supervivencia para personas y grupos con expresiones de género no-normativas. Sin embargo, la focalización en la identidad puede oscurecer la actividad, el cambio y el movimiento que ocurren en todos los planos del orden social (en su reproducción o su modificación). En otras palabras, el acento en la identidad -como resultado o producto- entorpece el reconocimiento del proceso o tránsito que no cesa aún cuando el resultado identitario parece haber sido consolidado. A las personas transexuales, por ejemplo, se les exige que fabriquen en sus relatos de vida una especie de ‘mito fundacional’. Se les pide que expliquen cuándo se dieron cuenta de que eran ‘diferentes’, qué hicieron para reconocerse como tales y, en última instancia, cómo llegaron a ser lo que son. Esta demanda subsume el tránsito a la función explicativa de un estadio identitario. La historia del cambio tiene sentido y vale la pena escucharla solamente si sirve para hacer de vínculo entre un estadio identitario inicial y otro final. La narrativa del ‘passing’ (Stone, 1991) no es otra cosa que un juego en torno a identidades estables. No deja de ser interesante que esta demanda por una historia o un proceso que justifique la propia identidad no se haga a las personas con identidades de género normativas. Se asume que en estos casos no hay proceso, no hay una actividad continuada o un tránsito cotidiano para convertirse en lo que una o uno es, en lo que viene siendo. Samantha Palacios<sup>9</sup>, activista y trabajadora sexual trans, lo ha resumido categóricamente: ‘estoy cansada de tener que explicar quién soy’.

Surge la pregunta sobre cómo puede replantearse el abordaje de forma que se preste más atención a las prácticas y a los procesos continuados y múltiples que los actores y actrices despliegan, y menos a las identidades fijas a las que constantemente estos procesos se subsumen. Este giro tiene, desde mi punto de vista, dos consecuencias importantes. Por un lado, permite reconocer la diversidad, los cambios, la variabilidad estratégica y la agencia situada de los actores, en lugar de engullirlos en categorías planas y sobre-generalizantes que a menudo resultan problemáticas para los propios actores. Por otro lado, permite reconocer que los procesos de constitución de identidades y las derivas prácticas de los sujetos no son propiedad exclusiva de las identidades no-normativas sino que constituyen el motor omnipresente de los actores sociales y contribuye de esta manera a hacer de la agenda política del género un asunto de competencia colectiva.

En la perspectiva psicosocial, bien sea en la forma de ‘determinismo biológico’ o en la forma de ‘relativismo cultural’, el proyecto del conocimiento parece ser el de establecer con precisión la sustancia de la que están hechas las cosas, el material –físico o etéreo- con el que están compuestos los cuerpos, las identidades, el género, la subjetividad. En contraposición, puede plantearse un abordaje diferente, que funcione como el rastreo de un

---

<sup>9</sup> Comunicación personal. Septiembre de 2010.

devenir; no como la búsqueda del nombre apropiado, de la ontología definitiva, sino como la exploración de la sucesión de los diferentes nombres, de las diferentes formas que toma un objeto en diferentes situaciones. La idea de los ‘transconocimientos’, que se gesta a través del diálogo con los relatos de diversos actores y actrices involucradas en la cuestión trans, intenta acercarse a esta sensibilidad. Pueden pensarse al menos dos maneras en que el aspecto procesual se incorpora en unos conjeturales ‘transconocimientos’.

En primer lugar, denota un intento por escapar de la producción de conocimiento entendido como captura representacional de un objeto bien identificable. Intenta, por el contrario, hacer énfasis en el proceso y las prácticas dinámicas que acontecen en los fenómenos que interesan: busca el cambio y la inestabilidad en lugar del cierre y la clausura; el plano temporal y situacional de las expresiones de género en oposición a los cuerpos y las identidades coherentes y definidas. La cuestión consiste entonces en centrarse en el proceso y no en la estasis (Stengers, 1997). Dejar de poner en primer plano la función de fijación y estabilidad (con que frecuentemente se emparenta la noción de identidad), para mirar la continua actividad que sostiene incluso esta aparente inmovilidad. La insistente pregunta de la ciencia moderna (que también ha organizado a la disciplina psicosocial), ‘¿de qué están hechas las cosas?’, pasa a reformularse significativamente. Se reconoce que, en lugar de una materia fundacional, hay interrelaciones y transiciones detrás y entre todo lo que vemos; procesos desplegados en el tiempo donde se van actualizando determinadas potencialidades en entidades concretas.

Esta perspectiva articulada de manera abstracta, puede ‘bajarse a tierra’, por ejemplo, a través de la invitación de Raewyn Connell (2011) para pensar la ‘transición’ como un proyecto de género. De acuerdo con esta autora, el problema fundamental, tanto con el enfoque psi como con el postestructuralista, es que reifican –como un patología o como una posición de sujeto- un proceso temporal de creación y transformación, tanto en el plano personal como en el social, un proceso transitivo envuelto en prácticas y relaciones de género. Uno de los aspectos centrales de la transexualidad y el transgénero se refiere, como lo han puesto de manifiesto diversas narrativas, a la corporeidad y al proceso de ‘encarnamiento’. Hay diferentes narrativas, metáforas y lenguajes para referirse a este proceso de corporeización (embodiment). El relato de haber ‘nacido en el cuerpo equivocado’ es, como hemos visto, sólo una de ellas. La cuestión relevante para muchas personas trans no es cuál es el paradigma teórico que mejor define sus cuerpos e identidades, sino cómo les gestionan en la práctica cotidiana, cómo se puede construir un camino de vida viable al interior de estas tensiones. Para Connell, ser una persona transexual es estar inmersa en una trayectoria de vida, en un contexto social e histórico en movimiento. El género puede entonces comprenderse como un proyecto, evocando la célebre proposición beauvoiriana según la cual ‘se llega a ser’, y dándole continuidad hacia un ‘se va siendo’.

Esta mirada se interesa por reconocer una práctica continua y onto-formativa, a la manera en que la mirada etnometodológica reconoce las practicas que recursivamente salen de y otorgan materialidad al orden social (Garfinkel, 1976; Kessler y McKenna, 1978). Esto no significa, sin embargo, que no existan constreñimientos y regulaciones identitarias en el campo social. Reconocer el proceso, el proyecto y la práctica cotidiana no significa celebrar un género ‘fluido’ y sin restricciones, donde prima la concepción voluntarista de la elección personal, como ocurre con algunas interpretaciones de la teoría queer. Las prácticas y los procesos constructivos no operan en el vacío, sino que emergen a partir de solidificaciones de prácticas anteriores en un contexto social bastante intransigente. Para las personas trans estas intransigencias se vuelven especialmente filosas y abrumadoras. Como ha argumentado Butler (2002: 15): “Gender performances cannot be theorized apart from the forcible and reiterative practice of regulatory sexual regimes”.

Hacer énfasis en las prácticas y en los procesos tampoco significa plantear una política exclusivamente ‘post-identitaria’. Las aproximaciones de sensibilidad ‘post-identitaria’ tienden a asumir, de manera más o menos implícita, que la posición transgénero es más aceptable o más libre (más políticamente transgresora) que la posición transexual. Esta asunción es peligrosa porque sobre-generaliza las agendas políticas de colectivos diversos y deja en un segundo plano las complejas y variables condiciones contextuales y las perspectivas situadas. Las posiciones identitarias son en algunos contextos políticamente relevantes y son espacios y devenires posibles (y deseables) para diferentes trayectorias. No se trata, por tanto, de alinearse de una vez por todas en el bando identitario o post-identitario. Estas adherencias definitivas pueden estrechar la comprensión de la constitución, reproducción y resignificación del género en contextos concretos. Por el contrario, se plantea la necesidad de cuestionar la contingencia teórica y la relevancia política del campo de los abordajes homogeneizantes o totalizantes que –con una mirada crítica o esencialista- han construido la cuestión transgénero como un baluarte de su agenda teórico-política (López, 2008).

Se trata más bien de interesarse por las prácticas, las transformaciones, las actividades cotidianas en que las personas se involucra para generar una vida viable y para transformar su entorno, las posiciones diversas y dinámicas que se generan en contextos concretos (sean éstas identitarias o queer). Se trata de reconocer los lenguajes oriundos y nutrirse de ellos para construir nuevos relatos. Así, las identidades no se vuelven categorías obsoletas y coercitivas, pero tampoco reificaciones estáticas y totalizantes. Se leen como resultados posibles y posiciones viables en determinadas trayectorias y en determinados contextos sociales y temporales. Este cambio de foco puede parecer poco intuitivo porque no se alinea con la perspectiva que cosifica y naturaliza las identidades, pero tampoco con la línea que declara su abolición. Se interesa más bien por seguir las prácticas múltiples, hacer sentido en función de sus contextos y conectar con esta diversidad y este cambio.

Así, a pesar de que las identidades de género puedan jugar un papel importante, el blanco de la indagación y comprensión psicosocial podría ser lo que pasa en cada contexto, lo que atraviesa, lo que cambia en el mismo contexto o de un contexto a otro. Por tanto, la figura de los transconocimientos es un intento por no apelar a la sobregeneralización teórica y a la homogeneidad política con que a veces se abordan las identidades no-normativas. Por el contrario, se interesa por generar recursos teóricos y metodológicos situados, estratégicos, dinámicos, contextuales, que se conecten de manera singular con las situaciones concretas y cotidianas en las que se interesan, y que ofrezcan herramientas útiles en cada caso. Como propone Viviane Namaste (2009), al hacer una crítica y una contrapropuesta a la teorización feminista-posestructuralista que se ha hecho sobre las identidades trans:

“My point here is that a detailed, contextual analysis of the different ways of social relations of race, labor and gender intersect is required in order to adequately understand violence against trans woman of color. A simple appeal to the prevalence of that violence does not, in my view, offer an appropriate model of understanding these social relations. Theory is in the details.” (p. 20)

Así, en lugar de simplemente insertar a personas trans en categorías o marcos teóricos pre-existentes (e.g. taxonomía biomédica, política queer, marxismo, psicoanálisis) el reto que me parece es pertinente para la indagación psicosocial es el de dar cuenta de las maneras en que las teorías existentes excluyen (al menos en parte) la complejidad y la diversidad de las vidas trans; y el de construir relatos y recursos de conocimiento locales, en conjunto con los actores involucrados en la cuestión, que permitan modificar las condiciones de posibilidad en contextos definidos. Se trata de un juego –que se despliega a través del tiempo- entre divergentes trayectorias de corporeidad, relaciones interpersonales, significados culturales, instituciones, deseos y dinámicas económico-políticas. Sobre todo, tratamos con el proyecto de construir una vida en términos diferentes, lo que implica incorporar aún lo que viene después de los dilemas del reconocimiento y el ‘passing’ (Connell, 2011). Podemos redefinir los términos y pensar que la transicionalidad es lo que define la situación, es el elemento importante de la escena. Un desplazamiento hacia la transición, por tanto, puede ofrecer un distinto punto de partida y, con suerte, ayudarnos a redefinir el rol de la disciplina psicosocial en relación con las identidades trans.

Esto nos conduce a la segunda manera en que la idea de ‘transconocimientos’ busca incorporar el plano procesual, que se refiere a un gesto de reflexividad crítica y transformadora con respecto a los fundamentos de la propia disciplina. Más que buscar el establecimiento de un paradigma definitivo, una tarea política al interior de la propia perspectiva psicosocial consiste en evaluar qué tipo de prácticas y objetos se contribuye a generar el conocimiento producido, qué efectos sociales tiene y cómo puede ser interrogado por los actores sociales a los que se refiere. Se abre entonces en el horizonte la tarea de generar conocimientos en constante (auto) re-invenición crítica. Conocimientos cuyo sostén requiere, como proponen Brown y Stenner (2009), que se mantengan en constante

movimiento, a la manera de un trompo o una peonza. Para perdurar en el tiempo como un proyecto viable y útil, la psicología precisa recrearse a sí misma continuamente.

La lógica de identificar estructuras, identidades, operaciones discursivas o mentales, y construir con ellos modelos de funcionamiento privilegia la noción del conocimiento como una forma de organización y distribución espacial, mientras que se soslaya el plano temporal, del devenir y el cambio constante. La ‘construcción’ es, por ejemplo, una metáfora espacial, donde un ladrillo se coloca encima de otro, hasta concluir con un gran castillo o con una casa modesta. El ‘cuerpo’ de conocimiento, el ‘aparato’ teórico, el paradigma, constituyen este lugar. Pero esta idea ignora la incesante tarea de autoconstitución continua que ocurre a través del tiempo, el movimiento perpetuo necesario para que las cosas persistan o se desarrollen. Si, por ejemplo, pensamos la psicología como un ‘organismo’ (Stenner, 2007; Zeleny, 1981) se evoca su condición ‘autopoietica’ y la actividad reflexiva que incorpora en la agenda un espacio central para la inspección y el desarrollo, no sólo de los objetos psicológicos, sino también de las tecnologías sociales con que les abordamos. Este gesto reflexivo permite vislumbrar un programa de investigación y acción donde la interrogación sobre ambos aspectos –los fenómenos de interés y las herramientas psicosociales- forme parte de un mismo proceso, donde la conexión o el contacto entre aquello que se estudia y la forma en que es estudiado (incluyendo a quien estudia) sean mutuamente transformadores. En este sentido, no se trata de pensar sobre los sujetos/objetos psicológicos sino de pensar *con* ellos, y dejarse trastocar por los complejos y contextuales entramados que movilizan. El ‘organismo’, dice Zeleny (1981), no sólo produce múltiples sustancias sino que fundamentalmente se produce a sí mismo. Hay una actividad recursiva donde, en conexión con otros actores y en contextos concretos, la psicología puede entenderse como una criatura de proceso.

Para describir esta función podemos hacer uso del término ‘psicología de segundo orden’, propuesto por Stenner (2007). Esta expresión se refiere a una meta-psicología o una psicología reflexiva que reconozca la necesidad de estudiar críticamente -de igual forma que se lo propone con la subjetividad y el comportamiento- a la propia disciplina. La perspectiva psicosocial ha advertido ya, a fuerza de tropiezos, que aquello que se conoce no puede ser separado de las formas de conocimiento. Esta es una psicología, entonces, que se mira a sí misma a través del tiempo y de la historia; una psicología que se evalúa y se re-sitúa en cada contexto en que participa. Desde esta perspectiva, una tarea de la psicología es, por consiguiente, evaluar y transformar la propia psicología.

Imaginar e intentar este tipo de conocimientos transitables y en tránsito, que se involucren con diferentes fundamentos y que puedan participar –en distintos contextos y momentos- de paradigmas disímiles, no significa renunciar a la actitud crítica que con respecto a los conocimientos dominantes y a los efectos de control que éstos pueden tener. Por el contrario, este abordaje puede abrir diferentes horizontes de crítica que no caigan en

diatribas formulistas y maniqueas del tipo ‘los argumentos de tipo social son buenos mientras que los argumentos de tipo biológico son malos’ o, como más específicamente se ha acusado a una parte de la comunidad trans, ‘toda reproducción del binomio es opresora mientras que toda ambigüedad de género es progresista’. Este tipo de estipulaciones generales, componentes de un conocimiento que parece tener en claro de qué están hechas las cosas, dejan de ver la heterogeneidad dinámica de los contextos concretos, la polisemia y la polivalencia de las posiciones políticas e identitarias cuando actúan en la vida cotidiana.

En concordancia con lo que plantea Rose (1999: 96-97):

“If one requires a normativity, it can be derived from a more modest position. This would positively value all stratagems, tactics and practices that enhance human beings’ capacities to act; correlatively it would subject all that reduces such capacities to critical scrutiny. Further, it would evaluate practices in terms of the extent to which they accord those caught up within them the capacity to judge, accept or transform the practices that subjectify them (...) It would ask if there were ways of practising freedom that did not fix us through a hermeneutics of identity, did not entail the forlorn attempt to consume our way out of our dissatisfactions, but were open, inventive and questioning. It would ask if there were ways of organizing our concern for others that did not seek to set them free – relations of obligation, of commitment, perhaps evoking an older sense of care. It would help us to calculate the costs of being what we have become; hence it might allow us to invent ways of becoming other than what we are”.

Por tanto, no se trata simplemente de desmontar los conceptos. La sensibilidad a la que busca acercarse la idea de transconocimientos nos indica que los conceptos y los aparatos teóricos en los estudios psicosociales tienen sus zonas de presencia, sus esferas de influencia, operan en relación con ciertos entramados e intervienen para resolver situaciones locales. En consecuencia, estos mismos conceptos y aparatos teóricos deberían de cambiar junto con los problemas. Se trata de la generación o invención de conceptos como objetos forjados en encuentros, en confluencias de “aquí” y “ahoras”, en ocasiones donde el cambio y la transformación se vuelven posibles.

### **Referencias bibliográficas**

- American Psychiatric Association [APA] (1994). Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Cuarta Edición (DSM-IV). Madrid: Masson. [2003]
- Austin, John L. (1962) *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós. [1998]
- Balash, Marcel y Montenegro, Marisela (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), 44-48.
- Billig, Michael (1991) *Arguing and thinking: a rhetorical approach to social psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Brown, S.D. (2001) ‘Psychology and the art of living’. *Theory & Psychology*, 11 (2), 171-192.

- Brown, Steve D. y Stenner, Paul (2009) *Psychology without foundations: History, philosophy and psychosocial theory*. London: Sage.
- Bruner, Jerome (1986) *Actual minds, possible worlds*. Cambridge: Harvard University Press.
- Butler, Judith (1999). *El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. [2007]
- Butler, Judith (2001) *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Ediciones Cátedra. [2010]
- Butler, Judith (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. México: Paidós.
- Butler, Judith (2004). *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós. 2006.
- Canguilhem, Georges (1994) 'Normality and normativity'. En F. Delaporte (Ed.) *A vital rationalist: Selected writings from Geroges Canguilhem*. New York: Zone.
- Carballeda, Alfredo J. M. (2008) *Los cuerpos fragmentados: La intervención en lo social en los escenarios de la exclusión y el desencanto*. Buenos Aires: Paidós.
- Connell, Raewyn (2011) 'Psychology and transsexual women: Towards a new feminist perspective'. Paper for *Feminism & Psychology* special issue on "Trans(cending) Psychology: Advancing Feminist Scholarship on Gender and Transgender Experience", ed. T. Evan Smith and Megan R. Yost. [Forthcoming]
- Diamond, Lisa M., Pardo, Seth T. y Butterworth, Molly R. (2011) "Transgender Experience and Identity". En Seth J. Schwartz, Koen Luyckx, Vivian L. Vignoles (Eds) *Hanbook of identity theory and research*. New York: Springer Science. pp. 629-647.
- Deleuze, Gilles (2004) How do we recognize structuralism? In *Desert islands and other texts 1953-1974*. New York: Semiotext(e).
- Denzin, Norman (1991) *Images of posmodernism*. London: Sage.
- Doan, Petra L.(2010) 'The tyranny of gendered spaces - reflections from beyond the gender dichotomy', *Gender, Place & Culture*, 17 (5), 635 — 654
- Doménech, Miquel y Tirado, Francisco J. (2002). 'Lo virtual y lo social'. *Athenea Digital*, 1. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num1/Mdomenech.pdf>
- Eckert, P. (2000), *Linguistic Variation as Social Practice*, Oxford: Blackwell.
- Elliot, Patricia (2009). 'Engaging Trans Debates on Gender Variance: A Feminist Analysis'. *Sexualities*, 12 (5).
- Elliot, Patricia (2010). *Debates in transgender, queer and feminist theory: Contested sites*. Burlington: Ashgate.
- Fausto-Sterling, Anne (2000). *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*. New York: Basic Books.
- Foucault, Michel (1976). *Historia de la Sexualidad 1: La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XXI. [2005]
- Foucault, Michel (1981) *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza editorial. [2007]
- Foucault, Michel (1992) *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Garfinkel, Harold (1976). *Estudios en Etnometodología*. Barcelona: Anthropos. [2006]

- Gergen, Kenneth & Gergen, Mary (1986) 'Narrative and self as relationship'. In L. Berkowitz (ed.) *Advances in Experimental Social Psychology*. New York: Academic Press.
- Gagné P, Tewksbury R and McGaughey D (1997) Coming Out and Crossing Over: Identity Formation and Proclamation in a Transgender Community. *Gender & Society* 11(4): 478-508.
- Grosz, Elizabeth (1994). *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Halberstam, Judith (1998). *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press.
- Hale, Jacob (1997a) 'Suggested Rules for Non-transsexuals Writing about Transsexuals, Transsexuality, Transsexualism or Trans-' URL (accessed 5 January 1997): <http://www.sandystone.com/hale.rules.htm>
- Hale, Jacob (1997b) "Leatherdyke Boys and Their Daddies: How to Have Sex without Women or Men," *Social Text*, nos. 52 – 53 (1997): 233 – 34.
- Haraway, Donna (2010) "When Species Meet: staying with the trouble". *Environment and Planning D: Society and Space*, 28(1), pp. 53-55.
- Herd, G. H. (1994) (Ed). *Third sex, third gender: beyond sexual dimorphism in culture and history*. New York: Zone Books.
- Hines S (2007) *TransForming Gender: Transgender Practices of Identity, Intimacy and Care*. Bristol: Policy Press.
- Ibáñez, Tomás (2005) *Contra la dominación*. Barcelona: Gedisa.
- Íñiguez-Rueda, Lupicinio, Martínez-Guzmán, Antar y Flores-Pons, Gemma (2011) "El discurso en la Psicología Social: Desarrollo y prospectiva". En Anastasio Ovejero y Júpiter Ramos (Coords.) *Psicología Social Crítica*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva. pp. 98-116.
- Íñiguez-Rueda, I. (2003) La psicología social como crítica: Continuismo, estabilidad y efervescencias tres décadas después de la "crisis". *Revista Interamericana de Psicología / Interamerican Journal of Psychology* - 2003, Vol. 37, Num. 2 pp. 221-238
- Kessler, S. and McKenna, W. (1978) *Gender: An Ethnomethodological Approach*. New York: Wiley.
- Kitzinger, C. (1990) "The rhetoric of pseudoscience". En J. Shotter e I. Parker (eds) *Deconstructing Social Psychology*. pp. 61-75. London: Sage.
- Kövecses, Zoltán (2002). *Metaphor: A practical introduction*. New York: Oxford University Press.
- Latour, Bruno (2005). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del Actor-Red*. Buenos Aires: Manantial. [2008]
- Lewin, K. (1952). *Field Theory in Social Science*. Tavistock, London.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1986/2007). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Law, J., & Mol, A. (1995) Notes on materiality and sociality. *The Sociological Review*, 43(2), 274-294.
- López, Susana (2008). *El laberinto queer: La identidad en tiempos de neoliberalismo*. Madrid: Egales.
- Luhmann, Niklas R. (1997). *Organización y decisión, autopoiesis y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos.

- Missé Miquel y Coll-Planas Gerard (Eds) (2010) *El género desordenado: críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Barcelona: Egales.
- Namaste, Viviane (2009) "Undoing theory: The "Transgender Question" and the Epistemic Violence of Anglo-American Feminist Theory". *Hypatia*, Volume 24, Issue 3, pp. 11–32.
- Nietzsche, F. (1880) *El viajero y su sombra*. Madrid: Edaf. [1999]
- Parker, Ian (Ed.) (1998) *Social constructionism, discourse and realism*. London: Sage.
- Platero, Raquel (2009) Transexualidad y agenda política: Un historia de discontinuidades y patologización. *Política y Sociedad*, Vol. 46 Núm. 1 y 2: 107-128.
- Prieto, Rodrigo (2006) "Infancia en riesgo, una máquina paradójal: La construcción semióticomaterial de la infancia en riesgo en Cataluña". *Athenea Digital*, 10,
- Rorty, Richard (1996). *Objetividad, relativismo y verdad*. Barcelona: Paidós.
- Rose, N. (1979). The psychological complex: Mental measurement and social administration. *Ideology and Consciousness*. 5, 5-68
- Sennott, Shannon L. (2011) 'Gender Disorder as Gender Oppression: A Transfeminist Approach to Rethinking the Pathologization of Gender Non-Conformity', *Women & Therapy*, 34: 1, 93 — 113.
- Shotter, John (1981) 'Telling and reporting: Prospective and retrospective uses of self-accriptions'. In C.Antaki (ed.) *The Psychology of Ordinary Explanations of Social Behaviour*. London: Academic Press
- Spink, P. (2003). Pesquisa de campo em Psicologia Social: Uma perspectiva pós-construcionista. *Psicologia e Sociedade*, 15(2), 18-42.
- Spink, Peter (2007) "Replanteando la investigación de campo: relatos y lugares". *FERMENTUM* 17, 50, pp. 561-574.
- Stengers, I. (1997) *Power and invention*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Stenner, Paul (2007) Non-Foundational criticality. On the need for a process ontology of the psychosocial. *Critical Social Studies*, 2, 44-55.
- Stone, Sandy (1991) *The Empire Strikes Back: A Posttransexual Manifesto*. Routledge: New York.
- Varela, Francisco J.; & Maturana, Humberto R. (1973). *De Máquinas y Seres Vivos: Una teoría sobre la organización biológica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Walker, Melanie (2007) Action research and narratives: 'Finely Aware and Richly Responsible'. *Educational Action Research*, 15(2), 295-303.
- Whittle, Stephen. (2006). Foreword. En Susan Stryker y Stephen Whittle (Eds). *The transgender studies reader*. (pp. xi-xvi) New York: Routledge.
- Wills, David (2008) *Dorsality: Thinking back through technologies and politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Woolgar, S. (1988). *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Knowledge*. London and Beverly Hills: Sage.
- Zeleny, M. (1981) "What is autopoiesis?" En M. Zeleny (Ed.) *Autopoiesis: A theory of living organization*. New York: Elsevier.

## **7. *POST ESCRIPTUM* EN TORNO AL DESEO Y A LA UTOPIA: UN PULSO PSICOSOCIAL DE LO POSIBLE**

Al momento de cerrar el documento de la tesis, estaban en proceso de consumación algunos nacimientos de distinta índole. Uno de ellos fue la consumación de “Cultura Trans: Actividades por la despatologización de la transexualidad”, un conjunto de acciones activistas, académicas y artísticas realizadas en octubre de 2011 y enmarcadas dentro de campaña STP2012.

Este proyecto venía cocinándose desde hace algún tiempo en conjunto con un colectivo heterogéneo de activistas y actores interesados en la cuestión. Pero el tejido que haría posible este proyecto venía hilándose veladamente desde mucho antes, a través de la paciente labor de colectivos y personas durante meses y años, de diversos encuentros y desencuentros, alianzas y rupturas, trabajos, desvelos y gozos que durante este periodo han sido compartidos en la tarea de tratar de defender, pensar y poner en práctica trayectorias de género y de reconocimiento fuera de los cánones normativos. Este y otros alumbramientos (más o menos relacionados con la trayectoria de investigación, pero todos tocados por ella) me han animado a dejar esta última apostilla, como guiño postrero para celebrar los devenires inesperados e inauditos que se vuelven pensables, posibles y vivibles tras la conexión y el amalgamamiento de universos locales y extensos. En cada caso, en las experiencias colectivas de militancia y conocimiento, el problema ha consistido en crear agenciamientos en el espacio y en el tiempo, ensayar formas de relacionarnos que no estén del todo subordinadas a la lógica identitaria predominante y que nos permitan hacer cosas donde quepamos todas, todos y todxs.

Estos encuentros han abierto un tiempo particular donde se pueden pensar cuestiones para las cuales no preexiste una respuesta automática o habitual, donde se pueden poner en marcha haceres que no pertenecen a programas previos, donde no hay un lenguaje, descripción o juicio aceptado de antemano. Estos encuentros, considero, nos impulsan a escapar de definiciones estáticas y a involucrarnos en un devenir práctico y concreto. De esta manera, un problema lógico o teórico (‘qué es una colectividad múltiple e inclusiva’) se transforma en un problema práctico (‘cómo construimos una colectividad múltiple e inclusiva’) y, por consiguiente, en un problema político, en un problema de vida. Estos encuentros también me remiten a un ‘ir haciendo’ colectivo que, a veces casi sin quererlo, desemboca en espacios nuevos y en nuevos lenguajes. Podríamos llamarle, junto con Deleuze y Guattari (1988), una ‘pragmática de lo múltiple’, que nos hace maravillarnos de las articulaciones y ensamblajes pensantes y sensibles que pueden reconfigurarse cada vez y que nos ofrecen, una vez más, la oportunidad de hablar de forma nueva, de participar de un lenguaje no cristalizado. Así, pensar y hacer en términos de tránsito y multiplicidad -y

no en términos de identidad- nos conduce a revisar todo un abanico de programas y conceptos, por ejemplo, sobre la persona, la acción y la carencia.

La cuestión de la carencia, por ejemplo. Pronto salta a la vista que, en el terreno de las prácticas psicosociales, la acción o la 'intervención' cobran sentido apelando a la idea de necesidad o de carencia. La participación psicólogas y psicólogos sociales encuentra su justificación al atribuirse la misión de arreglar algo que no está funcionando, de hacer que prospere una condición insuficiente. Se asiste o se actúa ahí donde hay una necesidad o una falla (Montenegro, 2001). Para que esta fórmula se sostenga es preciso que se construyan a los actores y a las realidades sociales que son el blanco de interés en términos de carencia y de falta, que se les sitúe en la posición de desvío de una norma ideal que es necesario observar.

De esta manera, el punto de partida para participar o echar a andar proyectos de acción colectiva suele ser la 'identificación de necesidades' o el 'diagnóstico'. Considero que este sitio de arranque puede, sin embargo, cuestionarse a partir de (al menos) dos interrogantes. Por un lado, como ya se ha dicho antes, este abordaje se ve compelido a producir y utilizar criterios normativos en contraste con los cuales pueden identificarse las carencias y puede concebirse a un sujeto en estado de presunta vulnerabilidad. Estos criterios rara vez son evaluados y funcionan como elementos prescriptivos cuyos efectos quedan fuera de la revisión crítica. Por el otro, el contraste y la evaluación con respecto a unos preconceptos contribuye a producir carencias y necesidades que sólo tienen sentido si se acepta un orden (relacional, social, material) particular *y si se renuncia a su transformación*. La noción de necesidad es definida en función de una imagen idealizada o pre-determinada de lo que es la no-necesidad. En última instancia, el papel de la 'intervención psicosocial' es el de restablecer un estado de adaptación o equilibrio (homeostasis), dejando intacto el estado normal de cosas. La acción y la transformación sólo tienen sentido como medios para producir estabildades.

El juicio trascendente que desde afuera y desde arriba propone modelos ideales y diagnóstica carencias (el juicio de dios), se apoya en la idea de un plano superior de conocimiento desde el cual es posible juzgar la vida 'terrenal' y, por consiguiente, reconocer sus faltas, sus desvíos, sus alienaciones y sus remedios. Podemos contraponer o ensayar prácticas centradas no en la carencia sino en la capacidad productiva y creativa de los diversos actores como punto de partida para la acción. Podemos orientar los proyectos de acción colectiva a partir del carácter inventivo, preocupado por ensanchar las condiciones de posibilidad. La indagación y la acción podrían pensarse como organizadas en torno a un plano 'virtual'. De acuerdo con Doménech y Tirado (2002), la noción de 'virtual' tiene un origen etimológico que le emparenta con la idea de 'fuerza' y 'potencia'. Se refiere a aquello que existe potencialmente. Esta idea permite sacar a la luz y trabajar con la tensión que existe entre lo actual (real) y lo posible.

Este movimiento hacia la invención, hacia la materialización de posibilidades, hacia la construcción de nuevos planos de posibilidad, se pone de manifiesto, de diferentes maneras, en las trayectorias de las identidades trans. Es posible ver ahí un intenso impulso por traer a la existencia nuevos cuerpos, identidades y relaciones, espacios sociales que no tenían lugar previamente o que no se habían asignado como opciones viables. Así, por ejemplo, desde el psicoanálisis, Chiland (2003) ha llamado la atención sobre la interesante idea de que, para comprender la transexualidad, el aspecto central no es la realidad sino el *deseo*. En lugar de entenderle como un trastorno de la identidad porque se desvía de un criterio normativo preestablecido o como un error en la identificación o la localización del objeto erótico, la transexualidad puede pensarse como un rasgo ‘narcisista’, en tanto que la persona trans trata de arquear y de transformar la realidad para hacerla compatible con su deseo. Una vez más podemos convocar la máxima: “Cuando algo es a la vez necesario e imposible, hay que cambiar las reglas del juego” (Ibáñez, 1985, p.111). De esta manera, la idea de deseo puede ayudarnos a reorientar las prácticas y los planteamientos centrados en la carencia. En sintonía con Deleuze y Guattari (1970), el deseo no se entiende aquí como la urgencia por algo que no se tiene. No se define a partir de la falta o la carencia, y no se ‘resuelve’ en la posesión de aquello que se tiene en falta. Se entiende más bien como un vector en movimiento, un continuo ejercicio de cambio que obedece a las condiciones y a la potencia transformadora de los sujetos y las relaciones ‘terrenales’, y no a imperativos trascendentales. El deseo como impulso de acción permite evitar la clausura de métodos y formas de acción como estructuras estables e ideales que dirigen predeterminadamente el campo de posibilidades. Es curioso, en todo caso, que en esta apostilla se evoque nuevamente la noción de deseo. Quizá esta investigación -lo que ha ocurrido entre la primera y la última palabra, entre aquella tarde en la vía Laietana y este momento donde se esbozan las conclusiones- es la singular trayectoria de un deseo, de un ejercicio de agrupamiento de diversos actores para formar una historia, de una actividad de disposición, concatenación y formación de colectividades.

En esta línea, uno de los aprendizajes cardinales que ha emergido a lo largo de este trabajo conjunto con colectivos y personas trans ha sido el implacable compromiso con la creación de nuevos cuerpos, de nuevos nombres, de nuevos mundos; la invención de prácticas y el ensanchamiento de las posibilidades viables como agenda política. Este trabajo en pos de una posición, de un sitio, de unas relaciones que aún no existen es político, en principio, porque desestabiliza la normatividad vigente. Al localizar las prácticas en contextos socio-históricos determinados, éstas nos muestran que ha habido y *habrá* otras formas de comprendernos y de actuar en relación con nosotros y nosotras mismas. Los colectivos y las personas trans con quienes he trabajado en este trayecto nos enseñan que involucrarse en la tarea de pensar y construir lo posible es un ejercicio político también porque desafía las condiciones ‘reales’ actuales y se propone reinventar las verdades que habitamos. La verdad se toma en serio porque se sabe que estamos gobernados y gobernadas por ella. Y

por eso resulta igualmente serio adoptar una cierta actitud ‘irreal’ o ‘escéptica’ en relación a la verdad. Sus luchas y sus vidas son operaciones y acciones sobre los límites, sobre *nuestros* límites, un proyecto para evidenciar las fronteras, para mapear los horizontes de corporeidad y pensamiento que quizá nos ayuden a ir más allá. Particularmente, han mostrado que aquello que hay que desestabilizar, aquellos límites que hay que cruzar, están constituidos por los imperativos y las demandas que se imponen desde distintos sitios (con autoridad epistemológica e institucional) en nombre de nuestro bienestar; aquellos dispositivos que son puestos a hablar por nosotros y nosotras antes de que hayamos abierto la boca, que identifican con anterioridad nuestras necesidades, que dicen conocernos mejor de lo que nos conocemos nosotros y nosotras mismas.

Y a lo mejor estos dispositivos de conocimiento tienen algo de acierto, pero en la medida en que pretenden hablar en nuestro nombre tenemos derecho a preguntar con qué derecho dicen conocernos tan bien. En la medida en que un determinado orden social y unos determinados conocimientos se publicitan para dirigirnos en nombre de nuestros propios intereses debemos interrogar y, si es necesario, transformar las prácticas en función de nuestra prerrogativa de conocer esos intereses, que son nuestros intereses. Si algún valor útil tiene para la mirada psicosocial una investigación que se articule con estos proyectos activistas, con estas vidas y con estas enseñanzas, es el de dar cuenta de las condiciones contingentes por las cuales aquello que es tan querido para nosotras y nosotros –nuestras íntimas trayectorias de deseo e identidad- toma forma y, deseablemente, para incrementar la posibilidad de rebatir los regímenes de autoridad que aspiran a gobernarnos en nombre de nuestro propio bien.

A estas alturas, después del camino recorrido, de las experiencias compartidas y de las alianzas, los intercambios y los nuevos proyectos que se abren hacia el futuro, puedo decir que las personas y los colectivos con los que he trabajado me han enseñado a no echar en saco roto la ilusión por la utopía, a no convertirla (al menos en el lenguaje cotidiano) en un anhelo anacrónico y moribundo. Pero esta utopía no es precisamente la de un mundo perfecto y concluido que se antoja inalcanzable. Tampoco es la utopía capitalista donde todos los placeres se sacian en una continua máquina hedónica. Como sugiere Žižek (2009), el sentido relevante de la utopía no debe entenderse como un ejercicio de libre imaginación o como el goce infinito del cuerpo. Las personas y los colectivos trans encarnan y echan a andar otra idea de utopía, entendida como algo que se lleva a cabo como resultado de un impulso urgente: hay que inventar algo nuevo cuando no queda ninguna otra opción. Lo que aquí se destaca no es un punto ideal infinitamente lejano en el futuro, sino algo que tiene que ser inmediatamente desplegado o ejecutado, algo que debe ocurrir en nuestra vida inmediata y mediata para encontrar formas viables de vivirla, algo que se realiza cuando no hay otro camino posible. El mensaje que nos ofrecen podría ser: ‘Lleva a cabo lo que en las coordenadas simbólicas y materiales vigentes parece imposible. Toma el riesgo. Cambia las propias coordenadas’.

No se trata una revolución aparatosa o de un cambio portentoso. Son pequeños y medianos actos de la vida cotidiana los que, a mi parecer, otorgan a las identidades no-normativas su dimensión utópica. Prácticas alcanzables que escavan en lo imposible. Me parece que la utopía cotidiana que las personas trans echan a andar es el tipo de proyecto que necesitamos más que nunca, tanto en las disciplinas psicosociales como en otras búsquedas que intentan generar espacios más habitables. Este cambio práctico y continuo no va detrás de un orden radicalmente nuevo, que se conoce de antemano, para que se instale de una sola vez, sino que va mostrando que el orden existente no puede funcionar indefinidamente, que las cosas pueden funcionar de otra manera. En espacios donde parece que las fuerzas del orden (social, de sexo y de género) son inescapables e inmortales, debemos aprender a actuar lo imposible. No se trata de imaginar sino de *performar* la utopía. No se trata de proponerla en recetas sino de practicarla en proyectos colectivos. En última instancia, no se trata de una cuestión de elección, sino de una cuestión de supervivencia.

## Referencias

- Chiland, Colette (2003) *Transsexualism: Illusion and Reality*. London: Continuum.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1988) *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos. [2002]
- Ibáñez, Jesús (1985) “Las medidas de la sociedad”. *REIS*, nº 29, pp. 85-127.
- Montenegro (2001) *Conocimientos, agentes y articulaciones: Una mirada situada a la intervención social*. Tesis doctoral: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Žižek, Slavoj (2009) *First as tragedy, then as farce*. New York: Verso.